

HOMENAJE A

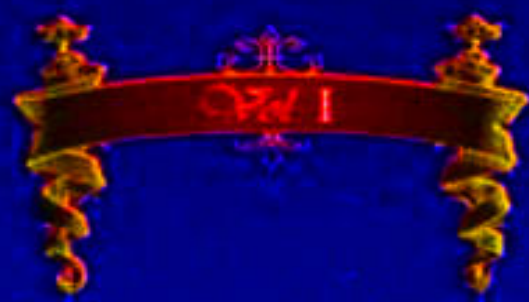
---

# TOLKIEN

19 RELATOS FANTASTICOS

SELECCION DE MARTIN H. GREENBERG

---



En el alud de literatura fantástica post-tolkieniana, destacan algunos autores que escribieron el tipo de relatos que habrían agradado al mismo Tolkien. Escritores como Andre Norton, la reina de las novelas de aventuras fantásticas, Robert Silverberg, un narrador lleno de energía, o Peter Beagle, cuya deuda con Tolkien es evidente en su obra de no ficción y en sus espléndidas pero escasas —demasiado escasas— novelas. A ellos, y a cada uno de los otros magníficos autores que figuran en este libro (Terry Pratchett, Harry Turtledove, Dennis L. McKiernan, etc.), se les pidió que escribieran un relato en homenaje a Tolkien. Un regalo para celebrar el centenario de su nacimiento, que también deleitará a los muchos lectores de *El señor de los anillos*.

Lectulandia

AA. VV.

# Homenaje a Tolkien, 19 Relatos Fantásticos Tomo I

ePub r1.0

Titivillus 11.07.16

Título original: *After the King: Stories in Honor of J. R. R. Tolkien*

AA. VV., 1992

Traducción: Jaume de Marcos, Mila López y Elvira Saiz

Editor: Martin H. Greenberg

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Introducción

Jane Yolen

A veces resulta difícil recordar que se escribieron libros de fantasía antes de que la obra de J. R. R. Tolkien irrumpiese en el mundo literario. Sin embargo, realmente hubo volúmenes fundamentales, relatos de la niñez como *El viento en los sauces* y *El libro de la selva*; libros para adultos de proporciones míticas, como *El pozo del fin del mundo*, y maestros del terror, como *Drácula*; y los deliciosos anacronismos de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. Hubo libros de fantasía para compartir en familia junto al hogar, escritos por autores famosos como Charles Dickens y matemáticos desconocidos como el reverendo Charles Dodgson.

La historia de la literatura es un campo sembrado de libros de fantasía. Pero lo que John Ronald Reuel Tolkien creó en el estudio de su garaje, sentado ante su máquina de escribir, aquel «gran hombre, aunque lento y nada metódico», como lo definió su amigo C. S. Lewis, fue el fenómeno de la fantasía como género en el mercado del libro.

Él creía que sólo inventaba un mundo, lo llenaba de gente y relataba la crónica de sus linajes y leyes. Siempre insistía en que la Tierra Media no era una alegoría. De hecho, despreciaba las alegorías. Y, aunque era crítico y profesor, aborrecía la obsesión por los símbolos que se generaba alrededor de sus libros. Era partidario decidido de la narración pura. No obstante, olvidó que, como un dios, podía crear un universo, pero ese universo, como un mecanismo de relojería, podía seguir funcionando sin él.

Soy demasiado mayor para haber leído de niña a Tolkien. La primera vez que oí hablar de sus libros fue a través de un amigo británico. Luego leí acerca de ellos en el encantador libro de Peter Beagle sobre su viaje por Norteamérica en moto: *I See By My Outfit*. Cuando mi marido y yo decidimos viajar haciendo *camping* por Europa y Oriente Medio mientras nos quedase dinero, entre 1965 y 1966, llegó a mis manos una edición británica en tapa dura de *El Señor de los Anillos*, que leí mientras íbamos hacia Inglaterra en el barco *Castel felice*. Mientras los demás pasajeros bailaban a los sonos de los «Anastasio E. Sui Happy Boys», yo devoraba aquellos libros. Diez días después, cuando atracamos en Southampton, no me sorprendió lo más mínimo que todas las casas pareciesen agujeros de hobbit. A duras penas, reprimí el impulso de pedir a un lugareño que se descalzara para que pudiese comprobar si tenía pelambra en la parte superior de los pies.

Transformada por mi primera lectura de Tolkien, yo era solamente un microcosmos de los cambios producidos en los escritores en general, y en los escritores de fantasía en particular, pues tras el éxito de *El Señor de los Anillos* comenzó la carrera de los beneficios. Editores y libreros inventaron el mercado de la fantasía como género. Los escritores de fantasía se convirtieron, tanto si les gustase

como si no (y hay que admitir que hay escritores de fantasía que desprecian a Tolkien y proclaman a los cuatro vientos que no están influidos por él), en una Comunidad postTolkien. Escribimos libros cuya naturaleza proclamaba que eran tolkienianos: libros marcados por la cualidad mítica de los relatos, el trasfondo de las sagas y el folclor, el ambiente a menudo pastoral y/o seudomedieval y la suposición implícita de que la magia tiene consecuencias del mismo modo que el anillo llevado a la montaña oscura consumía a su portador. Y, aunque las influencias fuesen mucho más allá de Tolkien, hasta las nebulosas edades oscuras del mito, el cuento, la leyenda y cosas semejantes, todos los libros lucían apotegmas (impresos o implícitos) que declaraban que el libro estaba escrito «en el estilo de J. R. R. Tolkien».

Por supuesto, dados estos parámetros, lo que comenzó con gracia y poder degeneró rápidamente en una especie de ñoñería mítica: elfos con taparrabos de terciopelo, unicornios de color azul pastel, espadas de voz coqueta y un escenario medieval de colorines con las cantidades habituales de sucias tabernas, hechiceros malvados y seres simpáticos de pies peludos y diversas tendencias sexuales. A Tolkien no le habría hecho gracia.

¿Gracia, he dicho? Le habría horrorizado.

En el alud de literatura fantástica post-tolkiniana, destacan algunos autores que escribieron el tipo de relatos que habrían agradado al mismo Tolkien. Escritores como Andre Norton, la reina de las novelas de aventuras fantásticas, Robert Silverberg, un narrador lleno de energía, o Peter Beagle, cuya deuda con Tolkien es evidente en su obra de no ficción y en sus espléndidas pero escasas —demasiado escasas— novelas. A ellos, y a cada uno de los otros magníficos autores que figuran en este libro, se les pidió que escribieran un relato en homenaje a Tolkien. Un regalo para celebrar el centenario de su nacimiento, que también deleitará a los muchos lectores de *El Señor de los Anillos*.

Esperamos que esos mismos lectores sentirán con estos relatos lo mismo que el electricista de Oxford que fue a reparar unos cables en la biblioteca de la Facultad de Lengua Inglesa. Cuando vio el busto de Tolkien, dejó las herramientas en el suelo, se acercó y pasó el brazo alrededor de los hombros de bronce en gesto de amistad. Y sin ningún reparo, como si hablase con un viejo amigo, le dijo: «¡Bien hecho, profesor! ¡Has escrito un cuento rematadamente bueno!».

Jane Yolen  
Phoenix Farm  
abril de 1991

# Reave el Justo

Stephen R. Donaldson



De todas las singulares e implacables historias que rodeaban a Reave *el Justo*, ninguna expresaba mejor su extraña manera de ser que la referida a su pariente, Jillet de Forebridge.

Ésta era una parte de lo que había de extraño en él: Reave y Jillet eran tan distintos entre sí que la idea de que estuvieran emparentados era difícil de creer.

Hay que decir sin ambages que Jillet era un idiota afable. Nadie que no fuese afable habría sido querido por la precavida gente de Forebridge... y Jillet era amado, de eso no cabía la menor duda. De lo contrario, nunca se habrían arriesgado a afrontar las consecuencias imprevisibles, y a menudo espectaculares, de llamar a Reave solamente para informarle que Jillet había desaparecido. Y nadie que no fuera un idiota se habría metido en tantos líos con Kelven Divestulata hasta el punto de que Kelven se sintiera impulsado a liquidarlo.

Por el contrario, ni los enemigos de Reave —atraídos en gran número por sus proezas— ni sus amigos lo habrían descrito como un tipo afable.

Sin duda, había pueblos en los condados del norte, tal vez hasta ciudades pequeñas, y posiblemente un par de ciudades grandes, donde Reave *el Justo* era admirado, incluso adulado; pero Forebridge no estaba entre ellas. Las decisiones de Reave eran demasiado brutales y sus acciones excesivamente persistentes para recibir la cautelosa aprobación de los agricultores, herradores, molineros y albañiles que conocían a Jillet desde su nacimiento.

Reave, como una fuerza de la naturaleza, estaba más allá de toda explicación hasta el punto de que la gente había dejado de intentar justificarlo. En vez de preguntarse por qué hacía todo aquello —o cómo se salía con la suya—, los hombres y mujeres de Forebridge se planteaban cómo podía un individuo tan inverosímil ser pariente de Jillet, cuya única particularidad extraña era la de poseer un carácter agradable junto con un juicio que no inspiraba ninguna confianza.

De hecho, nadie sabía con seguridad que Reave y Jillet estuvieran emparentados. Hacía poco que Jillet se refería de vez en cuando a Reave como «Reave *el Justo*, mi pariente». Aquél era el verdadero alcance de la información que corría por Forebridge. Nada más se reveló al respecto. En un esfuerzo por suplir esta carencia, los rumores y las habladurías sugerían que la hermana de la madre de Jillet, una mujer de otra ciudad, había sido seducida por un payaso con delirios de grandeza —otra versión decía que había sido un caballero errante de incógnito— y había dado a luz a Reave bajo un triste seto o, quizás, en un convento desconocido, o incluso en la cámara privada de algún señor. Sin embargo, ni los rumores ni las habladurías

explicaban cómo el linaje de sangre que había engendrado a alguien como Reave podía haber quedado totalmente eliminado en Jillet.

No obstante, debía de ser cierto que Reave y Jillet estaban emparentados pues, cuando Reave fue llamado en nombre de Jillet, acudió. Claro que, cuando Reave llegó, Jillet ya no sabía si alguien lo apreciaba lo bastante para contar a su pariente lo que había sido de él.

Nunca se supo por completo cómo llegó a enemistarse con Kelven. Es cierto que era un idiota, como todo el mundo sabía, pero ¿cómo pudo alcanzar tales extremos de estupidez? Cabía esperar de él algunos tratos perjudiciales con usureros. Era aceptable que hiciera visitas a los alquimistas y los magos que se ganaban la vida en las afueras de pueblos como Forebridge en los condados del norte; de hecho, nadie podía extrañarse, teniendo en cuenta sobre todo que Jillet se encontraba en la dolorosa edad en que era lo bastante adulto para desear el amor de una mujer, y demasiado joven para saber cómo obtenerlo. Algunos conflictos menores que acababan olvidándose, causados por querer competir por un negocio o una pasión no sólo eran concebibles, sino normales. ¿No habían sido siempre los hombres y las mujeres unos idiotas inofensivos y de poca talla? Los habitantes de Forebridge podían hablar sin cesar de tales asuntos, tratando de convencerse de que eran los más inteligentes. Pero ¿quién de todos ellos se habría arriesgado a enfrentarse a Kelven Divestulata? En realidad, ¿quién no había pensado alguna vez que Kelven era Satanás en persona, apenas disfrazado con una piel atezada, unos músculos fuertes y una barba espesa?

¿Qué, en nombre de todos los santos, había poseído a Jillet para arrojarlo a aguas tan profundas?

La verdad —que nadie de Forebridge adivinó jamás— era que Jillet se buscó la perdición con el sencillo método de decirse pariente de Reave.

Esto fue lo que sucedió. A poco de hacerse adulto, Jillet cayó víctima de una pasión insensata y totalmente comprensible por la viuda Huchette. Antes de morir, Rudolph Huchette había llevado a su nueva esposa —extranjera, exuberante y joven— a vivir en la casa señorial ocupada ahora por Kelven Divestulata, creyendo que, si la mantenía alejada de los pecados y refinamientos de las ciudades, la conservaría pura. Para su desgracia, tras establecerse en Forebridge no vivió lo suficiente para comprender que su esposa era pura por naturaleza y no necesitaba ninguna protección especial. Y, por supuesto, los mozos de la ciudad no se habían enterado de su pureza. Sólo sabían que era extranjera y joven, y que estaba afligida. Resultaba irresistiblemente maravillosa. La pasión de Jillet era sólo una entre muchas, ardiente y condenada al fracaso. La viuda Huchette sólo pedía al Dios que velaba por la inocencia que le permitiese estar sola.

No es necesario decir que no lo consiguió.

Siendo realistas, el único admirador que era verdaderamente capaz de molestarla era el hosco Kelven. Cuando ella desdeñó sus insinuaciones, la asedió con toda la



artera amargura de su naturaleza. A lo largo de muchos meses planeó la manera de instalarse en la casa señorial que Rudolph había concebido como su hogar para toda la vida; cortó sus vías de huida hasta que el único recurso que le quedó a la viuda fue aceptar la cruz de que Kelven fuese su capataz, ya que seguía rechazando con terquedad el triste honor de convertirse en su esposa. Incluso así, es probable que Kelven obtuviera cuanto quiso de ella, ya que, sin duda, era totalmente capaz de atarla y violarla para satisfacer el deseo que sentía por ella.

No obstante, Jillet y los demás mozos enamorados de la viuda no analizaron las circunstancias de aquella mujer —ni las suyas propias— de manera realista. Como hombres apasionados, optaron por creer que eran el mayor peligro para la vida retirada de la viuda. Jillet y los otros idiotas, ciegos a las intenciones de Kelven, se ocupaban en elaborar una bruma de planes y en soñar formas de persuadirla de que revelase su inevitable atracción por ellos.

Pero Jillet llevó sus planes más lejos que la mayoría de sus rivales. Tal vez por culpa de su afabilidad, o porque era un idiota, Jillet no solía tener éxito cuando pretendía a una mujer. Su rostro y su estampa eran bastante atractivos y sus castaños ojos mostraban el placer tan abiertamente como cualquier hombre. Su amabilidad y su temperamento alegre lo hacían muy querido en todo Forebridge. Pero le faltaban resolución y personalidad; carecía de las cualidades que inspiraban pasión. Las mujeres de Forebridge, como todas, apreciaban la amabilidad, pero no rendían su virtud ante ella. Preferían a los héroes... o a los bribones.

Así pues, cuando Jillet concibió su pasión por la viuda Huchette, ya se había hecho a la idea de que, probablemente, no tendría éxito. Al igual que hizo Kelven Divestulata tras el primer año de duelo de la viuda —aunque entonces nadie en Forebridge sabía lo que hacía Kelven—, Jillet preparó su asedio. No tuvo la suficiente inteligencia para preguntarse: «¿Por qué no gozo de los favores de las mujeres?», o «¿Qué debo aprender para ser más deseable?», o «¿Cómo puedo superar las limitaciones que me ha impuesto la naturaleza?». En cambio, se preguntó: «¿Quién puede ayudarme a conseguir a esa mujer?».

La respuesta ya se les había ocurrido a un puñado de sus rivales más listos, aunque no menos insensatos. Por consiguiente, ya era el quinto o sexto muchacho de Forebridge que visitaba al más famoso alquimista del condado para pedirle una poción de amor.

Según ciertas autoridades, la diferencia principal entre los alquimistas y los magos era que los primeros tenían más oportunidades para comportarse como charlatanes con poco peligro. Los hacendados y los nobles consultaban a los magos; los labradores y pequeños propietarios, a los alquimistas. Sin duda, el individuo al que se dirigió Jillet era un charlatán. Incluso lo admitía tranquilamente cuando estaba en compañía de gente lo bastante inteligente para no querer nada de él. Pero nunca habría revelado la verdad sobre sí mismo a alguien como Jillet.

Fuera como fuese, charlatán o no, comenzaba a cansarse de aquella serie

aparentemente inacabable de hombres que le pedían pociones de amor para la viuda Huchette. Se podía estafar a gusto a un pretendiente loco de amor cada seis meses más o menos. Tres podía resultar divertido. Pero cinco o seis por temporada era simplemente tedioso. Y también preocupante: incluso Forebridge era capaz de reconocer a los charlatanes cuando cinco o seis pociones de amor fallaban consecutivamente.

—Vete a tu casa —espetó el alquimista a Jillet cuando éste le contó lo que quería—. Los ingredientes necesarios para la poción mágica que necesitas son difíciles y caros de obtener. No puedo satisfacer tu deseo.

Pero Jillet, que no habría podido echar mano de cinco cuartos en aquel momento, replicó: —No me importa el precio. Pagaré lo que haga falta.

El dilema del precio no había entrado nunca en su cabeza, pero estaba convencido de que podía resolverlo. Al fin y al cabo, la viuda Huchette tenía dinero de sobra.

Su confianza planteó un dilema totalmente distinto al alquimista. No era propio de los charlatanes rechazar dinero, pero ya había vendido demasiadas pociones de amor. Si la Providencia no inspiraba a la viuda en favor de uno de los cuatro o cinco primeros pretendientes, la reputación del alquimista —y, por tanto, sus ingresos— estaría en peligro. Tal vez en peligro físico. Tratando de protegerse, el alquimista pronunció una suma que habría dejado sin habla a cualquier hijo de pequeño propietario. Jillet no quedó impresionado. Cualquier suma era aceptable, puesto que no tenía ninguna intención de pagarla con su dinero.

—Muy bien —dijo con tranquilidad. Luego, como quería creer en su propia astucia, añadió—: Pero, si la poción no da resultados, tendrás que devolverme esa suma con intereses.

—¡Oh, por supuesto! —contestó el alquimista, que comprendió que no podía rechazar aquella cantidad de dinero—. Todos mis productos mágicos surten efecto. De lo contrario, averiguaré la razón. Vuelve mañana y trae el oro.

Y cerró de un portazo para que Jillet no tuviese la oportunidad de arrepentirse.

Jillet reflexionó mientras volvía a casa. Con tiempo para examinar el asunto, comprendió que se había colocado en una situación incómoda. Sí, el amor de la viuda Huchette prometía ser una valiosa inversión... pero sólo era una inversión, no dinero. El alquimista exigía dinero. De hecho, el dinero era necesario para conseguir la inversión. Y Jillet no lo tenía, al menos no en la cantidad mencionada por el alquimista. La verdad era que no había visto en su vida tanto dinero junto.

Y no tenía expectativas de que su pecunio creciese hasta ese punto, ni habilidades con las que ganarlo, ni propiedades que vender. ¿Dónde iba a encontrar tanto dinero un hombre como Jillet de Forebridge?

¿Dónde si no?

Jillet se felicitó por su sano juicio y fue a ver a los usureros. Hasta entonces no había tenido tratos con ellos, pero había oído rumores. Se decía que algunos de aquellos «prestamistas» eran más compasivos y menos exigentes que otros. Pues

bien, Jillet no necesitaba compasión; pero prefería espontáneamente a los hombres con reputación de afabilidad. Tras el honrado alquimista, fue en busca de un usurero afable.

Por desgracia, los usureros compasivos y afables tenían tanta bondad en sus corazones porque se la podían permitir; y ello debido a que sus inversiones apenas eran arriesgadas: exigían una garantía antes de poner en peligro su dinero. Esto desconcertó bastante a Jillet. Podía entender el significado de «garantía» —a duras penas—, pero no comprendía por qué la viuda Huchette no representaba ninguna garantía. Él utilizaría el dinero para pagar al alquimista; el alquimista le entregaría una poción de amor; el bebedizo haría sucumbir a la viuda; y el usurero cobraría gracias a las posesiones de la viuda. ¿Dónde estaba la falacia?

El usurero no tenía problemas para detectarla. Con más pena que desprecio, despidió a Jillet.

Otros «prestamistas» reaccionaron de manera similar. Sólo variaba su lástima, no su rechazo.

«Bueno, jamás conseguiré los favores de la viuda sin ayuda —pensó Jillet—. Debo conseguir esa poción.»

De modo que abandonó la búsqueda de un usurero afable y se dedicó, como un pez perdido, a nadar en aguas más cenagosas. Fue a negociar con la clase de prestamista que despreciaba al mundo porque lo temía. Lo temía porque su pecunio estaba siempre en peligro; y lo estaba porque no exigía garantías. Todo lo que pedía era un interés tremendo por su inversión.

—¡Una quinta parte! —protestó Jillet. Aquel interés le pareció alto incluso a él—. Ningún otro prestamista de Forebridge pide tanto.

—Ningún otro prestamista arriesga tanto —contestó con voz jadeante el hombre cuyo dinero estaba en peligro.

Para sus adentros, Jillet dio la razón al usurero. Y, al fin y al cabo, un quinto sólo era un número. No podía ser mucho, si conquistaba deprisa a la viuda.

—Muy bien —contestó con calma—. Como dice, no pide ninguna garantía. Y mi plan no puede fracasar. Una quinta parte al año no es demasiado si se tiene en cuenta lo que voy a ganar, especialmente —carraspeó con solemnidad, para dar más énfasis a sus palabras— porque sólo necesitaré su dinero durante una quincena como mucho.

—¿Al año? —El usurero casi hizo estallar un jarro con su voz—. ¡Me pagarás una quinta parte de mi dinero a la semana, o ya puedes ir a pedir dinero a idiotas como tú, porque a mí no me sacarás nada!

¡Una quinta parte a la semana! Tal vez, por un momento, Jillet se quedó realmente estupefacto. Quizá llegó al extremo de reconsiderar el rumbo que había emprendido. Una quinta parte a la semana, todas y cada una de las semanas... ¿Y si el bebedizo no surtía efecto? ¿O si era simplemente lento? Jamás podría pagar la primera quinta parte, por no hablar de la segunda o la tercera... y, desde luego, nunca podría devolver la suma inicial. ¡Aquello era la ruina!

Entonces se le ocurrió que una quinta parte, o dos, o veinte no importaban ante la riqueza de la viuda Huchette. Y, además, sería feliz por haber satisfecho honestamente su pasión.

Con aquella reconfortante suposición, aceptó las condiciones del usurero.

Al día siguiente, cargado con una bolsa que contenía más dinero del que había visto en toda su vida, Jillet de Forebridge fue a ver de nuevo al alquimista.

Éste ya lo tenía todo preparado. La esencia de la charlatanería era la astucia, y el alquimista era un charlatán hasta la médula. Había tomado la medida a su cliente — así como a sus propias circunstancias— y había decidido cuál sería su respuesta. En primer lugar, por supuesto, contó el dinero de Jillet y probó las monedas con polvos falsos y dientes auténticos. Desencadenó algunos fuegos y explosiones para causar más efecto: como la mayor parte de sus artimañas, podía causar una fuerte impresión cuando se lo proponía. Luego dijo:

—Joven, no eres el primero que viene a mí en busca de una poción para este asunto. Pero sí eres el primero —y sopesó la bolsa— que ha puesto tanto valor en su propósito. Por tanto, estoy obligado a darte un poder mágico capaz de superar a todos los demás, un poder que no sólo pueda conseguir su objetivo, sino que lo haga frente a la oposición de... varias... magias también implicadas. Es una empresa extraordinaria y peligrosa. Para que culmine con éxito, no sólo debes confiar ciegamente en ella, sino también apoyarla con atrevimiento. ¡Contempla esto!

El alquimista hizo ademanes con los brazos para crear más fuegos y explosiones. Cuando se disipó una humareda especialmente nociva, en la palma de la mano sostenía un saquito de piel con una correa.

—Usaré palabras sencillas —dijo el alquimista—, puesto que me molestaría profundamente que una magia de tanto valor y pureza fracasara porque tú no realizas tu parte. Tienes que llevar este amuleto colgado en el cuello y oculto bajo tu... —iba a decir «camisa», pero era obvio que el atavío de piel de Jillet no tenía nada que ver con aquellos refinamientos— jubón. Cuando necesites su poder, debes invocarlo de la siguiente forma, secreta y, sin embargo, eficaz.

Clavó la mirada en Jillet a través de las espesas cejas y prosiguió:

—Debes referirte a «mi pariente, Reave *el Justo*». Y debes tener tan pocos escrúpulos como el propio Reave *el Justo* para conseguir tu propósito. No debes titubear ante nada.

El alquimista estaba empleando su inspiración, su astucia. Por supuesto, el saquito sólo contenía basura maloliente. La magia estaba en las palabras «mi pariente, Reave *el Justo*». Cualquier hombre dispuesto a proclamar una afirmación tan asombrosa podía estar seguro de una cosa: tendría unas oportunidades que de otra manera le sería imposible. Se le abrirían las puertas, se le concederían audiencias y se le prestaría atención en cualquier lugar de los condados del norte, sin importar el evidente linaje de Jillet ni la calidad de sus ropajes. En este sentido, la magia que el alquimista le ofrecía era más verdadera que ninguna de sus pociones anteriores. Le

abriría las puertas de las casas. Y seguramente, si la viuda Huchette era lo bastante impresionable, también le abriría la puerta de su corazón; pues ¿qué mujer inocente e inestable podía resistir los encantos de la reputación de Reave?

Naturalmente, Jillet protestó. Como carecía de la inteligencia necesaria para comprender la superchería del alquimista, no llegó a entender su utilidad.

—Pero Reave *el Justo* no es pariente mío —objetó, mirando fijamente a su benefactor—. Mi familia es conocida en Forebridge. Nadie me creerá.

«Estúpido —pensó el alquimista—, idiota.»

—Sí que lo harán —replicó con una exasperación apenas disimulada, fruto del miedo de que Jillet le exigiera que le devolviese el oro—, si eres lo bastante atrevido, lo bastante confiado en tus actos. No es necesario que las palabras sean ciertas. No son más que un encantamiento secreto, una manera de invocar el amuleto sin delatar lo que estás haciendo. La magia sólo dará resultados si confías en ella.

Jillet todavía vacilaba. A pesar de la fuerza que le daba el pensar simplemente en la viuda Huchette, no alcanzaba a comprender el poder de las ideas: no entendía lo que podía conseguir con la idea de que estaba emparentado con Reave.

—¿Cómo es posible? —preguntó al aire, más que al alquimista. Deliberadamente, sin duda, éste había puesto a prueba su visión del mundo; y era el mundo el que debió de responderle. Esforzándose por expresar sus dudas, continuó—: Quiero una poción de amor para cambiar la actitud de la viuda hacia mí. ¿Qué obtendré diciendo o haciendo algo que no es verdad?

Tal vez esta inocencia explicaba parte del afecto que Forebridge sentía por él; pero no lo hizo más simpático a los ojos del alquimista.

—Escúchame bien. —«Torpe, bufón, imbécil», pensó el alquimista—. Esta magia es muy valiosa y si tú no le das valor se la ofreceré a otro. El objeto de tu deseo no te corresponde. Y tú quieres que ella te corresponda. Por consiguiente, es preciso alterar algo. O bien la obligamos a que —«reprima su repulsión hacia un memo como tú»— sienta un deseo del que ahora carece, o tú debes resultar más deseable a sus ojos. Yo te ofrezco ambas cosas. Tanto una acción atrevida como la reputación de ser pariente de Reave *el Justo* te harán deseable. ¿Qué más necesitas?

Jillet estaba cada vez más confundido. No estaba acostumbrado a discursos tan abstractos. No obstante, por suerte para el bolsillo del alquimista, lo que ocupaba la mente de Jillet no era una idea, sino una imagen: la imagen de un usurero que exigía la devolución de su dinero con un interés de una quinta parte a la semana, y que parecía ser capaz de merendarse los menudillos de Jillet si no conseguía lo que demandaba.

Al ver su situación desde la perspectiva de las imágenes y no de las ideas, Jillet comprendió que no podía ir a ninguna parte salvo hacia adelante. Tras él acechaban unas exigencias demasiado intensas para hacerles frente: delante estaban la viuda Huchette y la pasión.

—Muy bien —dijo, tratando por primera vez de emular la legendaria

determinación de Reave—. Dame la bolsa.

Con gesto solemne, el alquimista dejó el saquito en la mano de Jillet. Con similar expresión, Jillet se colgó la correa alrededor del cuello y ocultó el amuleto bajo el jubón.

Luego regresó a Forebridge, armado con la magia y la astucia, y completamente desprovisto de idea alguna sobre lo que podía hacer con sus nuevas armas.

Las palabras «confiado», «atrevido» y «sin escrúpulos» resonaban en su mente. ¿Qué querían decir? «Confiado» la entendió enseguida; «atrevido» era incomprensible; «sin escrúpulos» contenía un cierto tono de falsedad. Todas juntas, parecían tan extrañas como un puerco espín con cabeza de gallina... o un usurero afable. Jillet estaba totalmente desconcertado.

En aquel estado, se topó con uno de los aspirantes rivales al lecho de la viuda Huchette: un joven robusto, peludo y a menudo encaprichado que se llamaba Slup. No muchos días antes, Slup había considerado a Jillet un rival, quizás hasta un enemigo; se había comportado de una manera desagradable que había sorprendido al siempre afable Jillet. Sin embargo, después de aquel día Slup consiguió su propia poción alquímica y una nueva confianza restauró su buen talante. Saludó a Jillet con alegría y le preguntó dónde se había escondido últimamente.

«Confiado —pensó Jillet—. Atrevido. Sin escrúpulos.» ¿Era lógico que la magia no tuviera sentido para las personas corrientes? Si un hombre corriente deseaba beneficiarse de la magia, tenía que aprender a tener comportamientos que careciesen de sentido.

Reuniendo toda su determinación, Jillet contestó:

—He estado hablando con mi pariente, Reave *el Justo*. Y siguió su camino sin dar más explicaciones.

Ya había hecho bastante aunque, por supuesto, no lo sabía. Con aquellas pocas palabras había invocado el poder, no del amuleto, sino de las ideas. Slup contó lo que había oído a otros, quienes a su vez lo repitieron a otros más. Al cabo de unas horas, la noticia había corrido de un extremo al otro del pueblo. La falta de explicaciones —¿cuándo había iniciado Jillet aquella relación?, ¿por qué no la había mencionado antes?, ¿cómo había conseguido Reave *el Justo*, entre todos los hombres, visitar Forebridge sin ser reconocido?—, lejos de resultar un obstáculo, aumentó la eficacia de la declaración de Jillet. Aquella noche, cuando fue a su taberna favorita con la esperanza de encontrar a algún amigo con el que compartir una jarra de cerveza, descubrió que se habían transformado todos los demás... o él.

Entró en la taberna con lo que, en él, era un estado de cierta ansiedad. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que el farol que había lanzado a Slup estaba más allá de su comprensión. Al fin y al cabo, ¿qué experiencias había tenido con la alquimia? ¿Cómo podía estar seguro de su eficacia? Sólo sabía de aquellas cosas por la fama, por las historias que se contaban acerca de alquimistas, magos, brujas y nigromantes. El intervalo de tiempo entre su encuentro con Slup y la noche le había

producido más dudas sobre sí mismo que el asunto mucho más práctico de su deuda con el usurero. Cuando acudió a la taberna, sentía un poco de miedo de ser saludado con una carcajada general.

Sin embargo, él había invocado el poder de una idea, y una parte de la magia era que el parentesco con Reave *el Justo* no era algo que cualquier hombre o mujer preguntaría directamente. Nadie había preguntado a Jillet: «¿Qué especie de cuento disparatado estás diciendo?». Las consecuencias podían ser graves si el cuento resultaba ser verdad. Se decían muchas cosas sobre Reave y algunas eran terribles: enemigos abiertos en canal como pescados; linajes enteros exterminados; leyes y magistrados derribados. Nadie dio crédito a la afirmación de Jillet sobre su parentesco... pero nadie se arriesgó a cuestionarla.

Cuando entró en la taberna, no fue saludado con risas. Por el contrario, se hizo el silencio de inmediato, como si hubiera llegado Reave en persona. Todas las miradas se volvieron hacia Jillet, algunas recelosas, otras apreciativas... y no pocas entusiasmadas. Entonces, alguien le dio la bienvenida con un grito y la sala se llenó de murmullos que parecían artificialmente ruidosos tras el silencio que los había precedido; y Jillet se vio sumergido en las muestras de afecto de sus amigos y conocidos.

La cerveza corría sin freno, aunque él no tenía dinero para pagarla. Sus bromas eran saludadas con rugientes carcajadas y cariñosas palmadas en la espalda, a pesar de que estaba más acostumbrado a valorar el humor ajeno que a aventurar el propio. Los hombres se agolpaban a su alrededor para oír sus opiniones... y Jillet descubrió, en cierto modo con sorpresa, que tenía un número de opiniones insospechado. Las caras que había en derredor fueron enrojando a causa de la cerveza, el fuego del hogar y el placer. Jamás se había sentido tan querido.

Reconfortado por aquel buen humor sin precedentes, tenía motivos para felicitarse de ser capaz de reprimir cualquier mención de alquimistas y viudas. Aquella sensatez, en cualquier caso, siguió acompañándolo. Por otra parte, no pudo evitar algunas referencias estratégicas a «mi pariente, Reave *el Justo*»: experimentos acerca del poder de las ideas.

A causa de aquellas referencias, la camarera, una muchacha de pechos voluminosos y ánimo ardiente que siempre le había gustado y que también siempre se había negado a acostarse con él, pareció quedarse junto a su codo cuando volvió a llenarle la jarra, y dejó reposar varias veces las manos en su brazo. Una y otra vez, la muchacha se vio empujada contra su costado por la multitud; al mirarlo, sus ojos brillaban. Jillet descubrió con asombro que, cuando le rodeaba los hombros, ella no se libraba de su abrazo. De hecho, la muchacha lo aprovechó para apartarlo lentamente de los otros hombres y guiarlo por el pasillo que conducía a su habitación.

Aquella noche, Jillet de Forebridge tuvo más éxito que nunca. En la cama y en el cuerpo de la muchacha creyó sentirse el hombre que siempre había deseado ser. Y, a la mañana siguiente, sus dudas habían desaparecido; lo que le había parecido sensatez

se había ahogado en las turbulentas aguas de la magia, la astucia y la necesidad.

Ansioso, a pesar de sentir palpitaciones en la cabeza y pesadez en la lengua, Jillet de Forebridge inició su asedio a la casa señorial y a la fortuna y la virtud de la viuda Huchette.

Y lo hizo con el sistema directo, aunque poco imaginativo, de llamar a la puerta principal de la casa y solicitar hablar con ella. Entonces, sin embargo, se topó con un obstáculo inesperado. Como la mayoría de la gente del pueblo —salvo, quizás, algunos de sus conocidos más recientes, los usureros, que no le habían dicho nada al respecto—, desconocía la pretensión preferente de Kelven Divestulata hacia la viuda de Rudolph Huchette. No tenía idea de que el Divestulata había conseguido recientemente que aquella fortuna pasase a sus manos, ni que se había convertido, a efectos prácticos, en el casero de la viuda Huchette y el amo de todos los recursos materiales o monetarios que ella había obtenido de su matrimonio. Con toda probabilidad, a Jillet le habría parecido imposible imaginar que un hombre hiciera algo así.

Jillet no tenía ninguna experiencia en tratar con hombres como Kelven Divestulata. Por ejemplo, jamás habría podido suponer que Kelven no hubiera hecho el menor intento de cortejar a la viuda. ¿Acaso el cortejo no era la acción natural de la pasión? Quizá para otros hombres, pero no era el caso de Kelven. Desde el momento en que concibió por primera vez su deseo hasta el día en que consiguió la posición que le permitió satisfacerlo, sólo una vez habló con el objeto de sus afectos.

Se plantó ante ella —sin regalos ni halagos— y dijo sin rodeos:

—Sed mi esposa.

Ella apenas se atrevió a mirarlo y se tapó el rostro.

—Mi marido ha muerto y no volveré a casarme —contestó con voz apenas audible.

La verdad era que ella había amado a Rudolph con tanta pasión como le permitieron su inocencia e inexperiencia, y no tenía el menor deseo de reemplazarlo.

Si se hubiese atrevido a mirar a Kelven, lo habría visto con las mandíbulas apretadas y una vena sobresaliendo amenazadora de su sien.

—No acepto una negativa —anunció con una voz que era como un eco de una sentencia—. Y no pido las cosas dos veces.

Por desgracia, ella era demasiado inocente —o quizá demasiado ignorante— para temer ninguna sentencia.

—En tal caso —replicó con solemnidad— debéis de ser el más desgraciado de los hombres.

Así empezó y terminó la viuda su única conversación con su único enemigo.

Del mismo modo que Jillet no podía imaginar esta conversación, ni en sueños se le habría ocurrido cuál fue la reacción del Divestulata. En cierto sentido, habría sido correcto decir que todo Forebridge sabía más de Reave *el Justo*, que jamás había puesto su pie en la ciudad, que de Kelven Divestulata, cuya casa ancestral estaba a



menos de una hora de cabalgada. Reave era protagonista de relatos y rumores en cualquier ocasión; en cambio, ni los sabios ni los estúpidos hablaban de Kelven.

Así pues, pocas personas —y menos que nadie Jillet— conocían el brutal y apasionado matrimonio de los padres de Kelven, o la muerte de su padre en un ataque de furia, o la amargura que su madre descargó en él cuando su principal adversario desapareció. Muy pocos conocían las circunstancias que habían rodeado el final terrible y prematuro de la madre. Y nadie en absoluto sabía que el propio Kelven había preparado sus muertes en secreto, no por el trato que le dispensaban —que en realidad entendía y hasta cierto punto aprobaba—, sino porque comprendió que librarse de ellos lo beneficiaba, en especial si lo hacía de algún modo que les causase tanto dolor como fuera posible.

Cabía esperar que los sirvientes y empleados de la familia conocieran o adivinaran la verdad y que al menos uno de ellos dijera algo a alguien al respecto; pero, al cabo de unos meses del fallecimiento de su madre, Kelven había logrado despedir a todos los trabajadores de sus padres y los había sustituido por cocineros, criadas y mozos que no sabían nada y hablaban menos. De este modo, se libró por completo de las habladorías.

Como resultado, las pocas historias que circulaban sobre él tenían un cierto carácter legendario, como si se refirieran a otro Divestulata que hubiese vivido mucho tiempo atrás. El tema principal de estos relatos estaba relacionado con grandes sumas de dinero o con mujeres jóvenes en las que se había fijado y que habían desaparecido. Se sabía —supuestamente por cierto hecho— que algunos usureros habían tenido que marcharse de Forebridge maldiciendo el nombre de Kelven. Y era innegable que alguna joven había desaparecido. Por desgracia, el mundo era un lugar peligroso, sobre todo para las muchachas, y nunca se supo con claridad el destino de algunas. El único magistrado de Forebridge que había investigado el caso lo suficiente, hasta el extremo de interrogar a Kelven en persona, sufrió unos ataques de angustia tales que acabó por quitarse la vida.

Sin duda, Kelven vivía una vida segura.

No obstante, por razones que sólo él conocía, deseaba una esposa. Y estaba acostumbrado a tener lo que deseaba. Cuando la viuda Huchette lo rechazó, no se sintió vencido. Simplemente se propuso conseguir lo que deseaba por medios, menos directos.

Comenzó adquiriendo las inversiones realizadas por el fallecido marido para asegurar el futuro de la viuda. Las que no necesitó, permitió que fuesen a la ruina. Luego compró las deudas del difunto Huchette al usurero con quien las tenía. Eran pocas, pero le dieron la capacidad de reclamar una pequeña parte de las importaciones que eran la fuente de la riqueza de Rudolph Huchette. Su reclamación le permitió tener acceso a los libros de cuentas, así como ponerse en contacto con los socios. Gracias a estos conocimientos, pudo presionar a quienes producían las mercancías y, en un plazo de tiempo relativamente corto, tal como se miden tales

cosas, se convirtió en el propietario del negocio.

A continuación, fue un juego de niños para él revelar —en presencia de un magistrado, por supuesto— que Rudolph Huchette había conseguido su fortuna personal falsificando los números de su negocio. Con el tiempo, la fortuna pasó a manos de Kelven, quien se convirtió de hecho en el casero de la viuda Huchette, y en el amo de todos los recursos físicos y económicos de los que ella dependía a consecuencia de su matrimonio.

Naturalmente, Kelven no la echó de su antigua casa. ¿Adónde habría ido? La mantuvo a su lado y le cerró las puertas de la casa señorial. Si ella protestó, nadie la oyó a través de los gruesos muros.

De todo ello nada sabía Jillet cuando llamó a la puerta de la casa y solicitó audiencia con la viuda. Por consiguiente, se quedó estupefacto cuando lo hicieron pasar, no a la sala de estar de la viuda, sino al estudio de su nuevo señor, el Divestulata.

El estudio ya bastaba para impresionar a alguien como Jillet. Jamás había visto antes tanto roble y caoba pulidos, tanto metal y cuero fino. De no haber sido por su éxito sin precedentes de la noche anterior, su dolor de cabeza, que lo tenía aturdido, y la garantía recién recibida para ser audaz, tal vez la sala lo habría arredrado. En cambio, recitó la letanía que le había dado el alquimista y las palabras «confiado», «atrevido» y «sin escrúpulos» le dieron fuerzas para superar la impresión y llegar a advertir que el propio Kelven era todavía más impresionante; no por su gran estatura o volumen, sino por la expresión maligna e imperiosa con que contemplaba cuanto había a su alrededor. El estudio estaba poco iluminado y el rojizo resplandor de las velas en sus ojos daba la sensación de que eran las llamas del infierno reflejadas en la mirada de Satanás.

Por lo tanto, Jillet tuvo suerte de que Kelven no le prestase atención de inmediato, sino que siguiera examinando el documento que sostenía en sus gruesas manos. Podía ser una estratagema para expresar su desdén por el visitante, pero dio a Jillet unos momentos para agarrar el saquito mágico que llevaba escondido, ensayar el consejo del alquimista y fortalecer su determinación.

Cuando Kelven dejó la lectura o la treta, levantó su terrible cabeza y espetó sin preámbulos:

—¿Qué asunto te trae ante mi esposa?

En el pasado, esta pregunta habría dejado helado a Jillet. «¿Esposa?» ¿La viuda se había convertido en la *esposa* de Kelven Divestulata? Pero Jillet estaba poseído por su magia y su encantamiento, que le dieron un coraje renovado. Era imposible que Kelven se hubiese casado con la viuda. ¿Por qué? Porque no cabía la posibilidad de que una decepción de tal calibre le sobreviniera a quien acababa de ganarse, con oro y osadía honrados, el derecho de considerarse pariente de Reave *el Justo*. Creer que la viuda Huchette era la mujer de Kelven era una burla a la justicia y a la alquimia.

—Señor —comenzó Jillet; armado con la virtud y la magia, podía permitirse el

lujo de ser cortés—, mi «asunto» concierne exclusivamente a la viuda. Si realmente es vuestra mujer, habrá de ser ella misma quien me lo diga. No obstante, permitidme ser franco: no entiendo por qué alegáis falsamente que estáis casados. Sin la sanción de los sacerdotes, ningún matrimonio es válido... y no es posible dicha sanción hasta la publicación de las amonestaciones correspondientes. Y esto no lo habéis hecho.

Jillet hizo una pausa para felicitarse. No cabía duda de que la magia del alquimista funcionaba bien. Ya se había vuelto «más atrevido» de lo que lo había sido en toda su vida.

En efecto, lo había hecho tan atrevido que no se fijó en que Kelven entornaba los ojos y apretaba los puños. Jillet era insensible al peligro. Cuando el Divestulata se puso en pie para contestar, se limitó a sonreír con candor.

—Ella es mi esposa —anunció Kelven con énfasis—, porque yo se lo he reclamado. No necesito ninguna otra sanción.

Jillet parpadeó un par de veces.

—¿Os he entendido bien, señor? ¿La llamáis esposa... y os atrevéis a admitir que no estáis casados?

Kelven escrutó al visitante, pero no respondió.

—Entonces hay que presentar esta situación ante los magistrados.

En cierto sentido, Jillet no oyó sus propias palabras. Desde luego, no se detuvo a reflexionar si agradecerían al Divestulata. Su atención estaba concentrada en la alquimia y los encantamientos. Se regocijaba en su reciente osadía y se preguntaba hasta dónde podía llegar antes de tener que referirse a su pariente.

—El sacramento del matrimonio —prosiguió Jillet— existe para proteger a las mujeres de quienes son más fuertes, para que no queden unidas a ningún hombre contra su voluntad. —Esta excelente afirmación no era de su cosecha. La había citado casi literalmente de las lecciones de Derecho que había recibido de los sacerdotes—. Si no estáis casado con la viuda Huchette, sólo puedo llegar a la conclusión de que ella no ha elegido casarse con vos. En tal caso, señor —Jillet se había desembarazado claramente de toda clase de prevenciones—, no sois su marido. La habéis hecho vuestra esclava. Sed juicioso y permitidme hablar con ella.

Dicho esto, Jillet hizo una reverencia a Kelven, no por cortesía, sino regodeándose para sus adentros. El Divestulata era el único espectador de su actuación: como un actor consciente de su excelente trabajo, se inclinó ante su público. Bien pensado, quizá se encontraba todavía bajo los efectos de la cerveza de la noche anterior.

Naturalmente, Kelven veía la situación a través de otro prisma. Contemplaba a Jillet con rostro inexpresivo, a excepción de su habitual gesto ceñudo.

—Has mencionado a los magistrados —dijo pasados unos instantes. No parecía un hombre que se sintiese amenazado, sino alguien que rehuía toda responsabilidad por lo que iba a suceder a continuación. Una vez tomada su decisión, hizo sonar una campanilla que reposaba sobre su escritorio y añadió—: Hablarás con mi esposa.

El criado que había guiado a Jillet hasta el estudio del Divestulata apareció en el umbral. —Informa a mi mujer que va a recibirnos— le ordenó Kelven.

El criado hizo una reverencia y partió.

Jillet había comenzado a sonreír para sí. ¡Menuda victoria! Incluso un hombre como Kelven Divestulata era incapaz de resistirse a su magia... y todavía no había mencionado a Reave *el Justo*. Estaba convencido de que su éxito con la viuda era seguro. Ella sucumbiría a su magia, Kelven cedería ante la amenaza de avisar a los magistrados y todo sucedería tal como Jillet lo había soñado. Cuando Kelven lo sujetó del brazo, le sonrió feliz y no ofreció ninguna resistencia.

No obstante, quizá fue un error que dejase a Kelven agarrarlo. La presa del Divestulata era fuerte, brutalmente fuerte, y la presión de sus dedos en el brazo de Jillet le borró rápidamente la sonrisa de los labios. Jillet era un hombre fuerte, puesto que había trabajado toda su vida, pero la energía de Kelven lo hizo palidecer. Sólo gracias al orgullo y la sorpresa pudo tragarse sus protestas.

Sin decir nada ni apresurarse, Kelven condujo a Jillet a la habitación donde, según sus órdenes, su mujer debía recibir a las visitas.

A diferencia del estudio de Kelven, la sala de estar de la viuda estaba bien iluminada no por lámparas ni velas, sino por los rayos del sol. Tal vez solamente porque a ella le encantaba el sol, o porque quería ser vista tal como era, estaba sumergida en luz. Así hacía evidente de inmediato que seguía ataviada con el vestido de viuda, a pesar de su nuevo estado como esposa del Divestulata. También eran obvias la palidez de su rostro, las enjutas mejillas y la oscura angustia de sus ojeras. Nada hizo para disimular la aprensión que sintió cuando la mirada de Kelven se clavó en ella.

—Este zoquete desvergonzado —anunció Kelven a la viuda sin soltar el brazo de Jillet, como si éste no estuviera presente— cree que no estamos casados.

Tal vez la viuda estaba dolida e incluso aterrada, pero conservó la serenidad.

—Estoy casada con Rudolph Huchette en cuerpo y en vida —dijo con voz suave y cristalina. Tenía las manos entrelazadas en el regazo y no levantó la mirada de ellas—. Jamás volveré a casarme.

Jillet apenas la oyó. Tenía que apretar los dientes para no gemir a causa de la presa de Kelven.

—También piensa —prosiguió Kelven— que hay que informar a los magistrados que no estamos casados.

Aquellas palabras hicieron levantar la cabeza a la viuda. Un rayo de sol iluminó una chispa de esperanza en sus ojos... que se apagó cuando contempló a Jillet.

Derrotada, volvió a bajar la mirada. Kelven no se sintió satisfecho.

—¿Qué contestas? —inquirió.

El tono de la respuesta de la viuda dejó claro que no había tenido tiempo de acostumbrarse a la derrota.

—Confío en que informe a los magistrados —declaró—, pero creo que es un

estúpido por haberte avisado sus intenciones.

—Señora..., mi señora —dijo Jillet con voz entrecortada. Su triunfo se había desvanecido, e incluso su esperanza. Sentía que Kelven le aplastaba el brazo—. Haced que me suelte.

—¡Bah! —exclamó Kelven, y arrojó a Jillet al suelo con un brusco movimiento—. Es una ofensa sentirse amenazado por un idiota como tú. —Se volvió a la viuda y añadió—: ¿Qué crees que debo hacer si se me amenaza de esta manera por tu causa?

A pesar de su aflicción, la viuda Huchette todavía podía compadecerse de los insensatos. Su voz sonó aún más suave y débil, pero siguió siendo clara.

—Déjalo ir. Que diga cuanto quiera a los magistrados. ¿Quién le creará? ¿Quién aceptará la palabra de un trabajador cuando lo contradice el mismo Kelven Divestulata? Quizá sienta demasiada vergüenza para contárselo a nadie.

—¿Y si no la siente? —replicó de inmediato Kelven—. ¿Y si un magistrado lo escucha... y le cree lo suficiente para interrogarte? ¿Qué le dirías?

La viuda no levantó la mirada. No necesitaba mirar de nuevo a su «marido».

—Le diría que soy prisionera de tu maldad y el juguete de tu lujuria, y que daré gracias a Dios por Su piedad si me trae la muerte.

—Por eso no lo dejaré marchar.

Kelven sonó extrañamente satisfecho, como si hubiera declarado un deseo secreto.

—Quizá pondré su vida en tus manos —agregó—. Desearía verte loca de deseo por él. Si lo haces para que pueda divertirme, le permitiré seguir viviendo.

Jillet no oyó la respuesta que dio la viuda a esta sugerencia. Tal vez no escuchó nada de lo que el Divestulata y su «esposa» se dijeron. Se sentía avergonzado y el brazo le dolía tanto que la cabeza le palpitaba como si fuera a estallar; en realidad, estaba tan ocupado maldiciéndose por no haber invocado antes el poder de la alquimia que no prestó atención a cuanto se decía de él. Era un idiota y lo sabía. Era un idiota por haber pensado por unos instantes que podría conseguir por sí solo unas victorias que solo la magia podía alcanzar.

Así pues, se puso en pie con dificultad entre Kelven y la viuda, apretó el brazo contra el costado y dijo jadeando:

—Esto es intolerable. Mi pariente, Reave *el Justo*, se enfurecerá cuando se entere de todo esto.

A pesar de sus muchas diferencias, Kelven Divestulata y la viuda Huchette reaccionaron de forma idéntica: se quedaron totalmente paralizados, como si el poder mágico de aquel nombre, Reave *el Justo*, los hubiera convertido en piedra.

—Mi pariente no tiene compasión —continuó Jillet, apremiado por la vergüenza, el dolor y su nueva comprensión del poder de las ideas—. Todo el mundo lo sabe. No tiene paciencia ante la injusticia o la tiranía, ni ante quienes abusan de los indefensos, y cuando lo domina la ira nada puede interponerse en su camino.

Tal vez porque era un idiota, fue capaz de hablar con absoluta convicción.

Cualquier hombre que no hubiera sido un imbécil se habría dado cuenta de que ya había hablado demasiado.

—Será mejor que vengáis conmigo ante el magistrado —dijo entonces a Kelven — y confeséis el mal que habéis infligido a esta mujer. Él será más condescendiente con vos que Reave *el justo*.

Todavía unidos bajo la influencia de este nombre, la viuda y Kelven dijeron al unísono: —¡Idiota! Ahora estás perdido.

Pero ella añadió:

—Kelven te matará.

Y él dijo:

—Te dejaré vivir.

Cuando oyó a Kelven, Jillet se sintió confundido por unos momentos, con la engañosa impresión de que había triunfado; creyó haber salvado a la viuda y a sí mismo, y haber vencido al Divestulata. Entonces, Kelven lo dejó inconsciente de un golpe y el error se desvaneció.

Cuando despertó —con un dolor de cabeza, una debilidad y una sed mayores de los que había sentido nunca—, se encontró en una cámara de la que no había salido nadie salvo el propio Kelven y sus hombres. El propio Kelven había tenido una habitación como aquélla en su casa familiar y conocía su valor. Por lo tanto, poco después de adquirir la casa señorial ordenó que se cavase aquella cámara en la roca bajo los cimientos del edificio. Nadie sabía de su existencia en Forebridge. El polvo y la roca extraídos se ocultaron en la construcción de otras partes de la casa señorial, principalmente en las perreras que hizo construir para los mastines que tenía para cazar y otras distracciones similares. Y los hombres habían sido enviados por el Divestulata a realizar otros servicios en condados alejados de Forebridge. Por tanto, cuando Jillet despertó no se hallaba simplemente en una habitación donde nadie lo oiría gritar: allí ni siquiera lo buscarían.

En cualquier caso, se sentía demasiado enfermo y humillado para gritar. El golpe de Kelven había estado a punto de aplastarle el cráneo y los grilletes de las muñecas le sujetaban los brazos en un ángulo que casi le dislocaba los hombros. No lo sorprendió que hubiera luz, proyectada por una única vela adherida con su sebo a un banco situado a un par de metros. Su asombro ya era demasiado grande, y su inquietud demasiado intensa, para permitirse el lujo de sorprenderse por la presencia o la ausencia de luz.

Sentado en el banco, junto a la vela, distinguible en las tinieblas como el oscuro corpachón de un demonio, estaba Kelven Divestulata.

—¡Ah! —susurró Kelven—, ya has abierto los ojos. Y levantas la cabeza. Comienza el dolor. Háblame de tu parentesco con Reave *el Justo*.

Jillet era, bueno, un idiota. La alquimia le había fallado y el poder de las ideas era poca cosa comparado con la potencia del puño de Kelven. A decir verdad, Jillet siempre había vivido a merced de los acontecimientos... o bajo los dictados de las

decisiones, las necesidades, o incluso los caprichos de otros. No era un oponente digno de un hombre como el Divestulata.

De todos modos, era querido en Forebridge por una razón, que era conocida como «afabilidad», pero que también podía llamarse «bondad» o «generosidad». No respondió a la pregunta de Kelven, sino que, a pesar del dolor, logró decir:

—Esto está mal. Ella no se lo merece.

—¿«Ella»? ¿Te refieres a mi mujer? —Kelven estaba levemente sorprendido—. No hablamos de ella, sino de tu pariente, Reave *el Justo*.

—Ella es débil y tú eres fuerte —insistió Jillet—. Está mal abusar de ella sólo porque es incapaz de oponerse a ti. Al hacer esto, te estás condenando. Pero creo que no te importa condenarte. —Aquella perspicacia era inusual en él—. Aun así, debería importarte que te rebajas cuando utilizas la fuerza contra una mujer que no puede ofrecer resistencia.

—Reave es famoso por entrometerse en los asuntos de otros —prosiguió Kelven, como si Jillet no hubiese dicho nada—. De hecho, tiene una amplia reputación de metomentodo. Creo que me gustaría acabar con eso. Sin duda, su reputación es puro chismorreó... pero esos chismes me ofenden. *Acabaré* con todo eso.

—No me extraña que ella se negara a casarse contigo —continuó Jillet, pero su voz comenzó a quebrarse y tuvo que esforzarse por contener las lágrimas—. Lo raro es que no se haya matado antes que sufrir tu contacto.

—¡*Imbécil!* —exclamó Kelven, humillado por unos momentos—. ¡Ella no se ha suicidado porque no se lo he permitido! —Recuperó rápidamente la compostura y añadió—: No obstante, has dicho algo que no es una estupidez. Un hombre fuerte que ejerce su poder sobre los débiles termina volviéndose débil también. He decidido llevar a cabo una acción más útil. Voy a librar al mundo de ese Reave *el Justo*.

»Dime cómo propones que tu “pariente” se involucre en mis asuntos. Tal vez te permita llamarlo —el Divestulata lanzó una ronca carcajada— para que os rescate a ti y a mi mujer.

Jillet se derrumbó. Lloró de impotencia y estupidez, sin entender que Kelven quisiera mantenerlo con vida cuando la viuda Huchette había predicho que lo mataría. Entre lágrimas, recriminaciones contra sí mismo y peticiones de piedad, dijo la verdad al Divestulata.

—No soy pariente de Reave *el Justo*. Es imposible. Dije estar emparentado con él porque un alquimista me instruyó así. Sólo deseaba una poción de amor para ganar el afecto de la viuda, pero él me persuadió para que hiciera esto.

En aquellos momentos, Jillet fue incapaz de comprender que, si siguió con vida, fue sólo porque Kelven no le creyó.

Y, por ello, la conversación se volvió cada vez más difícil. Kelven lo apremiaba; Jillet protestaba. Kelven lo golpeaba; Jillet gemía. Por último, Jillet perdió el conocimiento, y Kelven se marchó.

La vela siguió ardiendo.

Fue sustituida por otra, y luego por otra, y ésta por varias más, de manera que Jillet nunca quedaba totalmente envuelto por la oscuridad; pero no las vio consumirse y apagarse, ni cómo colocaban las nuevas. Por alguna razón, siempre estaba inconsciente cuando eso ocurría. Las velas consumidas no eran retiradas del banco, por lo que tenía una cierta forma de calcular el tiempo de su encarcelamiento. Aun así, no sabía durante cuánto tiempo ardían las velas y por eso sólo podía concluir, a partir de la fila cada vez más larga de velas consumidas, que llevaba mucho tiempo. Era alimentado a intervalos que le era imposible predecir. A veces era Kelven quien lo alimentaba; otras veces, la viuda. En ocasiones, ella se despojaba de sus ropas y acariciaba las frías carnes de Jillet con las lágrimas que brotaban de sus ojos. De vez en cuando, Jillet se ensuciaba encima. Pero sólo las velas servían para medir el transcurso de su existencia y él no podía interpretarlas.

—¿Cuál es tu parentesco con Reave?

—¿Cómo te pones en contacto con él?

—¿Por qué se entromete en los asuntos de otros?

—¿Cuál es el origen de su poder?

—¿Qué es Reave?

El pobre Jillet no sabía la respuesta a ninguna de estas preguntas. Su ignorancia era la causa de su tormento y la amenaza más inmediata a su vida; pero también podía salvarlo. Mantenía la atención de Kelven centrada en él... y en los perversos placeres que le proporcionaban la viuda y él. De hecho, Kelven quedó cegado por el poder de las ideas: el desconocimiento de Jillet sobre cualquier cosa levemente útil en relación con Reave *el Justo* mantuvo a Kelven ignorante de que los habitantes de Forebridge, a su manera prudente y disimulada, habían llamado a Reave en nombre de Jillet.

A decir verdad, la mayoría de ellos no habrían podido afirmar que sabían que Reave había sido llamado... o que sabían cómo. Reave no era un magistrado al que pudiesen presentarse apelaciones, ni un dignatario del condado a quien pudiera escribirse una carta, ni un señor del reino a quien pudiera solicitarse justicia. Por lo que sabían los ciudadanos de Forebridge con certeza, ni siquiera era un hombre; era sólo un relato de lugares lejanos, una leyenda insistente que volaba en sus propios y extraños vientos por los condados del norte. ¿Podía invocarse al viento? ¿No? Entonces, ¿podía llamarse a Reave *el Justo*?

En realidad, Reave fue invocado con el sistema simple, casi anónimo, de contar la historia. A todos los hombres y mujeres, pastores y trovadores, comerciantes y soldados, mendigos y charlatanes que pasaban por Forebridge, tarde o temprano alguien comentaba que «Reave *el Justo* tiene un pariente que desapareció hace poco». Esas personas seguían su camino y cuando tenían ocasión repetían aquella historia, y así se corrió la voz.

No es posible hacer oídos sordos a una llamada como aquélla. De forma inevitable, Reave *el Justo* la oyó y fue a Forebridge.



Como una brisa o un cuento, pareció llegar procedente de ninguna parte; un día, no mucho después de la desaparición de Jiliet, estaba allí en Forebridge. Como una brisa o un cuento, no guardó el secreto de su llegada; no entró a escondidas en la ciudad, ni envió espías, ni viajó de incógnito. Llegó sin anunciarse previamente... pero todos los que lo vieron supieron al instante quién era, así como cuál era la razón de su llegada.

A cierta distancia era irreconocible, por supuesto; sólo iba vestido con una camisa de viajero, marrón y sin adornos, unos pantalones de cuero bastante desgastados y botas voluminosas y cubiertas de polvo. Llevaba cortados los cabellos, también sucios de polvo, a una longitud conveniente, y sus pasos eran enérgicos y seguros, pero no más que los de otros hombres que sabían adónde iban y por qué. De hecho, el único detalle que lo distinguía de los agricultores y conductores de caravanas era que no se protegía del sol con un sombrero. Sólo cuando se acercaba se hacían perceptibles las cosas extrañas que había en él.

El polvo indicaba que había caminado un largo trecho, pero no demostraba fatiga, hambre ni sed. Sus ropas habían sido muy expuestas a los elementos, pero no iba cargado con ningún saco o mochila para la comida, ropa u otros artículos de necesidad. Bajo el prolongado azote del sol, podría haber adquirido la costumbre de mirar de soslayo o de tener la cabeza gacha; sin embargo, mantenía el rostro alzado y los ojos abiertos y despiertos, como luminarias del cielo. Y no llevaba ningún cuchillo en el cinto, bastón en la mano ni carcaj sobre el hombro; nada con que defenderse de asaltantes de caminos, bestias hambrientas o enemigos enfurecidos. Su única arma, por lo que pudieron ver los habitantes de la ciudad, era simplemente que parecía más destacado que cualquiera de quienes lo rodeaban; más definido, como si su figura mejorase la visión de los que lo contemplaban. A quienes lo miraban les resultaba casi imposible apartar la vista de él.

Las personas que primero lo vieron lo bastante de cerca para reconocerlo, no se sorprendieron cuando empezó a hacer preguntas sobre «su pariente, Jiliet de Forebridge». Sólo les extrañó que su voz fuera tan amable y serena —teniendo en cuenta su reputación de tomar decisiones implacables y emprender acciones extremas— y que admitiese el increíble parentesco que Jiliet había proclamado por primera vez hacía apenas una semana.

Por desgracia, ninguna de las personas a las que Reave *el Justo* interrogó tenía la menor idea de lo que había sido de Jiliet.

Los habitantes de Forebridge no solían hacer ostentación o exhibiciones públicas de sus asuntos. Sin embargo, Reave les hizo olvidar su habitual parquedad. No necesitó ir a interrogar a la gente; la gente acudió a él. En el camino que servía en Forebridge como plaza pública y mercado de subastas, hizo sus preguntas una vez, quizá dos, y aguardó en silencio a que la multitud que se iba reuniendo a su alrededor atrajera a más personas, mientras sus preguntas eran repetidas en su nombre a los recién llegados. Por fin, un hombre grueso con la fuerza de un tronco de árbol y una

mente a esa misma altura, inquirió:

—¿Qué aspecto tiene ese Jillet?

Las descripciones que obtuvo fueron confusas; pero, bajo la influencia de Reave, se aclararon lo suficiente para ser comprensibles.

—Hmmm... —gruñó el individuo—, un hombre así visitó a mi amo el otro día.

Quienes lo conocían revelaron de inmediato que trabajaba de guardián para uno de los usureros menos detestados de Forebridge. También informaron a Reave dónde podía encontrar al prestamista. Reave *el Justo* asintió con gesto solemne.

Sonrientes, como si estuvieran seguros de la gratitud de Reave y supiesen que se la habían ganado, los que se habían congregado a su alrededor comenzaron a dispersarse. Reave echó a andar entre ellos. Poco después entró en el local del usurero y se puso a hablar con él.

El usurero le proporcionó el nombre de la viuda Huchette. Al fin y al cabo, Jillet había ofrecido sus riquezas como garantía en su intento de conseguir el oro. A pesar de su admitido parentesco con Jillet, Reave no quedó satisfecho de la información que pudo darle el usurero. Aquella conversación lo envió a la busca de alquimistas, hasta que encontró a quien quería.

Al alquimista que había concebido la estratagema de Jillet hacia la viuda no le parecieron tranquilizadores el aspecto definido y la serenidad de Reave, sino todo lo contrario. De hecho, a duras penas pudo contener el impulso de arrojarle humo a la cara y tratar de huir por la ventana. En sus temores y fantasías más desbocados, jamás había pensado que el propio Reave *el Justo* le pediría cuentas por el consejo que había vendido a Jillet. De todos modos, había algo en la franca y viva mirada de Reave que lo convenció de que no tenía esperanzas de huir. El humo no cegaría a Reave, y, cuando el alquimista saltase por la ventana, Reave estaría delante, esperándolo.

Balbuceando como un niño avergonzado —y maldiciendo a Reave para sus adentros por ejercer esta influencia sobre él—, el alquimista reveló la naturaleza de su transacción con Jillet. Luego, en un raptó de abnegación a uto protectora, y tratando de desviar el tremendo influjo de Reave, sacó el oro que había recibido de Jillet y se lo ofreció a su «pariente».

Reave sopesó la oferta por unos instantes y la aceptó.

—Jillet debe pagar por su insensatez —dijo en voz baja, pero perfectamente inteligible—. No obstante, no te mereces sacar provecho de ello.

Tan pronto como salió de la casa del alquimista, Reave arrojó las monedas a los matojos con tanta fuerza que el alquimista perdió toda esperanza de volver a encontrarlas.

En secreto, el alquimista gimió como si hubiese perdido un ser querido. Pero no se permitió emitir ningún sonido, ni de pesar ni de protesta, hasta que Reave *el Justo* estuvo demasiado lejos para oírlo.

Solo, sin anunciarse y sin blandir ninguna arma o protección visibles, Reave se

dirigió a la casa señorial del difunto Rudolph Huchette. Naturalmente, parte de su poder radicaba en que jamás revelaba a nadie cómo había realizado las extraordinarias hazañas por las que era conocido. Por lo que respecta al mundo o a los relatos que corrían sobre él, sólo hacía lo que hacía. Ni Jillet ni la viuda —y, desde luego, ni Kelven Divestulata— fueron capaces de explicar los sucesos que tuvieron lugar en la casa señorial tras la llegada de Reave. Empezando por su misma llegada, todos consideraron los acontecimientos como absolutamente misteriosos.

El primer misterio fue que los mastines que vigilaban los muros de la casa señorial no ladraron. Los sirvientes del Divestulata no fueron alertados y nadie solicitó entrar en el cuarto de guardia ni llamó a ninguna de las puertas de la casa. Además, la celda donde estaba prisionero Jillet estaba custodiada, no simplemente por perros, guardias y puertas con cerrojos, sino por la ignorancia, pues nadie sabía en Forebridge que tal cámara existiese. Aun así, cuando Jillet había medido ya su encarcelamiento en una docena o tal vez quince velas gruesas y su comprensión de sus circunstancias había sobrepasado la confusión y dolor normales hasta llegar a ser tan consciente de su fatal destino que éste parecía deseable, logró de pronto levantar los párpados lo suficiente para ver a un hombre plantado ante él en las sombras, un hombre que no era Kelven Divestulata... y que no se asemejaba a nadie que Jillet conociese.

El hombre, sonriendo con gesto de preocupación, llevó un poco de agua a los labios de Jillet. Y cuando éste hubo bebido cuanto pudo, le puso en la boca un par de bocados de panal de miel.

Luego, el hombre aguardó a que Jillet hablara.

El agua y la miel dieron a Jillet unas pocas fuerzas que había olvidado que le quedasen. Redobló los esfuerzos para centrar la mirada en la extraña figura que le sonreía sobriamente y le preguntó:

—¿Has venido a matarme? Creía que estas cosas las hacía él mismo. Y que le gustaban.

En la mente de Jillet, «él» era siempre el Divestulata. El hombre meneó la cabeza negativamente.

—Yo soy Reave —declaró, y su voz sonó firme a pesar de hablar en voz baja—. He venido a averiguar por qué afirmas ser pariente mío.

En otras condiciones, Jillet habría sentido miedo de tener enfrente a Reave *el Justo*. Siendo un hombre afable, confiaba en la afabilidad de los demás y, por tanto, no habría imaginado que Reave pretendiese hacerle daño, pero se sentía vulnerable en la cuestión que Reave había mencionado. Por varias razones, Jillet no era un hipócrita; una de ellas era que no le gustaba que lo *pillasen*... y siempre era muy fácil *pillarlo*. Ser descubierto en una mentira lo molestaba y lo avergonzaba.

Sin embargo, en aquellos momentos las ideas de vergüenza y apuro eran demasiado triviales para tenerlas en cuenta. Kelven lo había privado hacía tiempo de cualquier deseo de disimulo que pudiese tener. A la pregunta de Reave, contestó tan

bien como le permitió su sensación de estar condenado:

—Quería a la viuda.

—¿Por sus riquezas? —inquirió Reave.

Jillet negó con la cabeza.

—Las riquezas parecen agradables, pero no las entiendo. —Desde luego, las riquezas no parecían haber dado a la viuda ni a Kelven ninguna satisfacción especial —. La quería a ella.

—¿Por qué?

Esta pregunta era más difícil. Jillet podría haber mencionado su belleza, juventud, exotismo; también podría haber comentado su tragedia. Pero la penetrante mirada de Reave hacía inadecuadas aquellas respuestas.

—Ser amado por ella habría significado algo —respondió Jillet por fin.

Reave asintió.

—Querías ser amado por una mujer cuyo amor era valioso —comentó, y luego añadió—: ¿Por qué pensaste que podías ganarte su cariño con la alquimia? El amor que vale la pena tener no merece ser engañado. Y ella nunca te habría querido de verdad si hubieses obtenido su amor con falsedades.

Jillet consideró fácil esta pregunta. Muchas velas atrás —casi al principio—, el dolor en los brazos le había hecho sentir como si se le hubiera abierto el pecho, dejando sus entrañas al descubierto.

—Ella no me habría amado —contestó—. Ni siquiera se habría fijado en mí. No conozco el truco para que las mujeres me concedan su amor.

—El «truco»... —meditó Reave—. Eso es inadecuado, Jillet. Debes ser franco conmigo.

La miel, o la desesperación, dieron a Jillet unos momentos de fuerza.

—He sido franco desde que él me encerró en este lugar. Creo que ya estoy muerto y esto debe de ser el infierno. ¿Cómo es posible si no que estés aquí? Tú, Reave *el Justo*, no eres pariente mío. Algunos hombres son como la viuda: vale la pena tener su amor. No lo entiendo, pero veo que las mujeres distinguen quiénes son esos hombres y se entregan a ellos.

»Pero yo no soy uno de ellos. No tengo nada que ofrecer que una mujer desee. Debo ganar su amor con la alquimia. Si la magia no lo consigue, jamás conoceré el amor.

Reave llevó agua fresca a los labios de Jillet y puso varios bocados más de panal de miel en su boca. Luego, se fue. Pero, al llegar a la puerta de la cámara, se volvió y dijo:

—Estas equivocado en una cosa, Jillet de Forebridge: tú y yo sí somos parientes. Todos los hombres son de la misma sangre y yo estoy vinculado a todo hombre que me reivindique de corazón. —Y, al salir, añadió—: Aquí estás prisionero por tu propia estupidez. Debes rescatarte a ti mismo.

Cerró la puerta tras él y se marchó.

La puerta era maciza y la cámara había sido cavada honda: nadie oyó el gemido de desolación de Jillet.

Desde luego, la viuda no lo oyó. En realidad no tenía afición a escuchar tales cosas. Le producían pesadillas... y su vida ya era una pesadilla por si sola. Cuando Reave la encontró, se hallaba en su dormitorio, acurrucada en la cama, sollozando inútilmente. Le cubrían los hombros los restos de su camisón y tema los labios y los pechos enrojecidos por la presión de la efusión de Kelven.

—Señora —dijo Reave con cortesía; pareció contemplar su desnudez del mismo modo que había observado el tormento de Jillet—, ¿sois la viuda Huchette?

Ella lo miró, demasiado aturdida por el horror para poder hablar. A decir verdad, no obstante, el horror no tema nada que ver con él. Era la consecuencia natural de la manera como el Divestulata hacía el amor. Ahora que había terminado con ella, tal vez había enviado a uno de sus mozos de cuadra, sirvientes o socios de sus negocios para gozar de ella.

—No tenéis nada que temer de mí —le informó el visitante en tono afable—. Soy Reave. Los hombres me llaman «Reave *el Justo*».

La viuda era joven, extranjera y desconocía el mundo; pero ninguna de aquellas limitaciones habían bastado para que no escuchase las historias que se contaban a su alrededor. Aquel hombre era la leyenda más famosa de los condados del norte: se había hablado de él en su presencia desde que Rudolph la había llevado a Forebridge. Gracias a ello había comprendido el peligro de la declaración de Jillet al verlo por primera vez; y gracias a ello también emitió ahora un breve gemido de sorpresa. Luego, una esperanza desbocada se apoderó de ella. Y, antes de que él pudiese añadir nada, la viuda comenzó a sollozar.

—¡Oh, señor, doy gracias al cielo por vuestra venida! ¡Debéis ayudarme! ¡Tenéis que hacerlo! Mi vida está sumida en la angustia y ya no puedo soportarlo más. Ese hombre me viola una y otra vez, me obliga a hacer los actos más viles según su capricho. No estamos casados; no le creo cuando dice que estamos casados. Mi marido está muerto y no deseo ningún otro. ¡Oh, señor, tenéis que ayudarme!

—Lo pensaré, señora —contestó Reave como si siguiera impasible—. Debéis tener en cuenta, sin embargo, que hay muchas clases de ayuda. ¿Por qué no os habéis ayudado a vos misma?

La viuda había abierto la boca para verter un torrente de protestas, pero se detuvo bruscamente y una palidez mortal le blanqueó el rostro.

—¿Ayudarme a mí misma? —susurró—. ¿Ayudarme?

Reave clavó su limpia mirada en ella y aguardó.

—¿Estáis loco? —preguntó ella, todavía en susurros.

—Tal vez —concedió él, y se encogió de hombros—. Pero yo no he sido violado por Kelven Divestulata. No suplico ayuda. ¿Por qué no os habéis ayudado a vos misma?

—¡Porque soy una mujer! —protestó, no con desprecio, sino en tono lastimero—.

Estoy indefensa. No tengo fuerza en los brazos, ni sé manejar armas, ni conozco el mundo, ni tengo amigos. Él se adueñó de todo lo que podría haberme ayudado. Habría sido más sencillo para mí rasgar esos muros que defenderme de él.

Reave volvió a encogerse de hombros.

—Sigue siendo un violador... y probablemente un asesino. Y veo que no habéis sido herida. Señora, ¿por qué no ofrecéis resistencia? ¿Por qué no le habéis cortado el cuello mientras dormía? ¿Por qué no os habéis cortado el vuestro, si su contacto es tan repulsivo?

La mirada de horror que ella le lanzó era indudablemente dedicada a él, causada por aquellas preguntas, pero Reave no desistió por ello, sino que dio un paso más hacia ella.

—Os he ofendido, señora. Pero soy Reave *el Justo*, y no tengo en cuenta quién se ofende. Hurgaré un poco más en vos. —Los ojos de Reave replicaron al horror de la viuda con una llama que la mujer no había visto en ellos antes, un incendio de límpida ira—. ¿Por qué no habéis hecho nada para ayudar a Jillet? Vino a vos tan inocente e ignorante como vos misma. Su tormento es tan terrible como el vuestro. Os acurrucáis en vuestro blando lecho y suplicáis que os rescaten de un opresor a quien no os oponéis, y no os importa lo que haya sido de Jillet.

Tal vez la viuda temió que se acercase aún más y le pegase, pero no lo hizo. Por el contrario, dio media vuelta.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo para comentar:

—Ya he dicho que hay muchas clases de ayuda. ¿Cuál os merecéis, señora?

Partió del dormitorio con tanto sigilo como había llegado, dejándola sola.

El día se acercaba a su final, y ni Kelven ni sus perros o sus sirvientes sabían que Reave *el Justo* deambulaba libremente por la casa señorial. No tenían motivos para saberlo, pues él no se aproximaba a nadie, no hablaba con nadie, ni fue visto por nadie. Aguardó a la caída de la noche en Forebridge, hasta que los mozos y criadores, cocineros y lacayos, sirvientes y secretarias se hubieron retirado a sus aposentos, hasta que sólo los hambrientos mastines seguían despiertos dentro de los muros, porque los guardias que debían cuidarlos habían perdido el interés en sus deberes. Aguardó a que Kelven, solo en su estudio, hubiera acabado de leer sus planes de arruinar a un aliado que lo había ayudado lealmente durante una reciente guerra comercial, y que se hubiese servido una copa de fino coñac antes de divertirse con Jillet. Sólo entonces se acercó Reave al escritorio del Divestulata para escrutarlo a través de la mortecina luz de las lámparas.

No era fácil asustar a Kelven, pero la inesperada aparición de Reave le produjo un sobresalto.

—¿Por los huevos de Satanás! —gruñó sin avergonzarse—. ¿Quién diablos eres?

Su visitante contestó con una sonrisa que no era simpática en absoluto.

—Me apena —admitió— que no creyeras que iba a venir. No soy tan conocido como creía... u hombres como tú no valoran mi reputación lo suficiente. Soy Reave

*el Justo.*

Si Reave esperaba un gesto de sorpresa, apuro o alarma como respuesta a su anuncio, quedó decepcionado. Kelven se tomó unos momentos para examinar la situación, como si quisiera asegurarse de que había oído bien. Luego se acomodó en la silla y lanzó una carcajada que semejaba el gruñido de uno de sus mastines.

—Así que decía la verdad. ¡Qué cosa tan asombrosa! Pero eres lento, Reave *el Justo*. Ese supuesto pariente tuyo lleva muerto varios días. Dudo que encuentres jamás su tumba.

—En realidad, no somos parientes —contestó Reave con voz impasible—. He venido a Forebridge a averiguar por qué un hombre con quien no tengo ninguna relación ha proclamado algo así. ¿De veras está muerto? Entonces no sabré la verdad de sus labios. Eso... —a la luz de las lámparas, los ojos de Reave relucían como briznas de mica— me disgustará mucho, Kelven Divestulata.

Antes de que Kelven pudiese contestar, Reave preguntó:

—¿Cómo murió?

—¿Cómo? —Kelven meditó la pregunta—. Como la mayoría de los hombres: llegó a su fin. —Los músculos de las mandíbulas se abultaron cuando añadió—: Tú también encontrarás ese destino... algún día. Me resulta difícil imaginar por qué no lo has encontrado ya. Tu preciosa reputación —se relamió los labios— es lo bastante antigua para que te hubiese llegado la muerte.

Reave hizo caso omiso de este comentario.

—No eres sincero, Kelven. Mi pregunta era menos filosófica. ¿Cómo murió Jillet? ¿Lo mataste tú?

—¿Yo? ¡Nunca! —La protesta de Kelven era sincera—. Es un idiota; murió de amor.

—Atrapado, sin duda, por la viuda Huchette... —sugirió Reave como explicación.

Una sombra de inseguridad cruzó la mirada de Kelven.

—Sin duda.

—... con quien alegas falsamente haberte casado, pero que en realidad es tu prisionera y tu víctima en su propia casa.

—¡Ella es mi esposa! —repuso Kelven sin poder contenerse—. Yo la he reclamado. No necesito la aprobación de la gente ni las ridículas sanciones de la ley para satisfacer mis deseos. La he reclamado y ahora es *mía*.

Los labios de Reave y la tensión alrededor de sus ojos sugerían diversas réplicas que no expresó. En cambio, contesto con suavidad:

—He observado que no tienes nada que reprochar a mi afirmación de que ésta es la casa de la viuda.

—¡Bah! —exclamó Kelven, escupiendo—. ¿Te llamas «Reave *el Justo*» porque eres honrado, o porque eres «justamente» un imbécil? Esta casa me fue concedida públicamente por un magistrado, en compensación por los perjuicios a mis intereses

causados por aquel fallecido ladrón, Rudolph Huchette.

Las intenciones del Divestulata respecto a Reave, que ya había anunciado a Jillet, eran más claras a cada momento. En los últimos años, en ciertas ocasiones durante las horas más oscuras de la noche y en la intimidad más honda de su corazón, se había considerado el antagonista natural de hombres como Reave, entrometidos santurriones cuyas ideas de la virtud no les costaban nada a ellos y todo a sus enemigos. En parte, esta percepción de sí mismo surgía de su propia maldad natural y orgánica; y, en parte, de que era consciente de que la mayoría de sus victorias sobre hombres inferiores a él —hombres como Jillet— habían sido demasiado fáciles y, para su propia satisfacción, necesitaba desafíos más grandes.

De todas formas, esta conversación con su antagonista natural no era lo que habría deseado. Sus planes no incluían ninguna defensa de sí mismo: él quería atacar. Tratando de conseguir la iniciativa, repuso:

—Sin embargo, mi derecho de propiedad sobre esta casa, al igual que sobre la viuda de Rudolph, no es asunto tuyo. Si tienes algún interés legítimo sobre lo que ocurre aquí, concierne a Jillet, no a mí. ¿Con qué derecho entras en mi casa y en mi estudio a estas horas de la noche para insultarme con tus preguntas e insinuaciones?

Reave se permitió una sonrisa un tanto amenazadora. Como si no hubiese oído lo que acababa de preguntarle Kelven, contestó:

—Mi epíteto, «el Justo», deriva de la fabricación de moneda. Se refiere a la medida y la calidad del oro. Cuando una moneda contiene oro con el peso y la pureza exactos que debe tener, se dice que es «justa». Tal vez no seas consciente, Kelven Divestulata, de que la honradez de un hombre se revela en la moneda con que paga sus deudas.

—¿Deudas? —Involuntariamente, Kelven se puso en pie de un salto. Sentado no podía contener su ira—. ¿Has venido a molestarme hablándome de deudas?

—¿No has matado a Jillet? —replicó Reave.

—¡No! He hecho muchas cosas a muchos hombres, pero no he matado a ese imbécil inaguantable. Tú —vociferó para que Reave no lo interrumpiese— ya me has insultado bastante. Ahora vas a decirme por qué has venido y cómo justificas tus actos, o te arrojaré por la ventana y te entregaré como comida a mis perros, ¡y nadie osará criticarme por haber hecho algo así con un intruso que entró en mi estudio en plena noche!

—No es necesario que me amenaces. —La seguridad de Reave era exasperante—. Los hombres honrados no tienen nada que temer de mí y tú ya eres bastante amenaza estando ahí de pie. Te diré por qué he venido.

»Yo soy Reave *el Justo*. He venido como siempre vengo, en busca de sangre: la sangre del parentesco y del justo castigo. La sangre es la moneda con que pago mis deudas y con que cobro lo que se me debe.

»He venido por tu sangre, Kelven Divestulata.

La firmeza de la actitud de Reave inspiró en Kelven una emoción que no



reconoció...: y no reconocerla lo enfureció.

—¿Para qué? —gritó a su visitante—. ¿Qué he hecho? ¿Por qué quieres mi sangre? Ya te lo he dicho: ¡no he matado a tu maldito Jillet!

—¿Puedes demostrarlo?

—¡Sí!

—¿Cómo?

Sacudido por el miedo que no podía reconocer, Kelven vociferó:

—¡Todavía está vivo!

Los ojos de Reave ya no reflejaban la luz de las lámparas. Ahora eran oscuros, profundos como pozos.

—¿Qué le has hecho? —preguntó en voz baja.

Kelven estaba confuso. Una parte de su ser sentía que había obtenido una victoria; la otra sabía que estaba siendo derrotado.

—Me divierte —respondió el Divestulata con aspereza—. Lo he convertido en mi juguete. Mientras me siga divirtiendo, jugaré con él.

Cuando oyó estas palabras, Reave se apartó del escritorio. Con una voz tan implacable como una sentencia de muerte, dijo:

—Has confesado que mantienes prisionero de forma ilegal y torturas a un hombre inocente. Voy a ir en busca de un magistrado y repetirás tu confesión ante él. Tal vez ese acto de honradez te ayude a confesar también los delitos que has cometido contra la viuda Huchette.

»No intentes escapar, Kelven Divestulata —prosiguió—. Si me obligas, te perseguiré desde la bóveda del cielo hasta el abismo del infierno. Ya has derramado sangre y pagarás por ella con tu misma sangre.

Por unos momentos, Reave *el Justo* escrutó a Kelven con su insondable mirada. Luego dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Un aullido inarticulado brotó de la garganta de Kelven. Agarró el primer objeto pesado que encontró, un pisapapeles de metal lo bastante grueso para aplastar un cráneo humano, y lo arrojó contra Reave. El objeto golpeó a Reave en la base del cuello con tanta fuerza que cayó de rodillas.

Kelven se abalanzó inmediatamente sobre el visitante. Lo sujetó de los cabellos con una mano y, obligándolo a incorporarse, le asestó un golpe con la otra que habría matado a un hombre más débil.

Manó sangre de la boca de Reave, quien se apartó con pasos titubeantes, como si sus piernas no pudieran mantenerlo en pie. Los brazos le pendían a los costados como si no tuviese músculos o tendones con que protegerse.

Envalentonado por la victoria, la ira y el más puro terror, el Divestulata continuó su ataque.

Llovió un golpe tras otro sobre la cabeza de Reave, un golpe tras otro sobre el cuerpo de Reave. Apoyado contra una de las grandes estanterías que Rudolph había colocado amorosamente en el estudio, Reave se encogía y tambaleaba con cada

puñetazo, pero no podía escapar. No contraatacó; no hizo ningún esfuerzo por apartar de sí a Kelven. Su rostro se volvía por momentos una masa sanguinolenta, se le quebraban las costillas y su corazón desfallecía.

Pero no cayó.

La absoluta negror de sus ojos no vaciló jamás. Resistía a Kelven y no transigía en nada.

Finalmente, la intacta e impávida mirada de Reave pareció empujar a Kelven más allá de la ira, hasta la locura. Inmerso en su éxtasis o en su delirio, no oyó el golpe de la puerta al abrirse bruscamente.

Sus víctimas eran incapaces de ser sigilosas. En realidad, ni la viuda Huchette ni Jillet habrían podido abrir la puerta en silencio, pues carecían de las fuerzas necesarias. Toda la voluntad y la energía que ella tenía la empleaba en sostener a Jillet y ayudarlo a caminar cuando él ya no podía moverse o mantenerse en pie. Y cada brizna de resolución y deseo que quedaba en él la utilizaba en sujetar la alabarda decorativa que era la única arma que la viuda y él mismo habían encontrado en los salones de la casa señorial.

Débiles como tullidos, al borde de la muerte por el esfuerzo, cruzaron el estudio a espaldas de Kelven.

Su paso era lento, desesperado y vacilante. De todas formas, Reave aguantó con paciencia y dejó que su enemigo lo golpease hasta que Jillet hundió la alabarda en el cráneo de Kelven Divestulata y lo mató.

Entonces, entre la sangre que manaba de docenas de heridas en su rostro, Reave *el Justo* sonrió.

Repentinamente, Jillet y la viuda se desplomaron.

Reave se agachó, sacó un pañuelo de la manga de Kelven y se enjugó el rostro de sangre. Luego fue al escritorio, donde encontró la copa y el escanciador de coñac de

Kelven. Buscó otra copa y la llenó también. A continuación llevó las copas al hombre y a la mujer que lo habían salvado. Uno tras otro, les irguió la cabeza y los ayudó a beber hasta que pudieron sentarse, sujetar las copas con las manos y beber sin su asistencia.

Después, encontró una campanilla y llamó al mayordomo del Divestulata.

Cuando el hombre llegó, irritado por una llamada tan tardía, quedó atónito ante la escena.

—Soy Reave *el Justo* —le informó Reave—. Antes de morir, Kelven Divestulata me confesó sus crímenes, en particular que consiguió apoderarse de esta casa mediante engaños, que desfogó su lujuria de manera violenta e ilegítima en la persona de la viuda Huchette, y que encarceló y torturó a mi pariente, Jillet de Forebridge, sin motivo. Declararé ante los magistrados que oí la confesión del Divestulata y que fue muerto para salvarme, pues intentaba asesinarme. Desde este momento, la viuda vuelve a ser la señora de esta casa, con todas sus posesiones y empleados. Si tú y todos los que te obedecen no la sirven y honran, responderéis ante

los magistrados y ante mí. ¿Me has comprendido?

El mayordomo le había entendido muy bien. Los sirvientes de Kelven eran hombres callados y habilidosos, y tal vez algunos eran despreciables; pero ninguno de ellos era estúpido. Cuando Reave dejó a la viuda y a Jillet en el estudio, ambos estaban a salvo.

Jamás volvieron a verlo.

Tal como había prometido, declaró ante los magistrados. Cuando éstos llegaron a la casa señorial poco después del alba, con el respaldo de un pelotón de lanceros del condado y varias autoridades, confirmaron que habían obtenido el testimonio de Reave. Sus investigaciones posteriores en los libros contables de Kelven les permitieron comprobar buena parte de cuanto les había contado Reave; Jillet y la viuda confirmaron el resto. Pero el propio Reave no volvió a dejarse ver en Forebridge. Como la historia que lo había llevado hasta allí, se marchó, y un nuevo relato ocupó su lugar.

Este relato también fue totalmente peculiar.

Una vez terminadas las investigaciones y audiencias de los magistrados, la viuda Huchette también desapareció de la vida de Jillet. Lo había liberado de sus ligaduras y de la celda donde había estado prisionero, y en parte lo había conducido para llevar a cabo la única acción heroica de su vida. Sin embargo, después de Rudolph Huchette, ella no había querido ningún otro marido; y, tras Kelven Divestulata, jamás quiso tener ningún otro hombre. Pero sí realizó algo para expresar su gratitud a Jillet: pagó su deuda con el usurero. Luego le cerró las puertas, a él y a todos los demás hombres, con sus pociones de amor y sus aspiraciones. Con el tiempo, la casa señorial se convirtió en una especie de convento donde podían refugiarse las mujeres perdidas o maltratadas. Nadie más era bienvenido allí.

El propio Jillet, que probablemente creía que amaría a la viuda Huchette hasta el fin de sus días, descubrió que no la añoraba. Ni, en todo su candor, echaba de menos a Reave. Al fin y al cabo, no tenía nada en común con ellos: ella era demasiado rica; él, demasiado severo. No, Jillet era feliz sin todo aquello. Y había conseguido algo que valoraba mucho más: la historia, la idea.

La historia de que había asestado el golpe que había acabado con Kelven Divestulata.

La idea de que era pariente de Reave *el Justo*.

# El puente del troll

Terry Prachett



El viento soplaba en las montañas y llenaba el aire de diminutos cristales de hielo.

Hacía demasiado frío para nevar. Cuando el tiempo estaba así, los lobos bajaban a los pueblos y, en el corazón de los bosques, los árboles explotaban al congelarse.

Cuando hacía un tiempo así, la gente sensata permanecía en sus Casas, frente al hogar, y se contaban historias sobre héroes.

Eran un viejo caballo y un viejo jinete. El caballo parecía una tostadora empaquetada al vacío; el hombre tenía el aspecto de que el único motivo por el que no caía de su montura era que no podía reunir las fuerzas necesarias para ello. A pesar del cortante viento helado, sólo iba vestido con una corta falda de piel y un vendaje sucio en una rodilla.

Se quitó una empapada colilla de los labios y la aplastó contra la otra mano.

—Está bien, vamos a hacerlo —dijo.

—Para ti es muy fácil —contestó el caballo—. Pero ¿y si tienes uno de tus ataques de vértigo? Y últimamente tienes la espalda fatal. ¿Cómo me sentiré, si nos devoran porque tienes un tirón en la espalda en un mal momento?

—Eso no pasará —aseguró el hombre.

Se deslizó hasta las heladas piedras y sopló sobre sus dedos. Luego sacó del fardo una espada con un filo que parecía una sierra mal conservada y asestó unos mandobles en el aire con escasa convicción.

—Todavía conservo mi viejo estilo —comentó.

El hombre hizo una mueca y fue a apoyarse en un árbol.

—Juraría que esta maldita espada es más pesada cada día.

—Tendrías que volver a guardarla —le aconsejó el rocín—. Ya basta por hoy. ¡Hacer estas cosas a tu edad! No está bien.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Jodida subasta! Esto es lo que me pasa por comprar algo que perteneció a un mago —maldijo, dirigiéndose al frío mundo en general—. Te miré los dientes y los cascos, pero no se me ocurrió *escuchar*.

—¿Quién crees que estaba pujando contra ti? —replicó el equino.

Cohen *el Bárbaro* siguió apoyado en el árbol. No estaba totalmente seguro de poder volver a enderezarse.

—Debes de tener muchos tesoros escondidos —supuso el caballo—. Podríamos ir hacia el Límite. ¿Qué te parece? Es bonito y hace calor. Un bonito y caluroso lugar, con una playa, ¿eh? ¿Qué me dices?

—No hay ningún tesoro —declaró Cohen—. Me lo gasté todo. En bebida. Lo di todo. Lo perdí.

—Debiste haber guardado algo para la vejez.

—Jamás pensé que llegaría a la vejez.

—Algún día morirás —dijo el caballo—. Podría ser hoy.

—Ya lo sé. ¿Por qué crees que he venido aquí?

El equino se giró y miró hacia el barranco. Allí, el camino era tortuoso y difícil de seguir. Unos árboles jóvenes se abrían paso entre las piedras. El bosque estaba apiñado a ambos lados. En unos años más, nadie sabría que allí había habido un sendero. Por su aspecto, tampoco lo sabía nadie ahora.

—¿Has venido aquí a *morir*?

—No. Pero hay algo que siempre he querido hacer. Desde que era un muchacho.

—¿Ah, sí?

Cohen intentó incorporarse. Los tendones lanzaron mensajes candentes por sus piernas.

—Mi padre... —chilló. Luego recuperó el control—. Mi padre me dijo... —Pugó por tomar aire.

—Hijo... —trató de ayudarlo el caballo.

—¿Qué?

—Hijo. Ningún padre llama a su chaval «hijo» a menos que esté a punto de impartirle algo de su sabiduría. Todo el mundo lo sabe.

—Son mis recuerdos.

—Perdón.

—Me dijo: «Hijo...». Sí, vale. «Hijo, cuando venzas a un troll en combate singular, podrás hacer cualquier cosa.»

El caballo parpadeó. Luego volvió a examinar el sendero entre los árboles hasta la profundidad del barranco. Allí había un puente de piedra.

Tuvo un horrible presentimiento.

Pateó nerviosamente el suelo con los cascos.

—Vamos hacia el Límite —insistió—. Es bonito y hace calor.

—No.

—¿Qué ganamos matando a un troll? ¿Qué conseguirás con eso?

—Un troll muerto. De eso se trata. En cualquier caso, no es necesario matarlo. Basta con vencerlo. Uno contra uno. Mano a... troll. Si no lo intento, mi padre se revolverá en la tumba.

—Me dijiste que te expulsó de la tribu cuando tenías once años.

—Lo mejor que pudo haber hecho jamás. Me enseñó a volar con las alas de otros. Ven aquí, ¿quieres?

El caballo se puso a su lado. Cohen se agarró a la silla y se incorporó.

—Y tú quieres luchar hoy con un troll... —rezongó el equino.

Cohen rebuscó en el saco y extrajo la bolsa de tabaco. El viento sacudió el papel.

de fumar mientras enrollaba un cigarrillo.

—Eso es —asintió.

—Y hemos hecho todo este camino para eso.

—Teníamos que hacerlo —dijo Cohen—. ¿Cuándo fue la última vez que viste un puente con un troll debajo? Cuando yo era un chaval, había a cientos. Ahora hay más trolls en las ciudades que en las montañas. La mayoría, gordos como cerdos. ¿Para qué combatimos en tantas guerras? Ahora... cruza ese puente.

Era un puente solitario sobre un río poco profundo, espumoso y traicionero en un hondo valle. La clase de lugar donde uno se topa con...

Una figura gris saltó sobre el parapeto y cayó con los pies separados frente al caballo. Blandía un garrote.

—Está bien —gruñó.

—Oh... —empezó el caballo.

El troll parpadeó. Incluso los cielos fríos y nubosos del invierno reducían seriamente la conductividad del cerebro de silicona de un troll. Tardó todo este tiempo en darse cuenta que no había nadie en la silla

Parpadeó de nuevo, porque sintió de pronto la punta de un cuchillo en el cogote.

—Hola —saludó una voz junto a su oreja.

El troll tragó saliva. Pero con mucho cuidado.

—Mira, esto es una tradición, ¿vale? —dijo a la desesperada—. En un puente como éste, la gente tiene que esperar que aparezca un troll.

»Por cierto —añadió, cuando otro pensamiento llegó a duras penas ¿cómo es que no te he oído acercarte?

—Porque esto lo hago *bien* —repuso el viejo.

—Eso es verdad —confirmó el rocín—. Se ha acercado sigilosamente a otros hombres más veces de las que tú has asustado a tus cenas.

El troll se arriesgó a mirarlo de reojo.

—¡Por todos los demonios! —susurró—. Te crees que eres Cohen *el Bárbaro*, ¿no?

—¿Y tú qué crees? —dijo Cohen *el Bárbaro*.

—Escucha —intervino el caballo—, si no se hubiese envuelto las rodillas con vendas, lo habrías descubierto por el crujir de sus huesos.

El troll necesitó un cierto tiempo para entenderlo.

—¡Oh, vaya! —exclamó jadeante—. ¡En *mi* puente! ¡Vaya!

—¿Qué? —preguntó Cohen, El troll se zafó de la presa y agitó las manos frenéticamente.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gritó mientras Cohen avanzaba—. ¡Ya me tienes! ¡Ya me tienes! ¡No voy a resistir! Sólo quiero llamar a mi familia, ¿de acuerdo? De lo contrario, nadie me creerá. ¡Cohen *el Bárbaro*! ¡En mi puente!

Su pecho, enorme y duro como una piedra, se hinchó aún más.

—Mi jodido cuñado siempre está fardando de su jodido puente de madera —añadió—, y mi mujer no sabe hablar de otra cosa. ¡Ja! Me gustaría verle la cara ahora... ¡Oh, no! ¿Qué vas a pensar de mí?

—Buena pregunta —dijo Cohen.

El troll soltó el garrote y estrechó la mano a Cohen.

—Me llamo Mica —se presentó—. ¡Qué gran honor! —Se asomó al parapeto y vociferó—: ¡Berila! ¡Sube! ¡Y trae a los niños!

Cuando se volvió hacia Cohen, el rostro del troll estaba resplandeciente de felicidad y orgullo.

—Berila siempre dice que tendríamos que mudarnos, encontrar algo mejor; pero yo le contesto que este puente ha sido de nuestra familia durante generaciones. Siempre ha habido un troll bajo el Puente de la Muerte. Es la tradición.

Una enorme mujer troll con dos niños a cuestas subió por la ribera arrastrando los pies, seguida de una fila de trolls más pequeños. Todos ellos se alinearon detrás de su padre y observaron a Cohen con grandes ojos.

—Te presento a Berila —dijo el troll. Su mujer miró ceñuda a Cohen—. Y éste... —empujó hacia adelante a una copia más pequeña y enfurruñada de sí mismo— es mi chaval, Pedregal. Una lasca de la vieja roca. Será el que se encargue del puente cuando yo ya no esté, ¿verdad, Pedregal? ¡Mira, este señor es Cohen *el Bárbaro*! ¿Qué te parece, eh? ¡En *nuestro* puente! No sólo tenemos mercaderes ricos y fofos como tu tío Piritas —añadió el troll, hablando todavía a su hijo mirando por el rabillo del ojo a su mujer—: tenemos héroes de verdad, como en los viejos tiempos.

La mujer del troll miró a Cohen de arriba abajo.

—¿Es rico, éste? —preguntó.

—El dinero no tiene nada que ver —contestó el troll.

—¿Vas a matar a papá? —inquirió Pedregal, suspicaz.

—¡Pues *claro* que sí! —afirmó Mica con severidad—. Es su trabajo. Y luego seré famoso y me mencionarán en canciones y en cuentos. Éste es Cohen *el Bárbaro*, ¿comprendes?, no un gilipollas del pueblo. Es un héroe famoso que ha hecho todo este viaje para vernos, así que mostradle más respeto.

»Lo siento, señor —se disculpó después ante Cohen—. Ya sabe cómo son los chicos de hoy.

El caballo empezó a reírse con disimulo.

—Bueno, escucha... —empezó Cohen.

—Recuerdo que papá me contó cosas de usted cuando yo era un guijarrito —dijo Mica—. «Monta sobre el mundo como un “closen”», me decía.

Se produjo un silencio. Cohen se preguntó qué era un «closen» y sintió la pétrea mirada de Berila clavada en él.

—No es más que un viejo —comentó ella—. No me parece un héroe. Si es tan bueno, ¿por qué no es rico?

—Bueno, escucha... —intentó contestar Mica.

—¿Esto es lo que hemos estado esperando todos estos años? —lo interrumpió la troll—. ¿Por esto hemos estado bajo un puente con goteras? ¿Esperando a gente que no venía nunca? ¿Esperando a viejos con las piernas vendadas? ¡Tendría que haber hecho caso a mi madre! ¿Y ahora quieres que deje a mi hijo quedarse sentado bajo el puente esperando a que venga otro viejo a matarlo? ¿Esto es ser un troll? ¡Bueno, pues ni hablar!

—¿Quieres escucharme?

—¡Ja! ¡Piritas no tiene viejos! ¡Consigue mercaderes ricos y gordos! Es *alguien*. ¡Debiste haber ido con él cuando tuviste la ocasión!

—¡Antes comería gusanos!

—¿Gusanos, eh? ¿Desde cuándo podemos permitirnos comer gusanos?

—¿Podemos hablar en privado? —intervino Cohen.

Echó a andar hacia el otro extremo del puente, haciendo oscilar la espada. El troll lo siguió, caminando sin hacer ruido.

Cohen buscó la bolsa de tabaco. Miró al troll y sostuvo la bolsa en alto. —¿Fumas?— le preguntó.

—Eso puede matarte —repuso el troll.

—Sí. Pero no hoy.

—¡No te quedes todo el día charlando con tus amigotes! —vociferó Berila desde su lado del puente—. ¡Hoy te toca ir al aserradero! ¡Ya sabes que Chert dijo que no podría guardarte el empleo si no te tomabas el trabajo en serio!

Mica sonrió a Cohen con un gesto de disculpa.

—Se preocupa mucho por mí —le explicó

—¡No voy a recorrerme el río otra vez para sacarte del río! —rugió Berila—. ¡Cuéntale lo de los machos cabríos, señor Gran Troll!

—¿Machos cabríos? —se extrañó Cohen.

—No sé *nada* de esos machos cabríos —dijo Mica—. Siempre está hablando de los machos cabríos, y yo no sé nada de ellos. —E hizo una mueca.

Observaron cómo Berila se llevaba a los jóvenes trolls por la ribera hasta la oscuridad que se extendía bajo el puente.

—La cuestión es que no pretendía matarte —declaró Cohen cuando quedaron a solas.

El troll quedó decepcionado.

—¿No?

—Sólo quería tirarte desde el puente y robarte los tesoros que tuvieras.

—¿Sí?

Cohen le dio unas palmadas en la espalda.

—Además —añadió—, me gusta la gente con... buena memoria. Eso es lo que necesita el país: buena memoria.

—Hago cuanto puedo, señor —repuso el troll, poniéndose firme—. Mi chaval



quiere ir a trabajar a la ciudad. Le he dicho que ha habido un troll bajo este puente durante casi quinientos años...

—Así que, si me entregas tu tesoro, seguiré mi camino —prosiguió Cohen.

El rostro del troll se crispó en un súbito ataque de pánico.

—¿Tesoro? No tengo ninguno.

—¡Oh, *vamos!* ¿Con un puente como el tuyo?

—Sí, pero ya nadie baja por el sendero —dijo Mica—. La verdad es que has sido el primero en varios meses. Berila dice que tendría que haberme ido con su hermano cuando construyeron la nueva vereda por su puente, pero —levantó la voz— yo dije: ha habido trolls bajo este puente...

—Ya, ya —lo cortó Cohen.

—El caso es que el puente se está cayendo —continuó el troll—. Y no tienes idea de lo que cobran los albañiles. ¡Serán cabritos esos enanos! No puede uno confiar en ellos. —Se inclinó hacia Cohen y agregó en tono confidencial—: Para ser franco, tengo que trabajar tres días a la semana en el aserradero de mi cuñado para llegar a fin de mes.

—Creía que tu cuñado vivía bajo un puente.

—Uno de ellos. Pero mi mujer tiene tantos hermanos como los perros tienen pulgas —explicó el troll, y miró hacia el torrente con desolación—. Uno de ellos es maderero en Aguas Agrias, otro tiene el puente, el tercero es un gordo comerciante en Pica Amarga. ¿Te parece trabajo para un troll?

—Pero uno está en el negocios de los puentes.

—¿El negocio de los puentes? ¿Sentado sobre una caja todo el día haciendo pagar una pieza de plata a los viajeros que quieren cruzar?

—¡La mitad del tiempo ni siquiera está en su sitio! Paga a un enano para que le haga de recaudador. ¡Y se llama troll! ¡No puedes distinguirlo de un humano a menos que lo mires de cerca!

Cohen asintió, comprensivo.

—¿Sabes que tengo que ir a cenar con ellos cada semana? —prosiguió el troll—. ¿Con los tres? Y tener que escucharles que hay que adaptarse a los tiempos...

—¿Qué hay de malo en ser un troll bajo un puente? —agregó, mirando con tristeza a Cohen—. Me crié para ser un troll bajo un puente, y quiero que Pedregal sea un troll bajo un puente cuando yo ya no esté. ¿Qué hay de malo en eso? Si no, ¿qué sentido tiene todo? ¿Para qué vivimos?

Se recostó en el parapeto con gesto abatido, mirando hacia las espumosas aguas.

—¿Sabes? —dijo Cohen despacio—, recuerdo la época en que un hombre podía cabalgar desde aquí a las Montañas Afiladas y no ver ningún otro ser vivo. —Paseó los dedos por la espada y añadió—: Al menos, ninguno en un largo trecho.

Tiró la colilla al agua y continuó:

—Ahora, todo son granjas. Pequeñas granjas dirigidas por gente pequeña. Y vallas por todas partes. Mires donde mires, verás granjas, vallas y gente pequeña.

—Ella tiene razón —dijo el troll, continuando su conversación anterior—. No hay futuro en seguir saltando de debajo de un puente.

—No tengo nada contra las granjas, por supuesto —prosiguió Cohen—. Ni contra los granjeros. Tiene que haberlos. Lo malo es que antes estaban muy lejos, en los límites. Ahora esto es el límite.

—Siempre hacia atrás —declaró el troll—. Siempre cambiando. Como mi cuñado Chert. ¡Un aserradero! ¡Un *troll* dirigiendo un aserradero! ¡Y tendrías que ver el lío que está organizando con el bosque de las Sombras Cortadas!

Cohen, sorprendido, levantó la mirada.

—¿Cuál, el de las arañas gigantes?

—¿Arañas? Ya no hay arañas allí. Sólo tocones de árbol.

—¿Tocones? ¿*Tocones*? Me gustaba ese bosque. Era... bueno, era oscuro. Hoy en día ya no se encuentra un bosque sombrío. En un bosque como ése se sabía lo que era sentir terror.

—¿Quieres sombras? Lo está replantando con abetos rojos —dijo Mica.

—¡Abetos!

—No es idea suya. No distingue un árbol de otro. Todo se le ocurrió a Arcilla. Él lo enredó. Cohen sintió un mareo.

—¿Y quién es Arcilla?

—Te he dicho que tengo tres cuñados, ¿no? Éste es el comerciante. Dijo que, si se replantaba, sería más fácil vender el terreno.

Se produjo una larga pausa mientras Cohen asimilaba la información.

—No se puede vender el bosque de las Sombras Cortadas —dijo por fin—. No pertenece a nadie.

—Así es. Dice que por eso puede venderlo.

Cohen descargó el puño sobre el parapeto. Una piedra se desprendió y cayó al barranco. —Perdón— se excuso.

—No te preocupes. Ya te he dicho que se está cayendo a pedazos.

Cohen se revolvió.

—¿Qué ocurre? Recuerdo todas las grandes guerras del pasado. ¿Tú no? Debiste de luchar en ellas también.

—Llevaba un garrote, si.

—Se suponía que todo era por un nuevo y brillante futuro basado en la ley y todo lo demás. Eso era lo que decía la gente.

—Bueno, yo combatía porque un troll grandullón con un látigo me obligaba —dijo Mica con cautela—. Pero sé lo que quieres decir.

—Quiero decir que no lo hicimos por los granjeros y los abetos rojos, ¿no?

—Y aquí estoy yo reivindicando este puente —filosofó Mica, con gesto abatido—. Y tú has hecho todo este camino...

—Y había un rey o algo así —continuó Cohen vagamente, contemplando el agua—. Y creo que había hechiceros. Pero seguro que había un rey. Estoy casi seguro.

Jamás lo conocí. ¿Sabes? —Sonrió al troll—. No logro acordarme de su nombre. No creo que me lo dijeran nunca.

Una media hora después, el caballo de Cohen salió de los sombríos bosques a un páramo desolado y azotado por el viento. Siguió caminando con paso cansino por un tiempo hasta que dijo:

—Muy bien... ¿Cuánto le has dado?

—Doce piezas de oro —contestó Cohen.

—¿Por qué le diste doce piezas de oro?

—Sólo llevaba doce.

—Debes de estar loco.

—Cuando empecé en este negocio de ser bárbaro —dijo Cohen—, todos los puentes tenían un troll debajo. Y no se podía atravesar un bosque como el que acabamos de cruzar sin que una docena de trasgos intentase cortarte la cabeza. —Suspiró—. Me pregunto qué ha sido de todos ellos.

—Tú sabrás —insinuó el caballo.

—Bueno, vale. Pero siempre creí que habría más. Siempre pensé que habría nuevos límites.

—¿Cuántos años tienes?

—Ni idea.

—Entonces eres lo bastante viejo para no llamarte a engaño.

—Sí, tienes razón.

Cohen encendió otro cigarrillo y tosió hasta que se le humedecieron los ojos. —¿Se te está ablandando el cerebro!

—Sí.

—¿Darle hasta tu última moneda a un troll!

—Sí —confirmó Cohen, y lanzó una voluta de humo al sol poniente.

—¿Por qué?

Cohen contempló el cielo. El resplandor rojizo era frío como las laderas del infierno. Un viento helado cruzó la estepa y sacudió los restos de su melena.

—Por la forma como deberían ser las cosas —respondió.

—¡Ja!

—Por las cosas como fueron antes.

—¡Ja!

Cohen agachó la cabeza. Y sonrió.

—Y por tres direcciones. Algún día moriré —dijo—, pero creo que hoy, no.

El viento soplaba en las montañas y llenaba el aire de diminutos cristales de hielo. Hacía demasiado frío para nevar. Cuando el tiempo estaba así, los lobos bajaban a los

pueblos y, en el corazón de los bosques, los árboles explotaban al congelarse. Pero cada vez quedaban menos lobos, y menos bosques.

Cuando hacía un tiempo así, la gente sensata permanecía en sus casas, frente al hogar.

Y se contaban historias sobre héroes.

# Una larga vigilia en el templo

*Robert Silverberg*



El momento de oscuridad total estaba a punto de llegar. El celador Diriente salió al pórtico del templo, como había hecho todas las noches durante los últimos treinta años, para realizar la invocación de vísperas. Como siempre, iba ataviado con la casulla de celador, de color carmesí brillante, y la mitra alta de doble pico de su cargo, que le había parecido muy cómica cuando la había visto por primera vez sobre la cabeza de su padre, mucho tiempo atrás; pero que ahora, cuando pensaba en ello, consideraba como un simple tocado. Sostenía un incensario con la zurda y en la derecha llevaba una vasija ahusada de cuello angosto, brillante y suave al tacto: una excelente cerámica de color verdeceledón que sólo los artesanos de la isla de Murrha eran capaces de fabricar. La noche era clara y templada, una dulce noche de verano, con el sonido agudo y penetrante de las ranas en el aire y, de vez en cuando, los relámpagos de luz dorada procedentes de las luciérnagas. Mucho más abajo, en el valle donde se extendía la gigantesca ciudad imperial de Citherione, la miríada de luces de los alejados distritos residenciales comenzaban a encenderse; también parecían resplandores de luciérnagas, oscilando y parpadeando como espejismos muy lejanos.

Había media hora de viaje en carro desde los distritos más próximos de la ciudad al templo. El celador no había ido allí en varios meses. Tiempo atrás iba con más frecuencia, pero ahora que era viejo la ciudad se había convertido en un lugar inhóspito para él, sucia, de extraños colores, inarmónica. El gran templo de piedra, compacto y sólido en su nicho excavado en la ladera, con la gran muralla de la montaña de tono ambarino oscuro detrás, alzándose casi verticalmente, era todo lo que necesitaba en aquellos días: la ronda diaria de plegaria, observancia y estudio, la compañía de buenos amigos, un poco de trabajo en el jardín, una buena botella de vino para acompañar la cena y tal vez algo de música suave a última hora de la noche. Una vida cómoda, agradable y recluida, que no fuera alterada por las angustiosas cuestiones de la filosofía ni los urgentes retos de la actividad profesional.

Su oficio ya había sido decidido antes de que naciera, pues el puesto de celador del templo era hereditario y había permanecido en su familia por doce generaciones. Al ser el hijo mayor, su elevación a la celaduría había sido una certeza durante toda su niñez, y Diriente se había preparado para el cargo desde el principio sin poner ninguna objeción. Naturalmente, en algún momento de aquel proceso habría perdido la fe que hasta entonces había tenido en los postulados del credo al que servía; aquello había sido un problema para él, pero lo había resuelto hacía ya mucho tiempo.

El pórtico del templo era una amplia losa de mármol que cubría totalmente la fachada occidental del edificio, la orientada hacia la ciudad. Bajo el elevado borde del pórtico, como un abanico, se extendía un campo de césped en pendiente, espeso como terciopelo verde —un milenio de devotos jardineros lo habían cuidado con amor—, bordeado de ornamentales arbustos con flores. A lo largo del lado norte del jardín corría un riachuelo que manaba de algún lugar en lo alto de la montaña y fluía velozmente hacia el lejano valle. Había áreas de servicios a lo largo y detrás del templo —un vertedero, un pequeño cementerio y cabañas para el personal del templo—; más atrás había una zona agreste que formaba un área de transición entre el flanco abierto en pendiente de la montaña donde se había construido el templo y la alta muralla de roca que se alzaba detrás.

Se suponía que, cuando realizaban la invocación de vísperas, los celadores debían hallarse en un cierto estado de gracia, en esa receptividad al infinito que los novicios irreverentes describían como «conexión cósmica». Diriente dudaba de poder lograr realmente una relación total, e incluso dudaba que tal relación fuese posible; pero sí conseguía un cierto grado de concentración que le parecía aceptable. Su técnica para lograrlo era centrar su atención en la cara vieja y erosionada de la luna, si era una noche en que la luna era visible; y, si no, contemplaba la Estrella Polar. Luna o estrella, cualquiera servía; lo importante era elevar su espíritu hacia el reino donde residían los grandes poderes del Mundo Superior. Solía necesitar solo unos momentos para prepararse para el rito. Al fin y al cabo, lo había practicado mucho.

Esta noche, mientras miraba hacia las estrellas —no había luna— y comenzaba a sentir los leves escalofríos que caracterizaban la conocida sensación del contacto que despertaba en él la zozobranza impresión de que trepaba por su propia columna vertebral y se deslizaba por su frente hacia el espacio, se sobresaltó por una interrupción inusual. Una figura fornida cruzó el jardín corriendo hacia el templo y se plantó justo debajo de él, al borde del pórtico.

—¡Diriente! —lo llamó—. Escucha, Diriente: tienes que venir a ver algo que he encontrado.

Era Mericalis, el custodio del templo. El celador, con la concentración alterada, sintió una oleada de desorientación y furia. Mericalis debería haber sido más sensato.

El celador señaló con enojo el incensario y la vasija.

—¡Oh! —exclamó Mericalis, pero no había arrepentimiento en su tono de voz—. Entonces ¿todavía no has terminado?

—No. De hecho, apenas he empezado. Y no deberías molestarme ahora.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero es importante. Mira, lamento haberte interrumpido, pero tengo una buena razón. Acaba con tu ceremonia deprisa, ¿quieres, Diriente? Luego quiero que me acompañes. Enseguida.

Mericalis no dio más explicaciones, ni el celador exigió ninguna. Sólo habría sido otra molestia, y ya estaba bastante molesto.

Con apenas un éxito parcial, intentó recuperar algo de calma.

—Acabaré en cuanto me dejes tranquilo —dijo con irritación.

—Muy bien. Te espero aquí abajo.

El celador asintió con gesto brusco, y Mericalis volvió a perderse entre las sombras que se extendían debajo del pórtico.

«Ya está. Bien. Empecemos desde el principio.» El celador tomó aliento profundamente, cerró los ojos unos instantes y aguardó a que los efectos de la interrupción empezaran a disiparse. Al cabo se redujo el ajetreo en su mente. Volvió entonces a concentrarse en su labor; levantó la mirada, encontró la Estrella Polar con la facilidad que otorga la práctica y clavó la mirada en ella. De aquella dirección, hacía diez mil años, los tres Visitantes habían venido a la Tierra para rescatar a la humanidad de un gran peligro; al menos, eso decían las Escrituras. Tal vez así había ocurrido en realidad. No había razones para pensar lo contrario y sí algunas que lo confirmaban.

Se concentró con todo su ser en el Mundo Superior, proyectando su alma hacia los terribles y tenebrosos abismos que separaban las galaxias. Para él, era un acto de la voluntad; con un esfuerzo consciente, se vio a sí mismo recorriendo las estrellas como una atenuada inteligencia inmaterial que se deslizase como una brillante aguja por el infinito negro y vacío.

El celador solía sentirse como si hubiera habido un tiempo en que aquel salto no requería ningún esfuerzo de la voluntad; que, en los días en que se iniciaba en aquel oficio sacerdotal, simplemente daba un paso adelante, levantaba la mirada y todo lo demás sucedía por sí mismo. La luz de la Estrella Polar penetraba en su alma y él partía fácilmente, sin esfuerzo, con rumbo directo a la estrella de los Tres. ¿Había sido realmente así? No lo recordaba. Había sido celador mucho tiempo. Había realizado la invocación vespertina unas diez mil veces por lo menos. Todo era ya fórmula y rito para él. Le resultaba difícil creer que su mente había sido capaz de ascender, en un salto de dicha, a las turbadoras tinieblas de la noche infinita, o que hubiese pensado seriamente que contemplar las estrellas y verter buen vino en un canal de piedra pudiese tener algún poder real e irrefutablemente redentor. Lo máximo que podía esperar en estos días era algún parpadeo, algún débil pinchazo del antiguo éxtasis mientras permanecía plantado bajo los cielos en toda su gloria. E incluso aquel parpadeo, aquel débil pinchazo, era sospechoso; probablemente una ilusión, un autoengaño caprichoso.

En cualquier caso, las estrellas eran hermosas. Se sentía agradecido por aquella bendición. Su fe en la existencia real de los Visitantes y su estancia en la Tierra podía haber desaparecido, pero no su conciencia de la inmensidad del universo, la pequeñez del hombre y la majestuosidad de la gran bóveda de la noche.

Sereno y en la postura correcta, con la cabeza echada atrás y el rostro vuelto hacia los cielos, comenzó a bambolear el incensario y lanzó una nube de humo acre al aire.

Levantó la vasija de porcelana verde y la ofreció a los tres puntos cardinales: este, oeste y cenit. En aquellos momentos, dominado por los reflejos de su profesionalidad, se sentía plenamente inmerso en la ceremonia, con tanta profundidad como su escepticismo le permitía llegar. Durante el trance no permitía que ninguna duda se entrometiese. Regresarían muy pronto, en cuanto hubiera terminado.

En tono solemne, pronunció los Nombres Sagrados:

—Oberith... Aulimiath... Vonubius.

Se permitió creer que había establecido contacto.

Invocó ante él la imagen de los Tres. Las figuras alienígenas, de rasgos angulosos, brillaban con una luz espectral. Les dijo, como había hecho muchas veces antes, cuán agradecidos estaban todos por lo que habían hecho por los habitantes de la Tierra tiempo atrás y cuánto deseaban que volviesen pronto de su estancia en los distantes cielos.

Por el momento, la mente del celador pareció libre de todo interrogante sobre la fe. ¿Habían existido realmente los Tres? ¿Habían venido a la Tierra en su hora de necesidad? ¿Habían vuelto a las estrellas en un carro de fuego tras terminar su labor, y después de jurar regresar algún día y reunir a todos los pueblos del mundo en su gran benevolencia? El celador no lo sabía. Cuando era joven, creía en la verdad literal de las Escrituras, como todos; luego, no sabía con seguridad cuándo, dejó de creer. Pero ello no representó ninguna diferencia apreciable en su vida diaria. Como celador del gran templo, tenía que realizar unas funciones determinadas; y era el siervo del pueblo. Aquello era todo lo que importaba.

El ritual era el mismo todas las noches. Según una creencia ampliamente extendida, no se había modificado en millares de años y se remontaba a la misma noche de la partida de los Visitantes; sin embargo, el celador dudaba de ello en privado, al igual que de tantas otras cosas. Las cosas cambian con el tiempo y los sistemas de creencias se distorsionan; de ello estaba seguro. Aun así, en público mantenía la ficción de que no había habido alteraciones en ningún aspecto de la liturgia, porque era consciente de que la gente prefería pensar que era realmente así. Las personas eran profundamente conservadoras de sus costumbres y él estaba para servir. Aquella era la tradición familiar: eran los celadores, y ello significaba servir.

La invocación había alcanzado su clímax, el momento de la ofrenda. El celador recitó en voz baja la oración de la Segunda Venida, el objetivo de toda la ceremonia, que expresaba la esperanza de que los Tres no retrasarían mucho más su regreso al mundo. Las palabras salían de su boca de forma rápida, funcional, como si fuesen sílabas de un idioma muerto que carecía de significado para él. Luego repitió los Nombres con la misma solemnidad teatral de antes. Levantó en alto la vasija de porcelana, la invirtió y dejó que el dorado vino que contenía se vertiera en el canal de piedra que descendía por la ladera hacia el estanque del templo. Era la parte final, la coda del rito. En aquellos momentos, a su espalda, el intérprete del *hidraul*, un hombre delgado y de rostro afilado que permanecía sentado pacientemente en la



oscuridad junto a la corriente, hizo resonar en el instrumento los tres grandiosos y atronadores acordes con que concluía el culto.

En este momento, los creyentes que se hubieran quedado en el templo hasta una hora tan tardía se habrían hincado de rodillas y habrían gritado su alegría y esperanza mientras realizaban la señal de la Segunda Venida. Pero esta noche no había feligreses; sólo algunos miembros del personal del templo que, como el celador, estaban muy ocupados cerrando el edificio. Al romper el contacto, el celador quedó quieto, muy consciente de la soledad de su espíritu y de la futilidad de su profesión, mientras sentía la aplastante ola de su incredulidad cayendo de nuevo sobre él. El dolor solamente duró un instante, y luego volvió a ser él.

Una vez más surgió de las sombras el insistente Mercialis, con sus anchos hombros, y se plantó ante el celador como un espectro que hubiese invocado el mismo.

—¿Has terminado? ¿Listo para irnos?

—¿Por qué tienes tanta prisa? —inquirió el celador, mirándolo con irritación—. ¿Te importa si guardo primero los útiles sagrados?

—Adelante —dijo el custodio, encogiéndose de hombros—. Tómame todo el tiempo que necesites, Diriente.

Su voz tenía un tono extraño, pero el celador optó por no hacer caso. Volvió a entrar en el templo y dejó el incensario y la vasija de porcelana en su hornacina, en el mismo interior de la puerta. Bajó la tapa enrejada de hierro forjado, la cerró con llave y murmuró deprisa la oración que ponía fin a sus deberes cotidianos. Se quitó la mitra y colgó la casulla en la percha. Debajo llevaba una sencilla sobrepelliz de lino, sujeta a la cintura con una tira de cuero gastada por el uso.

Salió al exterior. Los miembros del personal del templo se alejaban en la noche, iluminándose con la luz de sus antorchas, en dirección a las cabañas del lado norte del templo. Sus risas resonaban en el plácido ambiente. El celador los envidiaba por su juventud, su alegría y su confianza en que el mundo era tal como creían que era.

Mercialis, que seguía esperándolo junto a un bayerno en flor debajo del grueso borde de mármol del templo, le hizo una seña.

—¿Adónde vamos? —preguntó el celador mientras ambos echaban a andar con paso presuroso por el césped.

—Ya lo verás.

—Estás muy misterioso.

—Sí, supongo que sí.

Mercialis lo condujo alrededor de la esquina noroccidental del templo hasta la parte posterior del edificio, donde nacía la pedregosa vereda llena de altibajos que ascendía por la ladera de la colina sobre la que se había construido el templo. Sostenía una antorcha automática pequeña, una simple vara de luz ambarina. En esta noche sin luna, la antorcha parecía más potente de lo que era en realidad.

Cuando dejaron atrás el vertedero de basuras, Mercialis dijo:

—Lamento de verdad haberte interrumpido cuando estabas a punto de realizar la invocación. En realidad, creía que ya habías terminado.

—Eso ya no importa.

—De todas maneras, me disgusta. Sé lo importante que ese rito es para ti.

—¿Ah, sí? —dijo el celador, sin entender el comentario del custodio.

El celador no había hablado nunca de su falta de fe con nadie, ni siquiera con Mericalis, que a lo largo de los años se había convertido posiblemente en su mejor amigo, más que ninguno de los sacerdotes del templo. Sin embargo, dudaba que fuese un secreto. La fe resplandece en el rostro de un hombre como la luna llena atraviesa las brumas de una noche invernal. El celador podía ver en otros aquel brillo especial. Sospechaba que los demás no alcanzaban a verlo en él.

El custodio era un hombre completamente laico. Su tarea consistía en mantener la integridad de la estructura del templo, el cual, al fin y al cabo, había prestado un servicio permanente durante diez mil años y ya estaba en una perpetua condición de precariedad, pese a lo voluminoso y macizo que era. Mericalis conocía todos los puntos débiles de los muros, las sutiles fallas de los contrafuertes, las baldosas sueltas del suelo y los defectos en el sistema de drenaje. Era también algo parecido a un arqueólogo y podía conversar con erudición acerca de las diversas fases de la compleja historia de aquel antiguo edificio, los detalles de las diferentes reconstrucciones y los límites estratigráficos que distinguían una configuración de otra y mostraban cómo se había construido y reconstruido a lo largo de los siglos. En cuanto a un sentimiento religioso, no parecía que Mericalis tuviese ninguno; él amaba el templo, no el credo para el que servía.

Ya habían dejado muy atrás el vertedero y avanzaban por el sendero estrecho y agreste que subía hacia la cumbre del monte. Al celador comenzó a faltarle el aliento a medida que el camino se volvía más escarpado.

Raras veces se había aventurado por aquella senda. Había unos altares antiguos en lo alto del monte, restos de un rito primitivo del fuego que había quedado obsoleto muchos siglos atrás, durante el Interregno Samathárida. Pero carecían de interés para él.

Imaginó que Mericalis debía de subir allí con frecuencia, movido por sus estudios sobre la antigüedad. Tal vez había hecho algún descubrimiento asombroso entre las antiguas piedras calcinadas, algo lo bastante extraño y enigmático para justificar que lo interrumpiese durante la invocación. ¿La escena de un sacrificio humano? ¿La tumba de un rey prehistórico? Aquel monte había sido tierra sagrada por mucho tiempo, y se decía que su carácter sacro se remontaba incluso a los días anteriores al derrumbamiento de la antigua civilización de las máquinas y las maravillas. ¿Qué rareza había encontrado Mericalis?

Pero su destino no parecía hallarse arriba, sobre el monte. En vez de continuar la ascensión, el custodio salió de improviso de la vereda cuando estaban todavía a una distancia relativamente corta del templo y empezó a abrirse camino vigorosamente

entre espesos matojos. El celador lo siguió con el entrecejo fruncido. A aquellas alturas ya sabía que no valía la pena malgastar el aliento en preguntas. Siguió adelante con dificultad, dedicando todas sus energías a la tarea de mantener la verticalidad. En la negror de la noche, con la pequeña antorcha de Merialis como única iluminación, se las veía y deseaba para no tropezar con ramas y enredaderas ocultas a la vista.

Tras unos veinte pasos de caminar por la espesura, llegaron a un lugar donde apareció de manera imprevista un segundo camino —un angosto sendero apenas desbrozado, en realidad—, que para sorpresa del celador bajaba hacia el templo describiendo una curva por la ladera; pero, en vez de llevarlos de regreso al lado norte, los condujo hacia el otro lado del edificio, a una zona que el celador había creído durante mucho tiempo que era inaccesible a causa de la espesura de la vegetación. Se encontraban detrás de la esquina sudoriental del templo, a un centenar de pasos aproximadamente del muro posterior del propio edificio. En todos sus años como celador, jamás había visto el templo desde este ángulo. Su gran masa oblonga se alzaba contra el cielo, negro sobre negro, como un área de intensa oscuridad sobre un fondo salpicado de estrellas.

Había un claro entre las matas. Un pozo vagamente circular se abría en su centro; tenía un diámetro más o menos tan grande como el brazo extendido de un hombre. Parecía recién excavado, por el aspecto reciente del montón de desechos que había detrás.

Merialis fue a la abertura e introdujo el extremo de la antorcha en su interior. El celador se puso a su altura y miró hacia abajo. A pesar de la mala iluminación, pudo distinguir que el pozo era en realidad la entrada de un pasaje subterráneo que descendía en una pendiente pronunciada hacia el templo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Una excavación no autorizada. Unos buscadores de tesoros han estado trabajando aquí.

—¿Quieres decir que intentaban abrir un túnel hasta el templo? —exclamó el celador, abriendo los ojos de asombro.

—Eso parece —contestó Merialis—. Buscaban una entrada trasera a las criptas. —Se introdujo a medias en el pozo, se detuvo, miró atrás e hizo señas con impaciencia al celador—. ¡Vamos, Diriente! Tienes que ver lo que hay aquí.

El celador permaneció inmóvil.

—¿De verdad quieres que entre ahí? ¿Que nos arrastremos en la oscuridad por un túnel subterráneo?

—Sí, por descontado.

—Ya soy viejo, Merialis.

—No tanto. Y es un pasadizo muy bien construido. Podrás conseguirlo.

El celador seguía reticente.

—¿Y si los hombres que lo excavaron regresan y nos descubren ahí dentro?

—No regresarán —dijo Merialis—. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confía en mí, Diriente.

—Preferiría ir en compañía también de un par de sacerdotes más jóvenes.

El custodio meneó negativamente la cabeza.

—En cuanto hayas visto lo que voy a enseñarte, me agradecerás que no haya nadie más aquí que tú y yo. Vamos, ¿vas a seguirme o no?

El celador, nervioso, se introdujo en la abertura. La tierra, recién excavada, era blanda y húmeda bajo sus sandalias. El olor de la tierra penetraba por su nariz: fuerte, margoso, potente. Merialis iba cinco o seis pasos adelantado y avanzaba con rapidez sin mirar atrás. El celador comprobó que tema que agacharse y arrastrarse para no golpearse la cabeza en el bajo techo del angosto túnel. No obstante, el túnel estaba bien construido, tal como había dicho el custodio. Descendía en una acentuada pendiente hasta llegar aproximadamente a una profundidad igual al doble de la altura de un hombre y luego se nivelaba. Las paredes estaban excavadas en ángulos rectos y reforzadas con tablones cada diez pasos. Toda aquella obra debía de haber necesitado meses de trabajosos esfuerzos. El celador tuvo una desagradable sensación de profanación. ¡Y pensar que los ladrones habían conseguido trabajar allí todo este tiempo sin ser descubiertos! ¿Habrían llegado a las criptas? El templo no era propiamente un edificio único, sino muchas construcciones de diversas épocas, cada una de ellas erigida sobre los cimientos de su predecesora. Se creía que una capa tras otra de cámaras inaccesibles, algunas con miles de años de antigüedad, ocupaban el área situada debajo del gran salón ceremonial del templo actual. El templo poseía grandes tesoros, gemas preciosas, lingotes de metales raros y obras de arte: regalos de monarcas olvidados, ocultos en aquellas criptas antiguas mucho tiempo atrás y apenas contemplados siquiera desde entonces. Se pensaba que también había tumbas en las profundidades del edificio: panteones de viejos reyes, sacerdotes y héroes. Pero nadie había intentado explorar las criptas más recónditas. Las escaleras que bajaban a éstas eran infranqueables, obstruidas por escombros, y ni siquiera Merialis habría podido distinguir entre lo que había sido una escalera y una parte de los cimientos del edificio. Bajar a los niveles inferiores era imposible sin levantar los suelos actuales e introducir grandes vigas a través de los cimientos superiores, pero nadie se atrevería a intentarlo, pues una excavación de aquellas características habría debilitado toda la estructura y derruido el edificio. En cuanto a construir un túnel desde el exterior hasta los niveles más profundos... Bueno, nadie había propuesto nada así, al menos que el celador recordase, y dudaba que el Gran Sínodo del Templo permitiese la realización de un proyecto de aquel calibre aunque se presentara una proposición. No podía concebirse ningún beneficio espiritual de explorar los fundamentos de la sagrada edificación, ni tampoco mucho valor científico, teniendo en cuenta el número de

reliquias de las anteriores civilizaciones de la Tierra que, todavía sin excavar después de tanto tiempo, estaban al alcance de la mano para mantener ocupados a los arqueólogos por mucho tiempo.

Pero si los excavadores eran ladrones en vez de arqueólogos... ¡No era de extrañar que Mericalis hubiese ido corriendo a verlo en plena invocación!

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó el celador mientras seguían avanzando. El aire era húmedo y sofocante y tenían que moverse muy despacio.

—En realidad, fue uno de los sacerdotes, uno de los más jóvenes; no te voy a decir su nombre. Vino aquí hace unos días con una joven sacerdotisa para disfrutar de unos minutos de intimidad y prácticamente cayeron por la abertura. Exploraron el túnel hasta una distancia semejante a la que ya hemos recorrido, comprendieron que se trataba de algo altamente sospechoso y vinieron a contármelo.

—Pero tú no me lo dijiste.

—No. Entonces me pareció una tarea exclusiva del custodio. No era necesario involucrarte. Sí, alguien había estado haciendo una excavación detrás del templo, y sin duda durante bastante tiempo. Tal vez venían de noche y trabajaban con mucha, mucha paciencia, extrayendo la tierra y volcándola en el bosque, progresando cada vez más hacia el muro del edificio, con la intención de atravesarlo hasta llegar a una de las cámaras profundas y llevarse las enormes riquezas supuestamente guardadas en ellas. Mi plan era investigar el túnel, averiguar qué estaba pasando aquí y luego llamar a la policía para que se encargara del asunto. Entonces te habría informado, por supuesto.

—¿Quieres decir que todavía no has avisado a la policía?

—No —contestó Mericalis.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que haya nadie a quien arrestar. Mira, Diriente.

Tomó al celador del brazo y tiró de él hasta que estuvo a su altura. Pasó el brazo bajo el del celador e iluminó con la antorcha el trecho del pasadizo que había delante de ellos.

Al celador se le cortó la respiración.

En el suelo del túnel yacían dos hombres vestidos con ropas de trabajo, semienterrados bajo escombros que habían caído del techo. El celador vio picos y palas que sobresalían del montón de tierra caída. Un tercer hombre —no, se trataba de una mujer— yacía un poco más lejos. Los cuerpos desprendían un repulsivo olor a podredumbre.

—¿Están muertos? —inquirió el celador en voz baja.

—¿Es necesario preguntarlo?

—¿Crees que murieron por un derrumbamiento?

—Tiene todo el aspecto, ¿verdad? Estos dos eran los excavadores. Sospecho que la chica vigilaba en la boca del túnel. Va armada, ¿la ves? Dos pistolas y una daga. Debieron de llamarla al ver algo inesperado y, en aquel preciso momento, el techo se

desplomó sobre todos ellos. —Mericalis paso sobre el esbelto cuerpo de la mujer y se abrió paso entre los escombros—. Ven aquí y te mostraré lo que creo que sucedió.

—¿Y si vuelve a desplomarse el techo?

—No creo que eso ocurra —dijo Mericalis.

—Si se desplomó una vez, puede volver a hacerlo —sentenció el celador con un escalofrío, a pesar del sofocante calor que reinaba en el túnel—. Justo sobre nuestras cabezas. ¿No deberíamos salir de aquí ahora que todavía podemos?

El custodio no le prestó atención.

—Mira esto; ¿qué me dices? —le preguntó.

Movió la antorcha a un lado y la sostuvo en ángulo recto hacia el túnel. El celador intentó atisbar en la oscuridad. Vio lo que parecía un grueso dintel de piedra que había caído del techo y yacía en posición invertida. En él había unas inscripciones de aspecto arcaico, una especie de runas. Más allá distinguió una abertura, un óvalo de oscuridad dentro de la oscuridad, que al parecer era la boca de un segundo túnel que cruzaba el pasadizo donde estaban. Mericalis se inclinó sobre el dintel e iluminó la zona que había detrás. Un túnel, sí. Pero de una construcción muy distinta de la del que habían estado recorriendo. Las paredes estaban hechas de estrechos bloques de piedra, puestos uno junto a otro cuidadosamente; el techo del túnel era una prolongada bóveda de piedra sostenida por arcos de punta. Era un trabajo de una gran perfección, aunque las juntas tenían un aspecto arcaico.

—¿Qué antigüedad tiene esto? —inquirió el celador...

—Es antiguo. ¿Reconoces las runas del dintel? Son de la era primitiva. Con toda probabilidad, este túnel es tan antiguo como el propio templo. Parte del complejo sagrado original. Los ladrones no podían saber qué era. Mientras excavaban en dirección al templo, lo cruzaron por accidente. Llamaron a la chica para que viniese a verlo... o tal vez querían que los ayudase a mover el dintel. Lo hicieron, pero el punto débil donde los dos túneles se cruzaron cedió y el techo de su propio túnel cayó sobre ellos. Por lo cual tengo que admitir que no siento ninguna pena especial. —¿Tienes idea de adónde va a parar este otro túnel?

—Al templo —contestó Mericalis—. O debajo de él, a los cimientos más antiguos. Conduce a las criptas más profundas.

—¿Estás seguro?

—Ya he estado allí. Sígueme.

Ya no tenía sentido retroceder. El celador, siguiendo de cerca a Mericalis, contemplaba con estupor el delicado y artesanal trabajo de construcción del túnel. Una y otra vez veía inscripciones rúnicas, ilegibles, misteriosas, grabadas en el suelo de piedra. Cuando hubieron recorrido unos veinte pasos apareció otro pasadizo abovedado que se bifurcaba a la izquierda. El custodio pasó de largo sin mirarlo siquiera.

—Aquí hay todo tipo de túneles —dijo Mericalis—. Pero éste es el que quiero seguir. Por lo que he podido determinar hasta ahora, es el único que entra en el templo.

El celador vio que Mericalis había dejado una marca en lo alto de la pared del pasaje que recorrían. La marca relucía a la luz de la antorcha. Supuso que había otras señales como aquélla más adelante que les servían como guías.

—Estamos en un hipogeo procesional —explicó Mericalis—. Probablemente estaba justo al nivel del suelo hace diez mil años, pero con el paso de los siglos quedó sepultado bajo los escombros de los templos posteriores y otros tipos de desechos. Había todo un laberinto de pasajes procesionales con paredes de piedra a su alrededor que conducían a aras de sacrificios y altares al aire libre. El túnel que hemos dejado atrás era uno de ellos. Está obstruido un poco más adelante. Me pase dos días siguiendo un paso sin salida tras otro. Hasta que seguí éste y... ¡mira, Diriente!

Mericalis agitó la antorcha con gesto grandilocuente. Gracias al débil resplandor que brotaba de su extremo, el celador vio que el túnel se ensanchaba hasta formar un gran muro abombado de piedra soberbiamente decorada, con una pequeña abertura oscura en la parte inferior del lado izquierdo. Habían llegado al lado posterior del templo. El celador se estremeció. Se sentía aplastado bajo el grosor del techo, el tremendo peso que se cernía sobre él, el propio templo alzándose con todos sus intrincados niveles sobre su cabeza. Se hallaba en los cimientos de todos los cimientos. En un tiempo, todo aquello había estado a cielo abierto; diez mil años atrás, cuando los Visitantes todavía caminaban sobre la Tierra.

—¿Has estado dentro? —preguntó el celador con voz ronca.

—Naturalmente —respondió Mericalis—. Tienes que arrastrarte durante la primera parte del camino. Procura no respirar hondo: hay mucho polvo.

El aire era caliente, rancio y seco; aire antiguo, aire sin vida. El celador tosió y se atragantó. Seguía a Mericalis a gatas, con la cabeza agachada. Varias veces, dominado por un espasmo de vértigo desconocido, cerró los ojos y aguardó hasta que pasó.

—Ya puedes incorporarte —le dijo el custodio.

Se encontraban en una gran cámara cúbica de piedra, de muros bastos y carentes de ornamentos. La habitación estaba vacía, a excepción de tres tumbas alargadas y estrechas de mármol blanco sin pulir, colocadas en fila al otro extremo.

—Serénate, viejo amigo —indicó Mericalis—. Y luego ven a ver a quiénes tenemos aquí.

Cruzaron la sala. Las tumbas estaban cubiertas con una capa gruesa de un material amarillento transparente muy parecido al vidrio, pero que de hecho era de otra sustancia que el celador no logró identificar.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Diriente al mirar a través de los recubrimientos.

En cada tumba había un esqueleto tumbado cara arriba: los huesos brillantes y

descarnados de una criatura extraña, de miembros largos, de tamaño y figura similares a un hombre, pero diferentes en todos los detalles. Lucían crestas óseas curvadas en el cráneo; los cráneos también eran crestados, y tenían protuberancias en los tobillos como espolones. Las costillas, la pelvis, los dedos de manos y pies: todo extraño, todo desconocido. Eran los cuerpos de seres de otro mundo.

—Supongo que el más alto que está en el centro es Vonubius —dijo Mericalis—. Probablemente Aulimiath es el de la derecha y el tercero tiene que ser Oberith.

El celador le lanzó una enérgica mirada.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó.

—Obviamente, es un sepulcro. Esto que vemos son sarcófagos. Contienen tres esqueletos de alienígenas, conservados de manera muy cuidadosa, y sepultados en una cámara amplia y evidentemente magnífica en el nivel más hondo, y por tanto más antiguo, del Templo de los Visitantes, en una sala a la que en tiempos pasados se llegaba a través de un amplio pasaje procesional. ¿Quiénes crees que son, si no?

—Los Visitantes ascendieron a los cielos tras terminar su labor en la Tierra —declaró el celador sin convicción—. Ascendieron en una nave de fuego y regresaron a su estrella.

—¿Crees en eso? —le preguntó Mericalis, riendo.

—Así rezan las Escrituras.

—Ya lo sé, pero ¿lo crees?

—¿Qué importa lo que yo crea? —replicó el celador, contemplando de nuevo los tres alargados esqueletos alienígenas—. Nadie cuestiona los datos históricos. El mundo estaba en crisis, se estaba desmoronando. Había guerras por todas partes. Entonces, tres embajadores de otro sistema solar llegaron y vieron lo que sucedía, y utilizaron sus capacidades superiores para poner orden. La misma historia se repite aproximadamente de la misma manera en los mitos y relatos populares de todas las sociedades de la Tierra. Tiene que haber algo de verdad en ella.

—No dudo de que la hay —dijo Mericalis—. Y aquí están los tres sabios de tierras lejanas. Pero, al parecer, las Escrituras han deformado un poco la historia. En vez de regresar a su estrella de origen, prometiendo volver y redimirnos cuando llegase una nueva época de agitación, murieron cuando todavía estaban en la Tierra y fueron sepultados bajo el templo del culto que nació alrededor de ellos. Así pues, tengo la impresión de que no habrá una Segunda Venida. Y, si la hay, no será amistosa. Observarás que no murieron de muerte natural. Si los examinas con atención, verás que las tres cabezas fueron separadas violentamente de sus cuerpos.

—¿Qué?

—Observa —señaló Mericalis.

—Es verdad, hay una fractura en las vértebras. Pero pudo haberse producido por...

—Es el mismo tipo de fractura en los tres cadáveres. He visto otros esqueletos de hombres ejecutados, Diriente. Hemos desenterrado docenas de ellos en los campos de



ejecuciones de la colina. Estos tres hombres fueron decapitados, créeme.

—No.

—Fueron mártires. Fueron ejecutados por sus admiradores y devotos adoradores, los ciudadanos de la Tierra.

—No. No. No. ¡No!

—¿Por qué estás tan estupefacto, Diriente? ¿Te impresiona que haya podido ocurrir algo tan espantoso en nuestro adorable planeta verde? ¿Has estado agazapado en tu nido de la colina durante tanto tiempo, que has olvidado todo lo que sabías sobre la naturaleza humana? ¿O es que la desgraciada evidencia de que el relato de las Escrituras es falso te ha trastornado? Tú no crees en la Segunda Venida, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor, Diriente...

El celador guardó silencio. Su mente era un caos.

—Pudieron ser otros alienígenas —dijo al cabo de un rato.

—Sí, supongo que sí. Pero sólo conocemos tres seres del espacio que hayan venido a este planeta: los que llamamos los Visitantes. Éste es el templo de la fe que surgió a su alrededor. Alguien se tomó la enorme molestia de sepultar a estos tres bajo el templo. Me cuesta trabajo creer que estos tres sean *otros* extraterrestres.

—¿Cómo sabes que los esqueletos son auténticos? —insistió el celador con tozudez—. Podrían ser una especie de ídolos.

—¿Ídolos en forma de esqueletos? ¿Esqueletos *decapitados*, por cierto? —Mericalis se echó a reír—. Supongo que podríamos someterlos a pruebas químicas para ver si son auténticos, si lo prefieres. Pero a mí me parecen muy reales.

—Los Visitantes eran como dioses. *Eran* dioses, comparados con nosotros. Desde luego, cuando estuvieron aquí fueron considerados divinos... o, como mínimo, como los ministros y embajadores de la Divinidad. ¿Por qué habrían de matarlos? ¿Quién habría osado ponerles la mano encima?

—¿Cómo podemos saberlo? Tal vez no parecían tan divinos en los días en que caminaron entre nosotros —sugirió Mericalis.

—Pero las Escrituras dicen...

—Las Escrituras, sí. Pero escritas... ¿cuánto tiempo después de los hechos? Quizá los Visitantes no fueron reconocidos inicialmente como seres santos. Podrían haber parecido simplemente amenazadores, o incluso peligrosos, o tiránicos: una amenaza al libre albedrío, al derecho innato del hombre a buscarse sus propios problemas. Recuerda que era una época de anarquía. Tal vez algunos no querían que se restaurase el orden. No lo sé y, aunque realmente hubiesen sido considerados divinos, Diriente, recuerda que hay una antigua tradición en este planeta de matar a los propios dioses. Se remonta a mucho tiempo atrás. Estudia los cultos prehistóricos. Si profundizas lo suficiente, descubrirás un dios asesinado en alguna parte, en el fondo de casi todos ellos.

El celador volvió a guardar silencio. Era incapaz de apartar la mirada de aquellas

calaveras con crestas óseas y aquellas cuencas vacías de extraños ángulos.

—Pues bien, en cualquier caso, aquí los tienes —continuó Mericalis—. Tres esqueletos de seres que parecen proceder de otro planeta y que alguien fue a sepultar precisamente aquí, bajo tu templo, hace muchos años. Pensé que debías saber esto.

—Sí. Gracias.

—Ahora tienes que decidir lo que harás al respecto.

—Sí —repitió el celador—. Ya lo sé.

—Supongo que siempre podemos volver a tapiar el pasadizo y no decir nada de todo esto a nadie. Ello evitaría todo tipo de complicaciones desagradables, ¿no? Me parece un verdadero crimen contra el conocimiento hacer algo así, pero si crees que hay que hacerlo...

—¿Quién sabe esto hasta ahora?

—Tú y yo. Nadie más.

—¿Y el sacerdote y la sacerdotisa que encontraron el pozo?

—Vinieron enseguida a contármelo. No se adentraron muy lejos; no más de cinco o seis pasos. ¿Por qué habrían ido más allá?

—Tal vez lo hicieron —sugirió el celador.

—No. No tenían ninguna antorcha y estaban pensando en otras cosas. Todo lo que hicieron fue investigar un poco, lo suficiente para ver que allí pasaba algo raro. Ni siquiera llegaron a encontrar a los ladrones. No me contaron nada sobre unos cadáveres en el túnel. Estoy seguro de que me lo habrían dicho si los hubiesen visto. Y habrían parecido mucho más asustados también.

—¿Los ladrones tampoco llegaron aquí?

—No me lo parece. No creo que llegasen más lejos del lugar donde extrajeron el dintel del pasaje. En cualquier caso, están muertos.

—Pero ¿y si llegaron hasta aquí? ¿Y si había alguno más con ellos, uno que logró escapar cuando se desmoronó el túnel? ¿Uno que podría andar libre ahora, contando a todos sus amigos lo que vio en esta sala?

Mericalis meneó la cabeza negativamente.

—No hay motivos para pensarlo. Y pude comprobar, cuando recorrí este pasaje y entré en la cámara sepulcral por vez primera, que nadie más había estado aquí en más años de lo que podemos imaginar. Habría habido huellas en el polvo, pero no había ninguna. Este lugar ha permanecido ignorado durante mucho tiempo. El suficiente como para que toda la historia de la muerte de los Visitantes se olvidara y se cubriese con un bonito mito sobre su ascensión a los cielos en un pilar de fuego.

El celador reflexionó por unos instantes.

—Muy bien —dijo por fin—. Regresa al exterior, Mericalis.

—¿Y dejarte solo aquí?

—Déjame solo, sí.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Diriente? —inquirió Mericalis, preocupado.

—Quiero estar sentado aquí a solas, pensar y rezar. Eso es todo.

—¿Tengo que creerte?

—Sí, créeme.

—Si vagabundeas por aquí acabarás atrapado en algún pasadizo desconocido y lo más probable es que jamás podamos encontrarte.

—No voy a vagabundear. Ya te he dicho lo que voy a hacer. Voy a quedarme aquí sentado, en esta misma sala. Me has traído hasta los cadáveres de los dioses asesinados de la religión a la que se espera que yo sirva. Necesito pensar qué es lo que significa todo esto. Eso es todo. Vete, Mericalis. Es algo que debo hacer solo. Tú sólo me distraerías. Ven a buscarme al alba y te prometo que me hallarás sentado exactamente donde estoy ahora.

—Sólo hay una antorcha. La necesitaré, si quiero encontrar la salida del túnel. Y eso quiere decir que tendré que dejarte a oscuras.

—Me doy cuenta de ello, Mericalis.

—Pero...

—¡Vete! —exclamó el celador—. No te preocupes por mí. Puedo soportar unas horas de oscuridad. Ya no soy un niño. Vete, por favor, ¿quieres? Ahora.

No podía negar que estaba aterrado. Era un hombre de edad avanzada y sedentario por temperamento; iba totalmente en contra de su naturaleza pasar una noche en un lugar como éste, muy por debajo del nivel del suelo, donde el aire parecía seco y polvoriento, húmedo y pegajoso, todo al mismo tiempo, y donde el punzante olor de lo enormemente antiguo le asaeteaba dolorosamente las fosas nasales. ¡Qué diferente era aquel lugar de su confortable habitación, donde estaba rodeado por sus libros, su jarra de vino y sus conocidos muebles! En la total oscuridad, era libre de imaginar la presencia de toda clase de criaturas repugnantes que, surgiendo de las profundidades, se arrastraban a su alrededor: sapos blancos sin ojos, lagartos escurridizos y sin carnes, arañas lentas y contemplativas que descendían sigilosamente por gruesas telas de seda desde orificios invisibles del techo de piedra. Se hallaba de pie en el centro de la sala y tuvo la sensación de ver una serpiente gruesa, pálida y reluciente, con ojos azules y ciegos, brillantes como zafiros, que asomaba de un pozo del suelo y se alzaba ante él, silbando y oscilando como si estuviese a punto de atacarlo. Pero el celador sabía que era sólo una ilusión de la oscuridad. No había ningún pozo, ni ninguna serpiente.

Empezó a sudar mucho. Su ligera ropa quedó empapada y se le pegó al cuerpo como un sudario. Con cada inspiración, creía que introducía puñados de telarañas en sus pulmones. La negror era tan intensa que le martilleaba los ojos, fijos y rígidos, hasta que se vio obligado a cerrarlos. Oyó ruidos inexplicables en las paredes, un zurrido, un tictac constante y pausado, y un goteo como de arena cayendo por ocultos canales internos. Notó vibraciones y temblores amenazadores y extrañas resonancias que lo llevaron a temer que el propio templo, irritado por aquella intrusión en sus

entrañas, se preparase para desplomarse sobre él. Aquellos ruidos no era más que las pisadas de Mericalis, se dijo el celador. Mericalis que volvía sobre sus pasos por el túnel hacia la salida.

Al cabo de un rato, se incorporó y avanzó a tientas por la habitación hacia los sepulcros de la esquina, agarrándose a las rugosas piedras de la pared para guiarse. De algún modo perdió la orientación, porque la esquina estaba vacía cuando llegó a ella. Continuó adelante, y sus dedos exploradores encontraron lo que seguramente era la abertura que conducía al túnel. Se quedó quieto por unos instantes en las tinieblas y trató de recordar el diseño de la cámara funeraria, convencido de que las tumbas se hallaban en la esquina donde había ido, aunque sin comprender por qué no las había encontrado. Siguió adelante por la pared, más allá de la abertura, hasta el otro lado. A la otra esquina. Ningún sepulcro. Giró a la derecha, todavía aferrado a la pared, y avanzó paso a paso, imaginando grandes pozos que se abrían bajo sus pies, hasta que su rodilla chocó contra algo. Había encontrado las tumbas, sí.

Se arrodilló. Agarró el borde de la más cercana, se inclinó hacia adelante y la miró.

Con sorpresa comprobó que podía distinguir los duros y angulosos rasgos del esqueleto que contenía. ¿Cómo era posible? Tal vez sus ojos estaban acostumbrándose a la oscuridad. No, no era aquello. Un halo de luz parecía rodear el sepulcro. Un tenue brillo rojizo había comenzado a alzarse de él y, con la ayuda de aquella inesperada iluminación, pudo ver la silueta de la alargada figura de su interior.

¿Una ilusión? Probablemente. Incluso una alucinación. Era el momento más extraño de su vida y podía esperar cualquier cosa, cualquiera. «Aquí hay magia», fue un pensamiento que lo sorprendió; entonces se quedó atónito y maravillado de haber caído con tanta facilidad en el abismo de lo irracional. Era un hombre prosaico. No creía en la magia. Y sin embargo..., sin embargo...

El brillo aumentó. El esqueleto relucía en la oscuridad. Con una claridad fantasmal, vio las crestas y espinas alienígenas, las retorcidas vértebras, y de todo ello emanaba un extraño fuego carmesí que revelaba claramente su aspecto. Las cuencas vacías de los ojos parecían contener una inteligencia viva de fuego.

—¿Quiénes sois? —preguntó el celador, en tono casi violento—. ¿De dónde vinisteis? ¿Por qué metisteis las narices en nuestros asuntos? ¿*Teníais narices*? —Se sintió mareado. El aire sofocante, tal vez. No tenía bastante oxígeno. Se echó a reír, demasiado fuerte, demasiado tiempo—. Oberith, ¿eres tú? ¿Aulimiath? Y ese del centro es Vonubius, ¿no? El más alto, el líder de la misión.

Su cuerpo se estremeció por una repentina sensación de angustia. Oleadas de miedo y asombro lo inundaron. Su propia broma vulgar lo había aterrorizado. Comenzó a sollozar.

La idea de que podía estar en presencia de los verdaderos restos de los Tres lo llenó de confusión y desaliento. Con el tiempo, había llegado a pensar que el relato de

la Venida no era más que un mito —dioses que vienen de las estrellas—, pero ahora estaba estupefacto ante la evidencia de que habían existido de verdad, que habían sido criaturas tangibles que caminaban, comían, respiraban y orinaban... y que habían podido morir, asesinadas. Tiempo atrás, había llegado al convencimiento de que no creía en todo aquello. Este descubrimiento le exigía replanteárselo todo. ¿Trivializaba la religión a la que servía, reduciéndola a simple historia? No..., no, pensó; la existencia de estos huesos elevaba la historia a la categoría de milagro, de mito. Realmente habían venido. Y habían servido, y habían partido; no a las estrellas, sino al reino de los muertos. Del que regresarían a su debido tiempo, y su resurrección traería la redención que habían prometido y el perdón por el crimen que se había cometido contra ellos.

¿Era eso? ¿Era la manera de interpretar lo que contenía aquella sala? No lo sabía. Comprendió que no sabía nada en absoluto.

El celador se estremeció y tembló. Se abrazó los costados y se quedó quieto.

Luchó por recuperar parte del control sobre sí mismo

—No —se dijo con severidad—. No puede ser. No sois ellos. No creo que esos sean vuestros nombres.

De las tumbas no salió ninguna respuesta.

—Podríais ser tres extraterrestes cualesquiera —les dijo con fiereza—. Os topasteis con la Tierra, os dejasteis caer por aquí una tarde para ver qué había... y vivisteis para lamentarlo. ¿Tengo razón?

Continuó el silencio. El celador, acurrucado contra uno de los sepulcros y con la mejilla apoyada en la fría y seca piedra, se estremeció y tembló una vez más.

—Habladme —les rogó—. ¿Qué tengo que hacer para que me habléis? ¿Queréis que rece? Muy bien, pues, rezaré, si eso es lo que deseáis.

Con la voz especial que utilizaba para la invocación de vísperas, entonó los tres Nombres Sagrados:

—Oberith... Aulimiath... Vonubius.

No hubo respuesta.

—No sabéis vuestros propios nombres, ¿eh? —dijo amargamente—. ¿O sois demasiado testarudos para contestar?

Miró las tinieblas con gesto malhumorado.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó, furioso—. ¿Por qué tuvo Mercialis que descubriros? ¡Oh, maldito!, ¿por qué tuvo que hablarme de vosotros?

De nuevo no hubo réplica; pero esta vez notó que empezaba a suceder algo extraño. Unas columnas serpenteantes de luz se alzaban de los tres sepulcros. Parpadeaban y danzaban como lenguas de frío fuego ante sus ojos y le ordenaban que guardara silencio y prestara atención. El celador se presionó la frente con las manos, inclinó la cabeza y dejó que todos los pensamientos saliesen de su mente, de manera que no quedó de él más que un caparazón vacío acurrucado en la oscuridad de la sala. Y, mientras permanecía arrodillado, todo comenzó a cambiar a su alrededor: las

paredes de la cámara se disolvieron y cayeron, y se vio transportado hacia arriba y afuera, hasta que quedó de pie al aire libre, en un ambiente agradable y despejado, bajo el dorado calor del sol.

El día era brillante, cálido, como de primavera; un día espléndido, un día para disfrutarlo. Pero había horribles disonancias. El celador oyó gritos a derecha y a izquierda: voces ásperas por todas partes, exclamaciones de ira.

—¡Allí están! ¡Cogedlos! ¡Cogedlos!

Aparecieron tres figuras delgadas y grotescas, que en altura superaban en medio cuerpo a un hombre normal, con ojos grandes, largas extremidades y complexión extraña. Se movían con rapidez, pero con una sombría dignidad, como si flotasen en vez de andar. Mantenían una ligera ventaja sobre sus perseguidores. El celador comprendió que eran los Tres en sus momentos finales, que habían sido acosados y perseguidos durante todo aquel día maravilloso por los dulces prados de aquel valle verde y exuberante. Ya no tenían adónde ir; estaban atrapados en un área sin salida, rodeados por la ladera del monte, mientras el ejército de sus enemigos se acercaba y hacía imposible cualquier esperanza de escapar.

El celador oyó salvajes gritos de triunfo. Y vio rostros iracundos, hinchados y enrojecidos. Las armas cortaban el aire: garrotes, porras, horcas, hachas. Ojos desorbitados, labios distendidos, puños apretados que se agitaban con furia. Y en una elevación del terreno, haciendo frente a sus atacantes, están los Tres, muy juntos, sin ofrecer resistencia, aparentemente en paz. Parecen perplejos por lo que ocurre, tal vez, o tal vez no. ¿Quién puede decirlo? ¿Qué quieren decir sus expresiones? Pero, casi con seguridad, no están enojados. La ira no es una emoción que puedan albergar de ningún modo. Su aspecto parece indicar que esperaban esto. *Perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Un momento de vacilación: la muchedumbre, súbitamente inquieta en el último instante, atemorizada, incluso insegura de los riesgos que implica lo que van a hacer. Luego superan la duda y se abalanzan sobre ellos como una sola criatura enloquecida, y los aceros relampaguean bajo el sol...

La visión terminó bruscamente. El celador volvía a estar en la cámara de piedra. La luz se había desvanecido. El aire era seco y viciado, no dulce y suave. El panteón estaba a oscuras y no había nadie más.

El celador se sentía turbado por lo que había visto, y avergonzado. Una sensación de culpa casi suicida lo abrumó. Echó a correr a ciegas de un lado a otro de la sala, frenético, desquiciado, arrojándose contra las paredes invisibles. Luego, exhausto, se detuvo unos momentos a tomar aliento y contempló en la oscuridad el lugar donde creía que se encontraban las tumbas. Se dijo a sí mismo que rompería las cubiertas transparentes, tomaría las tres extrañas calaveras y las sacaría a la luz del día; entonces llamaría a la gente y les mostraría lo que había encontrado en las profundidades de la tierra; blandiría los cráneos ante sus ojos y les gritaría: «¡Aquí están vuestros dioses! Eso es lo que les hicisteis. Todas vuestras creencias están basadas en una mentira». Y luego se arrojaría desde lo alto de la montaña.

No.

No lo haría. ¿Cómo podía arruinar las esperanzas de la gente de aquella manera? Y, tras haberlo hecho, ¿qué beneficio reportaría su muerte?

Y sin embargo... dejar que la mentira perdurase...

—¿Qué voy a hacer con vosotros? —preguntó el celador a los esqueletos en sus sepulcros—. ¿Qué voy a decir a la gente? —Su voz subió de tono hasta convertirse en un chillido desenfrenado que retumbó en los muros de piedra de la sala y resonó en su palpitante cabeza—. ¡La gente! ¡La gente! ¡La gente!

»¡Habládme! —vocifero—. ¡Decidme lo que tengo que hacer!

Silencio. Silencio. Silencio. No iban a darle ninguna respuesta. Se rió de su propia impotencia. Lloró un rato, hasta que se le secaron los ojos y le dolió la garganta de tanto sollozar. Cayó de rodillas una vez más junto a uno de los sepulcros.

—¿Quiénes sois? —preguntó, apenas en un susurro—. ¿Realmente eres Vonubius?

Y esta vez imaginó que oía una respuesta burlona: Yo soy quien soy. Ve en paz, hijo mío.

¿Paz? ¿Dónde? ¿Cómo?

Por fin, mucho después, comenzó a calmarse otra vez y pensó que esta vez podría permanecer así. Comprendió que estaba haciendo cosas ridículas: el viejo celador, corriendo de un lado a otro de una cámara subterránea, aullando como un lunático, rezando a dioses en los que no creía y conversando con esqueletos. Gradualmente, su atormentada alma se alejó de las turbulencias de la desesperación en que había caído, del frenesí maniaco y de la ira infantil. No había ningún brillo rojizo, no. Su mente desquiciada había invocado unas fantasías atormentadas. La oscuridad todavía prevalecía en la cámara. Era incapaz de ver nada. Sabía que ante él había tres antiguos sarcófagos de piedra que contenían huesos viejos y secos, los restos mortales de criaturas extraterrestres muertas mucho tiempo atrás.

Estaba calmado, sí. Pero incluso entonces no encontraba la forma de esconderse de su propia angustia. Sabía que aquellos restos ponían en tela de juicio toda su vida. La horrible verdad de todo aquello seguía revelándose sin una posible respuesta. Había servido a un credo falso, había ofrecido conscientemente a la gente la vacía esperanza de que serían redimidos por unos dioses benévolos. Noche tras noche se había plantado en el pórtico para invocar a los Tres y rezar por su pronto retorno a este planeta torturado. Cuando, en realidad, no se habían ido nunca de la Tierra. Habían muerto a manos del mismo pueblo al que, según suponía, habían venido a redimir.

«¿Y ahora qué?», se preguntó el celador. ¿Revelar la verdad? ¿Mostrar los cuerpos de los Tres a los atónitos y desengañados fieles, tal como había imaginado poco antes? ¿Haría algo así? ¿Podía hacerlo?

«Vuestras creencias estaban basadas en una mentira», se imaginó que les decía. ¿Cómo podía hacer algo así? Pero era la verdad. «No es raro que perdiera mi propia fe hace tanto tiempo», pensó. Había sabido la verdad antes de darse cuenta de que la sabía. Era a la verdad a la que había jurado servir, ante todo y sobre todo, ¿no? Pero había muchas cosas que no entendía... o, quizá, que no podía entender.

Miró en dirección a los esqueletos, y un ejército de nuevas preguntas se formó en su mente.

—¿Por qué vinisteis? —preguntó, ya sin enojo, sino con una curiosa serenidad de espíritu—. ¿Por qué elegisteis servirnos de ese modo? ¿Por qué permitisteis que os destruyéramos, pues seguramente teníais el poder para evitarlo?

Tremendas cuestiones sin respuestas. No obstante, ¿quién sabía los milagros que podían originarse por preguntarlas? Sí, sí: ¡milagros! Las fes verdaderas pueden surgir de las ruinas de las falsas, ¿no? Estaba muy cansado. Había sido una noche larga.

Poco a poco se deslizó hasta el suelo, hasta que quedó totalmente tumbado, con la cara apoyada en los brazos. Tuvo la impresión de que la suave luz de la mañana entraba en la cámara y la larga vigilia terminaba, por fin. ¿Cómo era posible que la luz llegase a tal profundidad? Optó por no insistir en la cuestión. Se quedó quieto, esperando. Luego oyó pasos. Mericalis volvía. Realmente, la noche ya había pasado.

—¿Diriente? Diriente, ¿estás bien?

—Ayúdame a levantarme —dijo el celador—. No estoy acostumbrado a pasar la noche sobre suelos de piedra.

El custodio iluminó la sala con la antorcha, como si esperase que hubiera cambiado de alguna forma desde la última vez que la había visto.

—¿Y bien? —dijo finalmente.

—Salgamos de aquí, ¿eh?

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy bien.

—Estaba muy preocupado. Sé que dijiste que querías estar solo, pero no podía evitar pensar...

—Pensar puede ser muy peligroso —lo interrumpió el celador fríamente—. No te lo recomiendo.

—Diriente, quiero decirte que he decidido que lo que te sugerí ayer noche es la mejor idea. Esta sala podría hacer pedazos a la Iglesia. Deberíamos sellar el lugar y olvidar que hemos estado aquí.

—No —replicó el celador.

—No es preciso que revelemos a nadie lo que hemos hallado. Mi trabajo consiste simplemente en impedir que el edificio se caiga. El tuyo es realizar los rituales de la fe.

—¿Y si la fe es falsa, Mericalis?

—No sabemos si lo es.



—Pero tenemos nuestras sospechas, ¿no?

—Decir que los Tres no regresaron vivos a las estrellas es herejía, ¿verdad, Diriente? ¿Quieres ser el responsable de divulgar una herejía?

—Mi responsabilidad es promover la verdad —dijo el celador—. Siempre lo ha sido.

—¡Pobre Diriente! ¿Qué te he hecho?

—No malgastes tu piedad conmigo, Mericalis. No la necesito. Sólo ayúdame a encontrar la salida, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo?

—Sí —repuso el custodio—. Lo que tú digas.

El pasadizo pareció mucho más corto y menos intrincado al salir que al entrar. Ninguno dijo una sola palabra mientras lo recorrieron. Mericalis avanzaba con rapidez, sin mirar nunca atrás. El celador, que lo seguía con paso enérgico, se movía con un vigor que no había sentido en muchos años. Su mente trabajaba sin cesar: estaba concentrado en lo que diría después, primero al personal del templo, luego a los fieles que acudiesen ese día y por último, quizás, al emperador y toda su corte en la gran ciudad bajo la montaña. Sus palabras caerían sobre sus oídos como el restallido del trueno en la cima; y después, que pasara lo que debiera pasar. Así pensaba comenzar: «Hermanos y Hermanas, os anuncio una gran dicha: ha llegado el tiempo de la Segunda Venida. Pues sabed que puedo mostraros a los Tres. Ahora están con nosotros; en realidad, jamás nos dejaron...».

# El dragón de Tollin

*Elizabeth Ann Scarborough*



El emisario voló durante muchos días hasta que llegó a un lugar lo bastante frío como para tocar la superficie con los pies sin quemarse. La Gran Reina debería haber enviado a un ifrit en vez de a un fey aéreo, pensó el emisario. Los ifrits volaban mediante la magia; por eso podían ir a donde quisieran en un abrir y cerrar de ojos, mientras que la alas de los feys aéreos no los llevaban más lejos que un ave de tamaño semejante. Naturalmente, la velocidad era la única ventaja que tenían los ifrits como mensajeros. Su carácter voluble los hacía inadecuados para ese propósito. Sin embargo, en esta misión habría bastado con la velocidad, pues en ningún lugar de todas aquellas tierras calcinadas habría encontrado el emisario un ser vivo con quien conversar.

El primer indicio que el emisario tuvo de la catástrofe fue una columna de humo negro y gris que flotaba sobre la costa de las regiones más meridionales de Mundonorte. Aquí y allá, el cielo se resquebrajaba y mostraba vetas de intenso tono anaranjado, o las nubes florecían repentinamente con color de fuego en su interior. Un hedor insoportable invadió la nariz del emisario, que durante el resto del viaje tuvo que cubrírsele con un pedazo de su vestido para filtrar el aire.

Donde había habido ajetreadas ciudades portuarias, un líquido negro se vertía en el mar, y profundos torrentes de magma hirviente y burbujeante excavaban la cadena montañosa que por muchos años había protegido estas prósperas tierras de las invasiones. Donde los castillos habían vigilado la costa, se alzaban montones de desechos fundidos. Ningún barco, ni siquiera los restos de un naufragio, flotaba en los fétidos puertos. Ningún hombre, mujer o criatura de ninguna raza caminaba por la tierra. En varios kilómetros de distancia desde la costa, ningún ser marino se erguía entre las olas para saludarlo. Las criaturas marinas eran las únicas que habían avisado del desastre. En varios meses no se había avistado ninguno de los barcos de comerciantes que normalmente cruzaban los mares entre este lado del mundo y el del emisario. Por último, una selki informó a un pescador que estaba preocupada por unos parientes que no habían realizado su migración anual desde los mares de Mundonorte a los del sur. El pescador habló con su señor, quien mandó una nota al rey, que era responsable de informar de tales asuntos a la reina. Una caravana llevó el informe semanal al paso montañoso más alto de Mundosur, donde la Gran Reina presidía desde su castillo de hielo (que se creía que le proporcionaba frialdad de juicio) las disputas y problemas de las tierras y pueblos que había más abajo. La reina, pues, envió al emisario, que había viajado a Mundonorte en una ocasión, de joven, acompañando a su padre en un asunto de Estado.

La costa de la masa de tierra que se extendía ahora bajo sus alas y su situación

indicaron al emisario que era realmente el continente conocido como Mundonorte, pero todas las demás pistas habían sido borradas.

Allí donde recordaba que había habido grandes extensiones de bosques verdes y exuberantes, sólo había tocones chamuscados que sobresalían de la tierra como los dientes estropeados de la calavera de una vieja muerta largo tiempo atrás. El emisario pensó que obtendría algunas respuestas en Tollinlund, la ciudad más grande de todo Mundonorte, cuyas fronteras abarcaban lo que en otros tiempos había sido un país totalmente independiente.

El emisario pensó en detenerse por el camino para dar un descanso a sus alas, comer un bocado y quizá dormir, puesto que había que cruzar las fronteras de otros seis países así como el Gran Mar Interior, el Desierto Hambriento y la vasta sierra de Huesos de Ogro antes de llegar a Bellgarten, la tierra de la que Tollin era capital.

Los mares interiores oscilaban como el pecho de un moribundo, cubiertos de negro fango de costa a costa, y las montañas estaban profundamente horadadas en su vertiente sur, aunque no tanto en el lado norte. El emisario comenzó a albergar algunas esperanzas al ver que el Desierto Hambriento, además de incluir una nueva colección de huesos blanqueados parcialmente vestidos, tenía el mismo aspecto de siempre, aunque la vegetación, antes escasa, había desaparecido. Sin embargo, más allá del desierto, donde la curva septentrional de los Huesos de Ogro custodiaban los fértiles campos y las populosas ciudades de Bellgarten, los cambios, aunque más sutiles, eran evidentes. Era bien sabido que Bellgarten era el país guardián de Mundonorte, al igual que la Gran Reina protegía Mundosur. Bellgarten tenía esta distinción y su envidiable prosperidad porque poseía un dragón, cuyo favor la hacía grande y poderosa, además de rica.

Ahora, los restos de las casas de Bellgarten yacían con las puertas abiertas y las ventanas rotas, las cosechas habían sido arrancadas de los campos como por garras gigantescas y ninguna persona o animal se movía sobre la tierra. El emisario podría haber descansado un rato; pero registró algunas casas para ver si en ellas quedaba alguien vivo y, al no encontrar a nadie, continuó el vuelo hasta la ciudad, donde la devastación, aunque no tan terrible como la de las tierras exteriores, parecía haber sido igual de fatal.

No había ningún chapitel o torre que identificase el horizonte que recordaba de su infancia. Allí donde los mercados habían rugido con animales y vehículos de todas clases, el tintineo de las monedas, el brillo de las cuerdas tendidas entre edificios de las que colgaba ropa recién seca, la colada extendida en los tejados, el agradable olor de la gente lavada y alimentada que había descubierto la magia de un sistema de alcantarillado bien diseñado... no quedaba nada. Mejor dicho, había muchas cosas, pero tan destrozadas por la gran calamidad que había azotado Mundonorte que era imposible distinguir qué era ropa y qué era madera o metal, objeto o ser vivo. El buen olor había sido sustituido por el hedor de la muerte y, en todas partes, por una asfixiante neblina de humo que oscurecía el cielo y tapaba el sol.

El viento arrastró los desechos entre los pies del emisario cuando éste aterrizó sobre las piedras de lo que debió de haber sido el palacio. Plegó las alas y se sentó sobre los restos de un muro; y, llorando, se quedó dormido.

Estaba temblando cuando se despertó al oír un ruido que se distinguía del viento por su ritmo: un ruido continuo, un tableteo que parecía proceder de los escombros que vibraban bajo sus pies. Aunque tenía las manos frías y las plumas encrespadas por el frío que reinaba en aquella tierra huérfana de sol, empezó a cavar en los escombros. Tal vez encontraría un superviviente, alguien, que le explicase qué había ocurrido en medio mundo.

Primero lo alcanzó el calor; calor, vibración y, cuando apartó más capas de inmundicia, luz: una luz dorada y suave que vibraba de calor como la arena de la playa en verano.

Al descubrir la parte superior opalescente, el objeto vibró con más fuerza mientras se abría paso entre las cenizas y la suciedad hacia él, como una flor abriéndose al día.

El objeto era suave, redondeado, de tono dorado pero inflamado con pinceladas de rojo, azul y verde, y con una espiral de color perla. El emisario pensó que debía de ser un tesoro exótico del rey. Pensó que debía de ser un regalo inapreciable de un gran artista. Pensó que debía de ser... un huevo. Un huevo muy grande, como un broquel, que estaba anidado en las ruinas, vibrando con expectación.

Un huevo, desde luego. El huevo del dragón. El dragón había muerto defendiendo la ciudad de... ¿qué? ¿Un ataque monstruoso? El dragón, la ciudad y todas estas tierras habían caído en la batalla, y sólo quedaba este huevo.

El emisario apoyó la mejilla en el brillante cascarón y dijo en voz baja:

—Entiendo, huerfanito. No tengas miedo. Te llevaré conmigo a la Gran Reina. Allí te cuidarán para que puedas calentar y proteger nuestras tierras como una vez protegiste...

—A... alto —graznó una voz chirriante como una cadena sin engrasar.

El emisario levantó la mirada del huevo, aunque sin soltarlo, y vio que la inmundicia también se movía unos metros más allá, donde los escombros habían tapiado la brecha abierta en la pared. Tal vez había más de un superviviente, después de todo.

Dejó el huevo en el suelo y se abrió camino entre el revoltijo de ropa, metal, huesos y maderos astillados, hacia donde se movía el polvo, y volvió a excavar para sacar lo que hubiese debajo.

Súbitamente, le agarró la mano algo que parecía una garra de hierro, y toda la montaña de desechos se deslizó hasta el suelo cuando un bulto de inmundicia tan alto como un brazo se alzó frente a él, y un agujero se abrió en su interior para suplicar:

—¡Agua!

Desde lo alto del montón, la vibración aumentó y el huevo se estremeció. El emisario agitó las alas, sobrevoló el huevo cuando empezaba a rodar y lo puso al pie

de la pila con cuidado, antes de regresar junto a la criatura que todavía se estaba quitando la tierra de encima. El calor del huevo que sentía en la espalda lo reconfortó mientras se quitaba la mochila y sacaba de ella un botellín para aliviar la sed de la criatura.

—Tranquilo, amigo —dijo al ver que el superviviente se bebía de un trago la mitad del botellín—. Debe durarnos hasta que encontremos un atolón intacto con agua fresca, que puede estar a varios días de aquí.

El superviviente meneó negativamente la cabeza y dijo con voz ronca:

—No puedo irme. El huevo. Tengo que encontrar el huevo.

—No te preocupes, amigo. Está a salvo —lo tranquilizó el emisario, y notó que el huevo ronroneaba a su espalda.

—¡Ah! —exclamó el superviviente, y se secó los labios con la muñeca. El emisario vio que sólo tenía una en un único brazo muy largo y que sus piernas eran muy cortas. ¿Un enano, entonces?

—¿Y los... otros?

—Lo siento, pero creo que no hay «otros». Soy Dolhal, emisario de la Gran Reina de Mundosur. Debo descansar un rato; luego montarás entre mis alas. Puedo cargar con el huevo y llevaros a ambos ante Su Majestad.

—¿Mundosur? —preguntó el mediano.

—Tal vez debería decir «Mundoúnico» —contestó Dolhal—. Me temo que todos están muertos en el norte.

El mediano asintió, se arrastró sobre las rodillas y un brazo, encontró el huevo, se enroscó sobre él y se quedó dormido. Tal vez, pensó Dolhal, tenía más derecho, pero él había encontrado el huevo primero y sintió un inusual espasmo ante la idea de yacer sobre la inmundicia junto a una criatura de aspecto tan repulsivo. Aun así, tenían el huevo, hermoso y caliente a pesar de haber estado enterrado y haber sido exhumado de entre tanta suciedad. De algún modo, era una promesa de seguridad y comodidad si Dolhal lo cuidaba y lo guardaba hasta que eclosionara.

Antes de dormir, observó que el muñón del mediano parecía estar cauterizado; una cicatriz roja lo cubría, al igual que cruzaba un lado de la cara de la criatura de tal manera que la oreja, el cuello y la quijada formaban una sola línea, con los ásperos cabellos negros quemados.

Dolhal se despertó de improviso, inmediatamente alerta, como si hubiera padecido una descarga. Se incorporó y vio que el mediano soltaba un pedrusco. ¿Acaso la criatura podía pretender atacarlo? Sus alas eran su única escapatoria de este lugar.

El mediano hizo una mueca de dolor en el lado intacto de su rostro y puso la mano con la palma arriba sobre la rodilla. Parecía un tanto más limpio y fuerte que cuando se habían quedado dormidos. Dolhal, que se sentía como nuevo, dijo en voz alta:

—Me siento mucho mejor y tú también pareces estarlo. ¿Tienes fuerzas para

emprender un viaje mientras duren nuestras provisiones?

Una voz melodiosa brotó de aquel rostro estropeado, como agua fresca de las rocas:

—Pronto. Da un poco más de tiempo a la magia del dragón y estaremos listos para bailar toda la noche.

—No lo creo —dijo Dolhal al sentir el frío viento procedente de las nubes pasajeras—. Tras haber visto esto, creo que nunca más volveré a bailar.

—¡Ah, bien! Supongo que puede sentarte así, si no tienes tiempo para acostumbrarte. Desde mi punto de vista, me apetece bailar solamente para poder comprobar esto, ¿entiendes?

—¿Quién eres, y cómo has logrado sobrevivir? —le preguntó Dolhal.

—Alguien tenía que ser el último —respondió el mediano, reproduciendo la mueca de dolor. Y como fui el primero, por así decir, es justo suponer que también soy el último. A excepción del huevo, por supuesto. Fui llamado Sulinin el *Arpista Mediano* hasta que encontré el primer huevo; desde entonces soy Sulinin *Guardián del Dragón*. Traje mi hallazgo al rey poco después de que el huevo eclosionara y la cría de dragón empezase a demostrar sus poderes. El rey no se sintió tan agradecido por mi lealtad al regalarle la cría de dragón como para abdicar en mi favor, concederme la mano de su hija o entregarme la mitad de sus tierras; supongo que lo entiendes. Eso sólo pasa en mis cuentos. Pero me concedió el cargo de guardián de manera permanente y nunca tuve que volver a vagabundear. Guardé mis canciones para alegrar al dragón o, cuando creció, dormirlo.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo el emisario—. Por todo.

—Estoy seguro de que te haces cargo de la situación —repuso Sulinin.

—Cuando el huevo eclosione y nazca un nuevo dragón, tal vez la Gran Reina te conceda mantener tu antiguo puesto —sugirió Dolhal, aunque esperaba que no. Al fin y al cabo había sido él, Dolhal, quien había rescatado el huevo.

—¿Crees que lo haría? Eso sería... conveniente. Creo que será mejor marchar pronto, ¿no? Si el huevo eclosiona aquí, tendremos que esperar hasta que al pequeño dragón le hayan crecido las alas lo suficiente para que aguanten el peso de su cuerpo, y para entonces... Para entonces se habrá vinculado a este lugar y no querrá irse.

Dolhal presintió que había una mentira en alguna parte de la explicación, pero apenas conocía a este ser y a las crías de dragón como para descubrir qué era falso.

—Entonces ¿la madre... el dragón... ha muerto? ¿Estás seguro?

—Desde luego —contestó Sulinin—. Yo... Podría decirse que yo estaba implicado personalmente cuando explotó.

—¡Qué doloroso debió de ser para ti!

—Amigo, no sabes hasta qué punto.

Esta vez, Dolhal supo que el mediano decía la verdad, pues su humor agrio le hizo torcer la boca y sus ojos se humedecieron por la angustia.

—Tal vez te ayudaría hablar de ello —dijo Dolhal.

Los emisarios estaban adiestrados para ser excelentes oyentes e interpretar los matices que había detrás de las palabras. Ya no se sentía cansado, hambriento o sediento, pero tampoco le apetecía emprender la marcha aún. Pensó que el huevo sería más feliz si era anidado aquí.

—Cuando era muy joven, oí hablar del Dragón de Tollin —prosiguió el fey—. Decían que no había habido otro dragón como él en la historia del mundo, que era la causa de la prosperidad de Bellgarten y que, gracias a él, había conseguido la hegemonía sobre Mundonorte.

—Cierto, todo cierto —corroboró el antiguo arpista—. Los dragones de los relatos antiguos son feos y temibles, codiciosos y malvados...

—Nada así podría salir de este huevo —aseguró Dolhal, acariciando el cascarón.

—Sí... mmm, bueno, yo pensé algo parecido cuando contemplé el huevo por primera vez. Lo encontré en los Huesos de Ogro, el verano en que Arrojahorros entró en erupción. ¿Tenéis volcanes en el sur?

—¡Oh, sí!

—Entonces ya sabéis que, cuando hacen erupción, no sólo se transforma la montaña, sino todo el paisaje a su alrededor: los lagos se cubren de cenizas y vuelven a llenarse muchos kilómetros más allá, y los ríos cambian de curso. Nunca había presenciado tales cambios, por lo que me marché a los Huesos de Ogro con mi arpa para componer canciones sobre la erupción y la gente que sobrevivía o que había muerto. Parecía que la catástrofe anunciara el fin de Bellgarten, puesto que el intenso calor había calcinado las cosechas, mientras que la ceniza, como ha ocurrido ahora, tapó el sol, el invierno llegó adelantado y la gente enfermaba y moría por respirar aquel aire viciado. Yo era entonces un joven lleno de salud y hambriento de novedades; a ello se debe en parte que tomara el arpa y siguiera la senda del trovador. Confieso que, a aquellas alturas, ya me había cansado de todo aquello. Esperaba que las canciones me ayudarían a pasar el invierno en algún sitio confortable, donde mi voz, mi fortuna, estaría a salvo de las enfermedades, y donde podría tener siempre el vientre lleno.

»El camino terminó mucho antes de llegar al lugar adonde conducía el paso más fácil entre las montañas. Entonces me adentré en tierras tan diferentes como si hubiese vuelto a nacer. Tan diferentes como..., como esta tierra lo es del Bellgarten de mi juventud. Tan distintas como lo es este suelo del de la luna. En mi ignorancia, pensé que sólo tenía que encontrar el río Bellgard y seguir su curso paralelo a la cordillera, hasta llegar a sus fuentes. Sin embargo, cuando llegué al lugar por donde había corrido el río, me quedé pasmado al ver que aquella poderosa corriente, tan ancha y profunda en algunos tramos que parecía el mismo mar, había desaparecido por completo. Rocas fundidas se enfriaban en su lecho seco y, para mi sorpresa, vi bloques de piedra, cortados y pulidos como remates de torres y, en un lugar, las ruinas de una gran puerta. Me senté allí para escribir una canción sobre la ciudad perdida bajo el Bellgard, pero, mientras titubeaba entre “ardor” y “pavor” para rimar con

“calor”, se me ocurrió que una tercera palabra, “temblor”, era incluso más apropiada, ya que eso era lo que hacía la tierra bajo mis pies.

—¿Entonces el huevo también se abrió paso hasta la superficie en tu busca? —exclamó Dolhal—. ¡Qué extraordinaria criatura, que ya tiene tanta inteligencia dentro del cascarón!

—Totalmente —dijo el mediano, mordiendo el final de la palabra con sus destrozados dientes.

—¿Y era el cascarón de la madre tan hermoso como éste?

—Sí, y quedé tan fascinado como tú lo estás ahora. Cuando el cascarón se quebró, pensé que se me rompía el corazón, pero entonces el pequeño dragón asomó su cabeza, como una joya, a su través. Sus rasgos y patas regordetes eran tan encantadores como los de cualquier recién nacido. Tuve que llevar a la pequeña dragona en brazos la mayor parte del camino a Tollin, ya que sus alas eran todavía demasiado débiles para sostenerla, y se tambaleaba cuando intentaba caminar. Además, su apetito era el mayor que había visto nunca y tuve que cazar para ella una y otra vez hasta que se sintió lo bastante harta para que pudiésemos reemprender la marcha. Esto, naturalmente, la volvió extraordinariamente pesada, pero, en cuanto quedó saciada, bastó una pequeña dieta de mantenimiento durante casi todo el resto del viaje, y me complació contentándose con hierba y brotes de flores.

»Era todavía más encantadora cuando, allí donde viajábamos, calentaba la temperatura de los campos con su aliento de manera que volvían a ser fértiles. Entonces apenas me di cuenta de ello, tan fascinado estaba con mi nueva acompañante, pero siempre dormimos calientes y secos, fuera cual fuese el tiempo que hiciera. Yo creía que era debido a la calidad de mi música. Estaba... reconfortado.

—Sí, sí, entiendo. Así me siento yo también. ¿Sabes?, ha sido un viaje largo desde la corte de la Gran Reina y, no obstante, el huevo es, como dices, reconfortante. —Dolhal sintió un escalofrío hasta la punta de las alas—. ¡Qué terrible tragedia debió de ser para ti perderla! —añadió, preguntándose por qué sentía mucho más la tragedia de la muerte del dragón que la destrucción de todo un continente y todas sus demás criaturas.

—Su apetito aumentó mientras viajábamos, hasta que pudo devorar la cosecha de campos enteros, y contemplaba con anhelo las ovejas y las vacas; entonces comprendí que no podría seguir manteniéndola solamente con mis esfuerzos. Ello me obligó a tomar la difícil decisión de regalarla al rey Horhay. Quedó encantado, incluso cuando ella devoró todo el banquete de cincuenta platos que había preparado para el noveno aniversario de su hija. Como era un hombre rico, se limitó a ordenar que preparasen otro banquete. La dragona pareció un tanto avergonzada de su apetito; cazaba y cocía a la perfección todos los animales que devoró antes y después. Por orden del rey, se nos otorgaron unas instalaciones en el zoo real y yo cantaba hasta que se quedaba dormida mientras ella tarareaba en tono relajante.



»Al crecer —prosiguió—, su apetito aumentó, pero persuadí al rey que debía entregarle sus propios campos y ganado para su nutrición. Para ello, impuso un pequeño impuesto al pueblo y, a cambio, volábamos juntos a distintos lugares y ella expulsaba las cenizas y calentaba los campos para que dieran más frutos que nunca. En invierno, mantenía el palacio caldeado, hasta que se construyeron tuberías desde su guarida a todas las casas de la ciudad para que las mantuviera calientes. Más adelante se descubrió que podía guardarse su aliento en estufas de arcilla que calentaban durante varios días sin necesidad de quemar leña. Pero, aunque se ganaba su sustento de sobra, a medida que aumentaba su apetito la gente comenzó a tener miedo. Algunos recordaron los relatos de los antiguos dragones, que devoraban regularmente a vírgenes, aunque nuestra dragona no había mostrado indicios de desear tal recompensa.

»De hecho, algunos quisieron que fuese ejecutada para no tener que seguir pagando por su mantenimiento. La invasión de Bellgarten por parte de los ejércitos de Orbdon puso fin al debate.

—¿Qué ocurrió?

—¿Y tú qué crees? Mi pequeña hizo recular las tropas enemigas a sus propias fronteras y, con un breve asalto a su ciudad más próxima, un rugido y un chorro de fuego, el enemigo quedó diezmado y destruido, claudicó y pagó un tributo a nuestro rey, quien sabiamente lo gastó en buena parte en mantener a la dragona. Ella pareció compadecerse de los orbdoneses y, utilizando su gran fuerza y su fuego con buen juicio, reconstruyó su ciudad y los ayudó a prosperar.

—¡Qué criatura tan maravillosa! —exclamó Dolhal, y pensó que el reinado de la Gran Reina sería mucho más sencillo si tuviera una ayuda como aquélla: firme pero benévola, cara pero pagándose en parte su propio sustento.

—Sí —confirmó Sulinin—, ¡y estaba solamente a la mitad de su crecimiento!

—¡Qué otros milagros debió de realizar cuando alcanzó la madurez! —reflexionó Dolhal en voz baja.

—¡Y qué apetito tenía! —dijo Sulinin—. La gente la quería, por supuesto, y me querían a mí y al rey por ella, porque les proporcionaba comodidades y buenas cosechas: al calentar las tierras era posible realizar tres cosechas, y sus excrementos eran el fertilizante más fabuloso que pudiera imaginarse. También trajo la prosperidad al reino. Por temor a ella, todos los reinos vecinos pagaban tributo a Bellgarten y nosotros, a cambio, resolvíamos sus disputas. Todo esto fue muy bien hasta que la dragona creció tanto y su apetito resultó tan insaciable que todos los graneros y rebaños de los reinos vecinos se convirtieron en raciones ínfimas. El rey era reacio a imponer más impuestos al pueblo, aunque con el tiempo tuvo que hacerlo. En vez de echar la culpa a la dragona, la gente se volvió contra el rey y se produjo una rebelión con la ayuda y el aliento de los reinos sometidos. Por supuesto, mi chica y yo resolvimos el problema rápidamente. Entonces el rey se preguntó: ¿por qué pagar a un verdugo? Como comprenderás, no me gustaba ver que mi chica

devorase a seres humanos... enteros, claro. Se los comía enteros. Pero el rey no estaba de humor para escuchar consejos y podría haber encontrado otra manera de matarme.

—En tal caso, podrías haber dirigido a la dragona contra el rey —sugirió el emisario, sorprendido de que a Sulinin, que llevaba viviendo en una corte al menos tanto tiempo como él, no se le hubiera ocurrido eso.

Sulinin contempló su mano en forma de garra y respondió:

—Podría haberlo hecho, pero ella conocía al rey casi tan bien como a mí y, además, él *era* el rey y un hombre, y si le hubiese pedido a ella que lo asesinara para evitarle tener que matar a quienes habían agraviado al rey según las leyes, ¿qué sentido habría tenido? El resultado habría sido el mismo para la dragona. Así que no me opuse. Cometí un error. La noticia de las ejecuciones provocó más insurrecciones y más guerras fronterizas entre los países tributarios, y más ejecuciones. Cuando estallaba una guerra, el rey ya no alistaba soldados; se limitaba a enviar a la dragona a que realizara el trabajo, pensando, sin duda, en todos los salarios que se ahorra.

»Así no funcionaron muy bien las cosas. A medida que ella realizaba estas misiones de destrucción, se alimentaba cada vez más y, como seguía creciendo, necesitaba aún más alimentos para poder volar. Pronto, todas las cosechas y el ganado de Bellgarten desaparecieron y entonces comenzó... el alistamiento.

Sulinin calló. El huevo vibraba a mayor velocidad todavía, y Dolhal pensó que podía oír los latidos de un corazón a través del cascarón, que se estremecía de manera expectante.

—Continúa —dijo a Sulinin, aunque comenzaba a adivinar el final de la historia. En realidad, ya había visto aquel final y era extremadamente decepcionante. ¡Qué trágico desperdicio de poder y de recursos!

—Como puedes imaginar, no se trataba de reclutar soldados para el campo de batalla. Los alistados eran conducidos al castillo e introducidos por una puerta que llevaba directamente a la enorme guarida de mi chica. Para entonces era tan grande que pasó algo curioso: no todos los que eran engullidos por ella eran digeridos o morían. Algunos sólo perdían algunos miembros, quedaban marcados o sufrían algún tipo de heridas, pero atravesaban todos sus intestinos y volvían a salir vivos. Otros, los que se comía justo antes de dormir, podían salir enteros pero totalmente locos tras padecer el proceso de pasar a través del estómago de una dragona. Pero la mayoría, los que devoraba antes de dirigirse a una batalla, eran devorados totalmente y nadie volvía a verlos más. Yo ayudaba a escapar a los que salían vivos de su vientre, que regresaban a la ciudad, pero con el tiempo todos volvieron a ser alistados, al igual que los ancianos, las mujeres y los niños. Para entonces, no quedaba nadie en los otros países que ella pudiese destruir, pero seguía alimentándose y el rey seguía entregándole la carne y los huesos de su pueblo.

»Supongo que el rey ya estaba totalmente loco. De lo contrario, ¿cómo podría haber arrojado a su propia hija a las fauces de la dragona? Oí chillar a la princesa

llamando a su padre y reconocí la voz, pues cuando era niña solía venir a oírme cantar canciones de cuna a la dragona. Ella cerró las fauces, pero la obligué a abrirlas de nuevo e intenté rescatar a la princesa. En circunstancias normales, mi chica no me habría hecho daño, pero estaba todavía en el frenesí del festín, por lo que se irritó conmigo, chasqueó los dientes y lanzó un fogonazo para advertirme que me alejara... y así sufrí estas heridas que ves. —Se tocó la cara y el muñón del brazo—. Salí a trompicones por la puerta mientras resonaban en mis oídos el rugido de la dragona y los chillidos de la princesa, junto con los gritos de las demás víctimas.

—Me sorprende que el rey no te convirtiera también en comida para la dragona.

—Lo intentó. Así fue como encontró la muerte. Aunque la dragona ya pesaba demasiado para volar y no le quedaba nada que comer, tenía hambre. Empezó a buscar comida y, enfurecida, acabó por derruir el castillo. Destruyó Tollin con los movimientos de su cuerpo y las llamas que expulsaba mientras aullaba de frustración y, como comprendí más tarde, dolor.

—¡Pobrecilla! —dijo el emisario—. Supongo que entonces comenzaba a poner el huevo. No tenía idea de que los dragones pasaran un rato tan difícil en esa labor.

—Yo tampoco. Lo único que sabía es que sólo le restaba devorarme a mí, y que cuando lo hubiera hecho moriría de hambre. Así pues, preparé una carga de explosivos, me escondí y, cuando vino a comer atendiendo mi llamada, encendí la mecha. El cabo encendido estaba entre sus dientes cuando vi el huevo.

El emisario le lanzó una mirada glacial, pero dijo:

—Supongo que tenías que salvarte.

—Lo que es más, no quería que ella muriese de hambre. La vi explotar y entonces... desde entonces ya no recuerdo nada hasta ahora, cuando me has encontrado.

El huevo se estiró y una diminuta grieta se abrió en su parte superior.

—¿No dijiste que debo llevarme el huevo antes de que eclosione, si deseo que se adapte a otro lugar? —preguntó Dolhal con nerviosismo mientras acariciaba el cascarón y le canturreaba entre dientes.

—Es mejor que me dejes romperlo y matar a la cría ahora que es lo bastante pequeña —dijo Sulinín, y levantó con la fuerte mano que le quedaba la roca que había soltado antes.

—¡Jamás! Ya has traicionado y matado a la madre. No dejaré que también asesines a este pequeño.

—¿Acaso no has oído nada de lo que he dicho? El dragón se vuelve cada vez más voraz a medida que crece y nada puede sobrevivir...

—Has permitido que lo corrompieran. En un país bueno y justo, será un instrumento del bien y la justicia.

Dolhal estrechó el huevo contra su pecho y le susurró unas palabras como si así pudiera calmarlo y demorar la eclosión. Entonces, antes de que el anterior guardián del dragón pudiera incorporarse, el emisario emprendió el vuelo con el huevo en

brazos.

—¡Espera! No puedes dejarme aquí —lo llamó Sulinin—. Llévame sobre tu lomo como me prometiste.

—Debo llevar a la cría de dragón a la Gran Reina antes de que pueda volar —replicó Dolhal desde el aire—. Tal vez más tarde volvamos a buscarte. Tal vez.

Y, con tres fuertes aletazos, se elevó aún más y desapareció de la vista en dirección a los Huesos de Ogro.

Sulinin suspiró y se acurrucó de nuevo entre la inmundicia en busca de calor para recuperar las fuerzas con un descanso. Al día siguiente empacaría el resto de la rancia comida de dragón y seguiría al emisario a pie. ¡Pobre Dolhal! El emisario no encontraría en ningún lugar de todo aquel paraje yermo las aves que la cría de Sulinin había devorado con ferocidad después de nacer. Sulinin viajaría tan lejos como pudiera, en busca de indicios del emisario y su carga: restos de cascarón y —según esperaba fervientemente el antiguo guardián del dragón por el bien de la Gran Reina y todo Mundosur— algunas plumas sueltas.

# Fe

*Poul y Karen Anderson*



En el nordeste lejano, más allá de las montañas del Caballo de la Tormenta, Aeland era la comarca más depauperada, apenas habitada y visitada en ocasiones tan raras que casi era un reino independiente. Sin embargo, era una región razonablemente feliz. Proliferaban las granjas a lo largo del río Luta. En algunos lugares, las resistentes casas de tierra con techo de paja estaban agrupadas formando una aldea. Los leñadores y carboneros trabajaban en el bosque de Isung, más al sur, mientras que los mineros extraían metales en los montes Nar al noroeste. Donde el Karumkill desembocaba en el Luta, se había levantado la ciudad de Yorun. La mayoría de las naciones la habrían considerado un pueblo, pero tenía su propio templo, foro, mercado y pequeñas industrias muy activas. Tres tabernas no era un número excesivo.

Al norte y al este, el terreno fértil cedía ante el páramo, prácticamente sin árboles, cubierto de brezos, aulagas, hierba de montaña y enredaderas alrededor de oscuros estanques. Bandadas de aves salvajes surcaban los vientos, algunos ciervos pastaban debajo de ellos y unos lobos los cazaban; por lo demás, sólo liebres, zorros y otros animales menores habitaban aquellos parajes. En cuanto a los hombres, unos pocos pastores conducían sus animales y algunos cazadores exploraban el terreno cuando no se adentraban en el bosque o en los montes. Ninguno se alejaba más de dos o tres días del valle, pues más allá se extendía la región del Ocaso.

Aeland, demasiado alejada y humilde para atraer a bandoleros o a conquistadores, podía subsistir por sí sola, sobrándole lo justo para comerciar cuando algún individuo cruzaba las montañas y seguía el Camino de Isung hasta Yorun. A veces, había altercados entre la gente, de vez en cuando peleaban amargamente, pero durante la mayor parte del tiempo eran amigos y se ayudaban entre sí. El sacerdote los dirigía en los ritos, bendecía todo lo que hacía falta y el resto del tiempo estaba empleado en un negocio normal. El juez de paz presidía las juntas de la comarca, arrestaba y castigaba a los escasísimos delincuentes y juzgaba los litigios de quienes optaban por presentarse ante él. También cobraba los impuestos, la mayoría de los cuales se enviaban al rey. Aquel servicio era recibido con menor agradecimiento. Sin embargo, la gente estaba resignada a tener un gobierno, como lo estaban a la enfermedad, las plagas y la pérdida de sus fuerzas con la edad. En general, tenían vidas agradables y muertes dulces.

Entonces llegaron los trastos.

El cazador Oric trajo la primera noticia a Yorun. Cuando seguía la pista de un venado por el brezal de Mimring, atisbó de lejos algo tan extraño que se desvió hacia

allí. Pronto, sus perros dejaron de seguirlo y comenzaron a aullar lastimeramente, por mucho que él los llamase a silbidos o maldijera. Con la inconsciencia de la juventud, siguió adelante.

Llegó a una fortaleza de piedra negra. Sin puertas y aparentemente sin ventanas, se extendía por un acre de tierra en un contorno irregular y horrible. El muro se elevaba a una altura que era el triple de la de Oric y estaba rematado por un tejado de tejas quebradas. Las torres tenían la misma altura en los ángulos y las esquinas y había chimeneas entre ellas. Ninguna era igual a otra y, fueran estrechas o achaparradas, almenadas, cónicas o abovedadas en distintos estilos, todas ellas eran inarmónicas y espantosas.

El viento era helado y reía disimuladamente entre los tojos, y arrastraba una polvareda gris que se confundía con el humo de las chimeneas. Oric olió a comida asada que, de algún modo, le despertó más los vómitos que el hambre. Los nervios lo traicionaron y retrocedió.

Aquella noche, en su campamento y de regreso a casa, creyó ver seres deformes corriendo por el horizonte y oír voces que graznaban y parloteaban. Estaba seguro de que sus perros gañían y se apelotonaban a su alrededor con la cola entre las patas. Durmió solamente a ratos, atormentado por las pesadillas.

—Es imposible —declaró el juez de paz cuando Oric se lo contó—. Los trabajadores los habrían visto. Dices que ni siquiera distinguiste las huellas de carros o botes.

—No es imposible que tales cosas salgan del Ocaso —murmuró el sacerdote—. Debemos ir a observar.

Conducidos por los tres, partió un grupo de los hombres más valientes del vecindario. La mayoría de ellos iban armados con cuchillos, hachas de madera, guadañas, mayales y otros útiles semejantes. Algunos empuñaban una espada o un pico que el tatarabuelo había blandido en la Guerra de los Margraves. Encontraron el horroroso castillo en el brezal y se quedaron temblando bajo una fina lluvia. El juez de paz dio un grito y, tras hacer sonar su cuerno, cabalgó alrededor de los muros y los golpeó. Nada respondió.

Oric sintió la necesidad de demostrar que había recuperado el valor. Pidió a sus compañeros que lo alzarán al tejado. Las tejas le rasgaron los pantalones y le arañaron las manos mientras subía por la empinada pendiente hasta una chimenea que no desprendía humo. Cuando miró en su interior, el calor le quemó los ojos. Más abajo, los carbones brillaban con una luz blanca bajo oleadas de llamas azules. Se deslizó hasta el suelo e informó a sus compañeros:

—Nadie puede entrar por ahí —dijo. Sus palmas ensangrentadas se inflamaron y necesitaron semanas para curarse.

Tampoco los ritos del sacerdote sirvieron, ni entonces ni nunca. Al regresar los hombres oyeron noticias terribles. En varias granjas, los bebés habían sido robados de sus cunas. Al parecer, aunque las contraventanas estaban cerradas por dentro, habían

saltado los pestillos y había entrado un intruso que podía ver en la oscuridad. Allí donde la tierra estaba blanda, había huellas de pies pequeños y estrechos con largos dedos como garras. Ningún sabueso quería seguir aquellas huellas, que se perdían en el brezal pero se dirigían hacia el castillo.

El sacerdote pasó días y noches leyendo sus libros a la luz de las velas.

—Creo que es un destacamento de trasgos —anunció por fin—. Para qué quieren a los niños, mejor no saberlo.

Durante los meses y años que siguieron, en la penumbra o a la luz de la luna, la gente veía fugazmente a las criaturas. Con menor frecuencia, oían murmullos o risas perversas.

La imagen que coincidía en todas las narraciones era la de una cosa erguida, de miembros escuálidos y apenas metro y medio de altura. En la cabeza, grande y calva, tenía orejas deformes, una nariz monstruosa y ojos como focos brillantes. Una piedra arrojada, una lanza que volaba por el aire, una flecha lanzada que nunca daba en el blanco.

Los trasgos no atacaban a los humanos adultos. Robaban grano de los campos, frutas de los huertos o ganado joven de los prados; pero tales pérdidas eran soportables, no más de lo que podían comerse los cuervos o los lobos. Lo cruel era la desaparición de los niños. Los padres apenas podían hacer vigilia por turnos cada noche si trabajaban mucho de día. Los niños ya crecidos podían despertarse a tiempo o salir huyendo cuando las contraventanas se abrían y un rostro espantoso movía los labios en la ventana. Los perros raras veces se atrevían a ladrar. Sólo las casas de las familias pudientes podían pagar a guardias. Un trasgo sólo necesitaba un minuto para raptar a un niño e irse.

Los aelandeses lucharon durante el primer año. Por dos veces organizaron batidas y trataron de asaltar la fortaleza: pero apenas consiguieron astillar las puertas. Rastrearon y excavaron la tierra en busca de túneles que los trasgos debían de utilizar para entrar y salir, pero nunca encontraron nada más que madrigueras de tejones, pues ningún perro seguía la pista de un trasgo, y las zonas húmedas del brezal interrumpían cualquier rastro. Anunciaron a gritos recompensas en oro, vestidos lujosos y mercancías semejantes si los ladrones desistían de su actitud, pero la única respuesta eran unos ruidos rasposos. Ningún trasgo cayó en sus trampas y emboscadas, y ningún caballo los alcanzó antes de que se perdieran de vista.

Enviaron mensajeros al rey. Al segundo año y tercera petición, Su Majestad envió a un barón y algunos hombres armados. El barón hizo construir una catapulta y reunir grandes rocas ante el castillo. Los proyectiles apenas hicieron saltar una muesca y, por la noche, los trasgos se burlaron desde el otro lado del fuego.

—Los hombres no pueden curar este mal, del mismo modo que son impotentes ante la peste —decidió el barón, y se retiró. El rey impuso un nuevo impuesto sobre la comarca para gastos de defensa.

Los trasgos se volvieron más osados o más numerosos. Una y otra vez eran vistos

en las propias calles de Yorun gracias a la débil iluminación que salía de los hogares. También comenzaron a raptar niños de la ciudad y de todos los puntos de Aeland.

Naturalmente, ello repartió las pérdidas, por lo que ninguna vecindad sufrió más de una desaparición cada dos o tres años. Las enfermedades se llevaban a más. Si bien las horas entre el anochecer y el alba estaban malditas, la gente podía caminar en grupo, haciendo oscilar faroles y hablando en voz alta, y tal vez las estrelladas noches de verano ya no eran testigos de los juegos amorosos de los jóvenes. Aunque ya no quedaban deseos de bailar a la luz de las hogueras hasta el amanecer, los cultos en el templo se realizaban a salvo y con dignidad. Los cazadores, pastores y otros cuyo trabajo los retenía a la intemperie paseaban con aire jactancioso. El resto aprendió a tragarse su amargura, salvo cuando una pareja quedaba a solas junto a una cuna vacía.

Era mejor no hablar de cosas desagradables. Mejor no pensar en aquella horrible fortaleza del brezal de Mimring. Había que vivir con la cabeza sobre los hombros.

Así pasaron treinta y tres años.

—Has vuelto a portarte mal —dijo Hork. Levantó quince centímetros de dedo. La garra de la punta reflejó la luz de las llamas con el mismo resplandor ocre que sus ojos—. La ofensa no se restituye negándola.

Era uno de los pocos trasgos que hablaban un idioma humano con fluidez y le gustaba hacer ostentación de sus conocimientos empleando palabras altisonantes. Tal vez creía que así vencía su disimulado acento..., aunque los niños no tenían con quién compararlo.

—Esta vez debes aprender la lección de memoria. De lo contrario, tendremos que buscarte otro trabajo, ¿no crees?

Menudo se irguió, con los puños apretados, para enfrentarse a su maestro. Agitó la cabeza para echarse atrás los cabellos, revueltos y sucios de arena, que le estaban tapando la visión.

—¿Me desafías? —siseó Hork.

Menudo dejó aparte su miedo. Tenía mucha práctica en eso. Tenía la piel húmeda por el sudor y temblaba, pero pudo contestar con voz serena:

—No, señor. Sólo me pregunto qué puedo haber hecho mal.

Estaba seguro de que su última expedición a la despensa no había sido descubierta.

Hork se sentó erguido en su silla hecha de huesos. Las tinieblas y el frío parecieron penetrar en su interior y luego salir hasta rodear al muchacho.

—Has hablado más de la cuenta en el caserón —dijo el trasgo—. Has revelado lo que jamás debiste conocer. ¿Cuántas cosas más has fisgoneado? ¿Qué más has robado al Conocimiento?

—¡Nadie me dijo que el Corazón de Piedra era un secreto! —exclamó Menudo—. ¡Si me lo hubieseis dicho, señor, no habría dicho nada!

—No se te dijo ni se te mostró nada —dijo Hork. Su piel, de tez entre gris y



azulada, adquirió una tonalidad rojiza—. Por tanto, debiste tener bien claro que era un saber prohibido. ¿Cómo supiste del Corazón de Piedra?

El coraje de Menudo se tambaleó. A decir verdad, no se le había ocurrido que aquello pudiese tener importancia.

—Oí..., oí hablar a los señores Brumm y Ululu... en la Cámara Arcana. Me vieron, pero no prohibieron nada... ni me avisaron. Por favor...

—¡Ah! —El tono de Hork se suavizó—. Dime, ¿qué aprendiste de esa conversación?

—No fue sólo eso, señor —confesó Menudo, con una leve esperanza—. No puedo evitar oír cosas. Como al señor Drongg, que está siempre maldiciendo: «¡Por el fatal destino del Corazón de Piedra!» cuando se enfada. Y lo que Brumm... los señores Brumm y Ululu hablaban... —Se quedó sin voz.

—¡Sigue, sigue! —lo apremió Hork—. ¿Qué crees que has sacado en claro respecto al Corazón de Piedra?

—Está..., está abajo en las criptas y es... la vida de la fortaleza...

—¿Has revelado esta información?

—Por favor, señor, no sé qué mal he hecho...

—¡Yo no sé cuántas cosas has aprendido del lenguaje de tus amos, fisgón!

Menudo no se atrevió a replicar que simplemente había ocurrido, y había estado sucediendo por más tiempo del que podía recordar. Todos los niños conocían un puñado de palabras del idioma de los trasgos, aunque se habían criado en su lengua materna, que siempre era utilizada con ellos. El trabajo de Menudo lo exponía al máximo. Su mente ágil, que había sido la causa de que fuera destinado a la Cámara Arcana, descubría muchos significados.

—Cuando llegue tu momento —prosiguió Hork—, me pregunto si podremos liberarte en el Mundo de las Hojas Verdes.

Menudo quedó paralizado de horror.

Al principio apenas lo distinguió, pero luego vio claramente sus colmillos asomando entre su sonrisa, y oyó que añadía:

—Te echaré de menos cuando alcances la Talla. A menudo te portas mal, como muestran tus cicatrices, pero eres el mejor asistente que he tenido en la Arcana. —El tono chillón se volvió meditabundo—. ¿Tal vez, en parte, porque has sido el que me ha servido durante más tiempo? Eso me parece...

Menudo no lo sabía. Si los trasgos no medían el tiempo, ¿por qué debía hacerlo él?

—Bien, sin duda te perjudicaría mucho que te privaran de tu esperanza —dijo Hork—. Veamos cómo te comportas después de una nueva instrucción. —Se incorporó, y los brazaletes con que iba vestido tintinearón—. ¿Vamos?

Menudo, casi contento, se despojó de la túnica con que se cubrían los niños. Cuando Hork lo vio desnudo, por unos momentos sus córneas pestañas se elevaron desmesuradamente sobre sus abultados ojos. Luego, el trasgo se encogió de hombros

con indiferencia y se dirigió al bastidor de instrumentos. Menudo se acostó en la mesa de la lección. Mordió con fuerza la clavija, puesto que estaba prohibido gritar, agarró las asas con fuerza y colocó los pies en los estribos.

Al final de la sesión, como siempre, Hork enjugó la sangre, aplicó un bálsamo que cerraba las heridas y aceleraba su curación, y dio a Menudo una bebida notablemente reforzante.

—Ahora vete a dormir y en adelante sé discreto —dijo el trasgo, y se rió entre dientes—. Y debidamente agradecido, supongo.

—Gracias de verdad, mi señor —farfulló Menudo, y besó a su amo en el enorme dedo gordo de su pie izquierdo. Se incorporó, se ajustó la túnica y salió cojeando de la habitación.

Los pasillos se torcían y entrecruzaban. Los candelabros proyectaban una luz tenue e inestable sobre los muros, de los que no colgaba nada más. Sonaban ruidos entre las sombras: pisadas, susurros y sonidos menos reconocibles. Siempre que pasaba un trasgo, Menudo se apartaba, doblaba las rodillas y agachaba la cabeza.

Eso sucedía raras veces. Los trasgos, carentes de edad y de hijos, son una raza que ama los placeres y siempre están cazando, robando, infligiendo tormentos poco importantes a los hombres y apareándose con otros seres del Ocaso que gustan de su compañía. En sus casas celebran fiestas, se divierten, elaboran complicados juegos y trabajan lo menos posible. Salvo algunos procedimientos necesarios, aprendidos de memoria de brujas y demonios, no tienen dominio sobre la magia. Cuando esta banda optó por establecerse en territorio de los humanos, Baubo alzó su fortaleza para ellos. Era mejor olvidar cómo lo habían recompensado.

Al pasar por la Cámara Arcana, Menudo se detuvo a mirar a través del arco de entrada. Una fosforescencia relucía en las estufas, cazos, toneles, alambiques, varas, escobas, huesos, tomos mohosos y reliquias blasfemas. Una tina hervía, preparada por un trasgo que había sustituido a otro que había molestado a un troll. No había nadie cerca en aquel momento. Ululu, que se creía mago, lanzaba el habitual hechizo de mantenimiento. Brumm lo ayudaba. Slef y Khreeh realizaban experimentos, bajo supervisión, aunque lo hacían para divertirse. Un muchacho iba a buscar cosas, cargaba sacos, barría, lavaba y hacía todo lo que le pedían, lo que incluía las tareas que requerían paciencia y precisión. Menudo había tenido aquel puesto desde que Estevado había alcanzado la Talla y se había ido. Desde entonces, sus recuerdos de Estevado se habían vuelto borrosos.

La curiosidad era natural en él. ¿Para qué servía aquella telaraña plateada? ¿De dónde venían las hierbas secas y los polvos picantes? ¿Qué había desarrollado unos cuernos tan grandes y enramados? ¿Qué eran la luna y las estrellas pintadas en los libros e invocadas en los encantamientos? Hasta donde se atrevía, especialmente cuando estaba a solas en aquella cámara, Menudo buscaba, miraba, fisgoneaba y se hacía preguntas. Los misterios y problemas llenaban su mente, lo mantenían alejado de la desesperación y lo consolaban del dolor.

El dolor todavía lo laceraba. No obstante, ayudado por el bebedizo, su robusto cuerpo ya estaba recuperándose del castigo. Mientras se hallaba allí plantado, sintió hambre. ¡Cuántas veces estaba hambriento! Las raciones que le correspondían ya no lo saciaban y tenía que matar el hambre siempre que tenía ocasión.

Aparte de ello, no había alcanzado la Talla. Tras un breve estirón, que lo había hecho llegar a poco menos de tres centímetros de ella, su crecimiento se había vuelto más lento, quizás incluso se había detenido. En cambio, sus huesos se habían reforzado tercamente, y sus músculos, hinchado. Otros cambios más extraños lo habían atemorizado y avergonzado. Tenía que lavarse dando la espalda a sus compañeros de cuarto. Le brotaba pelo de la cara y del cuerpo. Su voz había adquirido un tono más grave, pero se quebraba de forma ridícula cuando hablaba más en serio. Sus sueños eran distintos de los de los demás, y sus ojos despiertos se desviaban hacia las chicas sin poder evitarlo.

Menudo tomó aliento y aceleró el paso. No debía ser visto desocupado. Lo peor que podía imaginar era perder su categoría entre los de la Arcana antes de ser liberado al Mundo de las Hojas Verdes... a menos que jamás lo consiguiera. Era verdad que la carpintería o la herrería no estaban mal, pero coser, tejer y cosas así correspondían a las chicas. Las cocinas eran aceptables y daban la oportunidad de robar algo de comida. Las tareas vulgares —barrer, extraer agua, dar paletadas de carbón y cosas semejantes— podía aguantarlas, al menos hasta que su carácter monótono arruinaba las fantasías donde se refugiaba. Pero la idea de prestar servicio personal a un trasgo le ponía un nudo en la garganta, después de lo que había oído al respecto, en especial los caprichos exigidos. O le podían encargar que atendiera a los repugnantes gusanos de los criaderos subterráneos, en cuyo caso probablemente no viviría para alcanzar la Talla. No, pensó, a toda costa debía conservar lo que era suyo.

Entonces ¿quién lo había puesto todo en peligro chivándose? La ira ardió en el pecho de Menudo como tizones en el hogar de un castillo, pero no era la delación en sí lo que la había atizado. Cuando un niño informaba de un quebrantamiento de las reglas, los trasgos le daban una recompensa en forma de dulces, un juguete o un rato de recreo. Cuando se enteraban de que un niño sabía de una transgresión y no la reportaba, lo castigaban. Se aprendía pronto a guardar los pensamientos en secreto y a no ser visto cometiendo errores o negligencias. Menudo había sido castigado a menudo por infracciones antes de conseguir dominarse a sí mismo. Aceptaba aquello como el orden natural de las cosas. A veces también él informaba a sus amos de cosas mal hechas por otros.

Aquello, sin embargo, era..., era... No conocía la palabra «injusto», pero sentía la maldad como un dolor añadido. Con toda inocencia, había explicado en los barracones aquella cosa asombrosa que había descubierto: que el castillo tenía un corazón. Nunca había habido una regla que prohibiera contar a los compañeros lo que se hacía o se veía durante el trabajo. Todo lo que daba una chispa de emoción a sus vidas era bienvenido y los ayudaba a realizar sus deberes.

Su esperanza más íntima era haber impresionado a Chillona. No estaba seguro de la razón, pero la opinión que ella tuviese de él le importaba. Estaba contento de no habérselo contado en secreto, guardando el secreto a los otros. Tal vez lo habría hecho, si no fuese tan difícil encontrar un sitio privado. En tal caso, ella también habría sufrido un correctivo. Ese dolor no habría cesado nunca en él. Alguien debía de haberse chivado a los trasgos por maldad, aprovechando que Menudo había quebrantado una norma, y la ignorancia era una excusa inaceptable. Sus sospechas apuntaban a Manzanas, su eterno enemigo. Ambos habían sido castigados por pelearse, hasta que Manzanas convirtió su lengua en un arma más rápida y punzante que la de Menudo. Últimamente, también Manzanas había crecido mucho y había comenzado a frecuentar la compañía de Chillona. Ello había conducido a más peleas con Menudo sobre cosas que, por sí mismas, importaban tanto como un escupitajo de rata.

Menudo, que pensaba en todo aquello mientras caminaba, notó un sabor amargo en la garganta. Para tranquilizarse un poco, se detuvo de nuevo donde un pasillo se cruzaba con el que él estaba recorriendo.

Los niños lo hacían a menudo. Paseó la mirada de un extremo a otro del pasadizo abovedado. Entonces vio una enorme puerta de madera remachada con hierro, de cuatro metros de altura. Daba al exterior.

Así le habían dicho. Ningún niño había visto nunca una de aquellas puertas abierta. Una y otra vez, en sueños y en vigilia, Menudo había soñado con cruzarla. Pero una barra en la parte superior la mantenía cerrada. En el lado izquierdo sobresalía una repisa. Un trasgo podía saltar a ella con facilidad y escurrirse por la abertura mientras giraba el pasador. Un niño no podía hacer eso, ni existía nada en el castillo que pudiera usar para trepar hasta allí.

Menudo suspiró y siguió adelante. Al cabo de un rato, aceleró el paso. Chillona debía de estar en los dormitorios.

Entró y parpadeó. Sólo aquellas tres estancias conocían la luz de sol, que entraba por unas claraboyas del ático y descendían gracias a unos espejos. Aunque estaba haciéndose rápidamente de noche, había más iluminación que en ningún otro lugar. Los trasgos sólo acudían allí cuando se veían obligados, preferiblemente después del anochecer; a otras horas iban tapados con capuchas.

En la sección no había nada que pudiese interesarles. Una sala contenía una veintena de literas estrechas en dos niveles, con escaso espacio para moverse entre ellas. Una segunda habitación estaba dedicada al aseo, la lavandería, el almacén y otras necesidades. La sala más grande se utilizaba como comedor y espacio común, y era la primera en la que se entraba. No había puertas. El suelo era de madera crujiente, astillada y manchada de grasa, sangre y lágrimas. Las paredes eran de yeso sin pintar. Aquí y allá, unas marcas de carbón indicaban que alguien había intentado contar los días, pero siempre dejaban de hacerlo al cabo de algunos centenares.

Unos fragmentos de color alegraban la sala común. Por el suelo yacían juguetes y

juegos, entregados por los trasgos a los niños como recompensas o hechos por los pequeños a partir de pedazos. Unas siete páginas manuscritas, arrancadas de un libro hacía mucho tiempo, estaban cosidas entre sí. Los niños escrutaban sin cesar las palabras escritas con tinta en ellos. Pero sobre todo observaban las ilustraciones. Aquellas diminutas escenas —con gente, animales, campos, árboles, y azul arriba con un disco dorado en el centro, maravillas más allá de su comprensión— mostraban el Mundo de las Hojas Verdes. A él irían cuando alcanzasen la Talla, siempre y cuando hubiesen servido fielmente a los gentiles trasgos que los habían rescatado del Terror y les habían brindado cobijo y alimento.

Los niños habían oído, además, que las pinturas y los juguetes habían sido hechos por los trasgos. Menudo, que nunca había visto a ningún trasgo fabricar un objeto, guardaba sus dudas en secreto. Cuando se acercó, oyó decir a Chillona:

—No, niña, tienes que remendarte la túnica antes de que el desgarrón se haga más grande. ¡Oh, y también tienes que lavarla! Te enseñaré cómo.

—¡No quiero! —dijo una niña pequeña en tono rebelde—. ¿Por qué tengo que hacerlo? A los amos no les importa.

—Les importará si te eligen para cuidarlos —respondió Chillona—. Entonces tendrás que ser elegante. Mientras tanto y siempre, te debes a tus amigos y sobre todo a ti misma, y por eso debes estar limpia y bien arreglada. No eres una cucaracha ni una mosca; eres una niña. Algún día irás a vivir al Mundo de las Hojas Verdes, donde todo es bonito.

Su voz se había vuelto dulce y suave a medida que había crecido, sus caderas y pecho habían empezado a adquirir formas redondeadas, y los mechones castaños le caían hasta la cintura. Pero los nombres que los niños se aplicaban unos a otros solían conservarse. Ella estaba sentada en un banco junto a la mesa y servía gachas a una pequeña recién llegada que estaba sentada en su regazo. Los trasgos, al ver lo bien que manejaba a los más pequeños, la habían nombrado cuidadora e institutriz cuando Nariz Respingona había alcanzado la Talla. Era una tarea que a ella le encantaba, aún más que a Menudo la suya.

—Bueno, lo haré si me ayudas —aceptó la pequeña, Tripita—. ¿Y me contarás un cuento para dormir?

—Sobre los pájaros —terció Yo También, que era todavía más pequeña—. Y las flores.

—¿Qué son los pájaros y las flores? —preguntó Tripita. Cuando se hablaba de aquello, siempre estaba limpiando lo que podía manejar a su edad.

—¡No! —dijo Bizco—. Quiero oír un cuento de... *caballos*.

El niño, pelirrojo, pecoso y con los dientes a medio salir, había crecido hasta la altura de los hombros de Menudo o Chillona. Los trasgos encontraban motivos para castigarlo más a menudo que a ningún otro, pero su sonrisa no tardaba en regresar a sus labios.

—Dejadme que lo piense —repuso Chillona, sonriendo.

No estaba segura. Ni ninguno de los niños. Cuando a un trago le apetecía, podía contar una cosa u otra sobre el Mundo de las Hojas Verdes. Algunos, como Menudo, entendían retazos de conversaciones oídas. Pistas como aquéllas, así como las pinturas de las paredes, eran motivo de conjeturas y fabulaciones sin fin. A medida que pasaban las generaciones de niños, todo un cuerpo de leyendas fue creciendo entre ellos, un cosmos donde vivían muchos más seres que en el castillo físico. Pero los cuentos eran, en su mayoría, vagos, incompletos y contradictorios. Su único tema común era el esplendor y los placeres, la paz y el amor, que les aguardaban más allá de aquellos muros en una tierra —nadie lo decía en voz alta— donde no había tragos.

—Cuando sea grande, montaré en un caballo —declaró Bizco— y mataré dragones, y... —Vio quién había venido—. ¡Menudo, has vuelto!

Se hizo el silencio. Sabían que Menudo había sido llamado para sufrir un terrible castigo. Los más pequeños presentían la tristeza y miraban con los ojos muy abiertos. Chillona se levantó, dejó a Bizco en su cama y caminó despacio hacia el recién llegado. El resto quedó atrás. Otros siguieron trabajando. Cada uno de ellos, al contemplar las marcas rojas en los brazos y las piernas, se sintió totalmente solo.

Menudo se detuvo y mostró una sonrisa forzada.

—¿He vuelto? —se burló—. ¡Qué sorpresa! Contadme más cosas.

Chillona llegó a su lado.

—¿Estás malherido? —le preguntó en voz baja.

—No, estoy sano y fuerte —respondió—. Y hambriento como un perro. No puedo esperar hasta la cena.

Bizco se acercó. En sus azules ojos había una expresión de veneración.

—Jamás te harán llorar —dijo, aunque era él quien se había chivado a los tragos cuando Menudo pegó a Manzanas. Naturalmente, entonces era todavía un mocosito.

Menudo no le prestó atención, puesto que Chillona le ofreció sus manos. Hizo acopio de valor y las tomó en las suyas. ¡Qué cálidas eran! Y delicadas como un cristal de la Cámara Arcana. Sintió oleadas de calor en el rostro.

—Ojalá pudiésemos hacer algo por ti —murmuró Chillona con voz frágil. Él no podía decirle lo que ella acababa de hacer.

—¿Por qué te han hecho daño? —preguntó Tripita con la voz quebrada por el miedo.

Menudo se mordió el labio y contestó:

—No debo hablar de eso.

—Pero yo no sé lo que no debo hacer —protestó Tripita.

Chillona dejó a Menudo y se inclinó para consolar a la pequeña. Menudo sintió el resentimiento bullir en su interior.

—Yo sí lo sé —aseguró Bizco—. No diré nada.

—Ya puedes empezar, bocazas —le espetó Menudo.

Bizco contuvo la respiración, le devolvió la misma mirada ceñuda y se apartó.

Menudo se preguntó desesperadamente qué iba a hacer. Quedarse allí plantado era ridículo. Deseaba encontrar a alguien a quien pudiese pegar. Alguien que se lo mereciera.

El cuarto estaba quedando sumido en la penumbra. Pronto sería hora de levantar un palo, encenderlo con una llama del pasillo y devolver la luz a las velas de sebo. Pero él no estaba de humor para una tarea tan fantástica.

Un ruido llamó la atención de todos. Entró Manzanos. Era el más alto de todos los niños y su trabajo en las cocinas le había dado la oportunidad de ponerse gordo. Las raciones de la sala común consistían principalmente en fruta, semillas y raíces, pero también incluían pedazos de carne o pescado. Manzanos nunca había sido descubierto poniéndose una ración extra en el cuenco y, al parecer, los trasgos no se habían fijado en su gordura.

—Llegas pronto —exclamó Bisco—. ¿Qué sucede?

—¿No hay comida hoy? —gimió Yo También, desolada.

Manzanos estaba radiante. Se frotó las manos. Tenía las mejillas más sonrosadas que nunca.

—No temas, pequeña —dijo—. Los ayudantes la traerán cuando esté lista. Y, pasado mañana, tendréis un banquete.

Los niños se quedaron mirándolo. Los mantuvo intrigados hasta que, finalmente, añadió:

—Cuando los amos tienen un festín, ya sabéis que nos quedamos con las sobras. No la carne, no: es para ellos. Pero sí las nueces y los dulces, ¿recordáis? Y hacen un banquete siempre que uno de nosotros va al Mundo de las Hojas Verdes. Son así de buenos.

—¿Te vas? —preguntó Chillon con voz ronca.

—¡Sí, sí! —graznó Manzanos con energía—. He alcanzado la Talla.

Una mancha roja nubló la visión de Menudo.

—¡Mientes! —chilló—. ¡No es posible! No eres mayor que... apenas un par de dedos más que yo, y...

Era un ritual en que los trasgos llevaban a los niños mayores a la sala del consejo. Con el pulso desbocado, cada niño subía al estrado y se erguía todo lo posible ante la Vara. El señor Hork bajaba el brazo solemnemente hasta que reposaba sobre la cabeza del niño. Si el marcador que empuñaba superaba la línea carmesí... al pequeño se le permitía reír, llorar y bailar ante la impotente envidia de sus compañeros. Manzanos no podía dejar de sonreír.

—Ha sido algo especial —declaró—. Hice una buena acción y, cuando fui a buscar mi recompensa, pregunté si podía ser que me leyeran la altura, porque había visto que era tan alto como él y entonces... Bueno, lo hizo, ¡y soy lo bastante grande para irme!

Menudo entendió muy bien cuál había sido aquella acción tan buena. Se retuvo con las manos de su espíritu para no saltarle al cuello.

—¡Oh, Manzanas, me alegro tanto por ti! —exclamó Chillona, rodeándole el cuello con los brazos, y le dio un beso. Él la abrazó con fuerza.

—Te esperaré en el Mundo de las Hojas Verdes —prometió, y miró a Menudo por encima de su hombro—. Parece que nunca te reunirás con nosotros, tripas protestonas.

Menudo gruñó. Muy tieso, dio un paso adelante, y otro, y otro. Manzanas soltó a Chillona y retrocedió.

—Tengo que irme —dijo deprisa—. Los amos me esperan. Sólo quería decíroslo. Adiós, ¡adiós!

Manzanas dio media vuelta y echó a andar por el pasillo.

—¡Babosa! —gritó Menudo—. ¡Te voy a... matar...!

—¡No, deténte! —le rogó Chillona, sujetándolo del brazo—. Si empiezas una pelea ahora... ¡por favor!

Menudo se soltó.

—Déjame en paz —exclamó, furioso—. ¡Dejadme todos!

El grito de Chillona lo siguió por el pasillo.

La oscuridad, apenas atenuada con luces parpadeantes, le sopló parte de su gélido aliento. No podía permitirse el meterse en problemas otra vez en tan poco tiempo. Y, sin embargo, tenía que hacerlo. Manzanas ya no era más que un bulto blancuzco delante de él. Era como si una voluntad exterior se hubiera apoderado de Menudo, pues continuó la persecución. Cuando tuviera que retirarse, escupiría sobre las huellas de Manzanas.

Se mantuvo en las sombras, pegado a la pared, aprovechando cada pilar, hornacina y ángulo para ocultarse, y corriendo hacia el siguiente. El sigilo era un arte que había cultivado desde que comenzó a sentir aquella hambre insaciable. Mientras corría fue elaborando una historia por si algún trago lo descubría. Lamentaba haber transgredido las normas, no se había fijado adónde iba, puesto que estaba reflexionando sobre la saludable lección que el señor Hork le había aplicado, y estaba reafirmando su resolución de comportarse mejor.

Manzanas tomó un pasaje en dirección a la cámara del consejo. De pronto, Menudo sintió pánico. Oyó voces agudas y el característico ruido de garras, en el que se alternaban zurridos y tableteos. Se arrimó a la roca y oyó decir a Hork:

—¡Ah, aquí estás, muchacho! No, no, no pidas perdón. Nos hemos reunido para concederte lo que te has ganado.

—¡Qué joven tan lozano y robusto! —dijo Khreeh. Como la mayoría de los tragos, tenía nociones del lenguaje humano—. Exactamente como nos gustan.

—Gracias, mis amos, gracias —farfulló Manzanas—. Hablaré bien de todos ustedes en el Mundo de las Hojas Verdes.

—Entendemos cómo te sientes —le aseguró Brumm—. Te consideraremos digno de compartir el banquete que celebraremos en tu honor.

—Ven —le dijo Drongg—, no nos entretengamos en concederte tu premio.



Un regusto amargo volvió a inundar la garganta de Menudo. No podía contenerse por más tiempo: tenía que arriesgarse a mirar por el recodo y lanzar en silencio una última maldición.

Las llamas de las antorchas ondeaban y bailaban. Una veintena o más de trasgos rodeaban a Manzanos. Sus ornamentos tintineaban mientras parloteaban, daban brincos y se desternillaban de risa. El muchacho caminaba como un sonámbulo en un sueño encantado.

El asombro dominó a Menudo. ¿Adónde se dirigían? Conocía bien el castillo, pues sus muchos encargos lo habían conducido a todos los lugares de la planta y a numerosos sitios de los niveles superiores, incluso a la torre de las Campanas Invocadoras de Demonios. En aquella dirección no había ninguna puerta atrancada por la parte superior.

Llegó así a la conclusión de que aquellas puertas no conducían realmente a la libertad. Los trasgos, precavidos, habían engañado a los niños. Menudo se encogió levemente de hombros. Las mentiras formaban parte de la vida.

Sintió una oleada de entusiasmo. ¡Podía descubrir la auténtica salida! Acurrucado y con el corazón desbocado, continuó adelante. Antes no habría sido tan temerario. Pero este día estaba parcialmente desquiciado por el dolor, la ira, los celos, la tristeza... —Chillona había besado a Manzanos—. Apenas se detuvo a considerar las consecuencias más probables en caso de ser visto. Casi no le preocupaban. La posibilidad de que él también pudiera cruzar aquella puerta parecía merecer cualquier riesgo.

No obstante, sus sentidos estaban alertas y se movía como otra corriente más de humo de las antorchas.

El pasillo pasó entre habitaciones abiertas, abandonadas por quienes se apiñaban alrededor del jubiloso Manzanos. Terminaba en una pared desnuda y una puerta totalmente vulgar. Menudo jamás se había aventurado a mirar más allá. Hasta este día, siempre había habido algún trasgo vigilándolo en esta sección. Sólo tenía una vaga idea del lugar donde se encontraban. ¿Todo esto era el Mundo de las Hojas Verdes?

Se escondió en una cámara, se deslizó entre vasijas grotescamente altas y miró por la rendija de una jamba. Vio que Hork abría la puerta y hacía una reverencia. Manzanos se detuvo en seco.

—Pero... —farfulló—. Pero...

—Sabes que nos molesta la luz brillante —explicó Hork—. Te escoltaremos por esta antesala hasta el lugar donde te daremos nuestra más cordial despedida.

—Entiendo. Gracias, señor —dijo Manzanos, y siguió con paso alegre. Los trasgos pululaban a su alrededor. El último de ellos cerró la puerta.

Menudo aguardó. Creyó oír ruidos, pero no estaba seguro, puesto que unas tremendas oleadas le golpeaban la cabeza y le sacudían los huesos.

Pasó una eternidad y un parpadeo hasta que volvieron los trasgos. Menudo se

redujo al mínimo tamaño en su escondrijo. Si lo encontraban allí, tal vez lo matarían. O tal vez antes lo pondrían al cuidado de los repugnantes gusanos. Sin duda, jamás sería libre.

Los trasgos pasaron en grupo a su lado, hablando de una manera casi ininteligible, aunque Menudo consiguió descifrar algunas frases:

—Cerveza para todos, la mejor de la bodega de Mamá Carroña —exclamó Drongg, exultante—. Luego un buen sueño mientras Smaga prepara el festín, ¿eh?

—¡Yia-já! —chillaron.

Los últimos retazos de su parloteo apenas se habían apagado cuando Menudo salió del escondite. Le extrañó la serenidad de su pulso al asir el cerrojo. Entornó la puerta lo suficiente para poder pasar y la cerró de inmediato. Buscó frenéticamente el portal de salida con la mirada.

No había ninguno. Se hallaba en una habitación de ladrillos desnudos, iluminada con un candelabro cuyos nueve brazos se retorcían como miembros en el potro de tortura. Los cirios de sebo apestaban. Un canal de desagüe corría entre losas relucientes y recién fregadas. Unos utensilios de limpieza estaban apoyados contra una pared. En el centro había una mesa grande de madera sin pulir, manchada de un color oscuro. Sobre ella había cuchillos y útiles de cortar propios de los carniceros, que también brillaban, recién lavados.

Menudo dio un grito.

Cuando recuperó el sentido, yacía en el suelo sobre sus propios vómitos. El frío lo atenazaba hasta el tuétano de los huesos y le rechinaban los dientes. Abrió los ojos, que se volvieron directamente hacia lo que pendía encima de la mesa: Manzanas, desnudo, pálido, colgado de un gancho del techo.

El muchacho tenía la boca abierta, de la que sobresalía una lengua gris. Los ojos estaban secos y no parpadeaban. El vientre también estaba abierto, vacío. Los trasgos habían volcado sus entrañas en un cubo. Con sentido del ahorro, habían recogido buena parte de su sangre en otra cubeta.

—Yo no pretendía esto, Manzanas —sollozó una voz en algún lugar—. No quería que pasara esto. De verdad que no.

Menudo se incorporó con dificultad. Se sentía aturdido, tan vacío como aquel cadáver. Sus pensamientos progresaban con lentitud. Allí terminaban los servicios de todos los niños que habían vivido en el castillo. Al día siguiente, los trasgos le arrancarían la carne y la llevarían a la cocina. Smaga, el *chef*, supervisaría el trabajo de los chicos que estaban a su cargo mientras ellos sazonaban y cocían la carne, vertían las salsas y la servían. ¡Qué lógico era que los niños camareros contasen a sus amigos lo alegres que eran aquellos festines!

Si los trasgos descubrían que Menudo lo había descubierto, ¿celebrarían enseguida otro banquete? Tal vez lo servirían como aperitivo. Incluso podría parecerles divertido darlo como rancho.

Pues bien, no tendrían esa oportunidad. Un cubo de agua todavía estaba lleno.

Menudo limpió minuciosamente la túnica y el suelo, y se lavó. Al frotarse sintió escozor en las heridas. Le recordaron el precio de hablar libremente. Esta vez guardaría silencio. Se concentraría en su trabajo, no causaría problemas y... y...

¿Qué?

¿Por qué iba a hacerlo, si no había ningún Mundo de las Hojas Verdes esperándolo? —Adiós, Manzanas— murmuró, y se marchó.

Aturdido, caminaba con escasa cautela. Sin embargo, no había ningún trago por allí y en su recorrido por el laberinto evitó el salón de festejos. Resonaban ecos lejanos de una juerga, pero no eran muchos los que seguían despiertos. Debía de haber pasado mucho rato inconsciente en el matadero.

Cuando entró en una zona conocida, apretó el paso. Al menos su litera estaba cerca. Al menos podría introducirse en ella, cubrirse la cabeza con las sábanas y estar solo. Al día siguiente, cuando los cuernos de alarma llamaran a los niños a sus tareas... al día siguiente, entre los tragos, procuraría no mirarles las bocas.

Una luz ardía fuera de los dormitorios, pero ninguna dentro. La entrada era una boca negra que bostezaba. Menudo se detuvo y se encogió de miedo al recordar lo que había visto.

—No —gimió—. Por favor, no.

Brilló un pálido resplandor. Menudo dio un respingo hacia atrás y casi se cayó. Su corazón latía desbocado.

Chillona salió de la sala común. La túnica con que se había cubierto era claridad y sombras fugaces. Las piernas, los brazos y el rostro eran de una blancura resplandeciente. «Pero una blancura de vida», pensó Menudo, desquiciado. La sangre corría por una fina vena azul bajo la garganta de la muchacha. Sus grandes ojos lo contemplaron, y reflejos de luz se movían en ellos.

—Menudo, ¿dónde estabas? —susurró—. Temía tanto por ti que no podía dormir. ¿Estás bien?

Menudo permaneció paralizado.

Ella se aproximó y lo tomó de las manos.

—Tienes frío —dijo—. Estás helado. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado, Menudo?

—¿A quién le importa? —respondió él con voz ronca—. ¿Qué más da?

—A mí me importa —replicó ella. ¿Se alzaba su sangre por las mejillas y la frente? Una oleada de calor fluyó de ella hacia él.

Chillona sintió un escalofrío.

—Ha sucedido algo terrible —intuyó.

Menudo hizo un esfuerzo.

—Sí —consiguió articular por fin—. Y algo igual de terrible pasará.

—¿Qué es?

—Te lo dije... antes... —farfulló, y sintió un latigazo de dolor en las heridas.

—¿No te atreves? —Ella lo agarró con más fuerza y levantó la cabeza. La luz se deslizó por sus sueltos cabellos—. Entiendo. No, no lo digas. No quiero... —Las

lágrimas relucieron en sus pestañas—. No quiero que vuelvan a hacerte daño, nunca más.

—¡Pero te harán daño a ti!

Ella lo soltó.

—Menudo, ¿estás enfermo? —le preguntó, nerviosa—. Ven conmigo adentro. Te he guardado tu ración y parte de la mía. Te sentirás mejor después de haber comido.

—¿Comido? ¡Chillona, Chillona! ¡El gancho, los cuchillos, los cubos!

Ella miró por encima del hombro. Un niño, despierto a medias, hizo un ruido. Cubrió los labios de Menudo con la palma de la mano.

—¡Calla, Menudo! Ven aquí, donde podremos hablar tranquilos. Ven.

Le tiró de la mano, y él se dejó llevar. Encontraron un nicho en la pared. Se sentaron a oscuras, abrazados, y temblaron. Poco después, el muchacho apoyó la cabeza sobre el pecho de ella y rompió a llorar. Ella lo rodeó con sus brazos, le acarició los cabellos y lo acunó.

—¡No! —dijo él por fin—. No te harán eso. No se lo permitiré.

Y se lo contó. Esta vez fue ella quien se aferró a él, pues necesitaba su fuerza. El muchacho no supo dónde la encontró para ella, pero la halló.

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos? —musitó ella en las tinieblas. Sólo una débil llama parpadeante iluminaba apenas las piedras de un rincón. Menudo sintió cómo ella temblaba. Debajo notó el palpito de su vitalidad. Su nariz bebió olores como la luz del sol, el tomillo y cosas para las que no tenía un nombre. La confusión se precipitó a través de él y eliminó su asombro. Iluminado súbitamente por una vasta claridad, dijo:

—Huiremos. ¡Esas puertas que dicen que dan al Mundo de las Hojas Verdes! Tenemos que ir a algún sitio.

—No —gimió ella—. No puedo soportar ver... pobre Manzanas...

—Sea lo que sea lo que encontremos, ¿tenemos algo que perder? —replicó Menudo con firmeza—. Esta misma noche. De lo contrario, los amos acabarán notando que algo ha cambiado en nosotros. —Había tomado una decisión—. Y, ¿sabes?, es posible que esas puertas den al exterior. Sabemos que los amos salen y entran. Sabemos que traen cosas: comida, ropa, oro, sí, juegos y juguetes y... y niños, Chillona. ¿De dónde vienen, sino de fuera?

Su voz se quebró en un estúpido gañido. Sintió furia por su cansancio y debilidad hasta que ambos lo abandonaron.

—No podemos cruzarlas —dijo Chillona, sujetándolo del brazo. Su voz temblaba—. El Terror...

—¿Del que los amos..., los trasgos nos salvaron? —inquirió Menudo en tono burlón—. ¿Todavía lo crees? Yo digo que nos raptaron del Mundo de las Hojas Verdes, al igual que a todos los demás.

—No podemos abrir esas puertas. No llegamos a los cerrojos.

La mente de Menudo dio un salto adelante.

—Yo sé cómo hacerlo. Entre tres podemos conseguirlo. Tú, yo y... —titubeó—. Y...

—¿Quién? —se preguntó ella, desolada—. Los pequeños no son fuertes ni listos. Los grandes, ¿por qué iban a creerte? ¿Y si van corriendo a contárselo a los amos? —guardó silencio por unos instantes—. No sé por qué te creo, Menudo. De verdad que no lo sé.

Eso dolió al joven. ¡Qué tremendo y estúpido riesgo había corrido al hablarle con tanta franqueza! Nada era más fácil para ella que traicionarlo, y la recompensa sería muy jugosa. ¿Iba a seguirle la corriente hasta poder escapar de su vigilancia? Una idea cruzó su mente: si la mataba, nadie sabría quién había sido. Tenía manos fuertes. Sólo tenía que ponerlas alrededor de su cuello...

—Tal vez porque confías en mí —añadió Chillona.

Él dejó caer los brazos y golpeó sus nudillos contra el suelo. El horror lo embargó. Oyó decir:

—O tal vez porque tú eres quien eres, Menudo. Siempre has sido bueno conmigo.

¿Había ella olvidado las travesuras de su niñez? ¿O las había dejado al margen, o incluso había encontrado un sentido diferente en ellas? Contuvo un sollozo.

—¿Qué sucede, Menudo? —preguntó ella, aferrándose de nuevo a él—. Cuéntame.

—Tenemos que escapar —gruñó—. Escapar de algo más que la muerte

—Pero ¿quién nos ayudará? ¿A quién se lo podemos pedir?

El silencio hizo resonar el latir de sus corazones hasta que ella, extrañamente serena, propuso:

—¿Qué me dices de Bizco?

En plena vorágine, Menudo se sintió molesto.

—¿Bizco? ¿Ese pelma?

—Él te pondría en un altar, si lo dejaras —dijo Chillona.

—No. Es ruidoso y caprichoso. No puede estarse quieto ni un minuto. Nos echará a los trastos encima.

—Menudo —contestó ella, dando un suspiro—, si dices que debemos ser tres para abrir una puerta, no sé en qué estás pensando, pero te creo. Pues bien, tendrás que creerme tú a mí y ambos habremos de confiar en Bizco, o nunca conseguiremos nada, ¿de acuerdo?

Menudo se derrumbó contra la pared, abrumado por pensamientos totalmente nuevos. Ella se incorporó.

—Espera aquí —dijo, y regresó con sigilo a los dormitorios.

Cuando estuvo a solas, Menudo se sintió envuelto en un torbellino. Su puño golpeaba las losas. ¿Qué hacer, qué hacer? Podía irse antes de que Chillona volviera con Bizco. Esos dos podían tener miedo al acercarse a los trastos. Él, Menudo, podía conseguir eludirlos, evitar ser capturado, robar comida y agua durante la noche, hasta ver que un trasto abría una de las puertas. Entonces podía echar a correr, demasiado

deprisa para que pudiesen atraparlo. No, los trasgos eran rápidos. Pero no eran tan fuertes. Podía matarlo y huir antes de que los demás llegasen.

¡Podía, podía, podía, quizás!

- Chillona quedaría abandonada a su suerte.

Menudo se quedó donde estaba.

Se puso apresuradamente en pie cuando unas sombras doblaron la esquina. El palpar de su corazón se hizo más lento y se fortaleció su anterior claridad de ideas. Simplemente, no había más tiempo para el temor o la duda.

—Vámonos —dijo, y se puso al frente.

—¿Para qué, para qué? —quiso saber Bizco.

—¡Chist! —Chillona lo agarró con más fuerza—. Cuando te desperté, me prometiste que si te llevábamos con nosotros en esta aventura harías lo que te dijéramos y te estarías callado. Menudo y yo confiamos en ti. No nos falles, por favor.

Bizco inspiró hondo y contuvo el aliento todo el tiempo que pudo. Chillona tiró a Menudo de la túnica. Una llama mostró que tenía lágrimas en los pómulos.

—Pero los otros... —suplicó—. ¿Qué será de ellos? Los he dejado dormidos. No podemos abandonarlos así.

—Jamás podríamos controlarlos a todos —contestó él—. Tal vez más tarde, cuando seamos libres, podremos traer ayuda. Lo intentaremos.

—¿De verdad? ¿Hablas en serio?

—No lo sé, no puedo saberlo... Sí, Chillona, lo haremos.

La más cercana de las puertas altas se alzaba ante ellos. Oyeron los últimos ruidos agudos de la fiesta de los trasgos que resonaban en las tinieblas. Chillona levantaba la cabeza más y más, desalentada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bizco—. ¡Oh!

Se llevó las palmas de las manos a la boca y lanzó a Menudo una mirada de arrepentimiento.

—Escucha —dijo Menudo—, si me quedo junto a la jamba y me agarro bien a la pared, ¿puedes ponerte sobre mis hombros, Chillona? Mi túnica te servirá de asidero. Y luego, ¿puedes tú, Bizco, subir sobre los suyos? Desde allí, salta a la repisa y descorre el cerrojo.

—¿Por qué? —preguntó el pequeño, en voz convenientemente baja.

—No puedo explicártelo ahora. ¿Lo haréis? ¿Podréis hacerlo?

Más les valía que pudieran, pensó Menudo.

Y pudieron, aunque por muy poco. Mientras Bizco trepaba por la espalda de Chillona, ella, que estaba en una situación precaria en medio, comenzó a inclinarse peligrosamente a un lado. Menudo notó el desplazamiento del peso y la oyó jadear, y dio un paso para recomponer el equilibrio. Un fuerte dolor le laceró la espalda, pero

resistió y guardó silencio. Un minuto después oyó el golpe seco del cerrojo al descorrerse. El sudor, más frío que el aire, lo cubrió por completo.

—¡Vamos, deprisa! —resolló. Bizco trepó hasta una altura segura para saltar. La espalda de Menudo ya no pudo resistir por más tiempo. Chillona y él cayeron uno sobre el otro.

Menudo apretó los dientes y se incorporó apoyándose en Chillona. Ella lo vio lastimado.

—Apóyate en mí —le dijo. Le rodeó la cintura con el brazo izquierdo mientras asía un pomo de hierro con la diestra y tiraba hacia sí.

La puerta se abrió con un crujido... lo bastante fuerte para despertar al propio Manzanitas, pensó Menudo entre las brumas del dolor.

Más allá no había sol, ni flores, luna o estrellas. De la oscuridad sólo provino una brisa gélida. Olía a moho y humedad. Bizco se arredró.

—¡Tengo miedo! —exclamó.

—¡No debes tenerlo! —farfulló Menudo entre dientes. Chillona lo ayudó a andar. Bizco tragó saliva y los siguió.

Se encontraban en el rellano de una escalera que se hundía en las tinieblas. Unas llamas azules, puestas a intervalos a lo largo de las paredes de piedra sin pulir, iluminaban el camino.

—Esto tiene que conducir a alguna parte —logró articular Menudo—. No esperabais encontrar el Mundo de las Hojas Verdes justo fuera del castillo, ¿verdad? Vamos.

Chillona cerró la puerta. No pudieron bajar completamente el cerrojo de su lado, pero tal vez los trasgos no habían oído nada, tal vez tardarían en notar que el cierre interior estaba suelto.

La escalera continuó un largo trecho hasta terminar en un túnel que se extendía más allá de la vista. Cada paso que daba Menudo era como un puñal que se le clavaba en la espalda. Siguió con caminar titubeante y respirando con dificultad. ¡Qué alivio si pudiera acurrucarse sobre la piedra mojada, envuelto por la sábana del sueño, y soñar para siempre! Pero tenían que ir al Mundo de las Hojas Verdes, ¿no? Y sus amigos todavía podían necesitarlo.

Oyó que Chillona contaba a Bizco el motivo del viaje.

—¡No, no puede ser! —protestó el niño—. ¡Es horrible! ¡No te creo!

—Bueno —repuso ella con voz cansina—, si no me crees, puedes dar media vuelta e ir a contárselo a los amos. Tal vez, cuando nos atrapen, te den un caramelo.

Bizco tragó saliva y la cogió de nuevo de la mano que tenía libre.

—Voy con vosotros —les dijo, y siguió adelante.

Por duro que fuera para los chicos, agotados como estaban, el túnel no tenía mucho más de cinco kilómetros. Por fin —¡por fin!— encontraron una puerta entornada. Menudo había superado la precaución, la esperanza y cualquier otra cosa, salvo el dolor. Tiró del asa, pero la puerta no se movió. Lo intentó Chillona, y la hoja

giró pesadamente en sus ruidosos goznes.

El aire que les golpeó el rostro era fresco, pero casi tan frío como el subterráneo. La luz también era tenue y gris, y no parecía provenir de ningún lugar visible; no había sombras y estaba velada por incontables copos blancos que caían en silencio a la tierra que ya habían cubierto. Sobre el terreno, los matorrales eran masas sin forma ni color en las que acechaban espinas y ramas afiladas. El suelo estaba inclinado; los niños habían salido a la superficie por una ladera, pero sólo pudieron ver unos metros delante de ellos hasta que una blanca ceguera les cubrió los ojos.

—¿Qué es esto? ¿No existe el Mundo de las Hojas Verdes? —gritó Bizco, con el tono de un niño golpeado sin razón.

—No lo sé —repuso Menudo con voz ronca—. Tenemos que seguir caminando, eso es todo.

Chillona cerró la puerta. Su superficie exterior era una losa cubierta de suciedad sobre la que crecía un denso brezo, de manera que cuando estaba cerrada resultaba imposible de distinguir. La muchacha se fijó en una piedra alargada, con líquenes, que se alzaba cerca: un menhir de los Antiguos, aunque ella no lo sabía. Debía de ser una señal para los trasgos. Aunque ella no pretendía regresar, hubiera lo que hubiese más adelante. Sintió un escalofrío y fue corriendo a ayudar a Menudo, que caminaba con paso vacilante.

Los tres bajaron por la ladera porque era el camino menos difícil. Sus pies desnudos pronto dejaron manchas de sangre detrás de sí, pero la materia blanca que caía del cielo cubrió rápidamente la pista. Los trasgos no podrían seguirlos. Aunque ello importaba poco: habrían dejado allí los huesos, antes que ser entregados a los demonios. Hambrientos y doloridos, recorrieron varios millares de pasos con sus últimas fuerzas. Siguieron adelante un poco más gracias a la esperanza, hasta que ésta también se agotó.

—Es inútil —tosió Menudo—. No puedo continuar. Dejadme aquí.

—N... n... nunca —replicó Chillona, y lo hizo apoyarse sobre sus hombros mientras su mirada escrutaba el horizonte a izquierda y derecha. Sí, allí había una depresión en la ladera con matorrales a su alrededor, una especie de refugio—. Por aquí. Por favor, confía en mí.

Menudo se desplomó. Ella se arrodilló a su lado y sintió lo helado que estaba, y vio cómo se le entornaban los párpados sobre sus ojos en blanco.

—Tienes que calentarte un poco, Menudo —dijo, preguntándose si él podía oírla—. Ven, Bizco, siéntate a su izquierda y yo lo haré a su derecha.

—Pero yo también tengo frío y estoy cansado —protestó el niño.

—Nos ha dado todo lo que tenía —repuso Chillona—. Ahora nos toca a nosotros.

Bizco meneó la cabeza ante aquella idea nueva y desconcertante, pero obedeció. Al cabo de un rato observó que los copos se fundían sobre su piel. Recogió un puñado de nieve del suelo, la lamió con cautela y, por fin, se la metió en la boca.

—¡Eh, esto se convierte en agua! —exclamó—. Ya no pasaremos sed. Tal vez



encontremos algo más, si seguimos intentándolo —dijo Chillona.

La luz aumentó, y la nevada perdió intensidad hasta acabar. Menudo dormía, acurrucado entre sus compañeros, que contemplaban un paisaje blanco y ondulado bajo un cielo plomizo que, en un punto sobre el horizonte, era algo más brillante. Pero carecían de palabras para lo que veían, así como la capacidad de comprenderlo. Cuando unas alas negras se agitaron sobre sus cabezas y resonó un ronco graznido, se encogieron de miedo.

La distancia y el terreno ocultaban el castillo, aunque ellos no lo habrían reconocido. Por lo demás, se sentían muy lejos, infinitamente lejos, del Mundo de las Hojas Verdes.

De repente, Bizco se irguió. Su dedo atravesó el aire.

—¡Allí, allí! —chilló—. ¿Lo ves?

La muchacha intentó ver algo a través de aquella extraña blancura. Por un risco, a unos cien metros de distancia, se acercaba caminando una figura alta y enjuta como la piedra que servía de señal. Cuatro cosas más pequeñas lo seguían con la cabeza cerca del suelo, como si buscasen algo que devorar.

—¿Un trasgo? —se preguntó ella—. No. Pero...

—¡Es un gente! —gritó Bizco, incorporándose de un brinco. Menudo se desplomó al suelo, y un ronquido resonó en su garganta—. ¡Un gente, como en los dibujos!

—¡Agáchate! —le ordenó Chillona con energía—. ¿Cómo lo sabes? Hemos oído hablar de demonios, trolls y... y muchas cosas espantosas.

Bizco se quedó quieto y desafió a Chillona con la mirada.

—Creo que es un gente —declaró—, y, si no vamos a buscarlo, pasará sin vernos y moriremos. Lo..., lo creo.

Chillona quedó en silencio por unos instantes. El cuervo la contemplaba con sorna.

—Quizá, sí. Supongo que yo también tengo que creerlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Puedes correr al encuentro de... lo que sea?

—¡Yupiii! —vociferó Bizco. Chillona abrazó con fuerza a Menudo y observó cómo la pequeña figura se alejaba entre la nieve.

A pesar de su edad, Oric el cazador todavía recorría grandes distancias. Despreciaba los miedos que atemorizaban los hogares de los hombres y buscaba los ciervos en el brezal de Mimring, solo a excepción de sus perros de caza. Así fue como vio a un niño que, tropezando y jadeando, se acercaba a él corriendo por el yermo terreno.

—Quietos, *Presa*, y tú tumbate, *Codicioso* —ordenó—. Vosotros, *Dorrnilón* y *Grandullón*, quietos.

Los perros dejaron de ladrar y esperaron las indicaciones de su amo. Los cabellos pelirrojos del chico eran una mancha de color en el paisaje invernal. Cuando cayó a los pies de Oric, el cazador vio que tenía arañazos y latigazos en las piernas y

cardenales por todas partes, puesto que llevaba puesta una simple túnica de tela burda, desgarrada por un duro viaje.

—Bien, bien —murmuró—. ¿Qué tenemos aquí?

Dejó su arma en el suelo y se agachó para ayudar al niño a incorporarse.

El chico se asustó. Se echó a un lado, se puso a cuatro patas y lo husmeó como un animal. Sus enormes ojos brillaban entre la carne del color del yeso que tenía bajo sus pecas.

—Tienes miedo, ¿eh? —dijo Oric despacio—. Vienes galopando hacia mí, pero cuando te acercas te resulta demasiado extraño, ¿no? ¿O son los perros? No temas, chaval, no te harán daño.

Sonriendo, sacó un pedazo de queso del bolsillo y se lo tiró. El chico se apartó aún más. Oric se incorporó.

—Seguiré tus pasos, lentamente —dijo. El niño masculló algo—. Lo siento, no te entiendo. ¿Me lo repites? —pidió, y se llevó una mano en forma de copa a la oreja.

—¿Es usted un gente? —oyó. El acento era tan peculiar que tuvo que pensar antes de entenderlo—. ¿N... no me comerá?

Oric lo comprendió de súbito, y su visión se nubló.

—No, chico —contestó suavemente—. No lo haré. Te llevaré a casa.

Echó a andar siguiendo las huellas en la nieve. Miró de reojo hacia atrás y vio al niño acurrucado donde había caído el queso. Se lo comió ansiosamente y luego lo siguió con temor.

Cuando se aproximó a los otros dos jóvenes, clavó la lanza en la tierra, ordenó a los perros que se sentaran y avanzó con las manos vacías. Una chica lo miró aterrada, pero no abandonó al muchacho semiinconsciente al que tenía abrazado.

—Supongo que no puedes dejarlo —murmuró Oric—. En cuanto a mí, será mejor que demuestre que soy inofensivo.

Bajo sus miradas desorbitadas, desbrozó un espacio, reunió leña y con yesca y pedernal encendió fuego. Al cabo de un rato, el chico más pequeño se aventuró a acercarse y se acurrucó junto a las brasas. Luego, la chica acercó al muchacho mayor, en parte sirviéndole de apoyo y en parte arrastrándolo. Oric les dejó comida y, sentándose a cierta distancia, sacó su flauta de la mochila e interpretó las melodías más hermosas que conocía.

Pasado un tiempo, se aproximó al chico mayor. Aunque sus compañeros se apartaron, no salieron corriendo. Oric dejó su abrigo y su manta en el suelo.

—Abrigaos con esto —les explicó—. Es todo lo que puedo hacer.

Cargó con el cuerpo desmayado y dijo a la muchacha: —¿Quieres llevarme la lanza? Es la cosa con la punta. —La señaló con un movimiento de cabeza—. Ten cuidado con el filo. Pero es tranquilizador tener algo con que defenderse.

Ella hizo lo que él le había indicado. Al principio, Oric caminó con cautela para que ella no se dejara dominar por el pánico y lo atacase. Cuando le pareció más tranquila, el cazador alargó el paso.

Fue un viaje lento con paradas frecuentes. La fuerza que Oric tenía de joven había disminuido, y Menudo —la muchacha lo había llamado así— era una pesada carga. Cuando acamparon al atardecer, reunió sus últimas fuerzas para encender otro fuego y preparar la cena.

—Menudo y tú, meteos en mi saco de dormir —dijo a la chica, y sonrió con malicia—. Supongo que no pasará nada. Bizco, tú y yo nos taparemos con mi abrigo para estar tan calientes como sea posible.

El chico más pequeño retrocedió.

—Como quieras —dijo Oric—. Cuando te apetezca, eres bienvenido.

El cielo se despejó y las estrellas brillaron. Los muchachos dieron gritos de emoción. El frío arreció. Bizco se arrastró junto a Oric y entre los perros.

A la mañana siguiente, Menudo ya podía andar, aunque con grandes dolores. Así avanzaron más deprisa. Al mediodía llegaron a tierras cultivadas, y a Yorun poco después del anochecer. Por el camino, los chicos saludaban con exclamaciones todo cuanto veían. Se mantenían aparte, pero juntos. A menudo, algo los alarmaba y se dispersaban, pero pronto regresaban detrás de su guía.

La oscuridad tiñó la ciudad de azul. Los tejados cubiertos de nieve se alzaban hacia las estrellas más tempranas. Las luces vertían color amarillo por las ventanas. Oric condujo a los chicos a la casa de Guthlach el herrero.

Llamó, y el hombre abrió la puerta. Contra el resplandor de las lámparas, era una figura enorme y negra, enérgica como un golpe de martillo. Bizco chilló y fue a esconderse. Menudo cubrió a Chillona con su cuerpo, dobló los dedos como garras y enseñó los dientes, listo para luchar.

—Tranquilo, tranquilo, amigo —dijo Oric al herrero—. Os he traído una compañía que se asusta fácilmente. Creo que han estado con los trasgos.

—¿Qué? —resonó en el interior. La esposa de Guthlach lo apartó a un lado y se adelantó—. ¿Ha vuelto nuestro Westmar?

—Me temo que jamás lo sabremos con seguridad —repuso Oric—. Han pasado doce años desde que lo perdisteis, ¿verdad? Pero creo que éste es un hogar donde encontrarán cuidados.

—¡De todo corazón, de todo corazón! —lloró la mujer. Se arrodilló en la nieve y abrió los brazos a los niños parcialmente ocultos en la oscuridad.

—¿Han escapado? —gruñó Guthlach—. ¿Qué es lo que pueden contarnos? —Dio un puñetazo en la pared, que retumbó como un trueno—. ¡Cuánto tiempo he soñado con este momento! —rugió.

—Tranquilízate ahora —le previno el cazador—. Está claro que estos chicos lo han pasado muy mal.

La mujer seguía esperando arrodillada, paciente como la luna. Menudo dio un paso hacia ella, y luego otro. Chillona lo siguió, tomando de la mano a Bizco. Estaban temblando, pero allí estaban de pie, mientras la mujer se incorporaba para abrazarlos.

—Sí, vamos a curarlos —dijo entre lágrimas—. Que nos lo cuenten cuando estén preparados, cuando las hojas vuelvan a ser verdes.

*¡Sí!, hemos sabido de Oric el cazador,  
Guthlach el de fuertes músculos, y otros hombres buenos  
que, hermanados en la venganza, fueron lejos.  
por el brezal hasta el mundo subterránea  
y se abrieron paso por un tosco portal.  
Los poderosos hombres mataron trasgos en Mimring,  
limpiaron la guarida maldita,  
y salvaron a los hijos e hijas robados.  
Aun así, los malignos habrían vencido  
si Guthlach no hubiera llegado a la oscura cueva  
donde aplastó el Corazón de Piedra con su maza.  
Entonces se derrumbó el castillo entre el polvo  
y el sol calcinó a las criaturas del mal.  
Libre fue el pueblo. El viento sopló limpio.  
Los hombres recordarán durante generaciones  
los hechos que acontecieron aquel día.*

Así comienza «La ira de los padres», el poema épico de Aeland.

# En la estación de engalanar los pozos

*John Brunner*



Con los oídos sordos por el retumbar de las explosiones, los ojos escocidos y la garganta seca por el gas venenoso, Ernest Peake se obligó a alargar el brazo en busca del llamador que colgaba junto a la cama. Se había despertado con los puños cerrados y el corazón palpitante, y se sentía tan exhausto como si no hubiese dormido en absoluto.

«Tal vez no debería haberlo hecho...»

Se abrió la puerta. Tinkler, que había sido su mayordomo en Francia y Flandes, entró y descorrió las cortinas. Cuando la luz del día inundó la habitación, dijo:

—Otra mala noche, señor...

No era una pregunta. El lío en que estaban las sábanas era una evidencia.

Entre los medicamentos de la mesita de noche había un botellín con una tintura de valeriana, un vaso y una jarra de agua. Tinkler llenó el vaso con la dosis prescrita, la diluyó, la agitó y la ofreció a su amo. Ernest se la tragó con resignación. Parecía tener efecto y el doctor Castle le había enseñado un artículo en que se describía su éxito en otros casos de neurosis de guerra...

«Todos ellos como yo, presos en la cárcel de sus cráneos.»

—¿Desea un té, señor? —inquirió Tinkler.

—Sí, y prepárame el baño. Tomaré el desayuno allí.

—Muy bien, señor. ¿Qué ropa le dejo a punto?

Ernest se incorporó con dificultad mientras maldecía en silencio su rodilla destrozada por una bala que le había dejado paralizada la pierna izquierda para siempre. Contempló el cielo despejado y se encogió de hombros.

—Parece un buen día para una chaqueta blazer y unos pantalones de franela.

—Con mis respetos, señor, hoy es domingo y...

—¡Al infierno con el día que sea! —rugió Ernest, pero se arrepintió de inmediato—. Lo siento. Vuelvo a estar crispado. He tenido pesadillas. Puedes ir a la iglesia si quieres.

—Sí, señor —murmuró Tinkler—. Gracias, señor.

Mientras esperaba el té, Ernest contemplaba con ánimo sombrío la soleada vista desde su ventana. Los terrenos de Welstock Hall, como tantos otros, se habían dedicado a la plantación de verduras durante la guerra y aquellas áreas que incluso su patriótico tío sir Roderick se había negado a permitir que se excavaran y labraran habían sido abandonadas a las malas hierbas. Sin embargo, había señales de regreso a

la normalidad. Era casi imposible encontrar personal, por supuesto, pero un hombre mayor y dos muchachos de quince años hacían cuanto podían. Todavía no se había restaurado la pista de tenis, pero el césped estaba bien cortado, se habían colocado aros de cróquet y más de la mitad de los macizos a su alrededor habían florecido. Desde allí podía verse la torre de la iglesia, aunque la nave quedaba oculta tras espesos árboles y matorrales, al igual que la vicaría adyacente a excepción de una de las esquinas.

En circunstancias normales era una vista idílica, que le hacía preguntarse a menudo cómo habría sido su vida si hubiese pasado aquí su niñez, en lugar de en la India, educado por tutores. El tío Roderick y la tía Aglaia, que no habían tenido hijos, habían sugerido repetidamente que fuera enviado a casa para ir a la escuela y pasar las vacaciones en Welstock. Pero sus padres siempre habían declinado su oferta y él, en el fondo, no lo lamentaba. Las cosas habían cambiado en Inglaterra mucho más de lo que probablemente lo harían jamás en aquel lejano, antiguo y calmoso país situado a una distancia igual a una cuarta parte del perímetro del planeta. Así tenía muchas menos cosas de las que lamentar su desaparición.

Hoy, sin embargo, sumido en la desolación de sus pesadillas, ni siquiera el palacio de los placeres de Kublai Khan habría dispersado las nubes que cubrían su mente, tan herida por la guerra como su pierna paralizada.

Tinkler le llevó la bandeja con el té.

—¿Ya ha hecho planes para hoy, señor? —inquirió antes de dirigirse al baño.

Ernest se apartó de la ventana dando un suspiro. Sus ojos fueron a reposar en el caballete plegable apoyado contra una mesa, que sostenía un portafolios grande y de cubiertas duras, una caja de acuarelas y otros utensilios propios de un artista.

«¿Debo serlo? ¿Aunque sea malo? Dicen que tengo cierto talento... Pero no puedo seguir aparentando que veo. No puedo ver lo que hay delante de mí; sólo la emboscada puesta detrás. Todos los horrores ocultos del mundo...»

—Probablemente iré a dibujar un poco —dijo sin pensar.

—¿Debo solicitar al cocinero que prepare una cesta de almuerzo?

—¡No lo sé! —Ernest apenas logró contener sus malos modos por segunda vez—. Lo decidiré después del desayuno.

—Muy bien, señor —respondió Tinkler, y se fue.

Bañado, afeitado, vestido, pero sin haber tocado apenas el desayuno, Ernest echó a andar despacio por el vestíbulo. En estos días, la acción más mínima le costaba un tremendo esfuerzo mental; y en cuanto a tomar decisiones importantes...

Preocupado por sus malas maneras con Tinkler, que había permanecido a su lado con la lealtad de un amigo, estaba a un par de pasos de la puerta que conducía a la terraza y al jardín cuando una voz áspera y que no deseaba oír le dio los buenos días.

Se volvió y, al otro lado del vestíbulo, vio a su tía Aglaia, vestida con el luto

riguroso que había adoptado desde la muerte de su marido a causa de la gripe. Había sucedido tres años atrás, es decir, que el período de duelo acostumbrado ya había transcurrido, pero ella parecía decidida a imitar lo que la reina Victoria había hecho por su esposo Albert. No se parecían en ningún otro aspecto; la diminuta monarca apenas habría llegado al seno de la tía Aglaia, amplio y eficazmente encorsetado.

Peor aún: su actitud parecía haberse vuelto tan rígida como su ropa interior. En las escasas ocasiones en que la había visto mientras estaba de permiso del frente, todavía en vida del tío Roderick, Ernest la había considerado aceptablemente agradable, aunque un tanto excesivamente consciente de su condición de esposa del señor de la casa. Pero ahora había optado por calificarse de *châtelaine* de Welstock y, por tanto, la guardiana oficial no sólo de su finca, sino de las vidas y la conducta de sus moradores y personas a su cargo. Entre las cuales estaba, muy en contra de su voluntad, Ernest.

Antes de que tuviera tiempo de devolverle el saludo, ella prosiguió:

—¡Ese atuendo no es adecuado en absoluto para el servicio de culto!

Una religiosidad patológica era uno de sus recientes atributos. Había restaurado las oraciones «familiares», a las que Ernest asistía resignadamente con el pretexto de que no era «correcto» revelar a los sirvientes ninguna desavenencia entre quienes los tenían empleados. Pero él pensaba que todo aquello era pura hipocresía.

A través de la puerta abierta de la sala de desayuno, vio a una doncella que limpiaba la mesa. Mantuvo la voz baja por si la muchacha podía oírlos y dijo con tanta cortesía como le fue posible:

—No voy a ir a la iglesia, tía Aglaia.

—Joven —replicó tía Aglaia, acercándose a él—, te he pasado por alto muchas cosas con la excusa de tu supuesta mala salud. Pero estás empezando a poner a prueba mi paciencia. Ya llevas un mes aquí y el doctor Castle me ha asegurado que te encuentras mucho mejor. ¡Tal vez uno de estos días optarás por tener en cuenta la hospitalidad que te he ofrecido e incluso, así lo espero, tus obligaciones para con tu Creador!

Ernest palideció; podía sentir la blancura de sus propias mejillas. Cerró los dedos por miedo de golpear a aquella vieja bruja hipócrita y exclamó apretando los dientes:

—¡No debo nada al Dios que autorizó una atrocidad como la guerra!

La única campana de la iglesia comenzó a repicar. Para su distorsionada percepción, sonó como la campana de los muertos.

—Señor Peake... ¡Señor Peake!

Una voz suave, inquisitiva. Ernest recobró la conciencia con un sobresalto. Estaba apoyado en el muro que dividía los terrenos de Welstock Hall de los de la vicaría. La campana había dejado de sonar. Frente a él había una muchacha esbelta, con el rostro en sombras por la pámela que lucía, y ataviada con un vestido sencillo del mismo

tono gris oscuro que sus ojos, grandes y preocupados.

Mientras Ernest se preguntaba si había gritado en sueños —sabía que lo hacía a veces—, su mano se elevó automáticamente para levantar un sombrero inexistente.

—Buenos días, señorita Pollock —consiguió responder—. Perdón si la he molestado.

—En absoluto. Sólo estaba dando una vuelta por el jardín mientras el abuelo da los últimos retoques a su sermón.

—Bueno, como sin duda ya ha deducido, me temo que no estaré presente para escucharlo —dijo, terriblemente ansioso por compensar la mala impresión que pudiese haber causado—. Verá, como he intentado explicar a mi tía, perdí la fe cuando vi lo que se permitía que pasara allí. Dejé de creer en un Dios amoroso, benéfico, onisciente... —De súbito, comprendió que estaba casi balbuceando y calló sin acabar la frase.

Para su sorpresa y alivio, la señorita Pollock no mostró ninguna señal de haberse ofendido. De hecho, estaba diciendo:

—Sí, lo entiendo. Gerald, mi prometido, dijo cosas muy parecidas la última vez que vino de permiso.

«¡Ah, sí! Ya había oído hablar de Gerald, ¿no? La diñó en... Cambrai, creo que fue. Tanques.»

Mientras Ernest buscaba algo que añadir, desde la casa llegó un ruido de ruedas de carruaje sobre la grava, señal de que la señora Peake estaba a punto de partir hacia la iglesia. Podía ir caminando en la mitad del tiempo que empleaba en hacerlo en carruaje, pero, naturalmente, jamás haría tal cosa.

También podía permitirse un coche de motor y, de hecho, el tío Roderick había tenido uno antes de la guerra, pero ella nunca lo había aprobado y más de una vez había mencionado lo satisfecha que se sintió cuando su chófer se alistó y su marido le dijo que fuera con el coche a Londres y lo entregase al ejército.

La señorita Pollock miró por encima del hombro de Ernest.

—¡Ah, ahí sale su tía! —comentó—. Será mejor que vaya a avisar al abuelo, últimamente tiene tendencia a perder la noción del tiempo. ¡Oh, por cierto! Cuando hace buen tiempo nos gusta tomar el té de la tarde en el jardín. ¿Le importaría unirse a nosotros?

—¡Vaya!... Vaya, es usted muy amable —farfulló Ernest.

—No es preciso fijar una fecha por adelantado. En cualquier momento que no tenga ninguna ocupación, pida a una de las criadas que anuncie su llegada. Ahora ya no puedo esperar más. ¡Buenos días!

Y se fue, dejando a Ernest con la duda persistente de si estaba hablando solo cuando ella lo vio y, en tal caso, qué estaba diciendo. Como siempre, el encanto de los alrededores, deslumbrante por la llegada del verano, parecía preñado de amenaza, como los gérmenes en terreno fértil pueden reventar y destrozarse a un ser humano. «Gangrena por gas. Pero lo que tengo gangrenada es la mente...»



Welstock Hall, la vicaría y la iglesia se alzaban en lo alto de una loma, mientras que el resto del pueblo estaba disperso abajo y en la ladera de otra colina situada enfrente. Antigüamente, acudir al servicio divino era una ascensión ardua y trabajosa, en especial para los niños y los ancianos, y muchos se contentaban con llegar hasta una fuente que manaba cerca de la falda de la loma, puesto que se pensaba que sus aguas tenían el poder de limpiar los pecados.

Sin embargo, a principios del siglo pasado, el que era entonces señor de la casa había ordenado que se tapara el manantial y sobre el lugar hizo construir una vereda pavimentada que se elevaba desde el camino, que se seguía llamando del Pozo Viejo, y que era de acceso más fácil. También había plantado dos magníficos castaños a ambos lados de la entrada del cementerio. Bajo su sombra, incómodos en sus oscuras ropas de domingo en una mañana tan cálida, estaban reunidos la mayoría de los habitantes de Welstock, entre los cuales, a pesar del buen tiempo, podían verse escasas sonrisas. La tragedia había vuelto a golpear a la pequeña comunidad durante la semana anterior. El joven George Gibson, que había sido gaseado en Francia y caído prisionero, y que había regresado a casa para dejar la vida entre toses, había fallecido por fin dejando una esposa y tres hijos.

Como siempre, los habitantes del pueblo se habían dividido en dos grupos. A la izquierda estaban las mujeres y los niños, fluctuando alrededor de la maestra, la señorita Hicks. Además de lamentar la muerte de George Gibson, hablaban sobre todo de la subida de los precios, las enfermedades —cualquier indicio de fiebre podía indicar otro estallido de la temida gripe—, las casas que necesitaban reparación y, con escaso optimismo por los novios, una próxima boda. Todas coincidían en que no era un buen momento para traer más niños al mundo.

A la derecha estaban los padres y abuelos, rodeados por los jóvenes solteros, que eran pocos, puesto que un número creciente de ellos abandonaban el campo en pos del encanto y los mejores salarios de las ciudades. Más allá quedaba un grupo de chicos aburridos, lo bastante crecidos como para trabajar pero todavía no preocupados por los asuntos que interesaban tanto a sus mayores.

En el centro de este grupo se hallaban Hiram Stoddard, herrero y herrador —y provisionalmente guardameta del equipo de crícket—, y su hermano Jabez, que regentaba la taberna Plough. Ambos intercambiaban noticias y opiniones con los granjeros. En este grupo, pero sin pertenecer a él, se encontraba el más próspero de estos últimos, Henry Ames, que había venido del condado vecino. Tras apenas diez años en la región, seguía considerado como un forastero y, aunque la gente era cortés con él y su familia, guardaban las distancias. Era el único de todos ellos al que todavía se dirigían invariablemente con el tratamiento de señor.

Los hombres que charlaban también tenían el semblante serio. Al principio hablaron, como las mujeres, de George Gibson y su desconsolada familia; pero no tardaron en pasar a temas más urgentes. Discutieron la escasez de mano de obra

(George había sido peón y vivido en una quinta de la finca Peake); desdeñaban a los teóricos que alegaban la pronta mecanización total de las labores agrícolas, pues ninguno de ellos (siempre con la excepción del señor Ames) podía permitirse comprar las nuevas máquinas, y habían muerto tantos caballos durante la guerra que resultaba difícil recuperar los niveles antiguos. Prácticamente podía decirse lo mismo del ganado, muy disminuido porque no había manos suficientes para cuidarlo... No cabía duda: eran tiempos difíciles, incluso peores que los de guerra. Alguien mencionó la promesa de los políticos de «hogares adecuados para los héroes» y la ocurrencia fue saludada con risas sarcásticas que carecían de alegría.

En un intento de desviar la conversación por un camino más optimista, Hiram comentó la pronta llegada del verano y la promesa de una buena cosecha de heno. La mención de la hierba condujo, de manera natural, a hablar de su corte, y cortar la hierba a que había que preparar el campo de crícket, y eso a su vez llevó a otros silencios deprimidos, ya que recordaron a los muchos jugadores que no iban a volver al equipo.

Finalmente, Hiram dijo con fingida ilusión:

—Bueno, es hora de esperar a la señora y pedirle el cortador de césped. Yo iré después del servicio. ¿Quién va a acompañarme?

Hubo cuatro o cinco ofrecimientos poco convencidos. En los tiempos de sir Roderick habría sido una perspectiva agradable: habría aceptado de inmediato y habría sido muy probable verlos con una jarra de cerveza cada uno. En cambio, tratar con la señora...

Como si pudiera leerles la mente, Gaffer Tatton dijo con su voz quebrada:

—Éstos son malos tiempos, ¿eh? ¡*Malos tiempos!*

El grupo se dispersó para dejarle paso hasta el centro. Caminaba apoyado en un bastón de roble que había cortado antes de que el reumatismo le debilitase los miembros y le encorvara la espalda, haciéndolo jadear cada vez que subía por la cuesta. Pero aquellos días habían pasado hacía mucho tiempo y ya no volverían a solicitarse sus habilidades. Como le gustaba decir, si todo podía hacerse en las fábricas en tiempos de guerra, continuarían haciendo lo mismo cuando llegara la paz y no habría lugar para su artesanía. Sus negras predicciones se habían cumplido hasta entonces y, aunque algunos de los más jóvenes se burlaban de él a sus espaldas, otros iban a escuchar su sabiduría de anciano.

Se detuvo y miró a su alrededor con ojos legañosos.

—Estos tiempos nos han sido enviados para probarnos, ¿no? No es de extrañar. *Es el año.* Y la última vez lo descuidamos. Así que son dos.

Los hombres de más edad comprendieron y se movieron con inquietud, con el aspecto de que preferían cambiar de tema. Cuando uno de los muchachos del círculo exterior, perplejo, pidió una explicación, y el señor Ames pareció aliviado de que alguien hubiese formulado la pregunta que le rondaba la mente, no sólo se movieron los pies sino también las miradas. Gaffer, no obstante, no se desvió del tema.

—Debió de ser en el quince —señaló—. Claro, con la guerra y todo lo demás... Seguramente ella lo perdonó. Pero no esta vez. ¿Acaso no son avisos? ¡Sir Roderick ha muerto! ¡Y es como si el legítimo heredero estuviera maldito!

Algunos de los que lo escuchaban hicieron una mueca. Incluso para ellos, aquello era tergiversar la descripción del señor Ernest, que habían sonsacado a su mayordomo, el señor Tinkler. Éste había tomado por costumbre acercarse por la Plough las tardes que tenía libres y, a pesar de ser «uno de Londres» por nacimiento, había resultado ser un tipo simpático con muchas anécdotas que contar y una notable capacidad para ingerir la sidra de la localidad.

¡Así y todo, tanto tiempo después de la guerra y todavía en un estado tan lamentable...!

—Frágil —había dicho el señor Tinkler en una ocasión, y había repetido la palabra con un gesto de aprobación—. ¡Sí, frágil! Algo así como eso que llaman «temperamento de artista», ya saben. Para los que lo tienen, suele ser tanto una maldición como una bendición.

Es cierto que había pronunciado la palabra, aunque no en el sentido utilizado por Gaffer Tatton...

Pero el anciano seguía arrebatado por la emoción. Convencido de que, cuando él se había acercado, estaban hablando de ir a ver al vicario, continuó:

—¡Y es correcto! ¡No podemos esperar más allá del día de la Ascensión! Si no le hacemos bendecir los pozos...

Hiram lo interrumpió con una tos.

—Hablabamos de pedir prestado el segador de césped en el Hall para preparar el campo de cricket. Después del servicio vamos a llamar a la señora y...

—¡Yo creía que hablabais del engalanamiento! —espetó Gaffer, con las mejillas de color púrpura—. ¿No es *ella* uno de nuestros males, y una advertencia?

No eran pocos los que admitían estar totalmente de acuerdo con él, pero no tuvieron la ocasión de manifestarlo, ya que en ese momento llegó el coche de la señora. Entre un coro de «¡Buenos días, señora!», ella bajó del vehículo y desfiló por el sendero que pasaba entre las lápidas, respondiendo con la cabeza al saludo de los sombreros levantados y las gorras tocadas.

Todos la siguieron, según su obligación.

Y apenas prestaron atención al servicio religioso.

«Un poco tarde para segar el campo de crícket, ¿no?»

Aquel pensamiento asomó de manera inesperada a la mente de Ernest mientras paseaba por los terrenos del Hall, acosado por sus fantasmas. Había renunciado por completo a sus intenciones de pintar y dejaba que los pies lo llevaran a donde quisieran. Fragmentos de recuerdos de un verano en tiempo de guerra fueron colocándose en su sitio mientras contemplaba lo que podría haberse tomado por un

prado vulgar; se había segado recientemente el heno y la hierba apenas era más alta que los rastros. Pero todavía lo era en demasía para una buena pista que condujera la bola hasta su destino.

De súbito, su vista quedó recubierta por imágenes del pasado. El pabellón debía de estar a su izquierda... Sí, allí estaba, con las planchas verdes que necesitaban una capa de pintura y el tablón colgando en una posición extraña tras los vientos invernales.

Sintió un terrible dolor. Faltaba un bateador, porque alguien acababa de ser alistado, y le pidieron que jugara en el equipo del pueblo. Aceptó e hizo cuarenta carreras... Una actuación bastante mala, desde luego, pero suficiente para desequilibrar la balanza, y Welstock acabó ganando por dos *wickets*.

«Y fue mi último partido.»

Dio media vuelta y echó a andar cojeando hacia la casa, tratando de no llorar.

Pasó frente al cenador donde estaban guardados los mazos de cróquet en un baúl impermeable. Recordaba vagamente haber dicho: «¡El cróquet debe de ser el juego más vigoroso que estaré en condiciones de jugar!». Alerta como siempre a las órdenes no dichas, Tinkler había preparado los aros y las estacas.

A falta de otra manera mejor de pasar el rato hasta el almuerzo, abrió el baúl, sacó un mazo y una pelota al azar y se dispuso a recorrer el césped con desgana. Sin embargo, se pasó todo el rato rememorando imágenes y sonidos. Aunque por una vez, gracias al cielo, no estaban relacionados con el infierno de las trincheras. Saber que estaba celebrándose el servicio religioso en la iglesia le trajo a la memoria las procesiones hindúes en que se seguía el paso de ídolos untados con ghee y engalanados con guirnaldas, y de allí sólo tuvo que dar un corto salto mental a Gul Khan, uno de los criados de su padre, que era un demonio lanzando la pelota y un entrenador paciente. En la estación cálida, en Simla...

—Pero ¿qué mierda de *sentido* tiene? —susurró, y golpeó la bola con el mazo como si éste fuese un palo de golf. La impactó de lleno y la lanzó contra uno de los aros, al que arrancó del césped. Ernest arrojó el mazo al suelo y se dirigió a la casa.

Y se sintió, de inmediato, muy calmado.

Seis hombres vestidos de negro y tocados con sombreros subían por el sendero de grava. Los reconoció, aunque no estaba seguro de sus nombres excepto uno. Al frente de ellos, fornido e impassible, iba el señor Stoddard, capitán y guardameta del último equipo para el que él había jugado...

Una vez más debía de haber hablado en voz alta sin querer, pues alguien dijo suavemente a su espalda:

—Sí, señor. Es el señor Hiram Stoddard. También está el señor Jabez Stoddard, pero cuida de la taberna Plough y ha tenido que ir a abrirla. —Y añadió en tono de disculpa—: Los vi cuando salíamos de la iglesia, pedí permiso a la señora y tomé un atajo.

—Gracias, Tinkler. —Por el momento, Ernest se sentía totalmente bajo control—.

¿Tienes idea de lo que los trae por aquí?

—Ninguna en absoluto, señor.

—¿Mi tía vendrá de inmediato?

—No, señor. Tiene la intención de hacer una visita a la familia del señor Gibson.

—¿Te refieres al pobre diablo que acaba de morir? ¡Humm! Un punto para mi tía, pues. No creía que tuviera un carácter tan caritativo, salvo que lo considere una obligación... Tinkler, ¿va algo mal?

—No me corresponde, señor...

—¡No me vengas con ésas! —exclamó Ernest, y notó que respiraba con dificultad—. ¿Por qué?

—Ya que insiste, señor —dijo Tinkler después de una pausa—. No estoy totalmente convencido de que el motivo de su visita sea la caridad. He... —una tos discreta—, he detectado algo que podría definirse como un «brillo» en la mirada de la señora.

Ernest se detuvo en seco y se volvió hacia su mayordomo.

—¿Tú también lo has notado? —le espetó.

—¿Dónde lo vio la última vez? —inquirió Tinkler, devolviéndole la mirada. Esta vez ni siquiera hubo el eco de un «señor».

—En... en la mirada desquiciada del general que nos mandó tomar la cima en...

—¡Dígalo! —le ordenó—. Como usted, no quiero recordar. Al dar aquella orden, mató a diez mil de los nuestros, ¿no? Y usted y yo sobrevivimos de milagro... Pero ¡dígalo!

—Mal...

La lengua de Ernest era como una esponja monstruosa que le impedía pronunciar aquel nombre. Tragó saliva, se tambaleó y, por fin, consiguió articularlo:

—¡*Malenchines!*

—Sí. Allí fue. Y yo también confiaba no volver a verlo. Pero he... Ahora, señor, iré a averiguar qué es lo que quieren.

—No, Tinkler. Iremos *los dos*.

Como si pronunciar el terrible nombre hubiera descargado a su alma de una pesada carga, Ernest pudo saludar al señor Stoddard y a sus compañeros y hacer referencia a su último encuentro sin sentir un mareo apenas. Cuando explicaron por qué habían venido, les dijo de inmediato que estaba seguro de que todo iría bien, aunque no estaba en absoluto tan convencido como aparentaba, y pasó a preguntarles acerca de las perspectivas para la siguiente temporada.

Los hombres cruzaron miradas. Por último, el señor Stoddard se encogió de hombros y respondió:

—Hemos tenido malos resultados desde la guerra. Pero ahora tenemos algunos jugadores buenos. Podríamos hacer un buen papel con más práctica y entrenamientos.

«¿Es una insinuación?»

Suponiendo que lo era, Ernest hizo un esfuerzo por sonreír.

—Bueno, en eso podría ayudarlos —dijo. Contra su voluntad, un matiz de amargura se coló en sus palabras al añadir—: Pero me temo que mis días como jugador han terminado. Mi límite está ahora en el croquet y ni siquiera encuentro compañeros para jugar...

Una idea le vino repentinamente a la cabeza. Miró a su alrededor y agregó:

—Supongo que ninguno de ustedes juega, ¿no?

El rostro de Tinkler reflejó una expresión preocupada por unos momentos, pero Ernest no prestó atención.

—Puede ser un juego muy divertido, ¿saben? No requiere mucho ejercicio, pero sí una gran habilidad. Si tienen unos minutos libres, se lo demostraré. Tinkler, ¿te importaría volver a colocar aquel aro y traerme un mazo y un par de pelotas?

Extrañamente ilusionado por primera vez en los últimos años, pasó a iniciarlos con tal entusiasmo en los misterios de pasar la pelota por los aros, tumbar las estacas, hacer cróquet, roquet y ser un rover, que la tirantez inicial de los visitantes se desvaneció y, por fin, el más joven de ellos exclamó:

—¿Sabe, señor Ernest? ¡No me importaría jugar un partido cualquier día!

—¡Buen chico! —exclamó Ernest—. Y os diré algo más. Acabo de acordarme de algo. Una vez que vine de permiso, me encontré mientras paseaba unas redes en uno de los cobertizos. Tal vez sigan allí. ¿Tenéis redes suficientes para practicar?

—¡No, señor! —se apresuró a decir Hiram Stoddard.

—Pues vamos a...

Una suave tos lo interrumpió. Era Tinkler. El carruaje de la señora se acercaba a la casa. —¡Ah, excelente! Podemos resolver el asunto del cortacésped. ¡Tía! ¡Tía Aglaia!

Lady Peake bajó ayudada por el mozo y cochero Roger, que no había sido alistado por ser demasiado joven, y dejó paralizado a su sobrino con una mirada gélida.

—¡Estás profanando el Sabbath! —ladró.

—¿Qué? ¡Oh!, ¿te refieres a esto? —Ernest agitó el mazo de cróquet—. En absoluto. Sólo enseñaba a estos hombres los rudimentos, con la esperanza de que jueguen conmigo algún día.

Era como si le hablase al aire. Ella prosiguió como si no hubiera oído nada.

—¿Y qué hacen aquí estas... personas?

—Oh, han venido a pedir prestado el cortacésped. Para el campo de críquet. El tío Roderick siempre solía...

—¡Tu tío ya no está entre nosotros! Pero, dime, ¿cuándo se supone que debería utilizarse ese utensilio?

Hiram se había quitado el sombrero y no se lo había vuelto a poner. Mientras lo giraba con sus grandes y callosas manos, murmuró:

—Pensábamos que podíamos empezar esta tarde, señora.

Una expresión de triunfo asomó al rostro de la señora Peake.

—Así que usted, como mi sobrino, también quebranta los mandamientos. El séptimo día es el Sabbath del Señor Tu Dios. ¡En él no realizarás ninguna clase de trabajo! No pueden usar mi cortacésped, ni hoy ni ningún otro día. Regresen al seno de sus familias y recen para alcanzar el perdón.

Y fue a la casa bamboleándose.

—Lo siento, señor Stoddard —dijo el joven Roger—. Pero ya sabes cómo es. Claro que eso no se aplica a los que trabajamos para ella. Me gustaría verle la cara si yo le contestase de la misma manera: «No, señora, no puedo llevarla a la iglesia, ¿verdad? ¡Eso sería trabajar en el día del Señor!».

Por un segundo, pareció que Hiram iba a reprenderlo por ser demasiado descarado, pero cambió de opinión.

—Lo lamento de veras —murmuró Ernest—. No esperaba una reacción así... ¿Qué van a hacer ahora?

—Supongo que recuperar la manera antigua, señor. Empuñaremos las guadañas. Sin embargo, no quedan tantas como para segar bien un campo, por no hablar de un terreno de juego. Es una de esas técnicas condenadas a desaparecer de que siempre habla Gaffer Tatton. Si nos perdona, señor, será mejor que vayamos a la Plough antes de que todos vuelvan a casa. Ya veremos a quiénes podemos conseguir para hacer el trabajo.

—¡Esperen! ¡Voy con ustedes! ¡Déjenme ir a buscar el sombrero y el bastón! Roger, avisa al cocinero que llegaré tarde al almuerzo.

Mientras Ernest regresaba cojeando a la casa, los hombres miraron inquisitivamente a Tinkler. El mayordomo titubeó y, por fin, dijo: —No es exactamente comilfó, ¿verdad? Pero su corazón está en su sitio. Sólo tiene trastornado el sentido común. Y tal vez lo que necesita es una ocasión de enfrentarse a la señora. Lo vigilaré.

Al oír aquello, se tranquilizaron. Pero sólo un poco.

Un silencio asombrado se extendió bajo el techo de planchas de madera de la única barra de la Plough cuando los parroquianos reconocieron a quien se sumaba a ellos, y la conversación tardó en reanudarse. Sólo Gaffer Tatton, en su sitio habitual del rincón de la chimenea, siguió charlando como si no ocurriera nada fuera de lo común.

O al menos, nada tan trivial como la presencia de gente bien. Por fin, había dejado de protestar por la falta de un fuego que calentara sus dolidos huesos y había derivado al otro tema que ocupaba su mente... y, a decir verdad, no sólo la suya: el olvido de una antigua ceremonia, al cual atribuía la permanente desgracia que asolaba al pueblo. Hiram, en un valiente intento de distraer la atención del visitante, lo

condujo a la barra y le presentó de nuevo a su hermano Jabez, el posadero, así como a otros más, y llegó al extremo de incluir entre ellos al señor Ames.

—Bien, señor —dijo Jabez con alegría, consciente del problema—, como es la primera vez que honra mi establecimiento, ¡permítame que lo invite! ¿Qué desea tomar?

Ernest miró a su alrededor, inseguro. Durante los últimos minutos se había sentido alejado de sí mismo y su irritación contra su tía había asumido el control. Ahora, en aquel entorno desconocido y entre personas que claramente se sentían intranquilas en su presencia, estaba desconcertado. Lanzó una mirada a Tinkler, quien dijo en voz baja:

—Le recomiendo la sidra del señor Stoddard, señor. La prepara él mismo.

—Desde luego —asintió Ernest.

—¡Vaya!, gracias, señor Tinkler —dijo el mesonero, y cogió dos jarras—. Permítame que le haga el mismo ofrecimiento.

Y, cuando giró la tapa del barril, todos intentaron reanudar las conversaciones donde las habían dejado. Sin embargo, lo que circuló fue la mala noticia sobre el cortacésped, lo que llevó malhumor a la sala y de nuevo el silencio.

Hiram invitó a sus compañeros a tomar asiento en la única mesa que sólo estaba parcialmente ocupada. Gaffer se fijó en ellos con retraso y, todavía claramente bajo la impresión de que habían ido a ver al vicario, les preguntó acerca de las novedades.

—Ella no nos deja el cortacésped —repuso Hiram con voz alta y clara—. ¡Tendremos que usar las guadañas!

—¡No se utilizan guadañas para engalanar los pozos! —replicó Gaffer, confundido—. ¡Sólo se pueden usar cosas naturales!

—No entiendo bien eso —intervino Ernest.

—¡Oh, no se preocupe, señor! —dijo Hiram—. Gaffer está un poco majareta.

—Parece muy molesto —insistió Ernest.

- en efecto lo estaba, aunque alguien se había apresurado a llenar de nuevo su jarra. Su voz alcanzó el tono de un predicador evangelista, a pesar de los intentos de silenciarlo, hasta que finalmente no hubo más remedio que dar explicaciones.

—El caso, señor, verá —suspiró Hiram—, es éste: antes de la guerra, cuando llegaba el día de la Ascensión, en el pueblo teníamos una... eh...

—¿Costumbre? —sugirió una voz del fondo.

—Sí, una costumbre, un término muy bueno, gracias... —Miró a su alrededor y añadió en tono de sorpresa—: ¡Señor Ames! Solíamos preparar toda clase de adornos, dibujos hechos con flores, hojas y piñas de alisos y cosas así, y las poníamos en los pozos.

—Y en el muro que está debajo de la iglesia —agregó alguien.



—Sí, también en el camino del Pozo Viejo. En tres sitios. —Hiram paseó el dedo alrededor del cuello de la camisa como si repentinamente le apretase demasiado—. Entonces pedíamos al vicario que viniese y les diese su bendición.

Gaffer estaba ahora totalmente concentrado en la conversación. Inclinado hacia adelante y sujetando la jarra con ambas manos, asentía vigorosamente con la cabeza.

—Sí, y cada séptimo año...

—Cada séptimo año, sí —lo interrumpió Hiram elevando la voz—, celebrábamos una especie de banquete. Asábamos una oveja o un cerdo, y nos lo comíamos entre todos. Procurábamos llevar su pedazo a los ancianos y a los enfermos que estaban en sus camas.

—Parece una tradición fascinante —dijo Ernest, mirándolo fijamente—. ¿Ha caído en desuso? —No se ha celebrado desde la guerra.

—Pero ¿por qué?

Se produjo una pausa incómoda. Por último, Hiram comprobó que nadie más estaba dispuesto a contestar, por lo que volvía a corresponderle a él.

—El vicario solía decir que en realidad era una costumbre pagana disimulada. Yo no sé nada de eso. Pero apuesto a que no la echa de menos.

—¿Y qué dice la señora? —exclamó Jabez desde la barra, dejando las precauciones a un lado por un momento.

Su hermano lo miró ceñudo, pero la sidra ya estaba haciendo efecto en Ernest. Desde que había caído enfermo, había probado el alcohol en muy pocas ocasiones; además, casi no había desayunado.

—Tienes razón, Tinkler —dijo, apurando su jarra—. Es buena esta bebida. Tráeme otra. Y también para el señor Stoddard, y para el señor... ¡Oh, una ronda para todos!, ¿por qué no? ¡Aquí tienes! —Sacó un fajo de billetes de la cartera.

Con cierta relucencia, Tinkler obedeció. Mientras tanto, Ernest se volvió hacia Hiram.

—Bien —dijo—, no entiendo qué tiene que ver mi tía con todo esto. ¿Qué pensaba sir Roderick?

—Estaba a favor —gruñó Hiram.

—¡Es verdad! —exclamó alguien del fondo—. ¿Recordáis que, si tenía visitantes, los traía también? ¿O venía más tarde con ellos y traían sus Kodaks y todo?

Los hombres de más edad confirmaron sus palabras a coro.

—Aquí tiene, señor —murmuró Tinkler, que había regresado con las jarras llenas.

Ernest tomó un trago y dejó su jarra a un lado. Su atención estaba totalmente captada por la historia.

—Muy bien, si el problema principal lo tienen con el vicario, al menos puedo decirle algo. La señorita Pollock me ha invitado a tomar el té en la vicaría, así que puedo plantearle el problema. ¿Les importa?

Por sus expresiones era evidente que no.

—Es usted muy generoso, señor —dijo Hiram, y añadió a plena voz—: ¡Vamos,

creo que deberíamos beber a la salud del señor Ernest!

—¡Eso, eso!

Ernest bebió con ellos, distraído. Se secó los labios y abordó otra cuestión que le interesaba particularmente.

—¿Qué clase de... adornos, o dibujos?

—Siempre historias bíblicas —repuso Hiram.

—¿Relacionadas con el agua? ¿Caminar sobre las aguas, Jonás y la ballena, esa clase de cosas?

La gente negó con la cabeza. Todos los que estaban en el bar se habían apiñado alrededor de la mesa, y Gaffer se quejaba de que no podía ver nada, pero los demás no le hacían caso.

—No, cualquier cosa que se nos ocurriera. Claro que...

—¿Sí?

—En su mayoría los hacía alguien que ya no está entre nosotros.

—¿Se refiere a una persona en particular, que realizaba los dibujos para ustedes?

—Eso es, señor. Era el señor Faber. Falleció por la misma causa que el pobre tío de usted, pero un año antes.

—Nadie más ha tenido su arte y delicadeza —comentó una voz apenada.

Ernest titubeó. Solicitó consejo a Tinkler con una mirada, como hacía últimamente por costumbre. Para su sorpresa, esta vez le respondió con un gesto totalmente inexpresivo. En realidad, estaba esforzándose por aparentar que no se había dado cuenta. Bruscamente molesto, Ernest bebió la mitad de la sidra que quedaba en la jarra y tomó una decisión.

—Si no creen que es inadecuado —dijo— tal vez deberían saber... ¡Tinkler!

—¿Has hablado de mí en este lugar?

—Bien, señor —parecía afectado—, no más de lo requerido por la cortesía más común, se lo aseguro.

—¡No te preocupes, hombre! Sólo quería averiguar si ellos saben que dibujo y pinto un poco.

—Eso sí, señor, por supuesto.

—Pues bien... —Ernest inspiró hondo—. ¿Les importaría que les propusiera algunas ideas?

Una mezcla de dudas y emoción asomó a todos los rostros. Gaffer volvió a quejarse de no saber qué estaba pasando y alguien se inclinó para explicárselo. Antes de que el debate entre murmullos llegara a una conclusión, lo cortó en seco poniéndose trabajosamente en pie.

—¡No lo rechacéis! Recordad que éste es el séptimo año y, si no lo hacemos bien, ella... Una docena de voces ahogó el resto.

—Es usted muy amable, señor —declaró Hiram, y el asunto quedó zanjado.

Ernest sintió que se renovaba aquella ilusión especial que lo había dominado anteriormente.

—¡Excelente! —dijo—. Han mencionado que a veces la gente hacía fotos de... ¿han dicho los pozos engalanados?

—Así es, señor.

—Si pudiera echarles un vistazo a algunas para hacerme una idea general... Tinkler, ¿pasa algo?

—Señor, he observado que la gente empieza a mirar el reloj. Tal vez deberíamos preguntar si tienen que ir a casa a cenar.

Se produjo un murmullo de alivio, y Ernest se incorporó, avergonzado.

—Lo lamento, no me daba cuenta de la hora que es.

—No es nada, señor —lo tranquilizó Hiram—. Pero... bien, a algunos los esperan sus mujeres. En cuanto a las fotos... ¡Jabez!

El mesonero se volvió hacia ellos.

—¿No había por ahí un álbum con fotos?

—¡Vaya, ya lo creo! ¡Voy a buscarlo!

—¡Excelente! —exclamó Ernest—. Y yo hablaré con el vicario como he prometido. Tinkler, ¿dónde he puesto el sombrero...? ¡Ah, gracias! Bien, buenas tardes, caballeros.

Cuando la puerta se cerró, se produjo un largo silencio. Por fin, Jabez expresó el sentir de todos.

—Un auténtico caballero, ya lo creo que sí. ¡Llamarnos caballeros a nosotros! Así se comportaba sir Roderick.

—¡Pero no la señora! —acotó su hermano.

Y, entre risas cínicas, el grupo empezó a dispersarse.

—¡Un momento! —los detuvo el señor Ames.

Todas las cabezas se volvieron hacia él.

Con las solapas abiertas, los pulgares en las sobaqueras del chaleco y una expresión que bordeaba el desafío, dijo:

—Si aceptan el apoyo del señor Ernest, me atrevo a esperar que también aceptarán lo propio de mí. Tengo un cerdo que he estado engordando para la feria de Mankley. Después de tanto tiempo viviendo en este distrito, y sabiendo —lanzó una mirada a Goffer— lo que guardan para la fiesta del engalanamiento de los pozos, confío en que me permitirán donarlo para la Ascensión.

Durante un largo momento hubo una sensación de incerteza. Hiram resolvió la cuestión ofreciendo su mano a Ames.

—¡Ha hablado tan bien como el señor Ernest! —exclamó—. ¡Jabez! Antes de irnos, sirve otra jarra más... ¡por Henry!

—¿De qué están hablando? —quiso saber Gaffer, perplejo.

Le explicaron el ofrecimiento y también que, al aceptarlo, Hiram se había dirigido al señor Ames por su nombre de pila.

—Es lo que siempre he dicho —declaró Gaffer, radiante—. Haz lo correcto con ella y ella lo hará con nosotros. ¿No ha empezado ya a pasar?

Al regresar al Hall, Tinkler insistió en que su amo comiese algo y sirvió carne fría, pan y escabeche en el cenador. Lady Peake estaba durmiendo su habitual siesta, por lo que se ahorraron sus recriminaciones por la ausencia de su sobrino en el almuerzo.

Ernest, hablando febrilmente con la boca llena, empezó proclamando su emoción por haber encontrado una ceremonia precristiana en un pueblo inglés moderno, y dio órdenes a Tinkler para que llamara a la vicaría y dijera a la señorita Pollock que pensaba aceptar su invitación aquella misma tarde. Poco a poco, la combinación de la comida y la sidra le produjo sueño y, por fin, murmuró algo acerca de descabezar un sueñecito. Cuando lo vio realmente dormido, Tinkler se sintió satisfecho, llevó la bandeja de vuelta a la cocina y fue a cumplir el encargo.

Pero, cuando regresó menos de media hora más tarde, encontró despierto de nuevo a su amo y acosado por sus viejas incertidumbres. Al decirle que tenía una cita para tomar el té a las cuatro, recayó en su habitual desaliento.

—Es inútil, Tinkler —murmuró—. No estoy preparado. Tendrás que regresar y disculparme. ¿Cómo puedo enfrentarme al vicario? ¡No creo en su religión! Lo más probable es que lo insulte en un momento de descuido, ¿no es cierto?

—¿Qué? —Ernest levantó la mirada, parpadeando—. ¡Pero sabes muy bien que me importa un comino su palabrería!

—Sí, señor. Pero, como resultado de lo que ha sucedido hoy, también me he dado cuenta de que tiene un gran interés en conservar las viejas costumbres. Y también lo tiene el señor Pollock.

—Pero el señor Stoddard dijo...

—Creo que está equivocado. Mientras estaba en la vicaría, me tomé la libertad de mencionar el tema a la señora Kail, el ama de llaves. Ella nació aquí y me atrevo a decir que es una persona muy afable. En su opinión, si dependiera exclusivamente del vicario no habría ninguna objeción a recuperar la ceremonia.

Lenta, perezosamente, Ernest asimiló aquella información.

—¿Quieres decir —dijo por fin— que otra vez es mi tía el único obstáculo?

—Así parece, señor.

—Hummm... —Miró hacia la casa, hacia las cortinas corridas de la habitación de su tía—. En tal caso... Muy bien, Tinkler. Correré el riesgo. Pero tú también tienes que venir. Ve a sonsacar más información a la señora... ¿dijiste Kail? Y, si me meto en un lío, tal vez la próxima vez se te ocurra una idea mejor.

Desvió la mirada en dirección a las pocas casas visibles desde allí.

—Parecen personas honradas —murmuró de manera casi inaudible—. No quiero defraudarlos...

—Buenas tardes, señor Peake —dijo el vicario. Su rostro, adornado con unas

gafas, era de líneas muy marcadas y sus movimientos eran rígidos a causa de la artritis, pero su voz era firme y sonora—. Me alegro de que pueda unirse a nosotros. Tome asiento, por favor.

Ernest se sentó con gesto torpe a la mesa colocada en una pérgola cubierta de sombras. La señorita Pollock le sonrió y le preguntó si prefería té indio o chino. A continuación le mostró unas bandejas con pasteles y exquisitos bocadillos de pasta de pescado.

Aun así, su sonrisa le pareció forzada a Ernest, quien una vez más se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Su temple había estado a punto de fallarle en el último momento y había tenido la tentación de dar media vuelta, pero Tinkler siguió adelante y tuvo que acelerar a trompicones para no quedar rezagado.

—Me alegra especialmente su visita —continuó el vicario, limpiándose un rastro de té del labio superior con una servilleta ancha y blanca—. Yo... eh... esperaba poder charlar un rato con usted.

«¿Sobre qué?» Ernest se sintió inmediatamente nervioso. ¿Iba a tener, después de todo, una discusión por su falta de asistencia a la iglesia? En tal caso, la mejor defensa era, sin duda, el ataque.

—A decir verdad, padre —replicó, utilizando el término que en Inglaterra se reserva a los capellanes castrenses, que le vino a los labios automáticamente—, hay algo que me gustaría discutir con usted. Al parecer, la gente del pueblo...

Pero las palabras se desvanecieron. La señorita Pollock se había inclinado hacia adelante con expresión preocupada.

—Si no le importa, señor Peake, mi abuelo desea abordar primero este asunto. Afecta a su tía.

—Cómo no —murmuró Ernest.

—¿Perdón? —dijo el vicario, llevándose una mano a la oreja—. Me temo que me estoy volviendo sordo.

—¿Se ha enterado de lo que ha decidido hacer ahora? —dijo la nieta con vehemencia, sin prestar atención a su abuelo.

Aquellas palabras sonaban alarmantes. Ernest meneó negativamente la cabeza.

—Me temo que no. Para ser sincero, últimamente procuro evitarla.

—¡Es un escándalo y una vergüenza!

Por debajo de la mesa, la joven golpeó la hierba con su pequeño pie. Su abuelo quiso tranquilizarla apoyándole la mano en el brazo, pero ella lo apartó.

—¡Lo siento, abuelo, pero no voy a quedarme callada! Lo que ella pretende hacer... ¡es totalmente anticristiano!

El anciano suspiró.

—Debo admitir que, como mínimo, no es caritativo... Pero el señor Peake todavía no sabe de lo que estamos hablando, ¿verdad?

La muchacha se volvió hacia el visitante.

—¿Se ha enterado de la muerte del pobre George Gibson?

—Sí, por supuesto.

—Sabe que era peón en la finca de su tía... y que no podía trabajar mucho tras ser envenenado con gases.

Esta vez, Ernest asintió con la cabeza.

—¿Y que ha dejado viuda y tres huérfanos?

Volvió a asentir.

—Pues bien, sir Roderick dejó establecido en su testamento que podía quedarse toda la vida en su casa, porque había sido herido en la guerra. Ahora que ha muerto, su tía tiene la intención de desahuciar a la familia. Se lo ha dicho hoy mismo a la señora Gibson. Tienen una semana de plazo.

—¡Eso es vergonzoso! —exclamó Ernest—. ¿Por qué lo ha hecho?

El vicario tosió ligeramente, pero ella no le prestó atención.

—El hijo menor de la señora Gibson nació en marzo de 1919.

Por unos instantes, Ernest no entendió la relación. Luego comprendió lo que implicaba aquella fecha.

—¿Insinúa que el padre del hijo menor no es su difunto marido? —preguntó lentamente.

—¿Cómo podría serlo? ¡Fue prisionero de guerra desde el 17! —La joven se inclinó hacia adelante con ojos suplicantes—. ¡Pero él la perdonó! Trató al hijo como si fuese suyo... Yo lo vi. ¿Por qué su tía no puede hacer lo mismo? ¿Qué derecho tiene a realizar esa clase de juicio «moral»? ¡Una semana para que esa pobre mujer encuentre otra casa, o los alguaciles los desahuciarán!

La muchacha casi jadeaba por la intensidad de sus palabras. Ernest, de paso, se maravilló de lo hermosa que estaba. En el pasado la había considerado una joven bastante mediocre, satisfecha de existir a la sombra de su abuelo; pero ahora los colores le inflamaban las mejillas y su voz vibraba de justa ira.

—Quien escandalice a uno de estos pequeños... —citó Ernest al cabo de un rato.

En un tono de inesperada cordialidad, el vicario dijo:

—Gracias a Alice tengo entendido que usted es uno de los infortunados que perdió la fe a causa de la guerra. Pero debo decirle que ése es precisamente el texto que ha estado rondando por mi mente. Una actitud como la de su tía corresponde a la antigua alianza, que Nuestro Señor vino a sustituir por el evangelio del amor. Ya no consideramos correcto que los pecados de los antepasados se transmitan a los hijos, y son ellos quienes más sufrirán.

«¿No fue la guerra la transmisión de los pecados de nuestros antepasados a nosotros, la joven carne de cañón?»

Ernest prefirió callar aquel amargo comentario.

—Me temo que tengo muy escasa influencia sobre mi tía —dijo tras una pausa—. Aun así, haré cuanto pueda.

—Gracias —dijo Alice, que se inclinó hacia él y dejó reposar su fina mano sobre la suya—. Muchas gracias. ¿Más té? Y ahora, ¿de qué quería hablar con nosotros?

—Bien, verán... Y torpemente pudo exponer la cuestión. Cuando terminó, el vicario había apurado su taza de té y estaba recostado en la silla con expresión meditabunda, mientras se limpiaba las gafas con la servilleta.

—¡Ah, sí! Realmente se toman muy en serio eso de engalanar los pozos, ¿verdad? De hecho, no veo que haya nada malo en ello. Naturalmente, soy consciente de que comenzó como una costumbre pagana, pero también lo fue la Navidad, pues se hizo coincidir con las Saturnalia romanas.

—¿Es realmente tan antigua la tradición?

—¡Oh, ya lo creo! Y en el pasado estaba muy extendida, aunque Welstock es el único lugar de la región occidental donde se conserva, o se conservó. Los restos más notables de la tradición se encuentran en Derbyshire, donde varios pueblos la mantienen. Por supuesto, su naturaleza se ha alterado mucho. La «fiesta» a la que ha hecho referencia era inicialmente un sacrificio, un sacrificio humano, al espíritu de las aguas. Los romanos la conocían como Sabellia, pero era una forma corrupta de un nombre aún más antiguo. Era la encarnación de la primavera, asociada, como cabía esperar, a la fertilidad de las plantas y los animales. Incluidos... eh... los animales humanos.

—Y, sin embargo, ¿no tiene objeciones a que se conserve el rito? —preguntó Ernest, sin poder evitar un tono de perplejidad.

—Está, por así decir, convenientemente desinfectado —respondió el vicario con una leve sonrisa—. De hecho, los aldeanos ya no saben que había un espíritu pagano, o diosa, relacionado con la ceremonia. Al menos jamás les he oído mencionar su nombre. Todavía se refieren al espíritu como «ella», pero los pronombres en el dialecto local son más o menos intercambiables y, en el peor de los casos, tienden a identificarla con la Virgen. Eso huele a idolatría de María, desde luego, que como sacerdote no puedo aprobar, pero al menos carece de connotaciones específicamente paganas.

—Y creo que es bastante divertido —intervino Alice—. Recuerdo que, cuando era niña, seguíamos la procesión de un pozo a otro. ¡Los dibujos que el señor Faber solía hacer también estaban muy bien! ¡Y utilizaba cosas tan normales y corrientes! ¡Abuelo, creo que el señor Peake ha tenido una idea maravillosa! Vamos a trabajar para que pueda revivirse la fiesta del engalanamiento de los pozos este año.

—Estoy totalmente de acuerdo —declaró Ernest con fervor—. Si me perdona que lo diga, a pesar de su aparente devoción no puedo considerar a mi tía como una...

—¿Una buena muestra de persona religiosa? —terminó el vicario con suavidad—. Por desgracia, tampoco yo puedo. Desde mi punto de vista, esas almas sencillas que quieren celebrar el milagro de la vida, aún más que el pan como materia de vida, tienen una fe más profunda que la que ella alcanzará jamás... salvo, por supuesto —añadió, como reprochándose su falta de caridad—, por la gracia de Dios, que confío que le revelará la presencia de la viga en su propio ojo... ¡Señor Peake, creo que me ha convencido!

Dio una palmada sobre la mesa que hizo tambalearse las tazas, e hizo una mueca como si lamentara haber tenido aquel impulso.

—Vamos a hacer un trato, ¿de acuerdo? ¡Ambos desafiaremos a lady Peake! Voy a anunciar que se recupera la fiesta del engalanamiento de los pozos; usted, por su parte, haga cuanto pueda para salvar del desahucio a la familia Gibson.

«No va a ser fácil...»

Pero aquel pensamiento sólo pasó fugazmente por la mente de Ernest. De inmediato, tendió la mano al vicario.

—¡De acuerdo, padre! ¡Trato hecho!

Al terminar el té, Alice se ofreció a acompañarlo hasta la puerta. Ernest iba a decir que no era necesario, pero comprendió que ella quería decirle algo más sin que la escuchara su abuelo.

Y, cuando lo dijo, él se quedó estupefacto.

En el último momento, antes de despedirse, ella lo asió del brazo.

—Señor Peake... ¿O puedo llamarlo Ernest? Me llamo Alice, como ya sabe.

—Sí, llámeme así, por favor —farfulló.

—Ernest, haga todo lo que pueda por la señora Gibson, por favor. Lo que le pasó es tan..., ¡tan comprensible! Le podría haber ocurrido a cualquiera durante la guerra. Podría...

La joven dio un paso atrás y lo miró directamente a los ojos.

—Podría haberme ocurrido a mí.

—Quiere decir que...

—Sí. Me acosté con Gerald. Y, antes de que me lo pregunte, ¡no me siento en absoluto como una mujer en pecado! Sólo me alegro de que tuviera la ocasión de ser plenamente hombre antes de que su vida fuese segada... ¿Lo he escandalizado? En tal caso, le pido disculpas.

Ernest la miró como si fuera la primera vez que la viera. Leyó una expresión de desafío en su rostro, notó que tenía apretados los pequeños puños, y recordó que le había temblado la voz al admitirlo. Para su asombro, se oyó a sí mismo decir:

—No, Alice. No me ha escandalizado en absoluto. Sólo pienso que Gerald fue un hombre muy afortunado.

—Gracias —susurró ella, y le dio un fugaz beso en la mejilla antes de alejarse.

—¡Espere! —exclamó Ernest.

—¡No puedo!

—He olvidado enviar un mensaje a Tinkler, mi mayordomo. ¡Dígale que regreso al Hall! —¡Sí! ¡Sí, por supuesto! ¡Adiós!

Durante el camino de regreso, la cabeza de Ernest giraba en un torbellino de impresiones confusas. Pero la más fuerte era que, por primera vez (¡y en qué situación tan inesperada!), había conocido a una chica que tenía más coraje que un hombre.

Por pura fuerza de voluntad se obligó a ser educado con su tía en la mesa,



charlando —mientras la doncella estuvo en la habitación— acerca de su visita a la vicaría (que la tranquilizó un poco), la belleza del paisaje y su intención de pintar varias vistas. No pudo resistirse a hacer algunos comentarios indirectos sobre las calamidades que azotaban en estos tiempos a las comunidades rurales, pero consiguió evitar hacer referencia a los hijos de los Gibson o a la negativa de su tía a prestar el cortacésped al equipo de cricket. Hasta que se sirvió el café en la sala de estar y quedaron a solas, Ernest no se decidió a tocar de nuevo el primero de los dos temas.

Entonces, adoptando su tono más razonable, comentó que el vicario, y particularmente la señorita Pollock, parecían muy preocupados por el destino que pendía sobre la señora Gibson y, muy en especial, sobre sus hijos.

A la mera mención de aquel nombre, la expresión de la señora Peake se volvió rígida como el mármol.

—Hazme el favor de no volver a mencionar ese tema. Esa mujer es una pecadora y debe ser castigada por su pecado.

—Pero, tía, los niños no tienen la culpa de que...

—¡Silencio, señor! Es el deber de todos los que tienen autoridad preservar el mantenimiento de los valores cristianos. Y eso es lo que yo hago.

«¡Oh!, ¿para qué sirve todo esto? Al menos, lo he intentado...»

—Entiendo —dijo Ernest tras una pausa—. Bien, debo pedirte que me disculpes. Tengo trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí. —Y dejó a un lado la taza vacía—. Entre otras cosas, hoy me he enterado de la existencia de la ceremonia de engalanamiento de los pozos. Este año se va a recuperar y me he ofrecido a hacer algunos dibujos.

Se incorporó e hizo una leve reverencia.

—¡No harás nada de eso! —rugió su tía—. ¡Es puro paganismo!

—¿Eso es lo que crees? —Ernest era muy consciente del palpar de su corazón, pero mantuvo la voz serena—. El vicario, no. Me ha dicho que se ha cristianizado por completo con el paso de los años. Y los dibujos que he pensado tienen una base inmaculadamente bíblica. Hasta luego, tía; y, si no vuelvo a verte antes de ir a dormir, buenas noches.

Cerró la puerta antes de que ella prorrumpiera en más objeciones. Pero, una vez en su habitación, contemplando la primera hoja de su portafolios, descubrió que su mente estaba tan en blanco como el papel. Seguía imaginando cómo debía de sentirse la señora Gibson, sola en su caserón aislado; tal vez los niños lloraban, y no sabía si tendrían un techo sobre sus cabezas una semana después. Seguía sentado, con el lápiz entre sus laxos dedos, cuando Tinkler entró para arreglar la cama, extender el pijama sobre el lecho y preparar la última ración de tintura de valeriana. Cuando fue a correr las cortinas, preguntó con acento compasivo:

—¿Le falla la inspiración, señor?

Ernest arrojó el lápiz con enojo, se incorporó y empezó a andar por la habitación.

—Sí —murmuró—. Creía que tenía muchas ideas. Por ejemplo, pensé que podía basarme en la historia de los tres magos y mostrar escenas de las diversas partes del imperio de donde cabe imaginar que procedían. Mis padres me llevaron una vez a una iglesia de Goa, en la India, donde decían que habían sido convertidos a la fe por el apóstol Tomás.

Y también he estado en servicios religiosos en Singapur y en Hong Kong. Yo era muy joven, pero todavía recuerdo muchos detalles. Pero parece que, bueno, ¡algo va mal! —Se desplomó de nuevo en la silla y concluyó—: Has hablado con los aldeanos muchas más veces que yo. ¿Alguna sugerencia?

Tinkler titubeó por unos instantes.

—Si me permite la libertad, señor...

—¡Dilo ya!

—Bien, señor, ¿no hay relatos del Nuevo Testamento que serían más relevantes para la situación actual? Por ejemplo, ¿qué me dice de la mujer hallada en adulterio?

Ernest permaneció por unos momentos como golpeado por un rayo. Luego, chasqueó los dedos.

—¡Claro! Y María Magdalena... ¡y la mujer que encontró a Jesús en el pozo! ¡Eso sí que es apropiado! Hay una Biblia bajo la mesita de noche, ¿verdad? Pásamela; eso es, buen amigo.

—¿Desea algo más? —dijo Tinkler tras obedecerlo.

—¿Eh? Oh... no, hoy no. Puedes retirarte.

—Gracias, señor. Buenas noches.

Y se fue, aunque, lo que era inusual en él, se había olvidado de correr las cortinas.

Cuando el reloj de la iglesia marcó las once y media, Ernest estaba rodeado por una docena de esbozos. Sin ver las fotografías de la obra del señor Faber que le habían prometido, no tenía ni idea de si serían aceptables, pero de manera inconsciente estaba convencido de que sí, puesto que, como trasfondo de cada una de ellas, había conseguido incorporar una figura altanera y farisaica basada en su tía. Al principio había pensado en dibujar su retrato, pero luego valoró la dificultad de mostrar los detalles más pequeños con un mosaico de objetos naturales insertos en arcilla y llegó a la conclusión de que era mejor representarla dando la espalda a los necesitados. ¿Qué era más apropiado si no?

Bostezó, se desperezó, dejó los dibujos a un lado y se incorporó. Fue a la ventana para correr las cortinas, pero se quedó paralizado. Más allá de los árboles que bordeaban el lado izquierdo del jardín había un brillo rojo que oscilaba.

Por unos momentos creyó que lo engañaban los ojos. Pero luego respiró hondo.

—Que me parta un rayo si eso no es una casa en llamas... ¡Tinkler! ¡Tinkler!

Tomó con una mano la chaqueta blazer que colgaba del respaldo de la silla, mientras con la otra tiraba frenéticamente del llamador. Encontró a su mayordomo con camión de dormir en el rellano. Parecía dormido y confuso. Ernest lo puso al corriente a toda prisa.

—¡Ponte algo de ropa, llama al cochero y dile que despierte a todos los que pueda! No hay ningún carro de bomberos en Welstock, ¿verdad?

—Creo que hay que traerlo del pueblo vecino, señor.

—Entonces díles que traigan cubos y escaleras. Será mejor despertar también al doctor Castle; alguien podría estar herido.

—¿Dónde está el fuego, señor? —quiso saber Tinkler.

—Por allí, pero no puedes equivocarte. Pasaré por la vicaría y haré sonar las campanas... ¿Qué ocurre?

—Sólo hay una casa en aquel lado de la finca, señor. Y es la de la señora Gibson.

—¿Qué es este alboroto infernal? —inquirió una severa voz. Su tía estaba mirando desde la puerta entornada de su habitación.

—¡Una casa está ardiendo y Tinkler cree que es la de los Gibson!

Ernest no pudo ver la expresión de su tía, pero se la pudo imaginar; porque la oyó decir:

—¡Un castigo divino, pues!

—¿Qué?

Ernest, dominado por la ira, dio un paso hacia ella. Pero Tinkler lo sujetó del brazo.

—La alarma, señor... ¡Las campanas de la iglesia! Eso es lo importante.

—Sí. Sí, tienes razón. Lo demás puede esperar. Pero no mucho...

Bajó la escalera cojeando, salió a la despejada noche primaveral y cruzó el jardín hacia la vicaría. Desde allí ya se notaba el humo y se oían débiles gritos.

Gritó y aporreó la puerta de roble, hasta que apareció una mujer de mediana edad con un atizador. Supuso que era la señora Kail y le impartió instrucciones como si dirigiese otra vez a sus hombres contra un ataque enemigo: ahora haga esto, luego haga lo otro, luego venga a ayudar. Y echó a correr de nuevo, tratando de pasar entre matojos y espinos siguiendo la línea más recta hasta la cabaña en llamas. Antes de llegar, un tañido desafinado resonó desde la torre.

Evidentemente, el fuego se había iniciado en una chimenea mal reparada, pues todavía era allí de donde se desprendía más humo. Para entonces, el techo de paja ya estaba cubierto de llamas. Fuera había tres niños vestidos con harapos que lloraban aterrados. ¿Dónde estaba la madre? La vio al otro lado de la puerta, mientras pugnaba por rescatar sus escasas posesiones. En aquel momento se volvió. Sostenía un montón de ropa y objetos, tosía hasta ahogarse y lloraba con ojos enrojecidos. No iba vestida más que con una sucia camisa de hilo.

Ernest avanzó cojeando y le gritó que no debía volver a entrar. Pero ella parecía no oírle y Ernest tuvo que correr en pos de la mujer y arrastrarla por la fuerza. Ella forcejeó para librarse, sollozando.

—¡He dado la alarma! ¡Vendrán pronto a ayudarnos! ¡Cuide de sus hijos!

Detrás de él oyó ruido de ramas pisadas y, agradecido, se volvió hacia la primera persona que llegaba para ayudarlo, a quien, en la oscuridad, tomó por un hombre

joven.

—¡Vaya a ver si encuentra una escalera! ¡Tenemos que montar una cadena de cubos hasta que llegue el motor! ¿Dónde podemos conseguir agua...? ¡Alice!

Era ella realmente, para su asombro. Se había ataviado con sentido práctico, con botas, pantalones y un jersey viejo. Durante la guerra había sido bastante habitual ver a mujeres con pantalones o bombachos, pero desde entonces no había visto a ninguna y, desde luego, no esperaba ver una en Welstock. Seguía estupefacto cuando llegaron varias personas más, cargadas con cubos y una valiosísima escalera.

—Yo me encargaré de ella y de los niños —dijo Alice—. Los llevaré a la vicaría y procuraré calmarlos. Usted organice esto. Hay una bomba de agua en la parte trasera.

La frialdad de Alice serenó sus descontrolados pensamientos, y empezó a dar órdenes claras. Cuando el carro de bomberos recorría la vereda llena de baches que era el único acceso a la cabaña, la porción del techo que no ardía ya tenía la paja empapada; y, a pesar del humo y el vapor, el cochero Roger, que había sido el primero en subir a la escalera, había comenzado a apagar el fuego.

Cuando vio que las mangueras ya vertían agua sobre el techo, Ernest notó que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sin duda, ello se debía en parte al humo, pero presintió que también era por aquella pequeña tragedia, una desgracia más para unas víctimas inocentes.

—Ya puede irse —dijo una voz suave a su lado—. Ha hecho milagros. Sin usted, todo este lugar sería ahora una ruina.

Ernest miró desolado a Alice. No era el único. Ahora que había pasado la emergencia, los voluntarios también la contemplaban, y un par de ellos con expresiones de desaprobación, como diciendo: «¿Una mujer con pantalones? ¡Qué escándalo!».

Oyó aquellas palabras de la imaginación en labios de su tía y recordó lo que Tinkler había dicho sobre el brillo de sus ojos... Por cierto, ¿dónde estaba Tinkler? ¡Ah!, allí, charlando con los Stoddard.

—No quiero volver bajo el techo de esa mujer —dijo sin pensar sus palabras—. ¿Sabe qué fue lo que contestó cuando le dije que la casa de la señora Gibson estaba ardiendo? ¡Que era un castigo divino!

—No es preciso que vaya —respondió Alice—. Hoy, no. Puedo preparar una cama en la vicaría. Y le prepararé también un baño. Lo necesita.

Por primera vez, Ernest se dio cuenta de que estaba cubierto de tizne de la cabeza a los pies.

Y también estaba absolutamente exhausto.

—De acuerdo —murmuró—. Gracias. Dígaselo a Tinkler.

Extrañamente, durante el resto de la noche y por vez primera en los últimos años,

su sueño no se vio turbado por pesadillas. Amaneció un día luminoso. Cuando abrió los ojos, se vio en una cama estrecha de una pequeña habitación bajo el alero, vestido —santo cielo— sólo con su piel. Los recuerdos regresaron. Alice se había disculpado porque su abuelo se había retirado a dormir y no quería molestarlo entrando en su habitación en busca de un pijama, pero le dio una toalla grande que dijo que le serviría para taparse después del baño.

Sin embargo, alguien había entrado sigilosamente en aquel cuarto mientras él estaba dormido. En una silla, bien plegada, estaba su ropa y debajo lo aguardaban un par de zapatos.

«¡Bendito seas, Tinkler!»

De súbito, notó que estaba hambriento. Se incorporó, se vistió apresuradamente y bajó la escalera. Encontró el camino a base de adivinarlo. Era una casa vetusta, con numerosos corredores y escaleras que lo confundieron, pero por fin encontró el vestíbulo... y al señor Pollock.

—¡Buenos días, joven! ¡Alice me ha contado que ayer noche trabajó muy duro!

Ernest se encogió de hombros con modestia.

—Supongo que era la única persona que estaba despierta a aquellas horas. Descubrí el fuego por pura casualidad.

—Como sacerdote —murmuró el vicario—, tengo la tendencia de no pensar en términos de «pura casualidad»... Le complacerá saber que la familia Gibson está razonablemente reconfortada. La señora Kail cuida de ellos. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Entretanto, ¿qué le parece si toma un desayuno?

—Se lo prepararé —dijo Alice, que apareció por una de las numerosas puertas del vestíbulo. Parecía tener una vitalidad asombrosa, teniendo en cuenta las experiencias de la noche anterior. Al contemplarla (se había puesto un vestido marrón, tan poco llamativo como su ropa gris habitual), se preguntó cómo, aunque fuese por un momento y llevando pantalones, pudo haberla confundido con un chico.

—No es necesario —protestó—. Ya lo hará Tinkler.

—Tinkler ha ido a buscar el resto de sus pertenencias.

La miró sin comprender.

—Espero que no se moleste, señor Peake —le explicó el vicario—, pero... bien, ¿verdad que dijo, según creo, que no podía soportar pasar otra noche bajo el techo de su tía?

—Pues... sí, eso dije, en efecto.

—Al parecer, el sentimiento es mutuo. A primera hora de esta mañana he recibido una nota de la señora en que me comunica que, si persisto en los planes de revivir la ceremonia de engalanamiento de los pozos, informará de mi conducta al obispo y solicitará que se me aplique la disciplina eclesiástica. Según parece, lo estoy confundiendo a usted, que ya es un alma en peligro de condenación, implicándolo en ritos paganos que estropearán la redención que se había ganado. Por fortuna —de nuevo su leve sonrisa— mi obispo, como yo, es una especie de anticuario y tomé la

precaución de informarle de mis intenciones. Tengo la confianza de que emitirá su voto en mi favor.

—Debe perdonarnos, Ernest —terció Alice—, pero nos hemos tomado la libertad de planificar su vida provisionalmente. Hemos consultado al señor Tinkler, quien piensa, como nosotros, que podrá concentrarse en los dibujos para el engalanamiento de los pozos aquí mejor que en el Hall. ¿Le importa?

—¿Si me importa? Daría cualquier cosa por estar lejos de esa... ¡guarida de la gárgola! ¡No sé cómo expresar mi agradecimiento!

—En Welstock hay muchos esta mañana que también le están agradecidos a usted... —dijo el vicario en tono sentencioso—. Alice, querida, ¿verdad que le prometiste prepararle el desayuno?

—Por supuesto. Ahora mismo.

Ernest apenas podía creer la transformación que había sufrido su vida. A mediodía lo esperaba una delegación del pueblo —tenía que usar las antiguas fórmulas, ya que estaban decididos a convertir aquello en una ceremonia formal— encabezada por Hiram Stoddard, quien se disculpó por la ausencia de su hermano, el tabernero, y por Henry Ames, que en un abrir y cerrar de ojos parecía haber sido aceptado como miembro de pleno derecho de la comunidad. También los acompañaba Gaffer Tatton, que declaró repetidas veces que hacía falta algo más que el reuma para mantenerlo encerrado en casa aquel día. Al parecer, era una especie de primo lejano de los Gibson; probablemente, pensó Ernest con malicia, todos lo eran.

Hicieron un voto de agradecimiento hacia él en la sala de estar y prorrumpieron en tres hunas, que Ernest encontró un poco ridículos, ya que sólo eran ocho, aunque lo hicieron con buena intención. Tratando de no demostrar desdén por sus atenciones, consiguió por fin hacer derivar la conversación hacia algo que le interesaba mucho más, y envió a Tinkler a buscar sus bosquejos.

—Naturalmente, todavía no he visto las fotos de su hermano, señor Stoddard —dijo mientras sacaba los esbozos del portafolios con gesto tímido—. Pero ¿servirían unos dibujos hechos en esta línea? Observará... —recordó y repitió conscientemente el comentario de Tinkler— que, en cierto sentido, son relevantes respecto a hechos recientes acontecidos aquí.

Por unos instantes, pareció que no captaban la insinuación. Entonces, de manera inesperada, Gaffer Tatton golpeó el suelo con su bastón.

—¡Esto es! —exclamó—. ¿No tenemos que *honrarla* al engalanar los pozos? Ella estará complacida. ¿No veis que hay damas en todos los dibujos?

Ernest estaba a punto de comentar en tono intrascendente que tal vez el término «dama» no era apropiado para alguien como María Magdalena. Pero entonces comprendió que habría metido la pata. Todos asentían con gesto solemne.

—Bien, señor, el próximo fin de semana tendremos las planchas cortadas —dijo

Hiram—. Y el barro también lo estará. ¿Puede decirnos qué colores piensa utilizar, para que los niños recojan los pedazos adecuados?

—Todavía no había acabado de decidirlo —admitió Ernest—. Pero les daré una idea general. Por ejemplo...

Y se pasó un feliz cuarto de hora explicándolo.

No fue hasta que se hubieron marchado que le vino a la cabeza una cuestión preocupante.

La figura femenina central de los tres bosquejos tenía un notable parecido —en su imaginación, por lo menos— con Alice Pollock.

¿Qué habla dicho Gaffer Tatton? ¿Que «ella» estaría complacida! Pero él debía de estar pensando en otra «ella»...

Las habituales dudas volvieron a asaltarlo. En esta ocasión, sin embargo, las reprimió, convencido de que por fin había encontrado una labor que valía la pena.

—Le complacerá saber —dijo unos días después el vicario durante el almuerzo— que el desahucio de los Gibson de su casa tal vez no resulte tan sencillo como *lady Peake* podía esperar.

Ernest, que había pensado lo menos posible en su tía y lo más posible en los pozos, tuvo un sobresalto.

—¿Por qué?

—El jefe de bomberos que acudió al incendio ha elaborado un informe, cuya copia he visto esta mañana. Dice que la chimenea de la cabaña llevaba mucho tiempo descuidada y su mantenimiento no es responsabilidad de los inquilinos, sino de la propietaria. Una elevada proporción de las posesiones de los Gibson han quedado dañadas, muchas sin posibilidad de reparación. Uno de mis sobrinos es abogado y me ha informado de la posibilidad de reclamar una indemnización.

—¿Quiere decir que los Gibson podrían sacarle dinero a mi tía?

La familia estaba alojada de la manera más digna posible en uno de los establos de la vicaría, pero, aunque la situación era aceptable en los días de calor, su estancia no podía prolongarse de forma indefinida.

—Es como sacar sangre de una piedra —suspiró Alice—. Pero vale la pena intentarlo.

—Quería hacer una pregunta —dijo Ernest—. Perdón por cambiar de tema, pero ¿qué ha dicho el obispo?

Un brillo juguetón pasó fugazmente por los ojos del señor Pollock.

—A riesgo de parecer vanidoso, creo que puedo afirmar que mi conocimiento de mis superiores es... eh... tanto mayor al de la señora como mi familiaridad con los principios de la doctrina. Llegó al extremo de preguntar por qué había dejado que una costumbre tan interesante quedase olvidada durante tanto tiempo.

—*Ella* estará complacida —murmuró Ernest.

—¿Perdón?

—Nada, nada. Citaba a alguien del pueblo, una de las personas que me hablaron del engalanamiento de los pozos. Por cierto, no estoy tan seguro como usted de que hayan olvidado el antiguo espíritu de las aguas. Pero podemos discutir eso en otro momento. Por ahora, recuérdeme cuándo es el día de la Ascensión. Desde que me mudé aquí he perdido la noción del tiempo.

—Es el próximo jueves —intervino Alice.

—¿De verdad? ¡Entonces será mejor que los apresure!

—No lo haga.

—¿Cómo...?

—He dicho que no lo haga —repitió, con una sonrisa—. Conceden demasiada importancia a esto para permitirse un retraso. Todo lo que necesita estará listo a tiempo, se lo prometo.

Aquella noche, mientras paseaban por el jardín después de cenar, Ernest se atrevió a besarla por primera vez. Y el domingo asistió a la iglesia y se sentó a su lado, y sintió un gran placer haciendo caso omiso de las feroces miradas de su tía.

No obstante, su mirada tenía de nuevo aquel extraño brillo y, al pensar en ello, sintió escalofríos por todo el cuerpo.

Los pozos que habían atraído a aquella zona a sus primeros habitantes debían, en opinión de Ernest, llamarse más propiamente manantiales. El primero que visitó era el más semejante a su idea de un pozo, puesto que estaba rodeado de un cerco de piedra y cubierto con un tejado improvisado, pero de hierro corrugado, y no tenía torno, cubo ni cadena. El segundo era todavía más decepcionante, pues el agua había sido desviada hacia una bomba de la plaza mayor y hacia fuentes públicas en varios lugares cercanos, e incluso hacia casas individuales. Sólo las cabañas aisladas, como la de los Gibson, carecían de agua en el fregadero. Del tercero, que abastecía a la aldea más próxima al

Hall, no quedaba ninguna señal bajo el revestimiento de piedra que soportaba el camino hasta la iglesia. (Había dos más, en los terrenos del Hall y de la vicaría, pero naturalmente nunca habían servido para el uso común... o para ser engalanados en el día de la Ascensión.)

Ernest, apoyado en su bastón en una inconsciente imitación de su guía Gaffer Tatton, a quien a veces le costaba entender, se aventuró a decir:

—Cuesta creer que aquí abajo hay un pozo, ¿verdad?

—¡Ah, pero lo hay! —fue la inmediata respuesta—. No se acerque demasiado, señor. Recuerdo la última vez que se recubrió... Vea, ahora está bajo un molde y ha crecido hierba. —Señaló la base del muro con el bastón—. Está debajo de todo. Hace tiempo lo excavamos y reparamos los azulejos.

—¿Azulejos?



—No puede verlos, pero están ahí. Recuerdo haber ayudado a reparar uno. Entonces yo era un muchacho. Vi cómo lo hacían, con unos pocos. ¡Ah, pero se usó una buena masa! ¡De la mejor! El señor Howard, el albañil, fue quien lo hizo. Pero así son las cosas: no duran para siempre, ¿verdad? Pasa tiempo y tiempo, y al final hay que repararlo. A ella no le importa que nos descuidemos, no...

—¿Ella...? —inquirió Ernest, con atrevimiento.

—Y están las viejas historias, señor. Las contábamos junto a la chimenea en invierno, sí, señor. En un día tan bueno como el de hoy no teníamos tiempo para palabrería... Bueno, señor, ¿qué le parece cómo hemos cambiado sus dibujos para que encajen en los tablones?

—Creo que hay más talento entre la gente del pueblo de lo que suele admitirse —respondió Ernest sinceramente—. Podrían haber hecho algo ellos mismos. No creo que me necesitaran.

—¡Ah, señor! —Gaffer Tatton se apoyó con fuerza en su bastón y lo miró directamente a los ojos—. Ahí es donde se equivoca, si me perdona. Es exactamente a usted a quien necesitábamos.

Y, antes de que Ernest pudiese preguntarle qué quería decir, el anciano consultó su viejo reloj de bolsillo.

—Estamos perdiendo el tiempo, señor. Como suele decirse, el tiempo vuela y no espera a nadie.

—¡Espere un momento! —exclamó Ernest—. Cuando dice «ella», ¿a quién se refiere?

—No hace falta decir nada más —gruñó el anciano—. Unos creen, y otros no. Pero cuando lleve viviendo en Welstock tanto como yo...

—Eso no ha sido necesario —lo interrumpió Ernest.

Esta vez fue Gaffer quien se quedó perplejo.

—¿Le he entendido bien, señor?

—Eso espero. —Ernest se retiró un par de pasos y contempló el Hall, cuya silueta se recortaba contra el brillante cielo—. *Ella* puede ser dulce, pero también puede ser cruel, ¿no es así?

Gaffer Tatton estaba totalmente desconcertado. Por último, encontró unas palabras con que responder.

—¡Lo sabía! —prorrumpió—. No podía haber pintado unos dibujos como esos sin...

—¿Y bien? ¡Continúe! —lo apremió.

—No me corresponde a mí decir el resto, señor, sino a usted descubrirlo. Igual que hemos hecho todos. Igual que todos debemos hacer. Pero le diré esto: está en el buen camino. ¡Buenos días!

—¿Qué crees que me quiso decir? —preguntó Ernest, inquieto, a Alice después

de cenar—. ¿Tal vez se refería a la naturaleza? —sugirió ella.

—Supongo que sí, pero...

—¿La naturaleza personificada? Antes insinuaste que no crees a mi abuelo cuando afirma que todos han olvidado el sentido del engalanamiento de los pozos.

—Eso encaja —admitió—. La gente siempre habla de la «Madre» Naturaleza, ¿no? Aunque...

—¿Qué?

Ernest inspiró hondo y añadió:

—Mientras estoy viviendo aquí en vez de en el Hall, aunque recuerdo lo que mi tía ha dicho y hecho, me resulta increíblemente difícil aceptar su lado cruel.

—Ahora no hablas de tu tía —dijo Alice con perspicacia.

—No.

—Pero ella también es un aspecto del principio femenino.

—¡No puedo concebirla de ese modo!

—¿Y qué me dices de Kali..., Kali Durga?

—¿Cómo puedes haber oído hablar de ella? —inquirió Ernest, pasmado.

—Gracias a la biblioteca de mi abuelo, por supuesto. Te criaste en la India, un lugar donde jamás he estado y donde muy probablemente nunca iré. No es ningún secreto que quiera saber más cosas de ti, ¿no? Pues ya he empezado. El abuelo tiene muchos libros antiguos acerca de las misiones... ¿Has presenciado alguna de sus ceremonias?

—¡No, y me alegro!

—Creo que te interesarían... naturalmente, siempre y cuando puedas observarlas desde una cierta distancia... Pero ¿admites lo que quiero resaltar? Hay millones de personas mucho más próximas a un estado primitivo que nosotros, o al menos más de lo que creemos estar, que saben que la naturaleza puede ser tan cruel como gentil.

—Sí, por supuesto. Pero, si estás pensando en el engalanamiento de los pozos...

—Cada séptimo año solía haber un sacrificio humano. Eso dijo el abuelo. Este año, el señor Ames ha ofrecido un cerdo. ¿Has oído chillar a un cerdo cuando lo degüellan...? ¡Oh, no debí mencionarlo! Lo sigo olvidando, porque eres un hombre muy bueno. Has oído gritar a hombres agonizando, ¿verdad?

—Sí. —De repente, se le secó la boca, como si se hubiera encontrado delante de un rival inesperado—. ¿Te habló Gerald de eso?

—Tenía que decírselo a alguien.

—Sí. Sí, por supuesto. —Ernest se relamió los labios.

—¿Tú se lo has contado a alguien? ¿A Tinkler?

—No ha sido preciso contárselo. Lo vivimos juntos.

«El brillo en la mirada de mi tía, como en la del general... Y él también lo reconoció...» —¿Y a un médico?

—Los médicos con los que he hablado no estuvieron allí. Tal vez pudieran imaginarlo, pero nunca lo vieron.

—Pero los médicos ven morir a la gente. A veces de formas horribles. En accidentes de ferrocarril, por ejemplo..., o en casas quemadas. Peor aún, después de operaciones fracasadas.

—No puede evitarse un accidente. Pero la guerra es un acto deliberado.

—Sí, claro... ¿Así que no has encontrado a nadie a quien contárselo?

Ernest meneó la cabeza negativamente.

—¿Y qué me dices de mí? —Alice lo tomó de la mano y lo condujo a un asiento sin que él fuera capaz de resistirse—. Sé que consideras la India un país viejo e inmutable, pero en Inglaterra hay más cosas que no han cambiado de las que la mayoría de la gente está dispuesta a admitir. Bajo el barniz de la «tradición» y las «antiguas costumbres», permanecen las supersticiones que una vez fueron fe religiosa. ¿No es el misterio central del cristianismo un sacrificio humano? Y, en realidad, ¿acaso la comunión no implica un canibalismo simbólico?

—¿Qué diría tu abuelo si...?

—¿Si me oyera decir estas cosas? Me acusaría de plagio.

—¿Quieres decir que fue él quien...?

—Es un hombre de mente muy abierta. ¿No te habías dado cuenta? ¿Por qué crees que puedo pasar tanto tiempo con un hombre sin una acompañante?

Ernest pensó en una pregunta desesperada que no se atrevió a formular en palabras.

—Puedo leerte los pensamientos en tu rostro —murmuró Alice—. ¿Sabe él lo mío con Gerald? No lo sé. Nunca se lo he preguntado, ni lo haré. Es muy probable que lo adivinara, pero jamás se comportó de manera distinta conmigo y, cuando llegó la terrible noticia —le tembló la voz—, reaccionó de una manera maravillosa... ¿Tienes celos de Gerald?

—No. A veces me pregunto por qué. Pero no es posible. Me sorprende deseando haberlo conocido. Creo que habríamos sido amigos.

—Yo también lo creo —dijo ella, y le apretó la mano—. Ahora dime lo que no has podido contar a nadie antes.

—Lo intentaré —susurró—. Lo intentaré...

Y salió, como pus de una herida: los horrores recordados e imaginados, las imágenes de una frontera entre la pesadilla hecha realidad y la realidad convertida en pesadilla; lo que era comprender que estabas obedeciendo las órdenes de un loco y no tenías escapatoria; cómo te sentías al ahogarte con tus propias entrañas en una nube de gas venenoso, contemplar los cuerpos de tus compañeros pudriéndose en las trincheras empapadas de agua, estrechar la mano a un hombre sabiendo que sería por última vez, puesto que una impersonal ley de la probabilidad decretaba que uno o el otro estaría muerto al anochecer; apuntar a un enemigo apostado en la copa de un árbol o en un campanario con tanta frialdad como si fuera un conejo, y sin recordar,

hasta que dejaban de verse los brazos agitándose en el aire, que la diana era un ser humano igual que tú...

Y el inacabable aullar de las balas, el tableteo de las metralletas, el estrépito infernal que había hecho callar a los pájaros en una desolación que era obra del hombre.

Ella permaneció sentada, muy quieta, con el rostro muy pálido bajo la débil luz, inexpresiva, sin apartar la mano por mucho que él le estrujase los dedos. Cuando terminó, Ernest estaba llorando y las lágrimas le corrían por las mejillas como insectos.

Pero se sentía purgado. Y lo que ella dijo, cuando lo abrazó y le secó las lágrimas con sus besos, fue:

—Conocí a una mujer de Londres que visitó el Hall durante la guerra. Nos vino a ver y alardeó de su «labor en favor de la guerra». Consistía en entregar plumas blancas a los hombres que no iban vestidos de uniforme. Recuerdo que deseé haberla raptado y enviado al frente con los veteranos.

—Te quiero —dijo él de manera totalmente inesperada.

—Sí, lo sé —contestó ella—. Y me alegro.

—¿Lo... sabías?

—¡Oh, cariño! —Le soltó la mano por fin y se echó atrás por la risa—. ¡Es algo que no has aprendido a esconder! No se ha hablado de nada más en los aposentos de los criados durante toda la semana y, supongo, en el pueblo. Tengo entendido que tu tía está absolutamente escandalizada, pero desde su fracasado *vis-à-vis* con el obispo...

—¡Basta, por piedad! ¡Haces que me dé vueltas la cabeza!

Ella se arrepintió de inmediato.

—Sí, claro. Ha sido tremendo que hayas sacado a la luz cuanto guardabas en tu corazón. Debería haberte dejado en paz. Pero —se incorporó para retirarse— si alguien tiene pesadillas hoy, deja que sea yo, que no estuve allí y desearía haber estado para ayudar.

Y se fue, tan rápidamente como si fuera la encarnación de... «De repente, sé quién es Ella, de quién hablaba Gaffer Tatton.» La idea llegó imparable. Parecía el eco de las aguas que corrían bajo la colina, y una frases de su niñez llenaron su mente: «Las aguas bajo la tierra...».

También se acordó de Kali, engalanada con calaveras, y no pudo evitar un escalofrío.

—¡Bien, señor Ernest! —dijo Hiram Stoddard—. ¿Qué piensa de lo que hemos hecho con sus esbozos? ¿Les hemos hecho justicia?

Ernest contempló los tres grandes tablones sobre los que se habían representado sus bosquejos presionando objetos inservibles, al natural, en arcilla blanca y blanda.

Por un lado, quería decir que no había pensado verlos transformados en huesos, hojas, piñas y plumas... Sin embargo, otra parte suya, quizá su parte más anciana y sabia, lo aprobó de inmediato. Le pareció muy ingenioso, por ejemplo, cómo habían captado en cada caso la presencia de otra mujer más vieja, de espaldas, que imprecaba a la figura central, llamándola pecadora y justificando su castigo. De hecho, al quitar algo habían añadido otra cosa. Su odio hacia su tía lo había conducido, como había reconocido abiertamente, a dar excesivo énfasis a su efigie. Al estudiar los dibujos que tenía ante él, observó que los lugareños la habían dejado en un lugar prominente en el primero, que sería bendecido al día siguiente, la habían reducido en el segundo y la habían dejado aislada en una esquina del tercero, que se colocaría en el camino del Pozo Viejo...

«Puede ser primitivo —pensó—, pero muchos de los más importantes artistas franceses, y no pocos de los nuestros, han regresado en los últimos años no sólo al arte primitivo, sino al de los salvajes. Tal vez a causa del salvajismo que han demostrado ser capaces de tener las llamadas naciones civilizadas... Sí, tienen razón. Sus modificaciones son correctas.»

Dijo lo mismo en voz alta y quienes habían estado esperando ansiosamente se relajaron y se dispusieron a instalar los tableros en los lugares indicados, listos para la ceremonia de la mañana siguiente. Sólo en el último momento se le ocurrió a Ernest que debía echarles un último vistazo.

Se quedaron desolados cuando él los llamó de nuevo, y aguardaron su veredicto definitivo.

Pero, después de todo, estaba bien. Ya sabía que el parecido entre las figuras femeninas y Alice había quedado eficazmente disimulado por su interpretación de lo que se colocase en la arcilla, con guijarros en vez de ojos y ramitas y hojas en lugar de cabellos. No obstante, por unos momentos tuvo miedo de haber puesto demasiado de sí mismo en la otra figura principal, que era Jesús...

—No se apure, señor —murmuró Gaffer Tatton a su lado, que había llegado anunciado por el repiqueteo de su bastón—. Lo entiende. No es necesario que lo diga.

Y se fue antes de que Ernest pudiera contestar. Los portadores de los tableros, escoltados por un alegre grupo de niños y la señorita Hicks, la maestra, que había aprovechado la ocasión para realizar una clase de historia al aire libre, se dirigieron a los pozos.

Ernest no concilió el sueño aquella noche, como si fuera la víspera de su primer monólogo teatral, la clase de actividad que había soñado con realizar cuando, siendo un niño en la India, se había maravillado ante las imágenes formadas con *ghee*, hojas y pétalos para celebrar un festival hindú. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de la relación? Tal vez el telón de acero de la guerra lo había cegado. Pero aquella noche sentía que toda la naturaleza palpitaba, como si un poder aborigen estuviera

contenido bajo tierra.

«Las aguas bajo la tierra...»

Atemorizado en la oscuridad, sintiendo como si la vieja y maciza casa oscilase como el Arca de Noé, buscó las cerillas en la mesita de noche. Había un generador eléctrico en el Hall, pero en la vicaría todavía se utilizaban lámparas y velas. Cuando pudo ver, susurró:

—¡Alice!

Ella estaba cerrando la puerta a sus espaldas. Con un tenue camisón y los pies descalzos, cruzó la habitación como si supiese qué tablones podían crujir y evitarlos.

—No pretendía venir —murmuró, como si su propia reacción la hubiera sorprendido—. Todavía no, al menos. Hasta mañana, cuando todo haya acabado. Pero no he podido evitarlo. ¿Sientes que cambia algo, Ernest?

La cerilla le quemó los dedos. Palpando en la oscuridad, ella le impidió que encendiese otra y llevó la caja de nuevo a la mesita. Oyó un golpe seco cuando la caja acabó cayendo al suelo. Cayó algo más con un tenue susurro, y pronto ella estuvo a su lado, con los brazos y las piernas entrelazados con los suyos.

—¿Sientes que cambia algo? —insistió.

—¡Siento como si todo el mundo estuviese cambiando!

—Tal vez es lo que ocurre. Pero no para peor. No ahora, por lo menos... ¡Oh, amor mío! ¡*Bienvenido de vuelta del infierno!*

Las manos de la joven tiraron de su pijama y, un momento después, no hubo más que el sabor y el olor del amor, su apremio y su goce.

—Si... —dijo él después a la oscuridad.

Ella le entendió de inmediato y lo interrumpió.

—¿Y qué? Vas a casarte conmigo, espero.

—Por supuesto. Aun así...

Ella le cubrió los labios con un dedo.

—Recuerda que ésta es una región del mundo donde las antiguas costumbres perduran. ¿Has conocido aquí a alguien que haya criticado a la señora Gibson, por ejemplo?

—Sólo mi tía.

—¿Alguien te ha contado el poco tiempo transcurrido entre la boda de los Gibson y el nacimiento de su primogénito?

—¡Ah!... No.

—Debió de concebirlo la última vez que se celebró el séptimo año. No se casaron hasta que él consiguió los papeles de alistamiento, aunque ya llevaban mucho tiempo prometidos. El segundo siguió a uno de sus permisos, y ya sabes lo del tercero. Lo consideran natural. Algunos pueden pensar mal de nosotros. Yo, no. Ni ellos.

—¡Yo no pensaré mal de ti! ¡Jamás! —Ernest selló la promesa con un beso

apasionado.

—¿Aunque me vaya ahora...?

—Alice, cariño...

—No pueden encontrarme aquí mañana por la mañana. ¡No importa lo tolerante que sea mi abuelo! No, debes dejarme marchar. —Lo llevó a cabo de inmediato, saliendo de la cama y poniéndose el camisón—. Tenemos toda una vida por delante. No la estropeemos.

—Tienes razón —suspiró él—. Ojalá tuviese la mitad de tu sentido común.

—Y ojalá tuviera yo la mitad de la serenidad que demostraste cuando se produjo el incendio en casa de los Gibson. Entre nosotros... —se inclinó para darle un último beso en la frente—, hacemos un buen equipo... *¿Qué fue eso?*

El silencio de la noche se había quebrado con un grito: débil, distante, pero increíblemente agudo, como el de un alma en pena.

Ernest se sentó en el lecho y pensó en una explicación.

—¡Ha sonado como un cerdo degollado! El señor Ames ofreció un cerdo para la fiesta de mañana... ¿Incluye la tradición el sacrificarlo a medianoche?

—¡No, que yo sepa! ¡Pero, sea lo que sea, habrá despertado a medio vecindario! ¡Tengo que irme volando!

Y se fue.

Por unos momentos, Ernest optó por no hacer caso del grito. Quería acostarse y recordar la deliciosa prueba de amor que ella le había dado. Pero fue inútil. Al cabo de unos momentos oyó ruidos abajo. El resto de los moradores de la casa ya se habían despertado. Después de lo que había hecho en la noche del incendio, le correspondía estar al pie del cañón. Ya se estaba vistiendo cuando Tinkler llamó a su puerta.

—¡Ya voy! —dijo con resignación.

Cuando bajó al salón, encontró allí a Alice, vestida de nuevo con jersey y pantalones, y le pareció indescritiblemente hermosa. «No sólo lo parece. Lo es. Algo ha entrado en esa muchacha... No, me equivoco. Era una muchacha. Ahora es una mujer.»

Y le siguió un extraordinario corolario:

«Me pregunto si alguien más se dará cuenta.»

Así era.

Esta vez no fue él quien se atavió con el manto de la autoridad. Fue ella. Hizo callar a la señora Kail, la mandó a decirle a su abuelo que se durmiera otra vez, encontró un fanal y emprendió la marcha con Ernest hacia el camino del Pozo Viejo y el lugar del tercer pozo por engañar.

Allí, otros habían comenzado a reunirse, también iluminándose con fanales. Entre ellos estaba Gaffer Tatton, que iba completamente vestido. Alice notó la sorpresa de Ernest y murmuró:

—Vive en aquella cabaña de enfrente. Y solo. No creo que se quite la ropa muy a menudo.

Ernest no pudo evitar sonreír. ¡Aquello explicaba muchas cosas! Pero ¿por qué él estaba tan contento? ¿Por qué tomó de la mano de manera tan descarada a su acompañante, cuando se reunió con los demás? No lograba comprenderlo. Se sentía como si estuviera dominado por un poder más allá de sí mismo y siguió mirando a Alice en busca de orientación.

Pero ella no se la ofreció, ni nadie más, hasta que llegaron a la falda de la ladera y pudieron ver lo que el resto del pueblo estaba contemplando.

Los adornos del pozo estaban intactos. Pero justo delante, en el lugar donde Gaffer Tatton le había dicho que la hierba crecía sobre una capa de mantillo que se había acumulado sobre nada más fuerte que azulejos y masa, había un agujero abierto.

Y al lado, en el suelo, había un mazo.

Poco a poco fue comprendiendo.

—¿Es...? —dijo débilmente.

—Eso pensamos, señor —dijo Hiram Stoddard, entrando en el círculo de luz proyectado por los fanales—. Fue el joven Roger quien nos avisó. ¡Ven, muchacho! Ya eres lo bastante mayor para hablar por ti mismo.

Roger, el cochero, fue separado de la multitud.

—Bien, señor —comenzó con timidez—, desde que usted dejó el Hall, la señora se ha comportado de una forma cada vez más extraña. Hoy se levantó en plena noche. A mí me despertó May..., su doncella, señor, que duerme en el cuarto anexo. Dijo que la señora había salido, murmurando para sí como... —Tragó saliva ruidosamente—. Dijo que creía... perdone, señor... ¡que había perdido la razón!

—¿Y bien?

A Ernest le habría gustado haber dicho eso. En realidad fue Alice. Estaba muy calmada y no prestaba la menor atención a lo que los hombres pudiesen pensar de su atuendo masculino.

—Bien, señor. —Roger oscilaba de un pie a otro—. Como sabe, señor, se guarda un mazo junto al gong de llamada para cenar en el Hall. Vi que había desaparecido. No se me ocurre otra persona que pudiera llevárselo.

Ernest se agachó y recogió el mazo. Lo giró entre las manos y dijo:

—Sí, lo reconozco. ¿Crees que se lo llevó para aplastar los engalanamientos?

Todo el mundo se tranquilizó, y de una manera especial Gaffer Tatton, que dio un codazo en las costillas al hombre que estaba a su lado.

—Eso encajaría —dijo Alice con voz contenida—. Simplemente no sabía lo débil que era el recubrimiento. Estaba tan gorda...

—¡Ah! —exclamó Gaffer Tatton—. Servirá por dos, ya lo creo.

Los demás aparentaron no entenderle, pero incluso Ernest captó la insinuación.

—Nadie pudo hacer nada —declaró Hiram por fin, y se elevó un murmullo de asentimiento.

Ernest paseó su mirada de un rostro a otro. En aquel momento supo que aquello



era lo que confiaban que sucedería. No tenía sentido discutir si habrían salvado la vida de su tía en caso de haber llegado antes en respuesta a su grito. En cualquier caso, ¿por qué tendrían que haberlo hecho? Él mismo no quería ir...

De nuevo sintió la presencia de un poder bajo la tierra. En plena madrugada, pudo oír por vez primera el rugir de las aguas subterráneas. «Pero que ya no son puras, por supuesto.»

—Traed cuerdas y ganchos —ordenó roncamemente—. La sacaremos de ahí. Y será mejor que quienes beben agua de este pozo eviten tomarla por el momento.

—Ya habíamos pensado en eso, señor —repuso Hiram—. Los que toman agua de este pozo dejarán los grifos abiertos toda la noche.

—Para lavarla —dijo Gaffer Tatton sonriendo con su boca sin dientes, y regresó a casa cojeando.

—¿Piensan seguir con el engalanamiento? —preguntó Ernest, con los ojos enrojecidos, sentado a la mesa del desayuno a una hora muy temprana.

—Sí, por supuesto.

—¿No creen que es inadecuado, dadas las circunstancias?

—Querido señor Peake... ¿o puedo llamarlo Ernest, dado el grado de afecto que profesa hacia mi nieta?

«¡Vaya con el viejo búho! Y parece muy satisfecho...»

—Desde luego —dijo sin pensar.

—Pues bien, querido Ernest: a usted no le parece inadecuado, ¿verdad?

—¡En absoluto!

—Entonces proseguiremos. De hecho —sacó un reloj que recordó a Ernest el de Gaffer Tatton— ya es hora de irnos.

Prácticamente todo el pueblo acudió a la procesión, a pesar de que oficialmente era día laborable. El vicario la encabezaba, seguido de Roger, el cochero, que sostenía una jofaina con agua bendita y un manojo de hierbas que formaban una especie de cepillo y con las que el clérigo rociaba los adornos de cada pozo antes de darles la bendición. A continuación seguía el coro de la iglesia cantando himnos tradicionales, y después los aldeanos más o menos por orden de edad. Al final del gentío iban los escolares bajo la severa vigilancia de la señorita Hicks, salvo un muchacho y una chica a los que había correspondido el deber de abrir la procesión sosteniendo ramas verdes.

Mientras escuchaba los cánticos —pausados al principio, luego alegres—, Ernest se dio cuenta de que desde su llegada no había visto nunca tantas sonrisas al mismo tiempo.

Durante la bendición del segundo pozo, notó un tímido tirón en la mano con la

que no cogía la de Alice. Bajó la mirada y vio el rostro de una mujer, arrugado y rodeado de prematuros cabellos blancos. Era la señora Gibson.

—Mis pequeños y yo ya tenemos mucho que agradecerle —susurró—. Ahora todos hemos de darle las gracias por habernos devuelto la ceremonia de engalanar los pozos... ¡Que Dios lo bendiga, señor Ernest!

Y se confundió entre la multitud.

Ernest observó el grupo y su mirada se cruzó con la de Gaffer Tatton, quien sonreía como diciendo: «¿Qué le había dicho?».

Por fin llegó el momento de dirigirse a su destino final, el del camino del Pozo Viejo. En el ambiente había tensión debida a la expectación. La ceremonia transcurrió exactamente igual que las anteriores con las mismas oraciones y las mismas citas sobre el agua de la Vida. Pero estaba claro que se esperaba algo más y, de repente, sucedió.

El vicario, sin tener ningún texto preparado, contempló a su congregación y dijo:

—¡Amigos! Pues espero, después de tantos años de tribulaciones, poder llamaros así.

Le contestaron con sonrisas, en un número todavía mayor al anterior

—Algunos anunciaron que era un error, incluso un acto maligno mantener la tradición que hoy hemos renovado. Yo no soy uno de ellos

«Ni nosotros tampoco», fue la callada respuesta.

—Todos sabemos que nuestras vidas son un milagro; que nacemos pensamos y razonamos, y que podemos aprender a alabar a nuestro Creador: ¡sí, eso es un milagro!

La gente prorrumpió en aplausos. Los hermanos Stoddard los acallaron con expresiones ceñudas en el rostro.

—Por la comida que comemos, y por el agua que bebemos, ¿no debemos dar gracias? ¿Y por los abundantes frutos de la tierra, nuestro ganado y el resto de nuestros animales? Y, en verdad, porque podemos dejar niños que sigan nuestros pasos cuando nosotros, como debe suceder inevitablemente, seamos llamados a unirnos a los justos... Hoy nos hemos reunido aquí y hemos reconocido nuestra deuda con el Hacedor de todas las cosas. Hoy, en particular, hemos celebrado el don del agua. Nos corresponde a todos, hoy y siempre, recordar que es sólo uno de sus muchos dones, y que el mayor de todos es el amor ¡Que Dios os bendiga a todos!

Se volvió hacia el pozo engalanado en el que Ernest y todos los que habían colaborado habían puesto tantos cuidados, y cantó un himno de alabanza a voz en cuello. Muchos de los asistentes se unieron a él.

Gaffer Tatton no estaba entre ellos. Se había ido a su casa, obligado quizá por la clase de urgencias que apremian la débil vejiga de los ancianos. Sin embargo, cuando el vicario terminó su cántico, apareció de nuevo por la puerta de su casa.

—¡Es dulce!

Todas las cabezas se volvieron.

—¡El agua es dulce! ¡No tiene mal sabor! ¡He bebido de esta agua toda mi vida y, a pesar de lo que pasó, *ella* la ha limpiado otra vez!

—Quiere decir... —comenzó a susurrar Alice al oído de Ernest.

—Lo sé —la interrumpió él—. Quiere decir que no importa lo terrible que ella fuera, ni cuánto tiempo yaciera en el pozo: no enveneno el agua... Cuando nos casemos, amor mío, ¿te importaría que lo hiciéramos dos veces?

—¿Cómo podemos hacer algo así? —inquirió ella, apartándose un poco y escrutándolo con sus grandes ojos grises.

—Lo haremos una vez por mí, el hombre, en el nombre del Padre y del Hijo. Y lo haremos otra vez por ti, en nombre de... *ella*. ¿Qué te parece?

—¡Pero nadie sabe su nombre!

—¿Acaso importa? Sabemos que está ahí, ¿no?

Alice lo pensó por unos instantes y finalmente asintió con la cabeza.

—Sí. Lo he sabido durante años, como Gaffer Tatton. Me sorprende que lo hayas descubierto tan deprisa, pero me encanta... ¿Viviremos en el Hall?

—Casi todo el tiempo, supongo. Al fin y al cabo, soy el heredero. Pero quiero llevarte de luna de miel a la India. Aunque no puedo prometerte una representación privada de la adoración a Kali.

Ella sonrió y le apretó la mano.

—Creo que, por ahora, ya hemos visto suficiente del lado perverso del principio femenino... ¡Ernest, es terrible! —exclamó, azorada—. Apenas se ha enfriado el cadáver de tu tía, y ya estamos hablando de nuestra luna de miel. ¡Tendríamos que estar preparando su funeral!

—Perdone, señor Ernest...

Se volvieron y vieron a los hermanos Stoddard a su lado.

—Antes de irnos, nos gustaría felicitarlos y decirles que esperamos que sean muy felices. «¿Cómo demonios...?»

Entonces recordó lo que Alice le había dicho sobre las habladurías en los aposentos de los sirvientes y en todo el pueblo. Su expresión se relajó en una sonrisa.

—¡Muchas gracias! ¿A qué hora es el banquete esta noche? ¡Allí nos veremos!

Más tarde, cuando el cerdo del señor Ames fue repartido en porciones, se tomó especial cuidado en que la señora Gibson y sus hijos recibieran raciones suficientes. Y, en la oscuridad de su habitación, Ernest dijo a Alice:

—Creo que, después de todo, no será necesaria la segunda boda.

—¿Mmmm? —Y Alice paseó sus dulces y cálidos labios por el cuello de su amado.

—Me pregunto si a *ella* le preocupa si estamos casados o no.

—Ajá... Eso fue lo que me sorprendió cuando lo mencionaste... ¿Podemos hacerlo otra vez?

—Eso creo... ¡Sí! ¡Oh, sí!

Más tarde, justo antes de que se durmieran abrazados por vez primera, después de haber acordado dejar de preocuparse por el escándalo o por ofender al anciano señor Pollock —o incluso a Tinkler—, Ernest dijo en tono meditabundo.

—Es raro...

—¿El qué?

—La estrecha relación entre lo que vi en la India y lo que he encontrado en casa.

—¿Por qué? —Alice se irguió sobre un codo. Sus pechos quedaron encantadoramente visibles a la tenue luz de la ventana—. ¿No ocurre lo mismo con la ciencia?

—¿Qué?

—No esperas que un fenómeno científico deje de ocurrir porque se produzca en otro país, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Pues bien, ¿por qué no habría de pasar lo mismo con la religión? —sentenció, y volvió a acostarse—. Al fin y al cabo, todos somos humanos.

—Quieres decir que...

—Lo que quiero decir —dijo ella con firmeza— es que quienquiera que sea *ella*, la guardiana de los pozos de Welstock, y que nos ha unido de una forma tan maravillosa, no puede ser otra cosa que un aspecto más de lo que tú eres, y yo soy, y todos los demás son. Eso también es cierto para la India y para cualquiera de los infinitos mundos que encontramos en nuestros sueños. Y allí es donde, con el permiso de mi señor, pretendo dirigirme ahora. ¡Buenas noches!

Ernest se quedó despierto un rato más, reflexionando sobre lo que ella había dicho. Por fin, le preguntó:

—¿Cómo crees que la gente del pueblo se tomará el tener entre ellos a gente con nuestras ideas?

—Mientras honremos a la señora de las aguas —respondió ella con voz soñolienta—, ¿por qué habría de preocuparlos?

«Sí, en efecto. ¿Por qué?»

Y, resueltas sus dudas, el nuevo señor de la casa de Welstock se durmió feliz junto a su señora.

# La comunidad del dragón

Patricia A. McKillip



Un fuerte grito se alzó por todo el país: la reina Celidonia había perdido a su arpista. Convocó al norte, al sur, al este y al oeste; cabalgamos días enteros entre el barro y la lluvia para encontrarnos las cinco en Trillium, y desde allí seguimos cabalgando hasta Carnelaine. El mundo entero se había presentado ante la gran corte de la reina, pues, aunque vivíamos demasiado lejos de ella para haber oído tocar a su legendario arpista, oímos el rumor de que cada luna llena ella le daba unos guantes de tejido de oro y le llenaba la boca de joyas. Cuando estábamos en el salón entre su deslumbrante séquito, escuchando sus súplicas de ayuda, Justin, que es la aficionada a los acertijos, susurró:

—¿Qué es invisible pero está en todas partes, rápido como el viento pero no tiene pies, y tiene muchas lenguas pero no tiene cara?

—Fácil —dije por lo bajo—. El rumor.

—El rumor, esa bestia tímida, dice que ella apreciaba sus manos mucho más que su arpa, y que le llenaba la boca con algo más que joyas.

No me sorprendió. Celidonia era tan hermosa de cerca como a distancia; había permanecido así durante años, con la ayuda de una pizca de brujería que había heredado por razón de algo misterioso, una historia vaga de la rama femenina de su linaje, y no era una mujer que malgastase sus dones. Se había casado de manera honorable, había amado con fidelidad y había educado bien a sus herederos. Cuando su esposo murió, hace una década, guardó luto con la honesta eficiencia que había traído al matrimonio y al trono. Sus cabellos mostraban en qué dirección soplaban el viento, y había magia en la forma como la plata, la ceniza y el oro recorrían la corte. Pero, cuando nos acercamos lo suficiente para arrodillarnos ante ella, vi que el arpista no era un capricho baladí, sino que su canción corría por las venas de la reina.

—Vosotras cinco —dijo suavemente— sois aquellas en quienes más confío de toda la corte. Cuento con vosotras. —Sus ojos, verdes como su nombre, estaban apagados; y vi las diminutas líneas del miedo y la cólera junto a su boca—. Hay algunos en este salón que, como no he sido plenamente sabia o diplomática, preferirían ver al arpista muerto antes que rescatarlo.

—¿Sabéis dónde está?

Bajó la voz; apenas podía oírla, aunque los celosos caballeros que estaban detrás de mí debían de hacer esfuerzos ímprobos para conocer la respuesta.

—He mirado en las aguas, en el cristal, en el espejo; todas las imágenes son la misma. Está en poder de Tremptor Negro.

—¡Oh, bien!

Se agachó para besarme: somos primas, aunque a veces he sido más bien una hija

rebelde, y, más a menudo, ella ha sido una madre rebelde.

—Encuétralo, Anne —dijo. Nos incorporamos las cinco al unísono y nos marchamos de la corte.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Danica cuando montamos—. ¿Dijo Tremptor Negro?

—¡Chist!

—Es una montaña —dijo Fleur.

—Es un maldito dragón —replicó Danica con aspereza.

—¿Podéis dejar de anunciar nuestro destino al resto del mundo? —las reprendí en voz baja.

Danica, enojada, hizo girar su montura; los pavos reales, con más prisa que elegancia, apartaron sus preciosas colas. Justin parecía intrigada por el problema. Christabel, que estaba incubando un resfriado, comentó con estoicismo:

—Podría ser peor.

No mencionó qué podía ser peor que ser reducida a cenizas por un dragón irritado. Fleur, que adoraba la buena música de arpa, estaba conmovida.

—Debemos apresurarnos —dijo—. Pobre hombre.

Subió a su montura y emprendió la marcha después de Danica. Cabalgando a paso más lento por el abarrotado patio, las encontramos al otro lado de las puertas, mirando al este y al oeste a través del cielo gris y cubierto de nubes que parecían surgidas del hocico de un dragón.

—¿Hacia dónde? —preguntó Fleur. Justin, que conocía aquellas cosas, señaló en una dirección. Christabel se sonó la nariz y partimos.

Naturalmente rodeamos la ciudad y despistamos a los caballeros que nos habían estado siguiendo. Los observamos a través de la ventana de una taberna, mientras ellos galopaban con determinación por la calle equivocada. Danica, cuyo estado de ánimo oscilaba entre el sol y la sombra como un día de otoño, estaba encantada con la descripción de Fleur del objeto de nuestra misión.

—Es un arpista magnífico y no deberíamos reparar en nada con tal de rescatarlo, pues no hay nadie como él en todo el mundo. La reina Celidonia podría recompensarnos con oro y honores, pero él nos dará un premio eterno en forma de una canción.

Christabel agitó la mano para apartar los vapores del vino caliente y picante que le subían por la nariz.

—¿Alguien sabe cómo se llama ese arpista?

—Kestral —repuse—. Kestral Hunt. Vino a la corte hace un año, a la muerte del viejo Thurlow.

—¿Y dónde está Tremptor Negro? —preguntó Christabel con sentido práctico.

Todas miramos a Justin, quien por una vez pareció sentirse incómoda.

—Al norte —contestó. Era una mujer esbelta, de cabellos oscuros y voz serena, y con ojos como la tormenta que restallaba fuera. Podía explayarse en un cúmulo de

detalles o emparedarlos en un muro de ladrillos. Yo no estaba segura de lo que estaba construyendo para nosotras en este momento.

—Justin...

—Eso, al norte —respondió vagamente, como si eso lo explicase todo—. Está más allá de la frontera. Allí pasan cosas raras. Debemos ir con cuidado.

Guardamos silencio. El mesonero vino con la cena. Danica, que se servía vino del mismo color miel claro que sus cabellos, al oír aquella advertencia adoptó una expresión pensativa en lugar de enojada.

—¿Qué clase de cosas?

—Evidentemente, los dragones raptan a los arpistas —dije—. Dragones con cierta afición a la música.

—Tremptor Negro no es un dragón melómano —se limitó a puntualizar Justin—. Pero son cosas así. Hay muchos relatos y ¿quién sabe cuáles son ciertos? Apenas conocemos al arpista más que las tierras del norte.

—Sabemos su nombre —señalé— y que toca bien.

—Toca de forma maravillosa —suspiró Fleur—. Eso dicen.

—Y ha seducido a la reina —comentó Christabel al tiempo que hincaba el diente a una pata de pollo—. Por tanto, es posible que sea aceptablemente atractivo. Aunque, con los buenos músicos, eso apenas importa.

—Y fue al norte —añadió Justin—. ¿Para qué?

—Para encontrar una canción —sugirió Fleur; teniendo en cuenta sus dotes, ello no era improbable.

—O un arpa —supuse—. Un arpa mágica.

Justin asintió con la cabeza.

—Custodiada por un poderoso dragón. Es posible. Esa clase de cosas ocurren en el norte.

Fleur apartó su plato y hundió la cabeza entre los puños. Era delgada como una brizna de paja, pero tenía el apetito de un herrero; adiviné que el amor por esta fantasía la hacía despreciar la última de sus chirivías. Era de tez pálida, con el cabello ensortijado como una oveja, y una voz maravillosa y acariciadora; tenía los ojos pequeños, la nariz grande y los dientes torcidos, pero su voz musical y apasionada demostró que Christabel tenía razón más veces de las que era conveniente que el marido de Fleur supiera. Si la robusta y práctica Christabel, que apenas parecía fijarse en los hombres o en la música, entendía de tales cosas, yo no estaba segura.

—Así pues, al norte —dije.

Luego nos adentramos en el país del «¿Recuerdas cuando...?», pues nos habíamos conocido de niñas en la corte de Carnelaine, y luego como miembros del séquito de la reina, cabalgando sobre ideales directamente hacia los líos, y ahora como viejas amigas. Nos fuimos a dormir tarde, hechizadas por nuestros recuerdos, y nos levantamos demasiado pronto, preguntándonos obviamente por qué habíamos dejado nuestros hogares, los maridos, los hijos, los gatos y los lechos de plumones de

ganso, para disfrutar de la hosca compañía de las demás. Christabel sorbía por la nariz. Danica replicaba sin contemplaciones. Fleur balbuceaba, y yo estaba tensa. Como siempre, sólo Justin estaba soportable.

Cabalgamos hacia el norte.

Cuanto más nos alejábamos, más agreste era el terreno. Avanzábamos deprisa, dormíamos bajo los árboles o en cantinas lóbregas, pues cinco mujeres armadas cabalgando juntas son fáciles de recordar, y los caballeros amenazadores para el arpista y solícitos para con la reina nos habrían encontrado la pista. Poco a poco, los grandes y oscuros riscos que servían de frontera de las marcas de la reina se acercaban cada vez más, hasta que alcanzamos su sombra una soleada tarde.

—¿Y ahora qué? —preguntó Danica, impaciente—. ¿Tenemos que sobrevolar los riscos?

Eran grandes promontorios de roca pelada que sobresalían de los bosques como huesos de la piel. Ella miró a Justin; todas lo hicimos.

Tenía una expresión peculiar en el rostro, como si hubiese reconocido algo que sólo había visto en sueños.

—Habrà un camino —dijo en voz baja. Estábamos en un bosque frondoso, y unos viejos árboles se alzaban enfrente y a los lados. Ni siquiera ellos habían descubierto la manera de escalar aquellos picos.

—¿Dónde, Justin? —inquirí.

—Debemos esperar hasta el anochecer.

Encontramos un claro, donde el camino que habíamos seguido torcía bruscamente al oeste siguiendo el curso de un riachuelo. Christabel y Danica fueron de caza. Fleur comprobó las provisiones y se cosió un desgarrón de la capa. Yo atendí los caballos. Justin, que había ido a explorar, regresó con champiñones, nueces y algunas manzanas silvestres. Encontró otro cepillo y me ayudó.

—¿Está lejos? —pregunté, preocupada por encontrar víveres en la tierra yerma, por los caballos, por el persistente resfriado de Christabel, e incluso, un poco, por el arpista. Justin arrancó un parásito de la crin de su montura. Una línea cruzaba su despejada frente.

—No mucho más allá de esos picos —respondió—. Sólo que...

—¿Qué?

—Tenemos que ir con cuidado.

—Siempre vamos con cuidado. Christabel es capaz de clavar una flecha en cualquier cosa que se mueva, Danica puede...

—No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que el mundo muestra una cara distinta más allá de esos picos. —La miré confusa; ella meneó la cabeza, contemplando las montañas, recelosa y fascinada al mismo tiempo—. A veces real, a veces irreal...

—El arpista es real, el dragón es real —la interrumpí en tono tajante—, y nosotras somos reales. Si logro recordar esto, todo nos irá bien.



—Creo que tienes razón, Annie —dijo Justin, apoyando la mano en mi hombro y sonriendo. Tu mentalidad prosaica nos llevará a todas de vuelta a casa.

Pero estaba equivocada.

El sol, que se ponía detrás de un manto de nubes plumizas, dejó un mensaje: un último rayo de luz iluminó lo que parecía piedra maciza y la hendió en dos. Vimos un camino blanco apenas distinguible, que pasaba entre los árboles y se adentraba en la falda de dos grandes riscos; la luz parecía dejar un muro de piedra a un lado, como una gran puerta. La luz se desvaneció al fin y nos quedamos contemplando la pared, tratando de memorizar el paisaje.

—Es un perfil de mujer —comentó Fleur—. El camino corre bajo el puente de su nariz.

—Es un gato con una sola oreja —sugirió Christabel.

—El camino corre al oeste de la cima más alta —dijo Danica con impaciencia—. No tenemos más que cabalgar en esa dirección.

—Las montañas cambiarán una y otra vez antes de que lleguemos a ellas —declaré—. El camino parte de la arboleda que está en aquella peña aislada. Es el lugar más alto del bosque. Sólo tenemos que seguir el límite del bosque.

—La peña está invertida —murmuró Danica.

—El arpista encontró el camino —repliqué yo—. No puede ser tan difícil.

—Tal vez siguió un sendero mágico —opinó Fleur.

—Partió las piedras con su arpa —dijo Christabel en tono de chanza—. Si es tan listo, puede volver a salir de la boca del dragón y devolvernos a nuestras camas para que podamos dormir.

—¡Oh, Christabel! —protestó Fleur; su voz era como una flauta dulce—. Siéntate. Te prepararé un té de hierbas con miel salvaje y esta noche dormirás a pierna suelta.

Todas tomamos té de hierbas con coñac y la miel que Fleur había encontrado, pero sólo ella durmió durante la tormenta. Mojadas, nos preparamos para partir al amanecer y nos abrimos paso por el bosque que no dejaba de gotear, hasta que, de improviso, no hubo más árboles ni más lluvia; sólo un inesperado sol que iluminó el camino de color blanco como el hueso en la gran masa de piedra que se elevaba frente a nosotras.

Cabalgamos más allá de las tierras que conocíamos.

No sé dónde dormimos aquella noche; donde bajamos de los caballos, supongo. Por la mañana vimos la montaña de Tremptor Negro, un palacio para un dragón, hecho de acantilados, columnas dentadas y paredes verticales que ascendían hasta las nubes. Mientras bajábamos por la vertiente hacia la montaña, una nube se enroscó alrededor de ella y la ocultó a la vista. El camino, que no quería tener nada que ver con dragones, giró en el límite del bosque y se desvió. Nos abrimos paso entre los árboles. En aquel lado, el bosque era muy viejo, los árboles muy altos y sus verdes ramas tan gruesas, que apenas podíamos ver el cielo, por no hablar de la guarida del

dragón. Sin embargo, yo tengo un fuerte sentido de la orientación, de adivinar por dónde sale y se pone el sol, que evitó que nos desviáramos de nuestra ruta. No había ruidos en aquel lugar. Fleur y Christabel tenían los arcos listos por si descubríamos un pájaro o un ciervo, pero no vimos ningún ser que fuera a dos o a cuatro patas; sólo arañas, que parecían tan viejas como el bosque y tejían telas tan extensas e intrincadas como el tapiz de los árboles.

—¡Qué silencio! —murmuró Fleur—. Es como si el bosque aguardase la música.

Christabel la miró con ojos legañosos y sorbió por la nariz. Pero Fleur tenía razón: aquella quietud parecía mágica, el propósito de una mente. Mientras escuchábamos, comenzó a llover otra vez. Oíamos chapotear las gotas de rama en rama mucho antes de que nos alcanzaran.

La noche cayó del mismo modo: deslizándose lentamente desde el cielo invisible y pillándonos sin haber cazado nada, bajo la lluvia y sin un fuego para calentarnos. Cabalgamos en silencio hasta que apenas pudimos ver nada. Por último, nos detuvimos cuando todavía podíamos imaginarnos las caras de las otras.

—El arpista consiguió llegar —dijo Danica en voz baja. Lo que había podido hacer el fastidioso amante sin rostro de Celidonia, también podíamos hacerlo nosotras.

—Hay hierbas, miel y más coñac —propuso Christabel.

Fleur —que era la más hambrienta, pues tenía la energía de un colibrí— no dijo nada. Justin levantó bruscamente la cabeza.

—Huelo a humo —declaró.

Entonces vi la luz: dos ojos cuadrados y uno redondo entre los árboles lejanos. Suspiré de alivio y no sentí piedad por quien estaba a punto de encontrarnos a la puerta de su tranquila casa de campo.

Pero la señora de la casa no pareció inquietarse al ver a cinco viajeras armadas, empapadas y hambrientas que querían invadir su hogar.

—Pasad, pasad —ofreció.

Mientras cruzábamos la puerta, vi a nuestro alrededor todos los pájaros y animales que habíamos echado de menos en el bosque: venados, osos y búhos, ciervos, liebres y palomas tristes. Parpadeé y vi que estaban inmóviles: cosas de hilo, pintura y madera, bordadas en las cortinas, labradas en los respaldos de las sillas y pintadas en el techo. Antes de que pudiese decir nada, notamos diversos olores y sentí que Fleur se tambaleaba y se apoyaba en mí.

—¡Pobres nenas! —Aunque ya éramos mayores, ella era lo bastante vieja para poder llamarnos así—. Estáis empapadas, cansadas y hambrientas.

Era una mujer con apariencia de ave: tenía una pizca de urraca en su mirada curiosa y su nariz guardaba cierto parecido con el pico de un halcón. Sus cabellos eran finos y blancos como una telaraña y los nudillos, hinchados como nudos de la corteza de un árbol. Su voz era acogedora, al igual que el hogar y los olores que provenían de la cocina. Incluso su falda estaba cubierta de pájaros.

—Sentaos. He estado cociendo pan y tengo un pastel de carne casi a punto en el horno. —Se volvió para remover algo que hervía a fuego lento en una olla—. ¿De dónde venís y adónde vais?

—Venimos de la corte de la reina Celidonia —repuse—. Hemos venido en busca de su arpista. ¿Ha pasado por aquí?

—¡Ah! —exclamó, y su rostro se iluminó—. ¿Un hombre alto, de cabellos dorados y una voz que igualaba el sonido de su arpa?

—Es probable —respondió Christabel.

—Interpretó para mí unas canciones encantadoras. —Dijo que tenía que encontrar cierta arpa. No comió nada y se fue antes del amanecer. Volvió a remover el contenido de la olla—. ¿Se ha perdido?

—Está en poder de Tremptor Negro.

—¡Oh, es terrible! —Meneó la cabeza y añadió—: Tiene suerte de contar con unas amigas tan buenas como para venir a rescatarlo.

—Es un buen amigo de la reina —repliqué sin apenas oír mis palabras, mientras el olor de la olla penetraba en mí—, y nosotras lo somos de ella. ¿Qué estáis cocinando?

—Un poco de comida para mi pájaro.

—¿Habéis encontrado un pájaro? —dijo débilmente Fleur, tratando de ser sociable—. No hemos visto ninguno... ¿Con qué lo alimentáis? Huele lo bastante bien para comerlo una persona.

—¡Oh, no!, no debéis tocarlo; sólo es comida para pájaros. Para vosotras tengo un plato especial.

—¿Qué clase de ave es? —preguntó Justin. La mujer golpeó la cuchara contra el borde de la olla y la colocó a su través.

—¡Oh, uno pequeñito! Un pajarito hambriento que encontré. Tenéis razón: en el bosque hay pocos pájaros. Por eso coso y pinto mis pájaros y animales, para que me hagan compañía. Tengo vino —agregó—. Voy a buscarlo.

Se fue. Danica se paseaba por la habitación; Christabel se sentó junto al fuego, indiferente al olor del contenido de la olla, que borboteaba bajo su congestionada nariz. Justin había recogido un osito de madera y lo examinaba ociosamente. Fleur estaba aturdida, pálida como una nube; yo vigilaba que no se desplomara en el fuego. Al parecer, la vieja tenía problemas para encontrar copas.

—¡Qué raro! —murmuró Justin—. Este oso parece tremendamente real, hasta la más pequeña cerda.

Fleur fue con paso vacilante hasta el hogar y miró la olla. Oí cómo murmuraba débilmente. Lanzó una mirada suplicante hacia la cocina, pero no había nada que comer salvo promesas. De repente tomó la cuchara con la mano, y yo pensé que removería el cocido.

—Debe de ser un pájaro extraño, porque come champiñones —comentó—. Y esto parece...

Justin soltó el oso tan bruscamente que me asusté, pero Fleur se llevó la cuchara a los labios.

—¡Cordero! —exclamó con alegría.

Y desapareció; sólo quedó una alondra que revoloteaba frenéticamente entre las vigas del techo, cantando maravillosas súplicas de libertad.

La mujer regresó.

—¡Mi pájaro! —exclamó—. ¡Mi pequeña!

Me puse en pie empuñando la espada incluso antes de poder cerrar la boca. Le asesté un mandoble a la vieja, pero ella no se quedó a presentar batalla. Un halcón atrapó la alondra con sus garras, la puerta se abrió y ambas aves se esfumaron en la noche.

Salimos corriendo a la oscuridad de la noche, atónitas y horrorizadas. La puerta se cerró a nuestras espaldas como una boca. El fuego se dividió en dos llamaradas que nos contemplaban como ojos desde las ventanas. Pero no daban luz y no pudimos ver nada.

—¡Maldita araña vieja! —dijo Danica, furiosa—. ¡Bruja horrorosa y podrida!

Oí el golpe que asestó a un árbol, y luego sus exclamaciones de dolor. Alguien martilleaba la puerta y las ventanas con golpes fuertes y metódicos; supuse que Christabel estaba asediando la casa. Pero ésta no cedió, y ella gruñó de frustración. Note que algo me tocaba y levanté el arma.

—Soy yo —dijo Justin secamente, y apoyó la mano en mi hombro.

Me puse a temblar.

—¿Y ahora qué? —pregunté, ansiosa. Apenas podía hablar; sólo quería hacer algo, pero estábamos ciegas y farfullábamos en la oscuridad.

—Creo que ella no los mata —repuso Justin—. Los transforma. ¡Escúchame! Al final traerá a Fleur de vuelta a su casa. Hallaremos a alguien que nos diga cómo librarla del hechizo. Alguien tiene que saberlo en esta tierra yerma. Y no todo el mundo es cruel.

—Nos quedaremos aquí hasta que regrese la bruja.

—Dudo que vuelva hasta que nos hayamos ido. Y, aunque consigamos matarla, podríamos encontrarnos con una Fleur bordada.

—Nos quedaremos.

—Anne... —dijo, y me desplomé en el suelo. Quería maldecir, llorar, o al menos desgarrar la telaraña de tinieblas que me cubría los ojos.

—¡Pobre Fleur! —susurré—. Sólo tenía hambre... Arpista o no, tenemos que rescatarla en cuanto sepamos cómo hacerlo. Ella es primero.

—Sí —asintió Justin, y añadió en tono pensativo—: Al parecer, el arpista eludió a la bruja, aunque no al dragón.

—¿Cómo lo averiguó? —pregunté amargamente—. ¿Con qué arte mágica?

—Tal vez ya había conocido a la bruja en una canción.

La mañana nos encontró tumbadas entre las raíces de unos árboles, como caídos

de una derrota. Al menos podíamos ver. La casa se había desvanecido y sólo quedaban un par de plumas rojas. Nos incorporamos en silencio, sintiendo el vacío dejado por Fleur, escuchando su cháchara de las mañanas. Dimos de comer a los caballos, desayunamos un pan duro como la piedra untado con miel y tomamos cada uno un trago de coñac. Dejamos atrás a Fleur y seguimos cabalgando.

Por fin, el bosque comenzó a clarear y se convirtió en una arboleda de robles dorados que se abrían aquí y allá en amplios claros donde volvíamos a ver el cielo y el pico alto y oscuro. Cruzamos un pueblo, como una colonia de champiñones, donde la gente no era amistosa ni hosca, ni especialmente curiosa. Encontramos una taberna y algunas tiendas de provisiones, y al otro lado de la población descubrimos un camino hacia la montaña del dragón que se había despejado, según nos contaron, antes de que el lugar se hubiese convertido en la guarida del monstruo. Y también nos dijeron que sí, un arpista había pasado por allí... Parecía haber dejado una pobre impresión en los aldeanos, pero eran gentes rudas que vivían a la sombra de un dragón. También había pedido que lo orientasen y había hecho algunas preguntas respecto a Tremptor Negro y unos relatos acerca de oro, arpas mágicas y otras cuestiones de la región. Pero nadie más había tomado aquel camino en décadas, puesto que conducía a la misma boca del dragón.

Nosotras lo tomamos. La montaña se veía más clara, alzándose muy por encima de los árboles. Buscamos con la mirada alas o fuego de dragón, pero, si Tremptor Negro volaba, no lo hacía durante el día. Había dejado de llover, y un olor como de rosas marchitas y madera vieja flotaba en nuestro camino. Acampamos en uno de los amplios claros cubiertos de hierba que encontramos. Desde allí observamos cómo se elevaba la luna llena, tiñendo el prado de un color lechoso, y recortando la guarida del dragón contra las estrellas.

Para Fleur, aquella noche habría sido mágica. Hablamos de ella y luego de nuestros hogares; hablamos de ella, y luego de chismes de la corte; hablamos de ella, y del arpista, y de lo que pudo apartarlo de Celidonia y conducirlo a las garras de un dragón. Y, mientras hablábamos de él, pareció que su música caía a nuestro alrededor desde las estrellas, y que el claro de luna había convertido la madera de roble en oro.

—¡Chist! —advirtió Christabel en tono tajante y, adormecidas, nos callamos para escuchar.

Danica bostezó.

—Sólo es un arpa —dijo. No tenía oído para la música; Fleur era más persuasiva sobre el arte de tocar el arpa que lo que habría podido ser la propia música del arpista—. Nada más que un arpa sonando en el bosque.

—Alguien canta —afirmó Christabel.

Levanté las cejas y sentí que, en aquella noche tranquila y aromática, cualquier cosa podía ocurrir.

—¿Es nuestro Kestral?

—¿Cantando en un árbol? —aventuró Danica. Christabel estaba sentada, muy

erguida—. Guardad silencio —ordenó con aspereza.

Justin, que yacía tumbada boca abajo y arrojaba ramitas al fuego, la miró con expresión de sorpresa. Danica y yo sólo reíamos al ver enfurecida a Christabel.

—No tenéis corazón —dijo, y se sonó la nariz con fuerza—. Es una música preciosa y sólo se os ocurre cotorrear.

—Está bien —concedió Justin en tono pacificador—. Escucharemos.

Pero Danica y yo, hechizadas por la luna, no podíamos guardar silencio. Nos contamos historias obscenas de antiguos amores mientras Christabel se esforzaba por escuchar la música y Justin la observaba con curiosidad. Parecía extrañamente conmovida; febril, pensé, por la lluvia.

Un hombre salió cabalgando de entre los árboles a la luz de la luna, y se detuvo al borde del claro. Tenía el cabello lechoso y los hombros anchos, y un manto dorado cubría el lomo de su caballo. La corona que lucía sobre su rostro en sombras era extraña: un círculo de espinas de oro, como una cornamenta. No iba armado y tocaba el arpa.

—No es nuestro arpista —comentó Danica—. A menos que el dragón le haya vuelto blanco el pelo.

—Es un rey —dije yo—. No es el que buscamos.

Por un momento, sólo por un momento, lo oí tocar y supe que podía dividir las aguas y hacer hablar a los pájaros. Contuve el aliento, y las lágrimas asomaron a mis ojos. Entonces Danica dijo algo y me eché a reír.

Christabel se puso en pie. Su rostro resultaba extraño a la luz de la luna. Se quitó las botas y se soltó los cabellos, dejando que le cayeran libremente por la espalda. Mientras tanto, nosotras observábamos, reíamos y lanzábamos miradas fugaces e indiferentes al arpista de los bosques.

—Sois unas patanes sin remedio —declaró Christabel, sorbiendo por la nariz—. Voy a pedirle que se siente con nosotras.

—Ve, pues —replicó Danica, masticando una brizna de hierba—. Tal vez podamos llevárselo a Celidonia en lugar de su arpista.

Rodé por el suelo, dominada por una risa incontenible. Cuando me sequé las lágrimas de los ojos, vi que Christabel caminaba por el claro con los pies descalzos hacia el arpista.

Justin se incorporó. Una brisa incómoda sopló entre mis pensamientos. Me puse a su lado, todavía riendo un poco, pero lista para sujetarla si salía del círculo de nuestra hoguera. Justin observaba a Christabel. Danica contemplaba el fuego con expresión soñadora y sonreía. Christabel se plantó ante el arpista, que apartó la mano de las cuerdas de su instrumento y la extendió hacia ella.

En el repentino silencio que se produjo, Justin gritó:

—¡Christabel!

Toda la luz dorada del mundo se desvaneció. El ala nebulosa de un dragón cubrió la luna; la noche manó sobre Christabel cuando tomó la mano del arpista y montó. Vi

su adorable melena pelirroja ondeando libremente en el último haz de luz. Y entonces la pecosa, imperturbable, valiente y resfriada Christabel se asió a los hombros del rey arpista y se fueron cabalgando por el sendero de luz que se apagaba, hacia un mundo que estaba más allá de la noche.

La buscamos hasta el amanecer.

Cuando salió el sol, nos miramos desoladas y mudas. El gran roble se había tragado a Christabel; había desaparecido en la canción de un arpista.

—Podríamos ir a pedir ayuda al pueblo —sugirió Danica en tono cansino.

—Sus ojos no son mejores que los nuestros —repliqué.

—El arpista de la reina pasó por aquí sin sufrir ningún daño —meditó Justin—. Tal vez sabe algo acerca del país del rey de los bosques.

—Espero que valga todo eso —musitó Danica, enfurecida.

—Ningún hombre lo vale —dijo Justin en tono sentencioso—. Pero todo esto no habrá servido de nada si Tremptor Negro lo mata antes de que lo encontremos. Tal vez pueda sacarnos de las tierras del norte sin peligro, por lo menos.

—No voy a dejar atrás a Fleur y a Christabel —declaré tajantemente—. No lo haré. Podéis devolver el arpista a Celidonia. Yo me quedaré aquí hasta que las encuentre.

Justin me miró; tenía los ojos enrojecidos por no dormir, pero aun así veían con mayor claridad que nunca el embrollo en que nos habíamos metido.

—No te abandonaremos, Anne —aseguró—. Si él no puede ayudarnos, tendrá que encontrar el camino de regreso solo. Pero, si puede sernos de ayuda, tenemos que abandonar ahora a Christabel para rescatarlo.

—Entonces vamos —dije, y di la espalda al bosque. Una brisa sopló como una carcajada entre las hojas doradas.

Cabalgamos mucho y deprisa. El camino volvía a sumergirse en el bosque, subía por lomas bajas y nos acercaba a la falda de la gran montaña oscura. Nos pusimos bajo su sombra. El cubil del dragón iba cambiando; unos pilares de piedra se abrían en unos pasajes, las paredes de granito se dividían y vaciaban como panales de miel, como un palacio de los vientos, abriéndose hacia todos los ángulos, pero cada paso conducía a las sombras, al corazón del dragón oculto.

—¿Por allí? —preguntó Danica. No había miedo en su voz; únicamente su habitual impaciencia por hacer las cosas—. ¿Tenemos que llamar, o sólo entrar?

El viento rugió entre las piedras y dobló los árboles al tiempo que nos golpeaba. Oí rasgarse las piedras como si fuesen las cuerdas de un arpa; escuché la voz del dragón. Tumbamos nuestras monturas y nos protegimos detrás de sus cuerpos mientras el viento soplaba.

Cuando el viento pasó, Danica preguntó con voz más baja:

—¿Entramos todas juntas?

—Sí —repuse, pero cambié de idea—. No, yo iré primero.

—No seas boba, Anne —dijo Danica, irritada—. Si vamos juntas, al menos

sabremos dónde estamos todas.

—Y también pareceremos estúpidas —repliqué malhumorada—, si nos atrapan con el arpista y tenemos que esperar a que los caballeros de Celidonia vengan a rescatarnos. —Me volví hacia Justin—. ¿Hay algún secreto o algún acertijo con el que sobrevivir a un dragón? Justin meneó la cabeza con expresión de impotencia.

—Depende del dragón —explicó—. No sé nada sobre Tremptor Negro, salvo que es muy probable que no se haya quedado con el arpista por su música.

—Irán dos, y la tercera las esperará —resolví.

No discutieron mi decisión; no parecía haber ninguna solución segura, salvo que no fuese ninguna. Lanzamos monedas: dos pavos reales y una Celidonia. Justin, que obtuvo la reina, no pareció contenta por el resultado, pero las monedas no dejaban lugar a dudas. Danica y yo la dejamos con los caballos, protegidos entre unas verdes ramas, contemplando cómo nos alejábamos. Subimos la pendiente pelada en silencio, tratando de no despeñar ninguna piedra. Teníamos que vigilar dónde pisábamos y elegir cuidadosamente el camino para no resbalar. Danica miró al suelo y se detuvo de repente para recoger algo.

—¡Mira! —murmuró. Lo hice, esperando ver una cuerda de arpa rota, o un botón de marfil con el perfil de Celidonia labrado en él.

Era una esmeralda tan grande como la uña de mi pulgar, tallada en facetas. La contemplé por unos instantes.

—Uno de los tesoros del dragón —dije—. Pero hemos venido en busca de un arpista.

—Pero, Anne..., aquí hay otra... —Rebuscó entre las piedras para cogerla—. Un topacio. Y más allá hay un zafiro...

—Danica, puedes llevarte a casa toda la montaña, pero después de haber matado al dragón —le dije suplicante.

—Ya voy —repuso sin aliento, pero estaba arrastrándose por la ladera como un cangrejo en dirección a otro objeto brillante—. Sólo una más. Son muy hermosas y están aquí, como gotas de lluvia, listas para que cualquiera se las lleve.

—¡Danica! Seguirán ahí igualmente cuando regresemos.

—¡Ya voy!

Me volví, aceptando con resignación su repentino ataque de coleccionar objetos como una urraca.

—Yo sigo subiendo —anuncié.

—Espera un momento, no vayas sola. ¡Oh, Anne, mira, un diamante! Nunca había visto un fuego tan intenso.

Contuve el aliento y le concedí el momento que me pedía. Tras un viaje tan largo y duro, me resultaba imposible negarle aquel placer inesperado. Danica se arrodilló y alargó la mano sobre una roca en busca de un objeto tan brillante y puro como agua a la luz del sol.

—Ya voy —me aseguró, dándome la espalda—. Ya voy.



Entonces, la roca se alzó de la tierra. Algo sobresalió, como la raíz de un árbol, siseando ásperamente; la agarró de la mano y de sus cabellos del color de la miel y la arrastró hasta su agujero. La roca cayó pesadamente y la tierra se cerró a su alrededor como si jamás se hubiera movido.

Me quedé atónita, mirando. No recuerdo haber cruzado la ladera, sólo haber golpeado la peña con las manos y con la empuñadura de mi espada, gritando furiosamente, hasta que las piedras que tenía bajo los pies se resquebrajaron y me arrastraron en una oleada de golpes y rasguños hasta los árboles de abajo.

Justin corrió a ayudarme. Yo estaba magullada, sangraba, maldecía y lloraba. Pasó un rato hasta que comencé a actuar de manera coherente.

—¡Picar con ese truco para mentes débiles y estúpidas! ¡Un rastro de joyas! Probablemente ni siquiera eran reales, y Danica ha quedado atrapada bajo una montaña por un puñado de carbón o de excrementos de dragón...

—No estará atrapada en silencio —dijo Justin, muy pálida—. ¿Qué fue lo que se la llevó?

—Un ser maligno, un diablo o un troll de las montañas... Justin, está allí abajo, sola, en la oscuridad y rodeada de cosas extrañas... ¡No puedo creer que hayamos sido tan estúpidas!

—Anne, cálmate, la encontraremos.

—¡No puedo calmarme! —La agarré de los hombros y la sacudí—. ¡No desaparezcas tú también y me dejes buscándote...!

—No lo haré. Te lo prometo, Anne. Escucha... —Me apartó los cabellos de la cara con las manos—. Escúchame. La encontraremos. Y también a Christabel y a Fleur. No dejaremos esta tierra hasta que...

—¿Cómo? —grité—. ¿Cómo? ¡Justin, Danica está bajo las rocas!

—Debe de haber una manera. Siempre la hay. Esta tierra plantea continuos acertijos, pero todos los acertijos tienen una respuesta. Fleur se convertirá de pájaro en mujer, encontraremos la salida del país del rey de los bosques para Christabel, y rescataremos a Danica de los diablos de la montaña. Hay maneras de hacer estas cosas; sólo tenemos que descubrirlas.

—¿Cómo? —exclamé de nuevo, porque parecía que, cuanto más nos adentrábamos en aquella tierra, más problemas teníamos—. ¡Cada vez que me vuelvo, ha desaparecido una de nosotras! Tú serás la próxima...

—No lo seré, te lo prometo...

—O lo seré yo.

—Conozco algunos acertijos —dijo alguien—. Tal vez os pueda ayudar.

Nos separamos, tan asustadas como si hubiese hablado un árbol; quizás así era, en aquella tierra exasperante. Pero era una mujer. Vestía un manto negro con ribetes plateados; sus cabellos de marfil, sus irisados ojos y su rostro, grave y sereno dentro de la capucha, eran muy hermosos. Empuñaba un extraño bastón de madera negra y nudosa, con una joya inserta del mismo color violeta pálido de sus ojos. Su voz era

suave y no parecía sorprendida de vernos; tal vez nada de aquel lugar podía sorprenderla ya. Ante nuestro silencio, añadió:

—Me llamo Aigam. Estáis en grave peligro por causa del dragón; debéis saberlo.

—Hemos venido a rescatar a un arpista —repuse con amargura—. Éramos cinco cuando penetramos en esta tierra.

—Ah...

—¿Conocéis a este dragón?

No contestó de inmediato; Justin, a mi lado, estaba extrañamente quieta. El bastón osciló y la joya brilló de un lado a otro, como un ojo. La mujer llamada Aigam habló por fin.

—Podéis preguntarme cualquier cosa.

—Acabo de hacerlo —dije con perplejidad.

La mano de Justin se asió a mi brazo, y yo la miré. Estaba muy pálida; en sus ojos había una luz extraña e intensa que reconocí: había husmeado algo intangible e iba a perseguirlo. En aquellas ocasiones se ponía insoportable.

—Aigam, yo me llamo Nitsuj —declaró en voz baja.

La mujer sonrió.

—¿Qué haces? —pregunté entre dientes.

—Es un juego —murmuró Justin—. Pregunta y respuesta. Ella nos dirá todo lo que necesitamos saber.

—¿Por qué tiene que ser un juego? —protesté. La mujer y ella se miraban fijamente, como improbables luchadoras a punto de enzarzarse en una delicada batalla de ingenio. Parecían absortas la una en la otra, curiosas, sordas. Elevé la voz —: ¡Justin!

—Supongo que buscáis al arpista —dijo la mujer. Descifré su nombre y cerré los ojos.

Justin asintió con la cabeza.

—Para eso hemos venido. ¿Y si pierdo?

—Quiero que te quedes —respondió llanamente la mujer— como mi discípula. —Volvió a sonreír, sin rastro de maldad o amenaza—. Durante siete años.

Contuve el aliento.

—No... —exclamé, pero apenas podía hablar. Tomé del brazo a Justin y la sacudí—. Justin. ¡Justin, por favor!

Por un momento conseguí, si bien no su mirada, al menos su atención.

—Todo va bien, Anne —afirmó en voz baja—. Encontraremos al arpista sin necesidad de pelear, y también rescataremos a Fleur, Christabel y Danica.

—¡Justin! —grité. Sobre nosotras, los pilares y las cornisas de piedra corearon su nombre, y unos grandes pájaros de alas puntiagudas salieron volando de los árboles. Pero, a diferencia de las aves y las piedras, Justin no me oyó.

—Eres una invitada en esta tierra —dijo la mujer amablemente—. Puedes hacer la primera pregunta.

—¿Dónde está el camino hacia el país del rey de los bosques?

—El venado blanco del bosque de robles sigue el camino que conduce al país del rey arpista —respondió Aigam—, si lo sigues de la mañana a la noche, sin armas y sin descanso. ¿Qué es la Canción de Ducirc, y con qué instrumento se tocó por primera vez?

—La Canción de Ducirc fue la última canción que un poeta asesinado dedicó a su amada, y fue interpretada para ella en la alta torre donde vivía con un instrumento de plumas, pues todos los pájaros del bosque que la oyeron le cantaron a la doncella el lamento de su amor —respondió Justin de inmediato. Entonces respiré más tranquila; toda la vida nos había contado historias como aquélla—. ¿Qué atrapa a la bruja del bosque fronterizo en su verdadera forma, y cómo se la puede privar de su poder?

—La bruja de la frontera puede ser atrapada en una jaula de hierro; su bastón de poder es la cuchara con que remueve su magia. ¿Qué empieza con fuego y termina con fuego, y entretanto es negro y blanco?

—La noche —respondió Justin. Incluso yo sabía la respuesta. Por unos instantes, la mujer mantuvo en su rostro su sonrisa de cuarto menguante—. ¿Dónde está la senda que conduce a las entrañas de esta montaña, y qué es lo que más temen quienes moran allí?

—El sendero es fuego, que abre las piedras, y lo que más temen es la luz. ¿Qué es lo que siempre viene pero nunca está aquí, tiene nombre pero no existe, y es más largo que el día pero más corto que el día?

Justin hizo una pausa y parpadeó.

—Mañana —contestó, y agregó—: en otoño. —La mujer mostró su encantadora sonrisa. Yo espiré sin hacer ruido—. ¿Qué es lo que nos protegerá del dragón?

La mujer escrutó a Justin, como si estuviera contestando una adivinanza interior.

—La cortesía —respondió simplemente—. ¿Dónde está escondido el verdadero nombre de Tremptor Negro?

Justin guardó silencio; noté cómo sus pensamientos revoloteaban como un pájaro en busca de un lugar donde posarse. El silencio se prolongó; un dedo helado se deslizó por mis huesos.

—No lo sé —reconoció Justin por fin.

—El nombre del dragón está escondido en un acertijo —dijo la mujer.

Justin me leyó los pensamientos y me agarró la muñeca.

—No luches —me pidió en voz baja.

—Eso no es...

—La respuesta es correcta.

La mujer frunció las cejas, pensativa.

—¿Hay algo más que necesites saber? —Apoyó ligeramente el bastón sobre el hombro de Justin y volvió la joya hacia su pálido rostro. La joya ardió con un súbito fogonazo de amatista, como si la hubiese reconocido—. Me llamo Magia y ésa es la senda que sigo. Vendrás conmigo durante los próximos siete años. Después, podrás

elegir si te quedas o no.

—Decidme cómo puedo rescatarla —le rogué—. Me habéis dicho todo lo demás.

La mujer negó con la cabeza, mostrando fugazmente su sonrisa de luna. Justin me miró con fatalismo; vi la respuesta en sus ojos.

Me quedé muda mientras la veía alejarse. Las lágrimas querían asomar a mis ojos, pero no podía suplicar ni maldecir, porque se había jugado un juego dentro de un juego, y yo había perdido. Justin se volvió hacia mí una vez, pero en realidad no me vio; sólo vio el camino hacia el que había andado toda su vida.

Por último, fui a enfrentarme con el dragón.

Volví a trepar por la ladera sola. Ninguna joya me llamó la atención, ninguna voz susurró mi nombre. Ni siquiera el dragón me saludó. Mientras caminaba entre columnas, cavernas y pasadizos de piedra, sólo oí el viento gimiendo entre los grandes huesos de la montaña. Me adentré aún más. Los pasajes brillaban con los colores de las mariposas a causa de los líquidos del cuerpo del dragón. Aquí y allá veía escamas arrancadas por las piedras. Algunas centelleaban con los tonos azul, verde y negro; otras eran de color del fuego. Una vez vi un fragmento de garra, dura como el cuerno y más larga que mi mano. A veces olía a azufre, otras a humo, pero la mayor parte del tiempo el viento olía a la piedra que azotaba sin cesar.

Oí el sonido de un arpa.

Por fin, encontré al arpista, sentado sobre los tobillos sobre joyas y oro, en una sombría caverna, mientras pulsaba el arpa con una mano con gesto hastiado. Tenía la otra mano encadenada con oro a un aro clavado en la pared de la cueva. Se quedó mirándome, incapaz de decir nada. Tal como se rumoreaba, era alto y de cabellos dorados, y también estaba sucio, descuidado y amargado por su cautiverio. Aun así, era obvio por qué Celidonia lo quería de vuelta.

—¿Quién eres? —resolló, y caminé sobre los tesoros para llegar hasta él.

—Soy Anne, la prima de Celidonia. Ella me ha enviado para rescatarte.

—Has tardado demasiado —gruñó, y añadió—: Es imposible que hayas hecho todo este camino sola.

—Tú lo hiciste —repliqué irritada, y examiné la cadena que lo mantenía prisionero. Incluso Fleur la habría arrancado de la pared en un minuto—. Es de oro, maleable. ¿Por qué no has...?

—Lo intenté —dijo, y me mostró sus laceradas manos—. Es magia de dragón. —Me arrancó la cadena de las manos—. No te tomes la molestia de intentarlo. La llave está junto a aquella pared. —Miró detrás de mí, buscando con asombro a mis compañeros—. ¿Estás sola? ¿La reina no ha enviado a sus caballeros para que luchen contra el monstruo?

—No confiaba que ellos recordasen a quién tenían que matar —contesté sucintamente. El arpista guardó silencio mientras yo cruzaba la caverna y buscaba la llave entre agujas, copas y collares—. No he venido sola desde Carnelaine. Perdí a cuatro compañeras en esta tierra buscándote.

—¿Las perdiste? —Por un momento, hubo en su voz algo más que su propia conmiseración. ¿Están muertas?

—Creo que no.

—¿Cómo las perdiste?

—Una, en las garras de la bruja del bosque.

—¿Era una bruja? —preguntó, estupefacto—. Toqué para ella, pero no me ofreció nada que comer, con lo hambriento que estaba. Olía a comida, pero ella sólo decía que estaba quemada y no podía compartirla.

—Y otra —continuó, apartando las monedas y preguntándose por los gustos de la bruja—, por el rey arpista.

—¿Lo visteis? —murmuró—. Toqué toda la noche, esperando oír su famosa arpa, pero no respondió ni con una nota.

—Tal vez no te paraste a escucharlo —respondí, cada vez más desolada por su ceguera al recorrer aquellas tierras—. La tercera, a manos de los diablos de la montaña.

—¿Qué diablos?

—Y, por fin —concluí, nerviosa—, en un juego de adivinanzas con la hechicera del bastón enojado. Tú ibas a ser el premio.

El arpista se agitó incómodo, haciendo resonar la cadena y las monedas.

—Ella sólo me dijo dónde podía encontrar lo que andaba buscando, pero no me advirtió de los peligros. ¡Podría haberme ayudado! En ningún momento dijo que era una hechicera.

—¿Te dijo su nombre?

—No lo recuerdo... ¿pero eso qué importa? ¡Trae la llave, deprisa, antes de que el dragón te huela! Habría sido todo mucho más sencillo para mí si tu compañera no hubiese perdido el juego de las adivinanzas.

Hice una pausa para mirarlo.

—Sí —dije al cabo—, y habría sido más sencillo para todos si no hubieras venido aquí. ¿Por qué lo hiciste?

—Por eso —contestó, y señaló con el dedo.

«Eso» era un arpa de hueso. Sus cuerdas relucían con los mismos colores elusivos y resplandecientes que teñían los pasajes. Una llave dorada yacía a su lado. Soy una persona tan melómana como cualquier otra, no más, pero cuando vi aquellas cuerdas extrañas y brillantes, me fascinó la idea de saber qué clase de música podían producir. Y, antes de tocar la llave, me detuve a pulsar una de las cuerdas.

Pareció que toda la montaña zumbaba.

—¡No! —exclamó el arpista, poniéndose en pie sobre un montón de oro. El viento salió de la cueva como expulsado por un ala gigantesca—. ¡Estúpida, torpe! ¿Cómo crees que me atrapó? ¡Tírame la llave! ¡Deprisa!

Sopesé la llave en la mano, molesta por su grosería. Pero, al fin y al cabo, era el hombre que había prometido a Celidonia que encontraría, e imaginé que, una vez

lavado, alimentado y en los brazos de la reina, volvería a ser encantador. Le arrojé la llave, que cayó muy cerca de su mano extendida.

—¡Idiota! —me espetó—. Eres tan torpe como la reina.

Paralizada, lo miré fijamente mientras él pugnaba por alcanzar la llave. Me volví bruscamente hacia el arpa y rasgué todas las cuerdas con la mano.

Lo que recorrió los pasadizos a nuestro encuentro dejaba un rastro de humo, fuego y piedras quebradas. El arpista gimió y ocultó la cabeza tras sus brazos. El humo se dispersó, y unos ojos grandes como lunas de fuego nos contemplaron desde muy cerca del alto techo. Una garra tan larga como mi espinilla cayó a pocos centímetros de mi pie. «Cortesía», pensé desesperadamente. Cortesía, había dicho ella. Era como charlar con el sol. Antes de que pudiera hablar, el arpista exclamó:

—¡Ha sido ella! Vino aquí también en busca del arpa, y aunque intenté detenerla...

Sentí una oleada de calor; noté que el oro que llevaba me quemaba el cuello.

—Os ruego que me perdonéis si os he ofendido —dije, sintiéndome achicharrada por dentro—. He venido a petición de mi reina para rescatar a su arpista. Al parecer, no os complace la música de arpa. Si os place, me llevaré de vuestra casa lo que debe de ser una molestia para vos. —Callé. Los enormes ojos se movieron un poco hacia mí. Considerando que en aquellas tierras era importante presentarse, añadí—: Me llamo Anne.

—Anne —murmuró el humo. Oí que el arpista tiraba de su cadena.

La garra se apartó ligeramente, y la inmensa cabeza de lagarto descendió. Tenía las escamas quemadas y oscurecidas por el humo, y diminutas chispas de fuego centelleaban entre sus dientes. —¿Cómo se llama él?

—Kestral —se apresuró a responder el arpista—. Kestral Hunt.

—Tienes razón —suspiró el aliento ardiente—. Es una molestia. ¿Estás segura de que quieres llevártelo?

—No —respondí, con la mirada borrosa, maravillada y aliviada de haber encontrado por fin, en aquella tierra peligrosa, algo que no necesitaba temer—. Es extremadamente grosero, desagradecido e insensible. Supongo que mi reina lo ama por sus cabellos y sus manos; no debe de oírle hablar. Así pues, será mejor que me lo lleve. Lamento que entrara en vuestro hogar tratando de robaros.

—Es un arpa hecha de huesos y tendones de dragón —explicó el dragón—. Por eso no me gustan los arpistas: porque hacen cosas así y luego cantan su gran ingenio en sus canciones. Como éste habría hecho. —Bostezó, y brotó una lengua de fuego que fundió el oro que había junto a la mano del arpista, quien se acurrucó contra la pared.

—Te ruego que me perdones —se apresuró a decir.

El dragón mostró una sonrisa oscura y curvada entre el humo, y resopló calor.

—Tal vez te guarde conmigo y me haga un arpa con tus huesos.

—Sonaría terriblemente desafinada —comenté—. ¿Hay algo que pueda hacer por

vos, a cambio de la libertad del arpista?

Descendió un ojo, redondo como la luna, con sombras de colores que cruzaban constantemente sobre él.

—Dime mi nombre —susurró el dragón. Lentamente comprendí que no era un desafío, sino un ruego—. Una mujer me quitó mi nombre hace mucho tiempo, en un juego de acertijos. He estado tratando de recordarlo durante años.

—¿Aigam? —resollé. También lo hizo el dragón, que estuvo a punto de chamuscarme el pelo.

—La conoces.

—Me quitó algo: a mi mejor amiga. De vos dijo: «El nombre del dragón está escondido en un acertijo».

—¿Dónde está ella?

—Recorriendo las sendas de la magia en esta tierra.

El dragón flexionó sus garras entre las piedras, suaves y negras como escarabajos.

—Antes sabía un poco de magia. La suficiente para caminar como si fuese un hombre. ¿Me ayudarás a encontrar mi nombre?

—¿Y vos me ayudaréis a encontrar a mis amigas? —le rogué a cambio—. He perdido a cuatro, buscando a este insoportable arpista. Tal vez una o dos no deseen mi ayuda, pero no lo sabré hasta que las haya visto.

—Déjame pensar... —dijo el dragón.

De repente se arremolinó humo a mi alrededor; era acre, gris como la ceniza. Tragué humo y lo expulsé tosiendo. Cuando mis escocidos ojos pudieron ver de nuevo, un arpista de cabellos dorados estaba plantado ante mí. Tenía los mismos ojos del dragón.

Volví a inhalar aire, atónita. Entre mis toses pude oír a Kestral a mis espaldas, que tiraba de su cadena y daba gritos.

—¿Y qué pasa conmigo? —vociferaba furioso—. ¡Te enviaron a rescatarme! ¿Qué le dirás a Celidonia? ¿Que encontraste a su arpista y le llevaste a un dragón en su lugar? —Su propio rostro le devolvió la mirada y lo dejó sin voz por unos instantes. Siguió tirando de la cadena de forma frenética, desesperada—. ¡No sabes tocar el arpa! Sabrá que eres un engaño por eso y por tus ojos de anciano.

—Tal vez no le importe —repliqué, encantada por su sugerencia.

—Sus caballeros me encontrarán. ¡Dijiste que querían matarme! ¡Serás la causante de mi muerte!

—Lo más probable es que quienes quieren verte muerto me sigan —dije con hastío— cuando vean al arpista de cabellos dorados que cabalga conmigo. Corresponde al dragón liberarte, no a mí. Si decide hacerlo, tendrás que encontrar el camino de vuelta a Celidonia por ti mismo; o habrás de prometer que no hablarás, sólo cantarás.

Le di la espalda. El dragón-arpista recogió su arpa de hueso.

—Mantengo mis condiciones —declaró con su voz ronca, humeante—. La llave

de tu libertad está en una canción.

Dejamos al artista encadenado a su música, buscando confundido —con su oído sordo a ella y su cerebro desafinado— la única canción, de todas las que había cantado u oído alguna vez, que lo llevaría de regreso a Celidonia. Fuera, a la luz del día, conduje al dragón hasta la piedra que se había tragado a Danica, y así comencé mi viaje de regreso a Aigam.



# El pato de reclamo

Harry Turtledove



La drómona videssiana comenzó a remar con sus cien patas hacia el fiordo de Lygra. Había algo allí que a Skatval *el Enérgico* le pareció mal, muy mal. Intrigado, el jefe haloga utilizó la palma de su mano, dura como si estuviera hecha de cuerno, para protegerse los ojos del sol de la mañana mientras oteaba el mar.

Decidió con relucencia que no era la bandera imperial, un sol resplandeciente sobre fondo azul, la que ondeaba en lo alto del mástil de la drómona. Había visto antes aquel estandarte y se había enfrentado a quienes lo enarbolaban, demasiadas veces para su gusto.

Tampoco eran los soles gemelos que los videssianos dibujaban para ayudar al barco de guerra a seguir el camino correcto, aunque su propia gente le habría pintado unos ojos en su lugar. Los videssianos procedían del lejano sur y tenían una mayor confianza natural en el sol que los halogai. Por aquellos lugares, entre el hielo, la oscuridad y el hambre del invierno, el sol parecía en ocasiones un recuerdo distante y apagado. Skatval se preguntó, no por primera vez, por qué el imperio de Videssos, qué ya poseía tantas cosas, aspiraba a engullir Halogaland y su miseria interminable.

Pero aquél pensamiento lo apartaba de la meta que se había puesto. Escudriñó más allá, en busca una vez más de algo extraño, algo pequeño y sutil...

—¡Por los dioses! —dijo en voz baja—. Son las mismas sombras.

Los hombres del norte, que tenían que enfrentarse a los mares violentos y las tormentas salvajes de la bahía de Haloga, siempre construían sus barcas en el estilo de tingladillo, en el que cada plancha se solapa sobre la inferior y los ganchos atraviesan ambas para darle mayor resistencia. Las placas estaban colocadas una al lado de otra en la drómona, de manera que sus costados parecían indecorosamente suaves... «Como los propios videssianos», pensó Skatval con una media sonrisa.

Los hombres que dirigía podían llenar media docena de galeras. La arrogante drómona ya había rebasado las calas donde se hallaban cuatro de ellas. Sólo tenía que encender el fuego de batalla —y siempre había antorchas a mano— y aquél osado capitán no regresaría a su cálida patria. Skatval únicamente necesitaba dar la orden.

Pero no la dio. Por una parte, en la proa de la drómona habían colocado una lanza de cuya punta pendía un escudo pintado de blanco, la señal videssiana de tregua. Por otra parte, la drómona no estaba sola. Si la hundía y mataba a sus tripulantes, un enjambre de barcos acudiría en busca de venganza. Stavrakios, el hombre que se sentaba en el trono del Imperio, era muy semejante a un haloga en eso.

La drómona se detuvo a un estadio del final del fiordo. Skatval observó a los marineros vestidos con taparrabos (sus labios se torcieron en una sonrisa burlona

cuando se imaginó cómo debían de viajar con aquél atuendo, a más de un mes del verano) mientras bajaban un bote a las aguas de color azul grisáceo. Cuatro hombres descendieron por una cuerda hasta el boté. La torpeza con qué manejaban los remos le indicó de inmediato que no eran marinos. Las comisuras de su boca se doblaron hacia abajo. ¿Qué eran, entonces?

Cuando salieron de la sombra de la drómona, él sol hizo relucir sus calvas. Por unos momentos, Skatval se limitó a aceptar lo que veía. Luego lanzó en voz alta una larga y feroz sarta de maldiciones. Así que los videssianos enviaban otro rebaño de sacerdotes a Halogaland, ¿eh? ¿Acaso no sé habían enterado de qué al pueblo del norte le importaba un comino su dios? ¿O es que su Phaos les exigía a veces sacrificios de sangre?

Skatval masticó aquélla nueva idea un rato, pues hacía al dios videssiano más semejante a aquéllos que él veneraba. Pero, al final, la escupió. Había visto el culto de los imperiales y sólo ofrecían himnos a su decadente dios, no sangre.

Cuando partió el bote, la drómona viró casi en redondo (el trabajo de los remeros era digno de respeto) y se dirigió a la salida del fiordo. Skatval volvió a fruncir el entrecejo. Ni siquiera los apáticos videssianos tenían el hábito de abandonar a sus sacerdotes a su suerte.

En lugar de atracar en la playa, el bote se detuvo a un tiro de flecha de la orilla. Los sacerdotes, ataviados con túnicas azules, comenzaron a cantar. Uno de ellos se puso en pie, miró al sol y dibujó un círculo sobre su pecho izquierdo. Skatval sabía que aquél era un gesto de respeto. Los demás clérigos elevaron las manos al cielo. El cántico continuó. El que estaba de pie volvió a trazar en el aire el círculo solar, hizo un rápido pase, y otro, y otro más.

Un ancho puente de luz solar quedó repentinamente tendido desde el bote hasta la playa. Los sacerdotes cargaron con los bultos sobre los hombros y caminaron sobre él con tanta confianza como si anduviesen en tierra firme. Cuando lo hubo cruzado el último, el puente se desvaneció. El bote quedó flotando en el fiordo, solitario y olvidado.

«Así que son hechiceros», pensó Skatval. La magia, que probablemente había sobrecogido a los granjeros que hubieran presenciado la escena, también le impresionaba a él, pero sólo hasta cierto punto: la habría valorado más si hubiera transportado también el bote. No obstante, los halogai también alardeaban de tener magos, aunque su arte estaba más pegado a la tierra y solía ser más sangriento que aquellos juegos con la luz. Skatval se negaba a sentirse sobrecogido. No le cabía duda de que aquello era lo que pretendían los de las túnicas azules; de lo contrario, se habrían limitado a remar hasta la orilla.

—Dejémoslos que fanfarroneen —musitó—. Los ahogaré con sus propias baladronadas, por los dioses.

Llevó la mano a la empuñadura de la espada y echó a andar hacia la orilla. Se preguntó si debía matar a los de las túnicas azules en aquel mismo momento, o si el

propósito de Stavrakios sería incitarlo a hacerlo para dar así al Imperio la excusa de lanzar sobre ellos sus naves y soldados. Videssos jugaba a la diplomacia de manera más escurridiza que la mayoría de los países. Tal vez fuese más sensato dejar que los sacerdotes cometieran alguna barbaridad, como seguramente harían, para justificar su muerte.

Los recién llegados lo vieron bajar a grandes zancadas el camino del caserón, y se volvieron hacia él como una sola persona. «Como una, realmente», pensó. Los sacerdotes videssianos eran como judías en su vaina. Antes de estar lo bastante cerca como para distinguir los rostros, ya estaba seguro de lo qué iba a encontrar. Unos serían más viejos y otros más jóvenes, pero todos serían bajos, de complexión ligera y de tez morena a sus ojos.

Tres de los cuatro sacerdotes encajaban en el modelo que esperaba. Incluso sus edades eran difíciles de adivinar, a excepción de los mechones canosos de sus barbas sin recortar: al igual que sus túnicas, idénticas para todos, sus cráneos pelados y relucientes los hacían parecer idénticos.

Quizá porque preveía encontrar uniformidad, Skatval necesitó más tiempo del necesario para darse cuenta de que el cuarto hombre del bote rompía el molde. Aunque iba ataviado como sus compañeros y llevaba la cabeza afeitada, la barba que le poblaba las mejillas y la barbilla no era negra ni canosa, sino rizada y dorada, y le llegaba hasta la mitad del pecho. Tenía el rostro anguloso y la nariz corta, y los ojos no eran oscuros, inteligentes y de párpados caídos, sino bien abiertos, amistosos y del mismo color que las aguas del fiordo de Lygra.

El firme paso de Skatval se alteró. Se tiró de la barba, mejor cuidada que la del cuarto sacerdote, pero del mismo tono. Allí tenía algo imprevisto. ¿Cómo había conseguido Videssos convertir a un haloga en sacerdote de Phaos? Y ¿qué clase de arma era este sacerdote?

Todos los sacerdotes habían estado rezando desde que habían dejado *Implacable* y bajado al bote que los condujo a aquella tierra inhóspita. Pero Antilas, Nephon y Tzoumas guardaron silencio cuando vieron acercarse al bárbaro. Sabían que podía esperarles el martirio dentro de unos momentos, que su destino descansaba únicamente en las manos de Phaos, y que el buen dios haría con ellos: lo que le complaciera.

Kveldulf sabía todo aquello tan bien como sus hermanos, pero aun así volvió a recitar el credo:

—Bendito seas, Phaos, señor de mente grande y buena, que vigilas para que la gran prueba de la vida se decida en nuestro favor.

—Tu piedad, como siempre, habla en favor tuyo, Kveldulf —dijo Tzoumas. Como todos los imperiales, el viejo sacerdote pronunciaba el nombre de Kveldulf como si fuese un apelativo propiamente videssiano: «Kveldoulphios». Se había

acostumbrado a oírlo pronunciar así hasta el extremo de que era como si se hubiera llamado de tal modo desde su nacimiento. O casi.

No deseó contradecir a su superior y bajó la mirada con modestia. Había recitado el credo de Phaos, no tanto para suplicar sus favores al buen dios, como para reafirmarse a sí mismo, recordar lo que había decidido ser, en un mundo donde necesitaba tanta firmeza como un marinero náufrago necesitaba un tablón para sostenerse en un mar súbitamente revuelto.

Aunque hacía más de veinte años que no ponía el pie en Halogaland, todo le resonaba con una familiaridad que era todavía mayor por ser inesperada: la manera como la tierra ascendía bruscamente desde la mar; el lúgubre color gris de la roca pelada; el sabor fuerte y frío de la sal del aire; los oscuros mantos de agujas de los abetos y los pinos, que cubrían las lomas; los muros cubiertos de hierba del caserón del jefe y la forma como las paredes confluían para adaptarse al tejado, que no había sido construido como tal, sino que era una barca vuelta del revés que no servía para ningún otro uso. Había pasado su adolescencia en un caserón así.

Pero ya no era un muchacho. Llevado al Imperio como premio de guerra, se había convertido en hombre —y en sacerdote— en sus grandes ciudades, en la dorada Skopentzana y en la poderosa capital imperial, la propia Videssos. Ahora veía con los ojos de un hombre que conocía mejor un mundo distinto de lo que había dado por sentado de niño.

—Son muy pobres —susurró. Los campos estaban cubiertos de cebada y judías, pero eran lamentablemente estrechos. Y las cosechas, según los criterios videssianos, sólo podían ser reducidas. Bajo el sonriente sol sureño, algunas provincias agraciadas podían tener dos cosechas anuales. Aquí, en el norte, conseguir una no estaba garantizado ni mucho menos. Las vacas eran pequeñas y los cerdos, escuálidos; sólo las ovejas parecían tan gordas y lanudas como las recordaba. Aquí necesitaban buena lana que los resguardase del invierno.

Hasta el caserón era un reto para sus recuerdos y menos de lo que había esperado que fuese. Este jefe era más rico de lo que había soñado el padre de Kveldulf con ser; su casa era más grande y fuerte que aquella de la que había huido Kveldulf, corriendo desenfrenadamente y con la garganta seca por el humo mientras los imperiales le prendían fuego. Sin embargo, comparada con la veintena de casas, palacios y templos de Skopentzana, o con las veinte veintenas de Videssos capital, no era más que una barraca y, por cierto, sucia.

El jefe en persona seguía avanzando hacia los sacerdotes. Era un hombre corpulento y de hombros anchos, con el mismo pelo rubio, tez blanca y ojos claros que Kveldulf. El enorme broche de oro con que se sujetaba la capa también anunciaba su rango. Pero sus anchos pantalones de lana tenían las rodillas manchadas de suciedad, tal vez por agacharse en los campos, pero también probablemente por el suelo de tierra del caserón. Al recordar la casa de su padre en llamas, Kveldulf se fijó en los ojos enrojecidos del jefe y en el hollín injertado para siempre en las arrugas de

su frente: los halogai conocían las chimeneas, pero en invierno optaban a menudo por no dejar que el calor se escapase por ellas.

El jefe se detuvo a unos diez pasos de los sacerdotes y se pasó todo un minuto escrutándolos.

—¿Por qué habéis venido aquí —dijo al cabo—, donde ya sabéis que no sois bienvenidos?

Su voz, lenta y profunda, y las sonoras y resonantes palabras que dijo, hicieron estremecerse a Kveldulf. Desde su adolescencia no había oído a nadie más que el mismo hablar la pura lengua haloga; se la había enseñado a sus compañeros, pero ellos utilizaban una entonación videssiana más cortante.

El sonido de la voz del jefe hizo que el corazón de Kveldulf ansiara responder, pero no era el lugar adecuado. Modestamente, fijó la mirada en el suelo mientras Tzoumas, el mayor y más santo de los cuatro, respondía en la lengua del norte:

—Hemos venido a hablaros del buen dios Phaos, señor de la mente grande y buena, a quien debéis adorar por la salvación de vuestras almas.

—¡Una cosa nueva! —exclamó el jefe elevando sus cejas, del color de la paja. De súbito, pasó a hablar en videssiano—: Muchos de entre nosotros conocemos vuestro idioma, pero pocos hombres del sur se han molestado en aprender el nuestro.

Detrás de Kveldulf, Nephon dio un suave codazo a Antilas.

—Poca gente de Videssos perdería su tiempo aprendiendo esta jerga bárbara —le susurró. Antilas gruñó, asintiendo.

El jefe haloga no pudo oírlos, pero Kveldulf frunció el entrecejo, aunque Nephon no andaba lejos de la verdad; sólo una orden directa del patriarca había sido la causa de que tres de ellos aprendiesen la lengua del norte y las costumbres de los halogai. La mayoría de los videssianos suponían que cualquiera que no estuviera dispuesto a adoptar su estilo de vida no merecía salvarse.

—Me atrevería a afirmar que fue este pato de reclamo quien os la enseñó —prosiguió el jefe, todavía en videssiano. Su mirada se desvió hacia Kveldulf, y retornó a su lengua materna para preguntar—. ¿Quién eres, y cómo te encontraste entre los sureños?

—Con vuestro permiso, mi santo señor —murmuró Kveldulf a Tzoumas, que agachó la cabeza en señal de asentimiento. Sólo entonces Kveldulf se dirigió directamente al haloga—. Soy Kveldulf, un sacerdote de Phaos como cualquier otro.

—No como cualquier otro, por los dioses —replicó el jefe—. ¿Y Kveldulf *qué*? ¿Eres un esclavo o una mujer, que no tiene apellido ni patronímico que colocar junto al suyo propio? —Señaló su propio pecho con un enorme puño—. Yo soy Skatval el *Enérgico*, o Skatval hijo de Raud.

—Mis respetos a vos y a los vuestros, Enérgico Skatval —dijo Kveldulf, saludando al jefe de la forma correcta—. Yo soy... Kveldulf. Con eso basta. Si lo preferís, soy un esclavo, pero un esclavo voluntario del buen dios, como todos sus sacerdotes. No tenemos ningún otro título, ni lo necesitamos.

—¿Tú... te has convertido en esclavo? —Skatval comenzó a sacar su espada de la vaina—. ¿Y tenéis el propósito de esclavizar al pueblo libre de Halogaland?

—Para el buen dios, sí.

Kveldulf sabía que la muerte andaba cerca. Entre ellos, los halogai, no tenían esclavos. En Videssos, sí lo había. Kveldulf había sido un esclavo normal, hasta que su ferviente amor por el dios que había conocido en el Imperio persuadió a su amo, un hombre piadoso, a liberarlo para que sirviera a Phaos. Aguantó la feroz mirada de Skatval sin titubear.

—Matadme si debéis, señor. No huiré ni lucharé. Pero, mientras viva, seguiré predicando.

El jefe haloga levantó su brillante hoja. Entonces, de súbito, se detuvo, echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada que retumbó en las colinas.

—Predica cuanto quieras y donde quieras, curita. Ya veremos cuántos hombres del norte se encadenan voluntariamente y para siempre a nada, ni siquiera a un dios.

Kveldulf sintió que una oleada de cólera ascendía desde su garganta hasta lo más alto de su cabeza. Con su piel pálida, casi transparente, sabía que su ira tenía que ser perfectamente visible. No le importó. Sus manos se cerraron involuntariamente en puños torpes y carentes de práctica. Dio un paso hacia Skatval.

—¡Alto! —ordenó Tzoumas en tono tajante.

Skatval seguía riéndose y arrojó la espada.

—Déjalo que venga, videssiano. Tal vez le meta a puñetazos un poco de sentido común en su calva cabeza, si no puede entrar de ninguna otra manera.

—¡Basta, santo señor! —ordenó otra vez Tzoumas a Kveldulf, y aguardó a que lo obedeciera antes de volverse hacia Skatval, a quien dijo—: Recoged vuestra arma, señor, pues en la batalla que va a celebrarse encontraréis bien armado a Kveldulf.

—¿Bien armado? ¿Con qué? —se mofó Skatval.

—Con palabras —respondió Tzoumas. Skatval dejó de sonreír.

Kveldulf predicaba en un terreno de pastos, con un puñado de excrementos de vaca junto a sus sandalias. Por lo que Skatval sabía de los videssianos, simplemente aquello debería haber bastado para mantenerlos apartados. Pero Kveldulf no prestó más atención al hecho que ninguno de los arrendatarios. Y había más arrendatarios escuchando en el campo de lo que le habría gustado a Skatval.

El jefe los observaba desde el borde del bosque que había junto a los pastos. Había llamado a Kveldulf por tener un nombre sin aditamentos. Ahora, como si fuese en revancha por sus burlas, las mujeres acudían en masa para oír al haloga inexplicablemente convertido en sacerdote videssiano. Al pensar en ello, Skatval era justo. Por mucho que despreciase a Kveldulf, no podía negar que el túnica azul era un hombre atractivo, a excepción de su cabeza afeitada. E incluso eso, por repulsivo que pudiese parecer en los clérigos videssianos, podía interpretarse como una exótica

novedad en alguien que era un perfecto hombre del norte en todos los demás aspectos. Por los suspiros de las mujeres, así lo entendían ellas, y eso sólo consiguió inquietar todavía más a Skatval.

Entre las mujeres estaba su propia hija Skjaldvor; vio su brillante pelo dorado en la segunda fila de la multitud que rodeaba a Kveldulf. Gruñó algo en el fondo de la garganta, disgustado. Si Skjaldvor se tomaba en serio las tonterías que decía el sureño, ¿cómo podía esperar librarse de Kveldulf cuando llegase el momento? Volvió a gruñir. Su hija debía haberse casado dos años atrás, tal vez tres o cuatro, pero le concedió su deseo —e incluso se sintió halagado por él— de quedarse en su casa. Ahora se preguntaba qué clase de precio tendría que pagar por aquella flaqueza.

Casi podía oír a sus severos dioses sedientos de sangre riéndose de él. Ellos sabían que siempre se paga por ser blando. Hizo una mueca ¿Permitirían verse suplantados, simplemente para darle una lección que ya sabía de memoria? Tal vez. Los halogai que buscaban la venganza la perseguían por su propio placer, sin contar las monedas para comprobar si valía la pena.

La brisa de verano, tan suave que podía confundir a un hombre que no supiera que aquellos días maravillosos no durarían para siempre sopló las palabras de Kveldulf hasta los oídos de Skatval. El sacerdote tenía una voz vibrante y melodiosa, una voz masculina, y no era un orador vulgar; conciliaba la franqueza septentrional con un estilo videssiano más refinado, como si sostuviera las ideas en las manos y las examinara desde todos los ángulos.

Hizo una pausa. Su público, que debería haber estado aprovechando al máximo el corto verano en vez de estar escuchando dulces memeces, aplaudió. Skatval vio que Skjaldvor unía las manos y que sus brillantes ojos miraban fijamente a Kveldulf, con la boca abierta y sonriente.

Empezó a preocuparse de verdad.

Tras varios días de predicación, Kveldulf también empezó a preocuparse seriamente. Los halogai, que habían sido su pueblo —todavía eran su pueblo, si la sangre contaba tanto como el lugar donde uno vivía, y seguro que así era—, acudían en masa a oírlo. Lo escuchaban con una atención mayor y más seria que la que le habrían concedido un grupo de videssianos; todo imperial se creía un teólogo y quería discutir todos los matices del significado de las sagradas escrituras de Phaos. Los halogai, en cambio, escuchaban con respeto y asentían sobriamente, pero no se convertían.

No les faltaban preguntas que hacerle; en realidad, tenían muchas. Pero aquellas preguntas no surgían de las sagradas escrituras; no suponían que los escritos eran verdaderos, sino que ponían en tela de juicio sus premisas. Para los halogai, todo lo referido a Phaos, incluso su existencia, estaba abierto al debate. Habían advertido a Kveldulf de ello antes de emprender el viaje hacia su tierra natal, pero sólo ahora

descubría lo que habían querido decirle.

Así, por ejemplo, ningún videssiano le habría preguntado, como hizo un pastor con las botas de cuero manchadas con excrementos de oveja:

—Bien, ¿cómo sabes que ese Phaos es como dices que es?

—Unas cosas sirven para el bien en este mundo, y otras para el mal —respondió Kveldulf—. Phaos es el arquitecto de todo lo que es bueno, mientras que Skotos trabaja sin descanso por destruir todo cuanto Phaos hace.

Kveldulf escupió entre los pies en señal de rechazo al dios oscuro. El pastor también escupió.

—Eso es lo que tú dices. ¿Quién te lo ha dicho a ti?

—Así rezan las propias palabras sagradas del buen dios, escritas en los tiempos antiguos.

Kveldulf hizo una señal con la cabeza a Tzoumas, que sostenía una copia de las escrituras. Las palabras que contenía no tenían sentido para los halogai que las contemplaban; no sabían leer ni escribir en su propio idioma, y mucho menos en videssiano. Pero la tapa, de metal pulido hasta hacerlo brillar como el oro y decorado con piedras preciosas y un retrato al esmalte del severo y majestuoso semblante de Phaos, prometían que cuanto había escrito en el libro era digno de consideración. Como decía un proverbio videssiano: «Un manto se revela por adelantado en sus ribetes».

—¿Te ha dicho tu dios esas palabras a ti en persona? —insistió el tozudo pastor.

Kveldulf tuvo que menear negativamente la cabeza.

—Entonces ¿por qué crees en ellas? —continuó el pastor—. Cuando oigo el trueno, o veo el brote que sale de la semilla enterrada, o poseo a mi mujer, todo eso son cosas que conozco por mí mismo; no me avergüenzo de adorar a los dioses que las han hecho. ¿Pero un dios que habló hace mucho tiempo, si es que habló? ¡Bah! Y volvió a escupir.

Detrás de Kveldulf, uno de sus colegas videssianos —creyó que era Nephon— dijo en voz baja:

—¡Blasfemia!

El propio Kveldulf sintió fugazmente una oleada de calor por su cuerpo, un calor mayor del que podía engendrar el tenue sol de Halogaland. Además de despojarse de los cabellos, los sacerdotes videssianos renunciaban al contacto carnal como signo de devoción hacia el buen dios. Kveldulf ya había mantenido su celibato durante mucho tiempo y raras veces se sentía tentado. Pero los imperiales no hablaban de poseer a su pareja con tanta naturalidad como el pastor. Aquella simple palabra hizo sentir por un momento a Kveldulf aquello a lo que había renunciado.

—Si las palabras sagradas del buen dios no te inspiran —dijo—, piensa en las obras de sus seguidores. Dominan desde las fronteras de Makuran, en el lejano sudoeste, hasta las tierras que bordean el Mar Videssiano y el Mar de los Marinos, y se extienden a lo largo de las costas del Mar del Norte hasta las fronteras de tu país. Y



todo ello bajo el gobierno de un solo hombre, el poderoso emperador Stavrakios, *avtokrator* de los videssianos, mientras que la pequeña Halogaland está dividida en incontables reinos. ¿No te habla esto de la fuerza de Phaos?

—Ese argumento no es fiel a las escrituras —dijo Nephon detrás de él—. Los bárbaros deben venir a la fe de Phaos por causa de la gloria del buen dios, no por la de sus seguidores.

—No los llames bárbaros —replicó Antilas en voz baja—. Él es uno de ellos, ¿recuerdas?

Nephon gruñó.

—La forma como los creyentes encuentren a Phaos importa poco —terció Tzoumas—; pero que lo encuentren sí importa, y mucho. Dejad que Kveldulf continúe si lo desea.

Aquella conversación se había sostenido en videssiano, de modo que los halogai a los que Kveldulf predicaba no se enteraron. Y ahora, por primera vez desde que había llegado a Halogaland, Kveldulf tuvo asistentes que le escuchaban con atención. Se preguntó por qué, puesto que Nephon tenía razón: un argumento basado en los resultados era más débil que uno fundamentado en la doctrina. Pero los hombres del norte respetaban la fuerza; tal vez no era perjudicial recordarles el poder de Videssos.

—¡Apartad el mal de vuestras vidas! —proclamó—. Aceptad a Phaos en vuestros corazones, en vuestros espíritus. Volveos hacia el bien que hay en cada uno de vosotros. ¿Quién me mostrará que está listo para rendirse al señor de la mente grande y buena, y rechazar el mal para siempre?

Había pedido lo mismo al final de cada sermón y como respuesta había recibido un silencio impenetrable o mofas. Los halogai estaban satisfechos oyéndolo, pues les proporcionaba algo inusual e interesante para pasar el rato. Pero oír era una cosa, y aceptar era otra muy distinta. A pesar de sus apasionadas exhortaciones, no había convencido a nadie hasta aquel día. Entonces, una mujer levantó la mano, y luego otra, y luego un hombre.

Kveldulf dibujó el signo del sol sobre su corazón. Al levantar la mirada a los cielos para dar gracias a Phaos por permitirle ser persuasivo, sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento. Por fin el buen dios le había dado una señal de que no había olvidado al pueblo del norte.

Skatval segó la garganta del caballo. Cuando el animal sacrificado se tambaleó, sostuvo el cuenco del *laut* bajo su cuello para recoger la sangre que manaba de la herida. El caballo cayó al suelo. Con el contenido del cuenco del *laut* llenó varios aspersores y manchó las paredes de madera del templo del color rojo brillante. También se embadurnó los carrillos y las manos, y lo mismo hicieron los miembros de su clan que se habían reunido para la ofrenda.

Mientras humedecía a hombres y mujeres con la sangre sagrada, su sacerdote,

Grimke hijo de Grankel, declaró: —Que la bondad fluya del dios como la sangre mana de la ofrenda.

—Así sea —corroboró Skatval. Y otro tanto hicieron sus guerreros y sus mujeres, y todos los presentes.

Hizo todo lo posible por ocultar su inquietud mientras comenzaba a trocear el caballo, pero no era fácil. El sacrificio debería haber convocado a todo el clan para recibir la bendición de los dioses y celebrar juntos un banquete con carne de caballo y cerveza. La mayoría de su gente había acudido, pero faltaban demasiados.

Entre los que faltaban estaba Skjaldvor. Skatval arrugó las cejas sobre su alargada y fina nariz. De todas las personas que podían estar escuchando las bobadas del sureño, había confiado en que su hija sería una de las últimas.

Lanzó una mirada a Ulvhild, su esposa. Tras vivir juntos en el caserón toda su vida como adultos, ella leía sus pensamientos como si los anunciara a voz en grito. Su mujer se encogió de hombros, lenta y deliberadamente, indicándole que no podía hacer nada respecto a Skjaldvor; su hija ya era una mujer. Él resopló. Nadie podía controlar a una muchacha cuando se convertía en mujer. Ulvhild oyó el bufido y lo miró enojada: también le había leído aquel pensamiento.

Skatval se volvió hacia la carne que se estaba asando. Los primeros pedazos estaban lo bastante hechos para poder comerlos. Alguien alargó una bandeja de madera de abedul. Clavó el cuchillo en la carne y la dejó en la bandeja. A su lado, Grimke empuñaba un cucharón y llenaba las jarras de cerveza.

—Que los dioses nos bendigan con su generosidad —entonaba.

Un rato después, con el vientre lleno de carne y la cabeza girando ligeramente tras muchas jarras de cerveza, Skatval salió del templo. Fue uno de los últimos en marcharse: uno de sus deberes como jefe —y no el menor— era el de comer y beber más que sus inferiores. El rico sabor del tuétano caliente todavía le llenaba la boca.

Se dio una palmada en el vientre. La vida no era tan mala. Los campos producían tanto como siempre; ninguna alimaña diezmaba los rebaños, ni ninguna epidemia a las personas. No había saqueadores que los amenazaran. El invierno sería largo, pero siempre lo era. Si los dioses querían, casi todo el clan vería la siguiente primavera. Había vivido demasiados años en que la escasez y la muerte se mostraban con muchos meses de adelanto.

Entonces, su satisfacción lo abandonó como caldo en una olla resquebrajada. Al borde de un campo de heno caminaban Skjaldvor y Kveldulf, no abrazados pero sí juntos, con las cabezas muy próximas.

El sacerdote le explicaba algo con gestos extravagantes que debía de haber aprendido de los videssianos; ningún hombre de Halogaland habría sido tan elocuente. Skjaldvor se reía, daba palmadas y asentía con entusiasmo. Fuera lo que fuese lo que había dicho, ella lo aprobaba.

«O, más probablemente, sólo aprueba a Kveldulf», pensó Skatval con humor amargo. El jefe se preguntó si ella distinguía entre las doctrinas del túnica azul y el

mismo. Él tenía sus dudas. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer nadie con una muchacha cuando se convertía en mujer?

Respondió a su pregunta al regresar al templo. No le gustó la conclusión a la que llegó, pero no encontró ninguna mejor.

—Dime, Kveldulf —dijo Skjaldvor—, ¿cómo llegaste a reverenciar al dios videssiano?

Ella dejó de caminar, inclinó la cabeza y aguardó su respuesta. La luz que se filtraba por las copas de los árboles era clara, pálida, casi descolorida, como los grisáceos troncos de los abedules que los rodeaban. El aire olía a musgo y rocío. Cuando Kveldulf hizo también una pausa, el silencio lo envolvió como una capa. A lo lejos, oyó el trino bajo y ronroneante de un herrerrillo. Aparte de eso, todo estaba en silencio. Podía oír su propia respiración y, al cabo de un momento, también la de Skjaldvor.

Ella lo miraba, y Él también la examinó. Era alta para ser una mujer, pues su nuca estaba más alta que su propia barbilla. Sus cabellos, dorados y sueltos, le envolvían el rostro, un semblante de barbilla marcada y pómulos orgullosos que, junto con la indomable mirada de sus grandes ojos, hablaba como un libro abierto de la legendaria tozudez de los halogai. De hecho, se parecía enormemente a su padre, aunque en ella la rudeza era fresca y encantadora. Pero Kveldulf, que carecía de práctica con las familias o con las mujeres, no podía captarlo del todo.

Sí sabía que ella lo ponía nervioso, y que pasaba más tiempo con ella del que debía. Todo el clan de Skatval tenía almas que querían salvarse. Sin embargo, Kveldulf se dijo que ganarse a la hija del jefe para el buen dios fortalecería en gran medida a Phaos en aquel lugar. Y ella no podía haber elegido nada mejor que preguntarle.

Los años pasaron volando mientras él buscaba en su interior.

—Yo era todavía un niño, y mi barba aún no me había crecido, cuando fui vendido como esclavo: un botín de guerra de los videssianos. Aprendí la lengua del Imperio deprisa para agradar a mi amo. No era el peor de los hombres ni con mucho; me hacía trabajar duro, pero me alimentaba bien y no me pegaba más de lo que me merecía.

Los cabellos de su bigote le pincharon los labios al torcer éstos en una sonrisa maliciosa. Al recordar algunos azotes, se dio cuenta de que Zoïlos había sido compasivo, aunque entonces no se lo pareció.

—¿Cómo pudiste vivir... como esclavo? —Skjaldvor se estremeció—. Procedes de un pueblo libre. ¿No habrías preferido perder la vida antes que vivir encadenado?

—No llevaba cadenas —replicó Kveldulf.

—Eso puede ser peor —dijo ella en tono sarcástico—. ¿Permanecías como esclavo cuando podrías..., deberías haber huido?

Ella le dio la espalda. Su larga falda de lana revoloteó y le mostró por unos instantes sus esbeltos y blancos tobillos.

—¿Cómo podía huir? —preguntó, haciendo lo posible para teñir su voz de razonamiento y no de ira—. Skopentzana está lejos de Halogaland y yo sólo era un niño. Y no pasó mucho tiempo hasta que entendí mi captura como una bendición y no la calamidad que había pensado.

Skjaldvor lo miró de nuevo, con los brazos en jarras.

—¿Una bendición? ¿Es que no tienes juicio? Tener que obedecer los caprichos de otro... Yo habría preferido morir antes que soportar eso.

—Eso es posible —dijo Kveldulf con sobriedad.

Era demasiado probable que una esclava tan adorable como Skjaldvor tuviera que someterse a los caprichos de otro hombre. Por suerte, Zoilos no había comprado a Kveldulf para eso. Meneó la cabeza para apartar de su mente el molesto pensamiento carnal y prosiguió:

—Pero tú me has preguntado cómo encontré a Phaos. De no haber sido esclavo de Zoilos, dudo que lo hubiera hecho. Él solía salir de casa muy temprano y un día le pregunté adónde iba. Me dijo que a rezar en el templo principal de Skopentzana, y me preguntó a su vez si me importaba ir con él.

—¿Y aceptaste?

—Acepté. —Kveldulf se rió de sí mismo cuando era un muchacho—. Parecía más sencillo que mis deberes matutinos habituales. Así que ordenó que me lavasen, me entregó una camisa menos desharrapada de lo normal y seguí sus pasos hacia el templo. Entramos. Yo no había olido nunca el incienso antes. Y cuando levanté la mirada hacia la bóveda...

Su voz se apagó. Un cuarto de siglo después, todavía podía revivir el temor reverencial que había sentido al contemplar la dorada bóveda y ver al severo Phaos mirándolo —le pareció que sólo a él, aunque el templo estaba abarrotado—, juzgándolo y sopesando su valía. Entonces el coro de sacerdotes situado detrás del altar elevó su múltiple voz para exaltar y alabar al señor de la mente grande y buena, y...

Kveldulf se acordó de hablar.

—No sé si seguía en la tierra o había ascendido a los cielos. Vi a aquellos hombres santos vestidos con túnicas azules, que vivían con el buen dios cada momento de cada día de cada año de sus vidas, y supe que tenía que ser uno de ellos. A la mañana siguiente, yo le pregunté a Zoilos si podía acompañarlo, no él a mí, y también la otra mañana, y la otra. Al principio, cuando sólo faltaba a mis obligaciones, él esperaba que yo fuera piadoso; pero, cuando realmente sentí la piedad, me acusó de faltar a mis obligaciones. Pero yo insistí; estaba embriagado del buen dios. En cuanto encontré a Phaos, ya no deseé nada más. Bueno, nada no; deseé otra cosa más.

—¿Qué?

Skjaldvor se inclinó hacia él. Las cadenas de plata que enlazaban las dos grandes copas que le cubrían los pechos tintinearón suavemente (la forma de las copas recordó a Kveldulf dos caparazones de tortuga). De súbito se dio cuenta de lo cerca que estaba ella.

De todas formas, respondió como había pensado hacerlo:

—Deseé que el buen dios me otorgase la gracia de sacar a mi pueblo de las tinieblas de Skotos y llevarlo a la luz de Phaos. Pues quienes mueren sin conocer al señor de la mente grande y buena están condenados a pasar toda la eternidad en los helados pozos de Skotos, un destino que no deseo a ningún hombre o mujer, videssiano o haloga, esclavo o libre.

—Oh... —Skjaldvor se irguió. Mientras que su voz había sonado grave y anhelante hasta entonces, ahora carecía de entonación. Lo escrutó de nuevo, como si se preguntara si debía insistir. Por fin, dijo—: Creía que tal vez deseabas poder disfrutar de los mismos placeres que otros hombres.

Kveldulf sintió que se excitaba y era consciente de que su blanca piel sólo hacía más evidente su azoramiento. Observó si Skjaldvor también se ruborizaba. Aunque era de tez aún más clara que él, no lo hizo. Ella se sabía libre para decir y hacer cuanto quisiera. Al responder, tartamudeó ligeramente:

—No puedo, sin romper mis votos, y eso no lo haré nunca.

—Tanto más tonto eres, y mayor es el desperdicio, porque no eres un hombre vulgar —replicó ella—. Los otros túnicas azules no son tan estúpidos.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? ¿Es *posible* que no lo sepas, sin ser sordo ni ciego? Tus compañeros no pasan en absoluto sus noches solos en sus tiendas.

—¿Es verdad eso? —dijo Kveldulf, pero la maliciosa satisfacción de la muchacha le demostró que lo era. Sintió pena, pero no sorpresa. Inclinó la cabeza y dibujó el círculo solar sobre su corazón—. Todos los hombres pueden pecar. Rezaré por ellos.

—¿Es eso todo? —exclamó ella, mirándolo con indignación.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? —le preguntó él con curiosidad sincera.

—Si no fuera por tu barba, pensaría que los sureños te convirtieron en un eunuco cuando te vistieron con la túnica azul. —Skjaldvor inspiró hondo y dejó escapar el aire en un silbido—. ¿Qué más quiero que hagas? Pues, para empezar, esto.

Se abrazó a él con la expresión de un guerrero que se abalanzara sobre su enemigo a pesar de su espada y su escudo.

Kveldulf sintió la presión de las copas doradas de sus pechos sobre su túnica, y luego la firmeza más suave y arrebatadora que era ella misma. Seguía teniendo los brazos caídos en los costados, pero ello apenas importaba, puesto que ella lo tenía abrazado. Por el sudor que le perlaba la frente y la calva, el frío bosque parecía haberse convertido en un pantano tropical. Entonces ella lo besó. Ni siquiera un hombre de piedra, una estatua como las de la plaza mayor de Skopentzana, habría permanecido imperturbable.

Ella se apartó y no le miró el enrojecido rostro sino la entrepierna para comprobar el efecto que había producido en él. El efecto era perfectamente visible, lo que sólo lo hizo sonrojarse más. Pero, cuando ella fue a abrirle la túnica, él le apartó la mano de un palmetazo.

—¡No, por el buen dios! —dijo con aspereza.

Esta vez ella también enrojeció, pero de ira.

—¿Por qué no? Los videssianos no se privan de estas cosas. ¿Por qué tienes que hacerlo tú, si no eres de su raza ni naciste dentro de su fe?

—El hecho de que ellos pequen no es motivo para que yo también lo haga. Si asesinaran en lugar de fornicar, ¿me pedirías que yo también lo hiciese?

—¿Cómo puede ser malo algo que da tanto gozo? —replicó Skjaldvor, agitando sus brillantes cabellos en un gesto de desprecio ante aquella idea.

—Está prohibido a los sacerdotes de Phaos y, por tanto, es malo para ellos —declaró Kveldulf—. Y, aunque no nací en la fe de Phaos, soy un hijo adoptado por un buen padre. Fuera lo que fuese por nacimiento, es en la casa de Phaos donde quiero vivir para siempre.

Todo lo que había dicho era cierto, aunque sabía que no era toda la verdad. Como hijo adoptivo en la casa de Phaos, estaba sometido a un escrutinio más riguroso que los videssianos que entraban por derecho de nacimiento; a ellos se les podían perdonar pecados que a él lo condenarían, siendo un extraño que presumía de imitarlos. Otro hombre habría estado resentido y habría luchado contra aquella doble moral. Pero a Kveldulf lo espoleaba. Si de él se requería devoción extra, devoción extra les daría.

—¿No cambiarás de idea? —le preguntó Skjaldvor.

—No —respondió Kveldulf con firmeza.

Desde que había recibido la túnica azul, no había sentido una tentación como aquella; sabía que el recuerdo del cuerpo de la muchacha apretado contra el suyo permanecería en él hasta su último aliento. Todavía ansiaba poseerla. Pero a los sacerdotes se les había enseñado a dominar sus instintos. Repitió el credo de Phaos una y otra vez para sus adentros, concentrándose en el buen dios y no en su deseo carnal, hasta que por fin la lujuria comenzó a ceder.

Skjaldvor se aproximó a él otra vez. En esta ocasión, él pensó que resistiría su abrazo. Pero ella no lo abrazó. Con la rapidez de una serpiente, le abofeteó la mejilla izquierda, y a continuación, con el dorso de la mano, la derecha. Kveldulf saboreó el inesperado dolor, que cauterizó los restos de su deseo.

—Que el señor de la mente grande y buena te guarde en su corazón hasta que tú le permitas entrar en el tuyo —dijo—. Rezaré para que ese día llegue pronto, pues parecías más dispuesta que la mayoría de tus compatriotas a aceptar la fe.

Ella lanzó una carcajada, que resonó en un tono desagradable a pesar de la dulzura de su voz. Luego, le escupió en pleno rostro.

—Esto es para Phaos y su fe —dijo, y volvió a escupirle—. ¡Y esto es para ti!

La muchacha dio media vuelta y se fue enfurecida.

Kveldulf la vio marcharse, mientras su caliente saliva le resbalaba por la barba. De manera deliberada, inclinó la cabeza y escupió entre sus pies, en el antiquísimo gesto videssiano de rechazo a Skotos. Recitó el credo de Phaos una vez más. Cuando acabó, regresó lentamente a las tiendas de la costa.

Skatval contempló el pequeño gentío de granjeros y pastores que elevaban los brazos hacia los cielos. El rumor de sus plegarias a Phaos le llegaba debilmente. A excepción del nombre del dios videssiano, las recitaban en la lengua haloga. Skatval había oído peores poemas de bardos que vivían viajando de una población a otra cantando sus canciones. «Obra de Kveldulf, sin duda», pensó; el sacerdote de la barba rubia estaba demostrando que era un hombre más capacitado de lo que él había creído.

En el cónclave de conversos faltaba Skjaldvor. Por ello, Skatval dio gracias a sus dioses. No le había preguntado qué había ocurrido entre ella y Kveldulf, pero, así como antes acudía a sus cultos y lo miraba con ojos de cordero, ahora su rostro se endurecía en una expresión de resentimiento en cuanto lo veía, y oír su nombre la hacía maldecir. No estaba en peligro de convertirse en seguidora de Phaos; ya no.

Sin embargo, los sacerdotes del Imperio habían ganado para su fe a más gente de la que Skatval esperaba (a decir verdad, había supuesto que su pueblo despreciaría a Kveldulf y al resto; de lo contrario, los habría matado en cuanto pusieron el pie en su tierra). Eso lo preocupó. Si había seguidores de la fe de Videssos en su país, ello significaba que habría sacerdotes videssianos en adelante, y eso a su vez implicaba... Skatval gruñó, sin decir palabra, y echó a andar hacia la reunión. Iba a mostrar a la gente lo que eso significaba.

Kveldulf le hizo una cortés reverencia al acercarse.

—Que el buen dios te conceda la paz, Skatval *el Enérgico*. ¿Cabe que espere que te unas a nosotros?

—No —repuso entre dientes—. Quiero hacerte un par de preguntas.

—Pregunta lo que quieras —respondió Kveldulf, haciendo otra reverencia—. El conocimiento es un camino hacia la fe.

—El conocimiento es un camino que aleja del engaño al que sometéis a mi pueblo —replicó Skatval—. Supongamos que varios de nosotros aceptamos vuestra fe y luego discutimos cómo hay que seguirla. ¿Quién decide quiénes tienen la razón de entre nosotros?

—Los sacerdotes son educados en la religión de Phaos desde su niñez —dijo Kveldulf—. ¿Pueden unos conversos esperar igualarlos en conocimiento?

Skatval hizo una mueca. El sacerdote haloga —no, el videssiano rubio; ésa era la mejor manera de considerarlo— no iba a ponerle las cosas fáciles. Pero el jefe insistió:

—Supongamos que hay discrepancias entre los túnicas azules, pues es posible que suceda, siendo hombres. ¿Quién dice entonces quién recorre el sendero correcto?

—Los prelados que están por encima de ellos —contestó Kveldulf, ahora con cautela. Skatval ya lo había puesto a prueba antes, pero en privado, no delante de la gente.

—¿Y qué pasa con el sacerdote al que se contradice? —inquirió el jefe—. Si no se somete, ¿se convierte en un proscrito?

—En un hereje. Así llamamos a quien elige su propia doctrina falsa en lugar de la ordenada por sus superiores. —Kveldulf meditó la pregunta y añadió—: Pero no, no queda fuera de la ley (excomulgado, es la palabra utilizada en los templos), puesto que tiene el derecho de apelar al patriarca, el sacerdote principal y más santo de todos, y cabeza de toda la fe.

—¡Ah, el patriarca! —exclamó Skatval, como si supiera de la existencia del prelado supremo por primera vez—. ¿Y dónde vive ese príncipe de la piedad?

—En Videssos capital, en el Gran Templo —respondió Kveldulf.

—¿En Videssos capital? Querrás decir «bajo el dominio del *avtokrator*». —Skatval enseñó los dientes, en un gesto más parecido al gruñido de un lince que a una sonrisa—. Así que nuestras discrepancias las someteríais al juicio de Stavrakios, ¿es eso lo que dices? —Se volvió a los conversos y los laceró con palabras dolorosas—: Os considero hombres libres, no esclavos de Videssos a través del dios del Imperio. Vuestro santo varón Kveldulf no es más que el principio de nuestros males, os lo advierto.

—Es el patriarca quien gobierna la iglesia, no el *avtokrator* —insistió Kveldulf. A sus espaldas, sus colegas videssianos asintieron con energía. Skatval no les prestó atención; sin Kveldulf, no eran nadie allí.

—Y, si vuestro querido patriarca muere, ¿qué sucede? —preguntó.

—Los prelados se reúnen en un cónclave para elegir a su sucesor —respondió Kveldulf.

Skatval no pudo menos que admirarlo; sin mentir, había manipulado la verdad para que sirviera a sus propósitos. Para muchos halogai, incluso para sus jefes, aquellas palabras habrían logrado lo que pretendían. Pero Skatval, que desconfiaba del Imperio más que la mayoría, también había aprendido más cosas.

—Por la fe que tienes en tu dios, Kveldulf, ¿quién nombra a los tres hombres entre los que los prelados eligen al patriarca?

Por un fugaz momento, vio odio en aquellos ojos azules tan semejantes a los suyos. Sólo por un momento... y, cuando desapareció, lo hizo por completo. Skatval también vio que los sacerdotes videssianos querían claramente que Kveldulf mintiera. Pero, cuando respondió por fin, su voz sonó firme, aunque baja:

—Es el *avtokrator* quien nombra a los candidatos.

—¿Lo veis? —Skatval se volvió hacia los conversos que le habían oído discutir con Kveldulf—. ¿Lo veis? Sí, seguid a Phaos, si queréis que el *avtokrator* os diga



cómo tenéis que hacerlo. Videssos no tiene fuerza para vencernos por la espada, y por ello pretende estrangularnos con la telaraña tejida por su dios. Y vosotros... ¿estáis ayudando al Imperio!

Esperaba que, al forzar a Kveldulf a admitir que la fe de Phaos estaba dominada por el emperador, su pueblo daría la espalda al dios videssiano. Y, en efecto, un par de hombres y mujeres abandonaron la reunión, meneando la cabeza por su ingenuidad. Para los halogai, la autocracia de Videssos les parecía un gran país cargado de cadenas.

Pero más gente de la que esperaba se quedó para oír la respuesta de Kveldulf. El sacerdote, demasiado astuto para el gusto de Skatval, también se dio cuenta y se sintió más fuerte.

—No importa de dónde procede la fe, amigos: su verdad permanece —dijo con atrevimiento—. Ya habéis conocido la verdad en las sagradas escrituras de Phaos, la habéis oído en mis pobres palabras y la habéis aceptado libremente. Aparte del coste que pagarán vuestras almas en la vida futura, si os alejáis de él siguiendo los apremios de vuestro jefe será un acto tan servil como su supuesta afirmación de que estáis sirviendo al emperador al aceptar al buen dios.

Skatval apretó los dientes al ver que varios hombres asentían. La gente dejó de abandonar el lugar donde el haloga estaba celebrando su culto. Kveldulf no se jactó del triunfo que debía de sentir. Un videssiano lo habría hecho, y habría perdido a la gente cuyo respeto había recuperado. Kveldulf se limitó a proseguir el culto como si no hubiera ocurrido nada; en el fondo seguía siendo un halago, y sabía que un gesto sereno era el golpe de gracia.

Skatval se alejó enfurecido. Continuar la discusión le habría hecho perder prestigio. Se adentró en el bosque y estuvo a punto de arrollar a Grimke hijo de Grankel.

—¿Tú también vienes a apostar por Phaos? —gruñó.

—Un hombre puede vigilar a su enemigo sin querer unirse a él —contestó el sirviente de los dioses de los halogai.

—Al menos comprendes que es un enemigo; más que esos mentecatos de allá abajo —dijo Skatval—. Un enemigo mortalmente peligroso. —Entornando los ojos, volvió de nuevo la mirada hacia Kveldulf, que dirigía a sus conversos en el canto de otro himno traducido—. Por lo tanto, ¿no se merece el correr también un peligro mortal?

Grimke lanzó una mirada a la espada que llevaba en el cinto.

—Pudiste habérselo causado.

—Quería hacerlo, pero temí que ello empujaría a sus seguidores para siempre por su mismo camino. Pero, si tú matas a los sureños y a su estandarte, Kveldulf, mediante la magia, todos verán que nuestros dioses son más fuertes que aquel al que el sirve.

Grimke hijo de Grankel lo miró fijamente, y luego esbozó una sonrisa.

—Eso puede hacerse, jefe.

—Entonces, hazlo. Ya he tolerado demasiado al traidor entre nosotros. Demasiado para que su traición extienda sus raíces. Ahora, como te digo, matar simplemente a Kveldulf y a sus secuaces videssianos causaría más problemas que otra cosa. Pero tú no los matarás simplemente, ¿verdad?

—No, no simplemente. —El rostro de Grimke reflejó su satisfacción ante lo que sucedería y sus cálculos sobre la manera de hacerlo—. Mmmm... Será mejor esperar a medianoche, cuando el poder de su dios es más débil...

—Como consideres más oportuno. Los asuntos mágicos son cosa tuya —interrumpió Skatval a su hechicero—. ¿Dices que incluso tú reconoces a Phaos como un verdadero dios?

—Esto va por Phaos —replicó Grimke, y escupió entre los pies, como un videssiano habría hecho para rechazar a Skotos—. Pero cualquier dios es verdadero para quien sinceramente cree en él, y la fe puede proteger de la magia. Cuando puedo elegir entre los hechizos, escojo el más sencillo siempre que puedo. Así pues, la medianoche es el mejor momento.

—Sea como prefieras —dijo Skatval—. Pero que sea esta noche.

Incluso a medianoche, el cielo no estaba totalmente oscuro. Un color rojo apagado teñía el cielo septentrional, marcando el rastro del sol no muy por debajo de la tierra. Al ver aquel resplandor, Skatval pensó en la sangre. Sólo algunas de las estrellas más brillantes lograban atravesar el interminable anochecer del verano.

Crepitaba una pequeña hoguera. El hijo de Grimke Grankel la alimentaba poco a poco con fragmentos de madera y otras sustancias no tan fáciles de identificar. La tenue brisa arrojó el humo a la cara de Skatval, quien tosió casi hasta ahogarse; no tenía el sabor de verdaderas llamas. Estuvo a punto de ordenar a Grimke que lo apagara y se olvidara de sus embrujos.

Grimke puso un cuenco de *laut* en el fuego, y éste lo lamió hasta que los dioses y las bestias salvajes labrados en relieve en su parte exterior parecieron agitarse con vida propia. Skatval se frotó los ojos. Conocía otros efectos del calor, pero ninguno como aquél. El cuenco contenía una jalea espesa. Cuando empezó a borbotear y bullir, Grimke asintió con satisfacción.

Colocó sobre el cuenco dos copas semejantes, una llena de sangre (en parte suya, y en parte de Skatval), y en la otra cerveza amarga. Lentamente, muy lentamente, vertió ambos líquidos en el cuenco de *laut*.

—Expulsad a los intrusos de nuestra tierra, arrojadlos al miedo, arrojadlos a la muerte —entonó—. Así como arde nuestra sangre, encontrad para ellos destinos más amargos que esta cerveza. Que conozcan el dolor, que conozcan la vergüenza, que olviden a su dios y sólo obtengan la tumba.

El cántico continuaba, repleto de asonancias y aliteraciones. Skatval sintió que se

le erizaba el pelo de los brazos y de la nuca. Aunque la magia no iba dirigida contra él, sintió su fuerza; la sintió, y lo embargó el miedo. Los dioses de los halogai eran hoscos y fríos como la tierra que gobernaban. Mientras Grimke los exhortaba a emplear su poder, Skatval se preguntó por unos momentos si Phaos no sería un señor mejor y más seguro para su pueblo. Reprimió aquella idea, con la esperanza de que sus dioses no la hubiesen escuchado.

Ya era tarde para echarse atrás. Grimke elevó la voz, hasta casi gritar. Y otros gritos, más lejos, se alzaron en respuesta desde las tiendas donde dormían los sacerdotes. Al escuchar su horror, Skatval volvió a preguntarse si debía elegir a Phaos. Meneó la cabeza. Phaos podía ser un buen señor para su pueblo, pero el avtokrator Stavrakios no lo sería, y no podía tener a uno sin el otro.

El hijo de Grimke Grankel dejó las copas de plata en el suelo. Las llamas le empaparon el rostro de sudor, y se le marcaron unas profundas arrugas desde la nariz a las comisuras de la boca.

—Lo que la magia pueda desencadenar, que se desencadene —dijo con voz lenta y ronca por el cansancio.

Kveldulf se despertó a causa de unas pesadillas pavorosas. El sol, que brillaba a través de un lado de su tienda, lo hizo suspirar de alivio, como si no tuviera derecho a verlo. Meneó la cabeza y se sintió ridículo. Los sueños sólo eran sueños, no importaba lo aterradores que resultaran: cuando el sol salía, se desvanecían. Pero aquéllos se negaban a desaparecer.

Había dormido con la túnica puesta. Se la volvió a sujetar con el cinturón y salió a ofrecer sus oraciones matutinas al sol, símbolo de su dios. Tzoumas, Nephon y Antilas permanecían en sus tiendas. «Perezosos», pensó, y elevó las manos a los cielos.

—Bendito seas, Phaos, señor de la mente grande y buena...

Por el rabillo del ojo, vio que Skatval se acercaba, pero no prestó verdadera atención al jefe hasta que terminó de recitar el credo.

—¡Estás vivo! —gritó Skatval como si aquello fuese un crimen imperdonable.

—Pues sí —repuso Kveldulf, sonriendo—. El buen dios me ha protegido una noche más. ¿Soy tan viejo, como para que esa idea te llene de sorpresa?

—Mira a tus compañeros —dijo Skatval, con la mirada fija en él.

—No los turbaré en su reposo —replicó Kveldulf. Tzoumas, en particular, podía convertirse en un oso herido si no dormía todas sus horas.

—¡Míralos! —exclamó Skatval con tanta fiereza que Kveldulf tuvo que obedecerlo.

Fue a la tienda de Nephon, apartó la tela que tapaba la entrada e introdujo la cabeza. Un momento después, la sacó. Estaba pálido y sentía el estómago revuelto. Sus dedos, por su propia cuenta, trazaron el círculo solar de Phaos. Fue a la tienda de

Antilas y luego a la de Tzoumas, con la esperanza de encontrar algo mejor, pero en cada una de ellas sólo vio un cadáver retorcido, con el terror grabado de manera irrevocable en el rostro. Se volvió hacia Skatval.

—¿Por qué me has salvado? Preferiría haber muerto junto con mis compañeros.

Sabía que el jefe no era partidario de su fe, pero no imaginaba que su odio llegase a tales extremos como para hacer lo que había hecho a los videssianos. A su juicio, Skatval parecía ser un hombre razonable. ¿Cuál era la causa de aquello?

Skatval se la dijo.

—Los dioses saben que esperaba que la magia de Grimke también cayera sobre ti, más que sobre cualquiera de los otros. Sin ti, ellos no eran nadie; pero tú sin ellos sigues siendo un enemigo mortal para todo lo que quiero: aún más, puesto que has sobrevivido. Tal vez podría vivir con tu dios, o soportar que mi pueblo lo hiciera. Pero con Phaos traes a Stavrakios, y eso no voy a permitirlo. Huye ahora, Kveldulf, mientras sigues vivo, si es que quieres salvarte.

Kveldulf meneó despacio la cabeza. Sabía que, en parte, Skatval decía la verdad; lo mismo había oído en susurros de los jerarcas videssianos. En un aspecto, la fe de Phaos era el guante en el que se movía la mano del estado imperial. Si los halogai servían a Phaos, un día podrían llegar a servir también a Stavrakios o sus sucesores.

Pero aquélla no era la parte de la fe de la que bebía Kveldulf. Creía con toda su alma en el señor de la mente grande y buena, creía que otros tenían que creer para salvar sus almas, y creía que la mayoría de sus compatriotas habían tenido el espíritu ciego durante demasiado tiempo, y ya eran demasiados los que padecían eternamente los hielos de Skotos por no haber conocido a Phaos. Que el buen dios lo hubiera escogido para guiar a los halogai a la luz lo llenaba de una santa dicha cono no había vuelto a sentir desde el día en que había visto el semblante de Phaos en el templo de Skopentzana.

Así que meneó la cabeza una vez más y dijo:

—No huiré, Skatval. Te lo dije la primera vez que vine aquí. Puedes matarme, pero mientras respire seguiré glorificando a Phaos entre tu pueblo. El buen dios no espera menos de mí. Es mi escudo, mi protector contra todo mal; si muero aquí, él recibirá mi alma.

Para su asombro, Skatval lanzó una carcajada.

—Puedes seguir al dios de los sureños, pero tienes el alma de un haloga. Somos tozudos, no escurridizos y sutiles como los videssianos. Esos tres sacerdotes muertos en sus tiendas me habrían dicho toda clase de mentiras y habrían tratado de retorcerlas según sus intereses. Esta manera de actuar ha sido útil a Videssos durante siglos.

—No es la mía —se limitó a comentar Kveldulf.

—Ya lo veo. —Skatval entornó los ojos, que se volvieron penetrantes hasta atravesar a Kveldulf como dos hojas de hierro templado—. Y por eso, probablemente, sigues vivo. ¡Oh, no niego que esos videssianos servían a su dios...!

—Mi dios —lo interrumpió Kveldulf.

—Dilo como quieras. Lo servían a su manera, pero también servían a Stavrakios. Tú, en cambio, estás tan condenadamente lleno de Phaos que no cabe nada más en ti. Así, tu fe te ha protegido, mientras que la de ellos, más frágil, no les sirvió de nada.

—Tal vez sea así —concedió Kveldulf, y recordó cómo Skjaldvor se había burlado de él diciendo que los tres sacerdotes videssianos no guardaban su voto de celibato. Al pensar en Skjaldvor, también recordó su cuerpo junto al suyo y su virilidad creciendo por el deseo, y añadió—: Pero yo no soy ningún hombre santo al que venerarán las generaciones futuras. Estoy tan lleno de pecado como cualquier otro, aunque trato de combatirlo.

—¿A qué hombre se le concede saber en vida cómo lo considerarán las generaciones futuras? —replicó Skatval—. Hacemos lo que queremos y podemos en el tiempo de que disponemos. Entre los hombres, eso debe bastar; sólo los dioses ven cómo se entrelazan nuestros propósitos.

—Por una vez estamos de acuerdo, aunque no en las palabras que has elegido.

Sorprendiéndose incluso a sí mismo, Kveldulf se inclinó ante Skatval, como lo podría haber hecho ante un superior de su iglesia. Comprendió, con mayor claridad que nunca, que el jefe haloga también combatía por un estilo de vida que consideraba correcto. Ello entristeció a Kveldulf, pues siempre había creído que quienes se negaban a seguir a Phaos carecían de cualquier clase de honor. Sin embargo, seguía convencido de que su fe era mejor, y la verdadera.

—Salvo por las creencias que hemos elegido, podríamos haber sido amigos, tú y yo —añadió.

—Quizás, aunque tu indomable honradez te convierte en un hombre peligroso para tenerlo al lado: eres una espada afilada y desenvainada. —Skatval se mesó la barba—. Todavía podríamos serlo, ¿sabes? En vez de exigirnos que renunciemos a nuestros dioses, renuncia a tu Phaos, dejate crecer el cabello y vive el resto de tus días como un haloga..., como lo que naciste.

Kveldulf meneó la cabeza, sorprendido por la tristeza que lo embargaba.

—Pide a mi corazón que deje de latir, antes que exigirme que abandone al señor de la mente grande y buena.

—Si no lo haces, tu corazón dejará de latir —respondió Skatval, tocando la empuñadura de su espada.

—Si así ha de ser, que así sea —declaró Kveldulf, y volvió a inclinarse—. No huiré, no cejaré. Haz lo que quieras conmigo. Mi destino está en las manos de Phaos.

—No quiero matar a un hombre al que admiro; pero, si debo hacerlo, lo haré —suspiró Skatval—. Como he dicho, por tu sangre eres de los nuestros. Son muchos los valientes guerreros, cantados en nuestras sagas, que eligieron la muerte antes que la rendición.

—Recuerdo las canciones de mi niñez —repuso Kveldulf, asintiendo con la cabeza—. Pero la fe de Phaos también tiene sus mártires; videssianos que lo dieron

todo por el buen dios, y me sentiré feliz de contarme entre ellos. ¿Quieres darme una pala, Skatval, para enterrar a mis amigos? ...

—Te la daré —dijo Skatval—. Kveldulf... Cava también una cuarta tumba.

Ataviado con yelmo y coraza, y blandiendo una lanza de color ceniza, Skatval caminó a grandes zancadas hacia la reunión del campo. Media docena de hombres escogidos, igualmente armados, avanzaban detrás de él. Uno también sostenía una cuerda. Kveldulf debió de verlos, pero siguió predicando. Por su actitud, podía parecer que pensaba que iban a unirse a ellos.

Poco después, tal vez avisados por el entrechocar del metal, algunos conversos se volvieron hacia los recién llegados. Ninguno de ellos llevaba cota de malla ni iba armado para la guerra, pero rodearon al sacerdote con sus cuerpos; los que tenían cuchillos, los empuñaron. Skatval apretó los dientes. Matar al sacerdote era una cosa, pero luchar contra sus compatriotas era algo muy distinto.

—¡Apartaos! —vociferó. No se movieron ni los hombres ni las mujeres—. ¿Sois gorrones que queréis salvar a la cría que el cuco, Stavrakios, ha puesto entre vosotros?

—Es un hombre santo y bueno —repuso Kalmar hijo de Sverre, un buen granjero y no el peor de los hombres.

—Eso no lo niego —replió Skatval, lo que causó que más de uno de los guardianes de Kveldulf lo mirase con sorpresa. Y añadió—: Eso lo hace más peligroso para todo lo que es nuestro. Preguntadle a él, si no me creéis. —Su voz se hizo más áspera—. ¡Adelante, preguntádselo!

Aunque ninguno de los conversos cedió, se volvieron hacia Kveldulf. El túnica azul clavó su mirada en Skatval. Sin temor, trazó el signo solar y luego apoyó el puño derecho sobre su corazón, en el saludo militar videssiano.

—Skatval dice la verdad —dijo—. Al aceptar al dios de la mente grande y buena en vuestros corazones, no podéis seguir siendo como erais antes. Su verdad disolverá las falsedades que había en vuestro espíritu como el sol del verano funde las nieves de Halogaland.

—Con sus propias palabras se declara nuestro enemigo —vociferó Skatval—. ¿Permitiréis que os convierta en sureños afeminados?

—Kveldulf no es ningún afeminado —afirmó Kalmar con rotundidad. Seguía empuñando el cuchillo, dispuesto a utilizarlo como quienes sabían combatir con espadas cortas. Pero algunos abandonaron el círculo de conversos y se apartaron para ver lo que sucedía a continuación.

—No quiero ver cómo alguien vierte la sangre de su hermano —declaró Kveldulf—. Apartaos; dije a Skatval que no huiría de él. Phaos me recibirá en su palacio. El mundo que me espera es mejor que éste donde vivo ahora. Si vuestro jefe quiere enviarme a él, iré.

—Pero, santo señor... —protesto Kalmar.

Kveldulf lo detuvo con un gesto. El hijo de Sverre pronunció una palabra que corrió entre el círculo de conversos. Skatval también la oyó:

—¡Vidente! Es un vidente...

Kalmar miró a Kveldulf una vez más, y éste volvió a menear la cabeza. Con los ojos llenos de lágrimas, Kalmar bajó el cuchillo y se apartó. Uno a uno, los demás conversos se movieron a derecha e izquierda hasta que nadie quedó entre Kveldulf y Skatval.

—Lo llevaremos a los árboles y lo ataremos —indicó el jefe a sus hombres.

—No es necesario —replicó Kveldulf. Estaba pálido, pero su voz seguía sonando firme—. Dije que no huiría, y lo mantengo. Cumplid con vuestro deber.

—De la otra forma sería más sencillo, sacerdote —dijo Skatval, titubeante.

—No. No necesito que me aten para demostrar que entregaré satisfecho mi vida al señor de la mente grande y buena; actúo por mi propia voluntad. —Kveldulf hizo una pausa para inspirar hondo—. Concédeme, sin embargo, un favor cuando haya muerto.

—Si puedo, y si eso no significa hacer daño a los míos —contestó Skatval.

—Guarda mi cabeza en sal, como si fuese una caballa conservada para el invierno, y entrégala al primer navegante videssiano que entre en el fiordo de Lygra. Cuéntale mi historia y pídele que la lleve, que me lleve de regreso a los templos, y que los prelados sepan de mi labor por el buen dios.

Skatval se mesó la barba mientras reflexionaba. Stavrakios podía tomarse la entrega de aquel despojo como un pretexto para declarar la guerra; no obstante, Stavrakios era un hombre que raras veces necesitaba un pretexto si quería luchar. El jefe asintió.

—Será como tú dices; te doy mi palabra.

—Golpea, pues —dijo Kveldulf, y elevó las manos y los ojos hacia el cielo—. Te bendecimos, Phaos, señor de la mente grande y buena, que vigilas...

Skatval golpeó con toda sus fuerzas para dar a Kveldulf un fin lo más pronto posible. La punta de la lanza sobresalió por la espalda del sacerdote, quien siguió rezando mientras se desplomaba. Los seguidores de Skatval arrojaron sus lanzas al cuerpo que yacía sobre la verde hierba. Brotó sangre de la comisura de su boca. Se agitó por última vez, y quedó quieto.

Skatval, cansado, se volvió hacia los conversos que habían presenciado la ejecución.

—Se acabó —les dijo—. Volved a vuestras casas y a vuestro trabajo. Ya habéis visto qué dioses son los más fuertes. ¿Acaso adoraréis a uno que permite que quienes lo aman mueran como cerdos sacrificados? Este Phaos está bien para los videssianos, que sirven a los nobles y al avtokrator como esclavos. Pero a mí dadme un dios que empuje a los suyos a morir combatiendo, como debe hacer un haloga. —Clavó la mirada en Kalmar hijo de Sverre—. ¿O piensas lo contrario?

Kalmar le devolvió la mirada sin vacilar, como había hecho Kveldulf. Al cabo de un largo rato, contempló el cadáver del sacerdote y suspiró.

—No, Skatval; tienes razón —repuso.

Skatval también suspiró, sombrío pero satisfecho. Un murmullo se elevó entre el resto de los conversos cuando oyeron a Kalmar reconocer el poder de los antiguos dioses de los halogai. También contemplaron largo rato a Kveldulf, que yacía sobre el charco de su propia sangre. Un par de mujeres trazaron con gesto vacilante el signo del círculo solar, pero la mayoría de ellos empezó a dispersarse por el campo donde habían estado adorando a su dios. Skatval no sonreía, ni siquiera tratando de fingir. Al cabo de un año, el breve flirteo de su pueblo con Phaos estaría tan olvidado como una canción de verano.

Contento con la forma como se habían desarrollado los acontecimientos, ordenó a un par de seguidores:

—Vasa, Hoel, agarradlo de los tobillos y arrojadlo al agujero que cavó. Pero cortadle la cabeza antes; una promesa es una promesa.

—Sí, Skatval —asintieron al unísono, con más respeto que nunca; casi con tanto respeto como si fuera Stavrakios de Videssos, único *avtokrator* de un poderoso imperio, y no Skatval *el Enérgico* de Halogaland, uno entre una treintena de pequeños jefes guerreros. La sensación de poder, fuerte y dulce como el vino del sur, le hinchó el pecho y puso orgullo en sus pasos mientras regresaba a su caserón.

Pero, cuando Skialdvor vio la brillante sangre que manchaba su lanza, se echó a llorar y cruzó corriendo el jardín hacia el bosque. Skatval la observó y se rascó la cabeza. Luego sumergió varias veces la punta de hierro de la lanza en la tierra para limpiarla, y la secó con un trapo para que no se oxidara.

—No hay quien entienda a las mujeres —gruñó.

Apoyó la lanza contra la pared de su caserón, abrió la puerta, y saludó con un movimiento de cabeza a Ulvhild, su esposa.

—Ya estoy de vuelta —dijo.



# Nueve hebras de oro

*Andre Norton*



El camino que discurría por la parte alta del acantilado había sido siempre la calzada secundaria de acceso al feudo. La erosión había reducido la senda a un angosto trazo bordeado con un encaje de hielo producto de las salpicaduras de las olas empujadas por la tormenta.

La tarde estaba mediada, pero no había sol, y el gris plomizo del cielo se confundía en un todo con el quebrado suelo rocoso. La caminante se inclinaba bajo el azote de un viento helado y hundía la punta del bastón en las grietas del terreno como si ello le diese fuerza para resistir la embestida de las ráfagas más violentas.

La viajera hizo un alto para mirar tierra adentro y contempló fijamente un gran pilar rocoso, rematado por un fragmento dentado que señalaba al cielo como una garra rota. Entonces el bastón se giró hacia arriba y, durante un instante, hubo un tenue resplandor azulado en torno a la columna rocosa, que se desvaneció en un visto y no visto como si la siguiente ráfaga de aire hubiese apagado una vela.

El sendero giró bruscamente, alejándose del mar. Aquí el suelo era más uniforme y el camino más ancho, como si la tierra firme lo hubiese preservado mejor de lo que lo hacían los acantilados batidos por las olas. Durante un tramo seguía el borde de un valle, angosto como una punta de flecha en el extremo encarado al mar, que se ensanchaba progresivamente a medida que se internaba tierra adentro. El curso de agua que dividía el valle en dos partes iguales corría hacia el mar, pero se estrechaba de improviso en un punto donde se alzaba un torreón con ventanas angostas, y conectado a un segundo edificio por un puente bajo el cual discurría la corriente.

En contraste con la roca gris de los acantilados, los bloques de piedra que formaban las paredes de las dos estructuras tenían el color verde opaco de la capa de musgo que había permanecido inalterable durante el transcurso de muchos años.

La viajera hizo un alto al inicio de una empinada escalera que descendía desde el sendero del acantilado, e inspeccionó el panorama que se abría a sus pies. No había signos de vida. Las oscuras aspilleras de la torre semejaban ojos negros y ciegos. Los campos que se extendían más allá estaban sin cultivar y cuajados de hierbajos resistentes.

—Vaya, vaya. —La caminante contempló pensativa la escena. En su mente se sucedía una imagen tras otra, y cada una encajaba con la anterior. El paisaje desplegado ante sus ojos estaba cubierto por el velo de otra estación, otro tiempo. Y había vida, presente bajo muchas y diversas formas.

Se cerró el cuello de la capa un poco más e inició el descenso de la escalera con precaución, cuidando dónde pisaba. Finalmente, como había amenazado a lo largo

del día, empezó a caer una fina llovizna que mojó los estrechos peldaños e hizo peligroso el descenso.

No obstante, la mujer no volvió a detenerse hasta llegar a lo que antaño había sido un camino más ancho y transitado, que se dirigía al interior, alejándose de la costa. A pesar de la lluvia hizo otro alto y observó detenidamente el edificio. Levantó el bastón unos centímetros y lo balanceó atrás y adelante. No, no se había equivocado al interpretar la llamada. Pero un aviso a tiempo era tan eficaz como podía serlo una armadura... en ocasiones.

Tanto tiempo... Las estaciones se sucedieron veloces en su mente, sin detenerse en ningún recuerdo en particular.

La calzada se había construido bien largo tiempo atrás, pero ahora el pavimento se encontraba en muy malas condiciones a causa del empuje de los arbustos, cuyas gruesas ramas estaban grises y sin hojas en esta época del año. Con todo, aún se extendía en línea recta hasta un arco que remataba el extremo más próximo del puente tendido entre los dos edificios. Abajo, el torrente borboteaba tumultuoso, pero los pájaros que sobrevolaban los acantilados habían quedado atrás, y no se oía otro sonido que el de la corriente, salvo el esporádico retumbo de un trueno lejano. La mujer entró en el puente, todavía con el bastón un poco levantado y ligeramente apuntado hacia el frente. Si sus sospechas eran fundadas, había algo contra lo que tenía que estar preparada.

Por fin llegó al pasaje abovedado que conducía al patio del edificio más grande. De repente, el bastón se balanceó hacia adelante, a la altura de sus rodillas.

Se produjo un estallido azulado, un fugaz chisporroteo a derecha e izquierda, cuando la mujer pisó el patio.

—Aquí no ha entrado la oscuridad. —Pronunció la frase en voz alta, como si fuese un conjuro o una contraseña, al mismo tiempo que retiraba la capucha que le había ocultado el rostro, de manera que dejó a la vista un semblante como el de una estatua erigida en honor a una reina o una diosa largo tiempo olvidada.

Aunque el cabello, recogido prietamente en torno a la cabeza, era plateado, no había señales de vejez en ella; sólo esa serenidad que llega a poseer quien ha visto mucho, ha pensado mucho, ha conocido la llamada del deber.

—Acercaos. —Su bastón se movió en una leve seña de llamada.

Los dos primeros que salieron a descubierto avanzaron con cautela, evidenciando que lo hacían en contra de su voluntad. Uno era un chico, con el huesudo cuerpo cubierto con trozos de pieles mal curtidas, cosidas entre sí. Sus manos se cerraban con tanta fuerza alrededor del extremo más estrecho de un garrote, que los nudillos se le marcaban bajo la piel tirante, que parecía a punto de romperse. Pero la chica lo seguía de cerca, y sostenía en las manos una piedra, dentada y lo bastante grande para representar una seria amenaza.

Hubo también movimiento en el muro, a espaldas de la mujer, donde estaba el arco de entrada, si bien la viajera no hizo la menor intención de volverse o mirar por

encima del hombro. Otro chico, casi tan delgado como la tensa cuerda del arco que manejaba, y una chica, con una daga empuñada, saltaron desde alguna posición elevada. Un segundo chico, también armado con arco, se les unió. Los tres avanzaron sigilosos hacia la forastera, dando un rodeo, con las armas prestas; en sus semblantes se advertía que no eran ajenos al azote del miedo ni al uso de las armas que manejaban.

Cinco...

—¿Los demás? —instó la viajera en tono interrogante.

Otros asomaron de sus escondrijos como si el hecho de que lo hubiese preguntado los obligara a salir a descubierto. Dos chicos, gemelos, tan parecidos que uno podría ser la sombra del otro; y ambos armados con unas lanzas de madera, cuyas puntas habían sido endurecidas con fuego y frotándolas. Había otra chica, que no estaba armada, pero llevaba a un niño más pequeño a horcajadas sobre su cadera.

Nueve. De entre tantos... Sin embargo, no era lo que había esperado. La viajera observó detenidamente un rostro tras otro. No, no era lo que había esperado. Pero en tiempos de escasez una tejedora debe arreglárselas con lo mejor que tenga a mano.

Fue el mayor de los muchachos, el que había saltado primero del muro, quien plantó cara. Estaba en edad de ser escudero, y llevaba puesta una cota de malla oxidada, demasiado grande para él, y un cinturón con una vaina de espada vacía, con el que se ajustaba la prenda al cuerpo.

—¿Quién sois? —Su demanda era tajante y había vestigios de la antigua lengua culta en la modulación de su voz—. ¿Cómo llegasteis aquí?

—Vino por el sendero de la costa. —La que habló era la chica que había estado escondida con él en lo alto del muro. Su daga seguía desenvainada.

No obstante, fue la otra más joven, la que llevaba al niño, quien dijo, con los ojos prendidos en la viajera:

—¿Es que no lo ves, Hurten? Es una de *ellos*.

Se habían situado en semicírculo frente a la mujer. Ésta percibía su miedo, sí, pero también algo más: la inquebrantable decisión que los había traído a este refugio antiguo y que los había mantenido con vida en tanto que otros habían muerto. Serían resistentes para el tejido, estos nueve hilos destilados de una tierra destrozada y quebrada.

—Soy una buscadora —respondió la mujer—. Y, si he de responder a un nombre, que sea Lethe.

—Una de *ellos* —repitió la que hacía de niñera, con tozudez.

El chico llamado Hurten se echó a reír.

—Alana, *ellos* desaparecieron hace mucho. Ves fábulas en todo cuanto te rodea. Lethe... —Vaciló, y después añadió con algo más que un simple indicio de la lengua cortesana—: Señora, aquí no hay nada. —Sin soltar el arco hizo un amplio ademán que abarcaba cuanto había a su alrededor—. No tenemos malas intenciones. Podemos ofreceros un lugar junto al fuego, un poco de comida, un techo para cobijaros de la

tormenta... y poco más. Llevamos mucho tiempo viajando.

Lethe levantó la cabeza, de manera que los pliegues de la capucha se deslizaron un poco más hacia atrás.

—Por vuestra amable oferta de techo y hogar, os doy las gracias. Y que la buena voluntad que inspiró ese ofrecimiento os sea devuelta por centuplicado.

Alana había dejado que el niño que llevaba en brazos se bajase al suelo, y ahora, sin darle tiempo a retenerlo entre sus protectores brazos, el pequeño echó a correr hacia Lethe, se agarró a su capa para sostenerse y alzó la vista a su rostro.

—¿Mamá? —Pero al mismo tiempo que preguntaba, su pequeño semblante se crispó y lanzó un chillido—. ¡No... mamá..., no mamá!

Alana se agachó para cogerlo de nuevo en sus brazos.

—¿Sois familiares? —le preguntó Lethe en voz queda. La chica asintió con un cabeceo.

—Rober es mi hermano. El... no lo entiende, señora. Íbamos en un grupo de peregrinos. Los demonios nos atacaron en un puente. Madre me dijo que saltara y luego me echó a Rober. Nos escondimos entre los juncos. Él..., él no volvió a verla.

—Pero tú sí, ¿verdad?

Una expresión de puro terror asomó fugaz a los ojos de Alana. Sus labios formaron una palabra que, al parecer, era incapaz de pronunciar. El bastón de Lethe se levantó, y la punta rozó levemente el enmarañado cabello de la chiquilla.

—Olvida —dijo la mujer—, que se borre ese recuerdo, pequeña. El equilibrio volverá en su momento. Y ahora —añadió, dirigiéndose a Hurten—, joven señor, estoy dispuesta a disfrutar de ese fuego y ese techo vuestro.

Al parecer, había disminuido el recelo que habían sentido hacia ella. Las manos ya no se cerraban prietas sobre las armas, si bien los chicos todavía la rodeaban en masa mientras ella, con la seguridad de quien sabe hacia dónde se dirige, se encaminaba a través de la puerta que daba acceso a la gran sala de recibimiento.

Fuera, el día moría en un rápido crepúsculo; en el interior había alguna clase de iluminación. Varios globos, instalados en las paredes, emitían un fulgor débil, como si la energía que los alimentaba, fuera cual fuera, estuviese a punto de acabarse. La mortecina luz mostraba decadencia envuelta en sombras.

En el pasado habían colgado tapices de las paredes. Ahora eran frágiles tramas de hilos endebles en los que sólo quedaban unos trazos tenues de sus dibujos originales. Había un estrado sobre el que antaño se alineaban unos sillones impresionantes, de respaldo alto y tallados. La mayoría de ellos habían sido cortados a hachazos y, al pasar por delante, los muchachos se acercaron y cogieron una brazada de trozos de madera; incluso el pequeño Rober cogió un pedazo, como si ésta fuera una tarea en la que todos estuviesen comprometidos.

Pasaron al otro lado de un biombo tallado, tras el que había una puerta, y recorrieron un pasillo que llevaba a otra estancia que, por las apariencias, servía de alojamiento. Aquí había una chimenea inmensa, sobre la que colgaba un caldero casi

lo bastante grande para que cupiese Rober en él; cerca había otros utensilios de cocina.

Una mesa larga y varias banquetas habían subsistido. Cerca de la chimenea, a un lado, se alineaban varios catres hechos con restos de capas y pieles de animales pequeños cosidas entre sí; aparentemente, estaban rellenos con hojas o hierbas.

En la chimenea ardía un fuego, y en el uno de los gemelos echó madera del montón donde habían soltado sus cargas, en tanto que el otro removía los rescoldos para avivarlos.

Hurten soltó su carga de madera, giró sobre sus talones, vaciló, y luego dijo bruscamente:

—Hacemos guardias, y éste es mi turno.

Sin más, se marchó.

—¿Ha habido otros... por los que tengáis que manteneros alerta? —preguntó Lethe.

—No ha aparecido nadie más después de la llegada de Truas y Tristy —repuso la chica mayor al tiempo que señalaba con un gesto a los gemelos—. Vinieron del otro lado de las montañas hace un mes. Pero los demonios cometieron atrocidades en la costa... al principio. Antes había allí un pueblo.

—Sí, antes había un pueblo —corroboró Lethe.

—Fue tomado hace mucho tiempo —informó el chico que había blandido el garrote—. Nosotros... todos venimos del otro lado de las montañas. Lusta y yo... me llamo Tyffan, hijo de Hilder... somos de Cuarto Recodo. Nos encontrábamos en el campo, con tío Stansals. Nos mandó al bosque cuando vio el humo del pueblo, por encima de la colina. Pero... —los puños del chico se crisparon y su mandíbula se tensó— no regresó. Nos habían llegado noticias sobre los demonios y lo que hacían con los pueblos, de modo que esperamos escondidos. No vino nadie a buscarnos.

La chica, Lusta, tenía la mirada prendida en el fuego, que ahora ardía con fuerza.

—Queríamos regresar —dijo—. Pero vimos a los demonios actuando y comprendimos que no lo lograríamos.

Truas, que vigilaba la lumbre, miró por encima del hombro.

—Nosotros somos pastores y habíamos salido a buscar un animal extraviado —explicó—. Nos vieron, pero conocemos mejor los senderos de montaña. ¡Por lo menos esos diablos no vuelan!

—Hurten era escudero de lord Vergan —intervino la chica mayor—. Lo golpearon en la cabeza y lo dieron por muerto en la Batalla del Desfiladero. Me llamo Marsila y él —señaló al chico que había saltado del muro— es mi hermano, Orffa. Nuestro padre era el alguacil de la Torre Limítrofe. Estábamos cazando cuando llegaron, de manera que nos dejaron incomunicados...

—¿Cómo os reunisteis? —preguntó Lethe.

Marsila miró a su alrededor como si se lo planteara por primera vez.

—Nos conocimos por casualidad, señora. Alana y Rober huyeron al Bosque del

Jabalí y allí toparon con Lusta y Tyffan. Y Orffa y yo encontramos a Hurten y nos quedamos a su lado hasta que se le curó la herida de la cabeza. Después, también nosotros tomamos el camino del bosque. Cabía la posibilidad, esperábamos, de que Skylan o Varon hubiesen resistido. Pero, cuando nos encontramos con los otros, Alana dijo que los demonios se habían desplegado para dejarnos aislados.

—¿Entonces decidisteis cruzar las montañas? ¿Por qué? —inquirió Lethe, aunque conocía la respuesta. De hecho, ya buscaba el principio del esquema que había percibido. Tenía que haber uno o ella, la tejedora, no habría sido llamada.

Fue Lusta quien, en voz baja y con la cabeza gacha, como si estuviese confesando un pecado, respondió:

—Por el sueño, señora. Siempre el mismo, y cada vez lo veía con más claridad.

—La abuela de Lusta era *vidente* —intervino Tyffan—. Todo el mundo en Cuarto Recodo pensaba que ella tenía también parte del don. Lusta nos indujo a venir haciéndonos soñar con este sitio.

—En la actualidad son pocos los que poseen dotes del Conocimiento, pero en la torre teníamos noticias de que todavía había esta clase de personas. —Marsila sonrió y rodeó con el brazo los hombros de la chiquilla más joven.

»Además, no teníamos otro sitio adonde ir, así que, ¿por qué no confiar en un sueño? —Su semblante se tornó de nuevo inexpresivo—. Al menos, los demonios no nos buscaban en las montañas. Cuando encontramos este sitio supimos que la suerte nos había favorecido un poco. Hay ganado asilvestrado en el valle y algunos cereales que estamos recolectando, y fruta. Y también, este sitio... Parece como si existiera adrede para que nos cobijásemos en él.

—¡Guiados por los sueños! —Lethe se acercó a Lusta y, como había hecho con Alana, rozó la cabeza de la chica con su bastón. Saltó una chispa azul y Lethe sonrió—. Soñadora, has procedido bien. La benevolencia seguirá un cauce que, por ahora, escapa a tu comprensión.

Se echó un poco hacia atrás para observarlos a todos; su mirada se detuvo durante unos instantes en cada rostro. Así que éste era, en efecto, el comienzo.

—En verdad —dijo—, este lugar es para seres como vosotros.

Eran vástagos de distintas cepas, pero sus raíces eran las mismas. Eso le había resultado evidente la primera vez que los vio. Su cabello, enmarañado y descuidado, tenía el mismo color rubio plateado, y sus ojos compartían la misma tonalidad gris de la hoja de una espada. Sí, la antigua estirpe había sobrevivido, después de todo, a pesar de que la semilla se hubiese esparcido a los cuatro vientos.

Lethe soltó sobre la mesa la bolsa que cargaba al hombro. Aflojó la cuerda que la cerraba, metió en ella la mano y sacó un paquete de carne seca y otro de hierbas.

Ya había algo cocinando en la enorme olla; estaba segura de que habían aprovechado el día para cazar. Se acercó al caldero y añadió sus provisiones bajo la atenta mirada de los muchachos.

—Vitullas de viaje, pero complementarán vuestras provisiones, como es

costumbre —les dijo.

Marsila la había estado observando atentamente. Ahora, a despecho de vestir un calzón corto reforzado con parches de pieles, hizo la reverencia de una hija de casa noble en un gesto de cortés agradecimiento.

—Os damos la bienvenida a esta casa que honráis con vuestra presencia. —A pesar de sus palabras, en sus ojos había un vestigio de duda.

No obstante, fue Alana quien habló, y lo hizo casi en un tono recriminatorio:

—Eres una de *ellos*, de forma que *es* tu casa.

—¿Qué sabes de *ellos*, criatura? —Lethe se había despojado de la capa. Sus pantalones y su jubón eran de color verde opaco, muy semejante al de las paredes que los rodeaban.

—Poseían extraños poderes —repuso Alana. Atrajo hacia sí a Rober—. Poderes que les daban dominio. Poderes a los que nadie podía oponerse... ¡como los demonios!

Lethe había cogido un cucharón de una clavija de la pared de la chimenea. Se volvió para mirar a la chiquilla.

—Poderes para dominar como los demonios... ¿Es eso lo que se dice ahora de nosotros?

Alana enrojeció y guardó un breve silencio.

—*Ellos...*, *ellos* no acosaban a la gente... Ellos no... mataban —dijo por fin.

—¡Eran guardianes! —intervino Marsila—. Cuando ellos estaban en la tierra, no había matanzas.

—¿Por qué se marcharon? —preguntó uno de los gemelos mientras se sentaba sobre sus talones.

Lethe removió el caldero, sin mirar a los chicos.

—Esta tierra es vieja, y muchos han echado raíces aquí. Con el paso de los años, otro linaje se alza con el mando.

—Así que ésta es la era del dominio de los demonios —intervino Orffa, que tomaba la palabra por primera vez. En su voz se advertía un fiero desafío y su gesto era ceñudo—. ¿Es eso lo que tratáis de decirnos?

—¿Los demonios? —Lethe seguía con la mirada prendida en el fuego y el humeante caldero—. Sí, para esta tierra y en este momento, son demonios.

Marsila se acercó un poco más.

—¿De qué otro modo podemos pensar en ellos? ¡Respondedme a eso, antigua guardiana!

—De ninguno. —Lethe suspiró y se volvió de cara a los niños. ¿Niños? Aparte de Rober, había poco de infantil en los rostros que la rodeaban. Habían visto mucho, y nada bueno. Pero así funcionaba el Camino, el entramado de los hilos del tejedor. Aguardando en las sombras, detrás de cada uno de ellos, se insinuaba la tenue promesa de lo que podría ser.

—¿Por qué habéis venido? ¿Os seguirán otros? —demandó Orffa.

—He venido porque fui llamada. Yo sola —respondió con sinceridad—. Mi estirpe ha pasado a otro lugar, pero parece que yo estoy vinculada a este momento.

—Eso es mágico. —Tyffan señaló el bastón que la mujer había dejado sobre la mesa—. Pero eres una contra muchos. Esos invasores dominan el territorio comprendido entre el Río Lejano y el mar, y desde Boca del Monte Smore hasta Hondo Anheló.

Lethe se volvió a mirarlo. El chico apenas le llegaba al hombro, pero había plantado las robustas piernas un poco separadas y estaba con los brazos en jarras, como si la desafiase.

—Hablas como quien sabe lo que dice —comentó la mujer.

La sonrisa que esbozó el chico la sorprendió levemente.

—Eso no tiene nada de mágico, señora. Que nos encontremos aquí no quiere decir que siempre hayamos vivido en este sitio. Tenemos nuestros medios para informarnos de lo que pasa al otro lado de las montañas... y no mediante sueños.

Lethe frunció los labios. Creyó comprender lo que insinuaba el chico. Había dado a entender que era oriundo de la región, que conocía sus recursos; y los jóvenes aprendían rápido cuando era necesario.

—Así que habéis utilizado vuestros ojos y oídos con provecho. —Él asintió con un vigoroso cabeceo—. Muy bien. ¿Y qué es lo que habéis descubierto con vuestros medios no mágicos?

—Suficiente —espetó Orffa, que empujó al chico más joven para abrirse paso.

—¿Y los demonios no os han molestado aquí? —preguntó la mujer.

—Pasó una patrulla de exploradores —respondió Marsila—. Siguieron el camino del mar hacia el interior, pero se produjo un repentino desprendimiento de rocas que obstruyó el paso. Acamparon por la noche allí cerca...

Tyffan esbozó una amplia sonrisa y los gemelos hicieron lo propio.

—No les gustó lo que oyeron ni lo que vieron. Tampoco a nosotros, pero luego dedujimos que no estaba dirigido a gente como nosotros. Huyeron, y algunos cayeron al río. Hurten derribó a uno con una flecha. Es un arquero excelente. Y nosotros acabamos con un par de ellos a pedradas. Nos habría gustado coger sus armas, pero el río las arrastró y no nos atrevimos a ir tras ellas. No han vuelto por aquí desde entonces.

—No todo fue obra nuestra —dijo Marsila—. Allí había algo... Lo sentíamos, pero no nos perseguía a nosotros; sólo los atacó a ellos.

—Las rocas crearon cosas sombrías —intervino Lusta, que se había agarrado al brazo de la otra chica.

—Así que los antiguos centinelas han resistido de algún modo —comentó Lethe—. Su misión nunca fue enfrentarse a quien no llevaba malas intenciones. Esto —gesticuló con la mano— fue en otros tiempos un lugar de paz bajo el signo de Tierra y Aire, Fuego y Agua. —Señaló el caldero—. ¿Comemos? Los cuerpos necesitan comida, al igual que las mentes necesitan conocimiento.



Pero sus pensamientos estaban en otra parte. Ante sí tenía una mezcla que sólo el peligro podría haber amalgamado: campesinos, pastores, soldado y sangre noble, todos ellos reunidos por el azar y, al parecer, ya aunados. ¿Azar? No, quizá no debiera pensar ya en una casualidad.

Trajeran cuencos y formaron una fila. Algunos recipientes eran de metal abollado, oscurecidos por el paso del tiempo, y debían de haberlos encontrado aquí; había también copas hechas con corteza, sujetas con pinzas de madera. Lethe entregó el cucharón a Marsila y observó a la chica mientras servía su ración a cada uno. Puso una aparte, y Lethe la cogió.

—¿Para el centinela? Yo se lo llevaré.

Antes de que ninguno de ellos pudiese protestar, salió de la gran cocina. La oscuridad era más profunda, a pesar de la luz de los globos, pero la mujer caminó con la seguridad de quien conoce bien el camino. Ya en el exterior, subió con igual paso seguro a lo alto de la muralla.

—No necesitas eso. —Más que ver, había oído el roce de un puñal al ser desenvainado, y no le fue difícil imaginar al descarnado muchacho en una postura agazapada—. Tu cena, centinela, y también tu relevo.

Una sombra salió de las sombras. El bastón, que sostenía con la mano izquierda, emitió un tenue resplandor. Aunque Hurten cogió el cuenco, su daga siguió desenvainada. No obstante, Lethe pasó por alto su actitud cautelosa. En cambio, pasó el bastón a lo largo del borde exterior del parapeto que los protegía en parte del desapacible aire marino.

—He montado defensas, Hurten. Te prometo que no es preciso vigilancia alguna esta noche. Tenemos mucho que hablar...

Percibió resentimiento en el muchacho, y lo asistía la razón. El liderazgo que este grupo conocía en las artes de la guerra tenía que venir de él.

—Escudero mayor —comenzó Lethe, utilizando adrede la antigua lengua—, hay un tiempo para teñir con sangre las espadas, y un tiempo para hacer planes de campaña. Así las espadas estarán más prestas para teñirse de sangre.

—Por el Roble, por el Arroyo, por la Tormenta, por el Fuego. —Las palabras salieron de sus labios en el lenguaje antiguo.

Lethe asintió con la cabeza, aunque, tal vez, él no viese su gesto de aprobación en medio de la penumbra.

—Por la Espada y el Cayado, por el Cuerno, por la Corona. —Las tradicionales palabras sonaban familiares en este lugar, a pesar de que eran otros tiempos cuando se pronunciaban de manera habitual—. Bien, guerrero, ¿así que ya has dado uno o dos pasos por ese camino?

—Mi señor era de la Casa de Uye. Cuando nos dieron las espadas al ser ya hombres, él pronunció los antiguos votos.

¡Al ser ya hombres!, pensó Lethe. Malos tiempos corrían cuando se consideraba hombres a unos muchachos. Claro que ella no habría sido llamada si no hubiese sido

así.

—Entonces sabes que éste es un lugar de paz.

Se oyó el suave roce de la daga al ser enfundada de nuevo.

—Señora, en esta tierra ya no hay ningún sitio de paz. —Sus palabras eran escuetas y hoscas.

—Para hablar de ello nos reunimos en asamblea. Ven.

Hurten vaciló, todavía reacio a admitir que el turno de guardia que le correspondía hacer ya no era necesario. Pero la mujer había dado media vuelta y empezaba a descender de la muralla, como si pensara que no pondría objeciones, y él la siguió.

Encontraron a los demás sentados junto a la chimenea. Orffa y Marsila miraron interrogantes a Hurten cuando éste entró, pero Lethe se apresuró a dar una explicación:

—Está cubierta la guardia, y es algo que vigilará bien. Hay algo que debemos debatir entre todos nosotros. —Elegió deliberadamente las palabras para aliarse de inmediato con estos elegidos para un propósito que estaba fuera de toda duda.

Lethe esperó a que los chicos limpiaran los cuencos, y luego comenzó:

—Los tiempos pueden cambiar, pero no las estaciones. Los vientos del mar anuncian la venida del mal tiempo. Antaño había aquí cierto dominio sobre los elementos, pero eso fue hace mucho. Necesitaremos de eso día y noche —señaló el fuego—, y comida.

—Hemos estado recolectando —respondió Marsila con aspereza, como si alguno de sus actos hubiese sido puesto en tela de juicio—. Tenemos alimentos almacenados.

—De eso estoy segura —dijo Lethe—. Aunque, si se desatan fuertes tormentas, como muy bien puede ocurrir, se precisará hasta la última migaja de comida y cada palito de madera. Y también una provisión de hierbas, pues hay enfermedades que llegan con los cambios del tiempo, y algunas de ellas son graves.

Hubo un movimiento al otro lado de la mesa. Alana llevaba a Rober, casi dormido, en brazos, y lo tumbó en uno de los catres colocados a los lados de la chimenea.

Hurten se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué os preocupáis por nosotros? —La voz del muchacho sonaba un poco ronca—. No somos de vuestra estirpe. No. —Echó un breve vistazo a los demás—. Ni siquiera existen lazos de sangre entre nosotros. No reivindicamos derechos de vasallaje.

—¿Por qué vinisteis aquí? —Marsila puso un codo en la mesa y apoyó la barbilla en la mano—. No se ha sabido nada de los vuestros desde que murió la reina suprema Fothuna, sin dejar una hija que la sucediera en el trono, y la nación se hizo pedazos con las luchas entre señores feudales de poca monta y las Señoras de la Guerra. Y todo eso tuvo lugar hace largos años. No tenemos nada del antiguo poder.

»Lusta, sí. En dos ocasiones sus sueños nos han sacado de peligros presentidos...

Pero nuestra raza era, y es, sabia sólo a nuestra manera. Por tanto, preguntamos: ¿por qué venís aquí para hablar como una castellana?

—Y yo insisto: ¿qué queréis de nosotros? —repitió Hurten.

El muchacho tenía el entrecejo funcido, y ese mismo gesto apareció más acusado en el semblante de Orffa, cuyas cejas rectas se unieron sobre el puente de la nariz. La mueca traviesa, siempre pronta en los labios de Tyffan, había desaparecido, y la expresión de los gemelos era reservada.

Lusta tenía la punta de la lengua asomando entre los labios, pero guardaba silencio, y las manos de Alana estaban enlazadas prietamente sobre la mesa, frente a ella.

—Vosotros, en cierto modo, me habéis llamado. No. —Lethe sacudió la cabeza, consciente de la negativa que Hurten estaba a punto de articular—. No digo que conocieseis mi existencia. Pero en aquellos lejanos días de la leyenda que ha mencionado Marsila había vínculos establecidos, y el mío era estar ligada a Kar-del-Río, esta fortaleza que ahora nos cobija. Y así cumplo con la obligación que se me encomendó. No sabía lo que iba a encontrarme hasta que llegué aquí.

»En cuanto a la importancia que tenéis para mí... eso es algo que tenemos que descubrir entre todos. Pues debo, en justicia, deciros esto: estáis tan comprometidos en esto como yo.

Hurten apretó los puños. Hizo un movimiento, como para levantarse. No estaba de humor para muchos acertijos, advirtió Lethe, pero ¿qué más podía decirle ahora?

Fue Orffa quien se puso de pie y se situó detrás del chico mayor, al igual que un vasallo respalda a su señor. Pero Hurten no le hizo caso y dijo:

—Señora, no estamos aquí para obedecer vuestros mandatos.

Lethe suspiró. Paciencia, siempre paciencia. Una tejedora debe asegurarse de que ningún nudo enrede las hebras. Fue Marsila quien puso fin al asunto.

—Se ha hecho tarde —declaró. Había atraído a Alana más hacia sí, y la chiquilla se recostaba pesadamente contra su hombro—. Mañana habrá tiempo de sobra para debates.

Al parecer, incluso Hurten se sometió de buena gana a su sugerencia. En consecuencia, se dispuso el fuego de manera que ardiera despacio y los chicos se instalaron en los catres, al calor de la chimenea. Lethe se tumbó sobre su capa, aunque no se quedó dormida. Los de su estirpe apenas necesitaban el descanso del sueño. En cambio, tras los párpados cerrados, reconstruyó el entorno que ahora la cobijaba tal como lo había visto en otros tiempos. De aquel pasado evocó a otros que antaño tenían verdadera vida y ahora se movían como sombras.

Un ruido la sacó de su ensoñación y abrió los ojos. Alguno de los chicos se había sentado en el catre y apartaba las pieles con las que se cubría. El mortecino resplandor del fuego se avivó brevemente y reveló un rostro...

¡Lusta, la soñadora!

La penetrante vista de Lethe no sufría menoscabo con la penumbra. La chica tenía

los ojos cerrados, y no los abrió cuando giró la cabeza como en respuesta a una llamada. A gatas, manteniendo los ojos cerrados, se alejó de la chimenea hacia donde las sombras eran más densas y entonces se puso de pie. Lethe dejó que se adelantara un poco antes de seguirla corredor adelante y a la sala de recibimiento.

La luz de los globos se había apagado y la oscuridad era total; con todo, Lusta avanzó con la seguridad de quien ve perfectamente. Lethe fue tras ella. Sacar a la chica del trance... No, sería un disparate, y peligroso. Debía saber qué inducía a Lusta a salir en plena noche.

Salieron del edificio al patio. La luna brillaba cautelosa entre las nubes que pasaban ante ella, y para Lethe esa luz era suficiente. Lusta había subido al mismo lugar de la muralla en el que Hurten había hecho su turno de guardia.

Se volvió despacio, de cara al exterior, y entonces su mano se tendió hacia el parapeto y sus dedos dieron suaves golpecitos a lo largo de las piedras. Saltaron chispas, como si utilizase una varita de hierro en lugar de su propia carne.

Lethe echó la cabeza hacia atrás y dilató las ventanas de la nariz como para captar algún olor tenue. Estaba al final de la escalera y avanzó hasta situarse detrás de Lusta; alzó las manos y rozó con las yemas de los dedos las sienes de la chica.

La mujer atirantó los labios hasta mostrar los dientes. Esto... No se le había pasado por la imaginación que los nuevos invasores fueran tan entendidos. ¿O acaso sólo eran síntomas de una plaga más antigua y detestable?

Apretó los dedos, carne contra carne, y opuso voluntad contra sueño. Las manos de Lusta dejaron de dar golpecitos; entonces soltó un alarido y se desplomó como si la vida la hubiese abandonado en cuestión de segundos.

Lethe no se arrodilló a su lado enseguida; en cambio, volcó toda su atención en el peligro inminente. Rehízo el conjuro de protección allí donde Lusta lo había roto con su hechizo, y en esta ocasión lo reforzó empleando la suficiente fuerza de voluntad como para quedar casi tan agotada como la muchacha inconsciente que yacía a sus pies.

Era un error. Lo que había hecho alertaría a ese otro poder que ya había dado su primer paso. Aun así, Lusta, con un don para cuyo uso y protección no había sido entrenada, era una llave que no podía permitir que utilizaran.

Lethe se agachó para tomar en sus brazos a la muchacha y echó su capa sobre ambas. Lusta tenía la cara helada, como si hubiese estado enterrada en nieve, pero sus manos, que Lethe tomó entre las suyas, estaban calientes, casi ardiendo. Lo que la chica no había acabado de proyectar en el conjuro de rompimiento, revertía hacia su interior y estaba, corroyéndola. Gimió y se retorció en los brazos de la mujer.

—¡Lusta! —La llamada sonó abajo, y a continuación se oyeron pisadas en los escalones de piedra. Tyffan llegó junto a ellas en una atropellada carrera y se arrodilló—. ¡Lusta! ¿Qué...?

—Está a salvo... por ahora. —Al contacto de Lethe, el ardiente calor de las manos de la chica se había calmado—. Tyffan, ¿dijisteis que os soñó aquí?

—¿Qué le ocurre? —replicó el chico, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Ha estado poseída. —Lethe fue sincera—. Tal vez incluso el que os soñara aquí era por designio de otra voluntad. Esta noche, lo que la tenía dominada la utilizó para destruir la protección que guarda este lugar.

—Pero Lusta no haría... —empezó Tyffan, que miraba a la mujer de hito en hito.

—¡No! —se apresuró a decir Lethe—. Ella no os habría puesto en peligro voluntariamente. Pero no le han enseñado a proteger su don, y eso la hace vulnerable a...

—¡Los demonios! Pero ¿cómo...?

—No sabemos quién la indujo a hacer esto ni para qué —repuso Lethe con premura—. Pero ha agotado sus fuerzas por completo, y tenemos que llevarla a un sitio abrigado.

Hurten y Orffa se toparon con ellos en la puerta de la sala de recibimiento, y Tyffan les dio una explicación confusa de lo que había ocurrido. Lethe se ocupó de que la tumbaran en el catre y después se volvió hacia los demás.

—Me preguntasteis antes qué quería de vosotros —dijo con franqueza—. Aún no lo se con exactitud. Pero cabe la posibilidad de que haya sido otro poder el que os ha traído aquí y que está dispuesto a utilizaros. —Les explicó lo que Lusta había sido inducida a hacer.

—¡Lusta no es un demonio! —Tyffan casi gritó.

—Tiene el don —le respondió Marsila—. Eso es poder. Lusta sólo lo utilizaría para bien. A decir verdad, nunca lo usó por propia voluntad —dijo, dirigiéndose a Lethe—. Los sueños vinieron a ella sin que hubiese búsqueda o petición por su parte.

—Hablamos del poder como si fuese un don —dijo Lethe—. También puede ser una carga, incluso una maldición, si no se utiliza bajo control. No creo que Lusta recibiera ayuda alguna para aprender lo que era capaz de hacer.

—Ella... —Tyffan rebulló inquieto—. No sabía si tenía algún significado. —Miró hacia el catre donde estaba tumbada la chica—. Su madre murió cuando ella era muy pequeña. Mi madre era su familiar más cercano y la recogió. Pero no habíamos tenido videntes desde hacía mucho tiempo. No tuvo sueños hasta que atacaron los demonios. O al menos no habló de ellos. Pero no es un diablo. Pregunta a Hurten, o a Truas y Tristy. ¡Nos reunió con sus sueños!

—¿Y los demonios? ¿Sabíais que tienen alguna forma del Conocimiento entre ellos?

Los chicos se miraron entre sí, y después Marsila sacudió la cabeza.

—Vinieron como..., como nubes de tormenta, y no había defensa contra ellos. Eran muy numerosos y aparecían sin previo aviso. Pero mi padre dijo que las cosas nos fueron tan mal en la batalla porque los nobles y las Señoras de la Guerra estaban divididos y no se habían puesto a las órdenes de un único cabecilla. Cada uno luchaba por su propio feudo y fueron cayendo uno tras otro. No había reina suprema. Era casi como si todos estuviésemos ciegos.

Hurten se mostró de acuerdo con un cabeceo.

—Mi señor —dijo— envió un mensajero pidiendo ayuda al feudo de Iskar, y el señor de allí le dijo que no porque temía a los de Eldan más que a los demonios. Le dijo al mensajero que los rumores sobre los demonios se habían propagado para amedrentar a los pusilánimes señores feudales. Esto fue antes de que Iskar cayera tras dos días de combate. Sólo quedaron piedras ensangrentadas. Es cierto que los señores feudales no se unieron. —Hurten hablaba con gesto pensativo, casi como si estuviese repasando los recuerdos y los viese bajo un ángulo distinto—. Y la razón que alegaron, principalmente, era la prevención contra sus propios vecinos. ¿Es posible que en ello interviniera también algún poder de los demonios?

El muchacho había llevado la mano a la empuñadura de su daga otra vez, y miraba a Lethe como si quisiera sacarle la verdad a punta de espada si era preciso.

—Cabe esa posibilidad.

Alana se acercó un par de pasos y miró a Lethe a la cara.

—Señora, ¿por qué querrían los demonios traernos aquí, a no ser para matarnos como... —vaciló un instante, y el viejo temor asomó de nuevo a sus ojos— como hicieron con todos los demás? Lusta nos vio aquí en su sueño, pero no había demonios esperando nuestra llegada.

—Éste estaba esperando, y quizá vuestra estancia en este lugar podría abrirles las puertas a ellos o a alguna otra cosa. —Lethe estaba realizando una búsqueda sensorial, sopesando primero a los chicos y luego los propios muros que los rodeaban. No, no había habido intromisión, salvo la que había detectado esta noche. No había ninguna manzana podrida en el grupo.

—Entonces ¿qué se esconde detrás de todo esto? —inquirió Hurten—. Los demonios llegaron del norte; no son de nuestra raza. Tal vez —sus ojos se estrecharon— son de la vuestra..., señora. —No había mucha amabilidad en su voz al pronunciar el título.

—Antes de los demonios —le contestó ella— había otros poderes desplegados por todas partes. Algunos eran siempre de la oscuridad. Abre los ojos, joven: ¿es este lugar de la clase que cobijaría a las horribles sombras?

Durante un momento reinó el silencio. El entrecejo de Hurten siguió fruncido. Luego, titubeante, el muchacho levantó la mano derecha entre ambos y los dedos se movieron en un gesto que hizo a Lethe soltar un suspiro de alivio.

—Saca tu arma, guerrero, y observa. —La mujer tendió su mano.

Él vaciló, y después desenvainó la daga. Lethe tocó deliberadamente la punta de la cuchilla, aguantando una punzada de dolor ardiente como fuego. Cuando retiró la mano, la volvió con la palma hacia arriba y la puso de manera que la luz le diera de lleno en ella.

Había una mancha roja, inflamada, en su piel blanca. Soportó el dolor durante el tiempo suficiente para que todos lo vieran, y después, mediante un acto de voluntad, hizo que sanara la piel.

—La hoja está fría. —Hurten miraba su arma como si ésta poseyera un potencial desconocido para él.

—Los demonios no mueren con filo ni punta de cuchilla —intervino Orffa—. Sólo los Primeros... —Respiró hondo.

—Sólo aquellos del Camino Recto —interrumpió Marsila a su hermano— no pueden tocar el hierro.

—Y nuestras defensas subsisten todavía aquí —hizo notar Lethe—. Con todo, existe algo que podría poner fin a la urdimbre destruyendo telar y tejedora.

—Hablas de urdimbres —dijo Marsila—. ¿Eres la tejedora?

—Así se me ha asignado.

—Queda un interrogante. Lusta nos condujo aquí ¿inducida por quién? —volvió Hurten al problema anterior.

—¿Quién sabe? —Lethe habló con fatiga, pues la verdad, otra vez, la agobiaba.

—¿Volverá..., volverá a ser poseída? —Marsila se acercó a Lusta con precaución. La chica más joven parecía estar profundamente dormida, ajena a cuanto la rodeaba.

—He establecido protecciones —repuso Lethe—. Por el momento, resistirán.

Ninguno puso en tela de juicio eso, como si evitaran pronunciar en voz alta sus dudas. Hurten se acomodó junto al fuego, pero no se durmió. En cambio, sacó una piedra de afilar de la bolsa que llevaba colgada al cinto, y con ella empezó a aguzar el filo de su daga, afanándose en el trabajo como quien debe ocuparse incluso de un preparativo tan insignificante contra los problemas que se avecinan. Marsila arrastró su catre junto al de Lusta, en tanto que Tyffan hacía lo propio por el otro lado.

Lethe miró el cinturón de Hurten del que pendía la vaina vacía... Sin su espada, ese símbolo de la edad viril para su raza. La mujer cerró los ojos otra vez, pero su mente estaba despierta. Una espada... Se resistió a la idea, con la sensación de que la estaban empujando a tomar decisiones precipitadas. El uso de armas, como se conocían ahora en esta tierra, estaba de más para ella; pero tampoco tenía derecho a negarles a otros la seguridad que podía ofrecer una espada. No obstante, eso podía esperar hasta mañana. Hurten dio por finalizado su trabajo, guardó la piedra de afilar en la bolsa, y se estiró en el catre para dormir.

Del mismo modo en que un comandante envía a un explorador experto, Lethe dirigió sus poderes sensitivos hacia el exterior. Las protecciones permanecían firmes, sin que nada las amenazara. ¿Y Lusta? La chica dormía tan profundamente que ningún invasor podría llegar a su mente. ¿A salvo? ¿Estaba cualquiera de ellos a salvo?

Lusta había brindado un acceso a algún antiguo poder. ¿Y los otros chicos? Lethe se resistía a hacer lo que debía... Era algo que sólo podía estar justificado ante la amenaza de un gran peligro. ¿Era éste el caso?

Tomó una decisión, y su mente inició una búsqueda. Alana, con un brazo en torno a su hermano pequeño en constante protección... Allí no había nada.

¿Los gemelos pastores? Una imagen onírica borrosa, en parte compartida, de una

mañana espléndida en las cumbres de su tierra. Tyffan... Oscuras sombras insinuándose..., el inicio de una pesadilla en la que intentaba llegar a una granja donde Lusta lo esperaba. Estaba en su mano disipar esa angustia, y lo hizo.

Marsila. Bosques otoñales de vivos colores, una mañana soleada y cálida, rectitud y recuerdos afectivos. Su hermano... sumido en un sueño profundo, como Lusta.

Hurten; la guardia en la muralla, una necesidad apremiante de rechazar alguna amenaza que todavía no se había manifestado, una necesidad que se hacía avasallante por el hecho de no disponer de un arma. Lethe no se había equivocado; éste necesitaba el talismán de una espada.

Había buscado en sus mentes. Las había explorado y no halló mácula. Confirmado eso, podía esperar la llegada del nuevo día. Desayunaron unas gachas espesas de cereales silvestres, gustosas sólo por el puñado de bayas secas que añadieron. Lethe esperó a que terminaran de hablar.

—Tenéis dos arcos y dos dagas entre todos. No es suficiente.

Hurten soltó una risa desabrida.

—Es cierto, señora. Pero aquí no hay forja, ni ninguno es herrero. ¿Es que hay un enemigo al que tengamos esperanza de saquear?

—Venid.

Lethe se encaminó a la sala de recibimiento y todos, incluso Rober, fueron tras ella. Se acercó a la pared de detrás del estrado, sobre la que colgaba uno de los raídos tapices; más que un tapiz, eran los restos de lo que antaño debía de haber sido un estandarte.

¡Qué mal había tratado el tiempo a lo que había aquí! No obstante, la mujer no estaba triste, sino más bien impaciente por dar inicio a su tarea. Los sillones que en el pasado se alineaban contra la pared estaban destrozados, pero la larga mesa seguía intacta, aunque tenía una capa de polvo y astillas.

Pasó su bastón por encima del mueble, y un fuerte soplo de brisa barrió la suciedad. Lethe señaló el raído estandarte.

Con el bastón siguió cuidadosamente el contorno de la colgadura mientras emitía una especie de zumbido, como el suspiro del viento entre los árboles. En la pared, el estandarte se movió. Cayeron motas de polvo, pero no se desprendió ningún fragmento de la frágil urdimbre. La tela se soltó de la pared mientras su bastón se balanceaba atrás y adelante como lo haría el de un pastor que guía a su rebaño apartándolo de algún peligro. La antigua urdimbre descendió y quedó extendida sobre la mesa.

—¡No la toquéis! —ordenó—. Aún no ha llegado el momento. Nuestras necesidades son otras.

De nuevo su bastón se movió, ahora señalando directamente la pared que el estandarte había tenido cubierta. Articuló unas palabras imperiosas, unas palabras que no se habían pronunciado desde los lejanos días de la leyenda.

Aparecieron grietas entre las piedras, líneas que formaban el vano de una puerta.



Se abrió.

—¡Seguidme! —Lethe los llamó con un ademán.

El bastón emitía luz, y el brillo se reflejó en astilleros de armas, en estantes de almacenaje. Aquí había armas. Oyó la exclamación de Hurten, que se adelantó y alargó la mano hacia la empuñadura de una espada. El muchacho contempló el arma maravillado. Los otros se internaron más en el cuarto, mirando lo que había, pero sin atreverse a tocar nada. Entonces Orffa cogió una espada, y Tyffan, tras dirigir una breve ojeada a Lethe como si la mujer fuera a prohibírselo, cerró los dedos sobre el mango de un hacha de doble hoja.

Al cabo de un momento, Hurten se volvió, con aire acusador, hacia la mujer.

—¿Qué broma es ésta? No es acero... —Había pasado los dedos a lo largo de la cuchilla. Lethe se echó a reír.

—Aquí no encontrarás hierro, joven guerrero. Estas armas están forjadas con plata endurecida, pero no por ello son menos resistentes o afiladas.

Por un instante pareció que el muchacho iba a rebatir sus palabras, pero luego asintió con un cabeceo.

—Cada pueblo tiene sus secretos. Al menos, está bien equilibrada. —La blandió con la soltura de un experto.

—¡No, no, Rober!

Alana libraba un tira y afloja con su hermano. El pequeño, con la cara roja por la creciente furia, forcejeaba para apoderarse de una daga tan larga que podía considerarse una espada corta.

—¡La quiero! ¡Quiero quedármela!

Alana parecía incapaz de aflojarle los dedos. Truas cogió al pequeño por los hombros, desde atrás.

—Ya está bien, jovencito, esto no es un juguete. Dáselo a Alana y... —Había vuelto la cabeza para mirar los astilleros de armas, pero no se le ocurrió qué ofrecer a Rober en contrapartida.

—¡La quiero! —chilló el niño, que a continuación dio una patada a su hermana antes de que Truas tuviese tiempo de apartarlo.

—¡Rober, no! —Había una expresión de miedo en el semblante de Alana—. ¡Dámela, por favor!

Mientras el pequeño luchaba y se revolvía para soltarse, Alana le fue aflojando los dedos uno por uno. Los gritos del niño atrajeron a los demás. Una vez que su hermana lo forzó a abrir la mano, Rober la levantó y le clavó las uñas en la mejilla. Ella gritó y echó la cabeza atrás, mirando a su hermano con los ojos desorbitados, como si fuera la primera vez que lo veía.

Marsila la apartó, pero fue Hurten quien tomó el mando de la situación.

—¡Dejámelo a mí! —ordenó a Truas, mientras agarraba al niño. Cuando lo tuvo sujeto, añadió—: ¡Quítale el arma!

Aunque tuvo que esquivar las patadas —que, en opinión de Lethe, parecían

demasiado bien dirigidas para estar inducidas por una furia ciega—, Truas consiguió recuperar la daga. Acto seguido, Hurten sacó del cuarto al todavía forcejeante chiquillo.

Alana temblaba de pies a cabeza; las lágrimas diluían la sangre de los arañazos en la mejilla.

—Nunca..., nunca había hecho una cosa así. ¡Oh, Rober! —Apartó con brusquedad a Marsila y corrió en pos de Hurten y su hermano.

Sobrevino un silencio incómodo en el cuarto. Lethe se agachó para recoger el arma causante de la disputa. Tanto a sus ojos como a su percepción sensorial sólo era lo que parecía. Una fugaz idea la había perturbado durante un instante, pero la escena podía ser simplemente la rabieta de un niño consentido —saltaba a la vista que Alana lo mimaba demasiado— por no poder coger lo que quería, como habían hecho los demás. Estaba dejando atrás la infancia y, quizá, llevaba algún tiempo resentido, sin ser consciente de ello, por la protección excesiva de Alana en los últimos tiempos.

Los otros hicieron una rápida elección de armas. Marsila eligió cuatro arcos y sus correspondiente alíabas de flechas con puntas de plata y lo juntó todo en un abultado montón. Lusta y los demás seleccionaron dagas, cuya agudeza probaron tocando las puntas con las yemas de los dedos. Pero las armas predilectas de los gemelos resultaron ser las jabalinas, de las que cogieron tres cada uno. Tyffan no cambió de opinión, y se quedó el hacha que había llamado su atención al principio, y Orffa la espada, con el cinturón y vaina correspondientes.

A Lethe le interesaban las elecciones hechas. Cada chico había escogido las armas con las que se sentía más a gusto. Puso otra vez en el astillero la daga a la que se había aferrado Rober, y salió del cuarto detrás de los muchachos. La puerta se cerró a sus espaldas y desapareció.

Marsila dejó los arcos sobre la mesa, con cuidado de no tocar el estandarte. Llamó por señas a Lusta y Orffa, y los dos escogieron uno. A continuación seleccionó otro para ella.

—Ése es para Hurten —dijo, señalando el arco restante—. Es mucho mejor que el que tiene, y le sacará provecho.

Alana estaba sentada junto a un catre cuando entraron en la cocina. Rober yacía sobre el jergón, hecho un ovillo, y sollozaba. Al acercarse los demás, su hermana le tocó el hombro.

—Rober... —su voz era admonitoria y alentadora por igual.

El niño se sentó. La cólera había desaparecido de sus ojos, y las lágrimas le humedecían las mejillas.

—Lo siento —dijo, con un murmullo apenas audible.

—Es cierto. —Alana sonrió—. Está arrepentido.

—Muy bien, Rober. —Marsila se acercó a ellos—. Pero con lamentarlo no quitas los arañazos que tiene tu hermana en la cara, ¿verdad?

El niño se pasó las manos por las mejillas y se las llenó de churretones.

—Lo siento —repitió, afligido.

—Por supuesto. —Alana lo estrechó en sus brazos—. Se que lo lamentas.

Tyffan, que tamborileaba los dedos sobre el mango del hacha, parecía haberles prestado poca atención.

—Hace un buen día fuera. Quizás haya algún animal en la pradera, fácil de abatir con los arcos nuevos —sugirió.

—¡Buena idea! —Hurten apareció con el arco que Marsila había reservado para él—. Tal vez podamos dar caza a ese becerro añojo que vimos hace un par de días.

Lethe los acompañó y los vio separarse e ir en distintas direcciones para ocuparse de lo que debían de ser las tareas encomendadas a cada cual desde que habían llegado a la fortificación. Durante las horas diurnas no existía el temor a salir a campo abierto.

Incluso Rober ayudó en la recolección de provisiones, disputando con varias ardillas iracundas la cosecha de los frutos secos caídos, en tanto que su hermana y Tristy sacudían las ramas del árbol para hacer que cayeran más.

Lusta utilizaba su nueva daga para cortar manojos de cereales silvestres, cuyos tallos todavía estaban resbaladizos por el aguacero del día anterior. Sus manipulaciones espantaron a los pájaros que se alimentaban de semillas, y la chica echó mano de su arco cuando las aves levantaron el vuelo. A pesar de su evidente inexperiencia como arquera, no todos sus tiros fallaron.

Lethe se alejó de la escena de trabajo y siguió el río, deteniéndose de vez en cuando, bastón en mano, para inspeccionar las colinas con sus poderes sensoriales. No obstante, si Lusta había estado a punto de abrir una puerta a algo de la oscuridad la pasada noche, ahora no lo percibía.

Aunque se mantuvo alerta, sus pensamientos volvieron a lo que la había llevado allí y el porqué. Estos retoños, estos hilos... Suya sería la tarea de plantar, de tejer. Apretó con fuerza el bastón. ¡Después de tantos años, tener de nuevo un propósito!

Lethe regresó a la fortificación a mediodía y se dirigió otra vez a la sala de recibimiento; permaneció inmóvil, con la mirada prendida en el fantasmal estandarte. Sus dedos se movieron como si tuviesen voluntad propia, sin dirección, siguiendo la pauta de una costumbre arraigada. Lentamente, la mujer giró sobre sí misma, recorriendo con la mirada la inmensa sala. Donde ahora había desolación, volvería a haber vida, sí.

En la cocina todo era bullicio y ajetreo. Hurten había abatido al becerro, que había sido desollado y troceado con escasa destreza; los pedazos estaban envueltos en el moteado pellejo. Recipientes hechos con corteza, e incluso con hojas grandes unidas con espinas, estaban llenos a rebosar de bayas, nueces y raíces comestibles que Lusta iba clasificando con ayuda de Alana. Marsila, por su parte, había traído una ristra de patos.

Hurten apareció de nuevo, acompañado por los gemelos, con sendas cargas de combustible. En esta ocasión no habían cogido la madera de los muebles de otras

habitaciones, sino que traían brazadas de leña y ramaje roto por la tormenta, aunque tendrían que dejar que se secara.

Compartían el trabajo como si hubiesen hecho lo mismo muchas veces, y Lethe movió la cabeza en un gesto de asentimiento. A su manera, ya estaban unidos; eso le facilitaría la labor.

Un grito de sobresalto la sacó de tan gratificantes pensamientos. Alana se había apartado de la mesa.

—¿Dónde está Rober? Tyffan, ¿te siguió otra vez? ¿Dónde está?

—No lo he visto. —Había una nota extraña en la voz del chico mayor—. ¿Qué quieres decir con que si me siguió? —Estaba enfadado, como si lo acusaran de haber hecho algo malo.

Lethe se puso en tensión. Ahora sí que había algo despertándose, algo hostil de la armonía antes reinante, que la había hecho confiarse. Orffa también daba señales de irritación.

—Ese pequeño latoso —rezongó—. Siempre rondando a escondidas y fisgoneando lo que no debe.

Alana se había enfrentado a Tyffan y en las palabras que le dirigió no sólo había temor, sino también cólera.

—Cuando nos adelantaste dijiste que ibas al estanque. Sabes que le encanta ir allí.

—Te repito que no estaba conmigo. —Tyffan sacudió la cabeza con énfasis.

Alana se volvió entonces hacia Orffa.

—Tú estuviste cazando en la colina. Tienes que haberlo visto.

—No, no vi al niño. Siempre se está metiendo en líos. ¡Lo mejor que puedes hacer es llevarlo atado a ti y así dejará de dar la lata, mierda de niño!

—¡Cuida tu lenguaje! —reprendió Marsila a su hermano—. Si Rober fue al estanque...

Alana lanzó un grito angustiado y corrió hacia la puerta. Marsila iba pisándole los talones. Sonó un golpazo sobre la mesa: Lusta había dejado caer uno de los cuencos de metal. Hurten cogió a Orffa por los hombros y lo hizo volverse de cara a él con un brusco tirón.

—Ese estanque es muy profundo, Orffa. Y aquí no hay ningún «mierda de niño». ¡No vuelvas a utilizar palabras sucias!

Orffa tenía el rostro congestionado; se sacudió de encima las manos del otro.

—¡No vi al niño!

Lethe se estremeció. No había bajado la guardia... Tendría que haber percibido la presencia del mal en el valle esta mañana si hubiese estado acechando por los alrededores. El ambiente placentero de hacía sólo unos instantes había saltado hecho añicos, como si ella misma lo hubiese hecho desaparecer.

¿Lusta? Su don; eso era comprensible. ¿Rober? Lethe no había percibido poder en él, pero era tan pequeño que, a su edad, apenas contaba con defensas naturales. ¡Rober!

No estaba en el estanque, no. Lo que se pretendía de Rober no era hacerle daño a él, sino hacerlo a través de él. Y lo que se perseguía debía encontrarse entre estas paredes.

—¡Estúpido! —insultó Hurten a Orffa.

La mano del chico más joven voló hacia la empuñadura de su espada. Los gemelos se acercaron a los contendientes, y Tyffan rodeó la mesa para unirse a los hermanos. Lusta se llevó las manos a las pálidas mejillas.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —gritó Orffa—. ¡No te hagas el gran señor conmigo! No sé adónde fue el niño...

—Vino aquí —dijo Truas—. Lo vi en el puente.

Orffa se volvió hacia él con los dientes apretados.

—¿Por qué no lo dijiste antes, zoquete? ¿O es que tienes tan embotada la mollera con esa sucia lana de ovejas que no se te ocurrió?

—Eh, un momento. —Tristy salió en defensa de su hermano. Todavía tenía el cuchillo ensangrentado que había estado utilizando en la pieza cobrada por Hurten—. ¿Qué te pasa, Orffa?

—¿Orffa? —El chico pronunció su propio nombre casi como una amenaza—. ¿Quién te crees que eres, pastor, para tratarme con tanta familiaridad? Desciendo del linaje de Ruran, que fue señor...

—¡Basta! —El cayado de Lethe se interpuso entre los muchachos. Los ojos entrecerrados de la mujer fueron de un rostro iracundo a otro—. Viste a Rober venir hacia aquí, ¿no? Busquémoslo, pues.

Ya fuera por el tono de su voz o por alguna influencia del bastón, lo cierto es que los muchachos se unieron de nuevo... temporalmente.

—De acuerdo, lo buscaremos —aceptó Hurten.

—Quizá no tengamos que ir muy lejos. —Lethe llamó a Lusta con un ademán y le preguntó: ¿Cuál de esos cestos con nueces es el que llenó Rober?

Lusta se estremeció y escondió las manos tras la espalda.

—¡No! ¡No! —Sacudió la cabeza a derecha e izquierda, como un animalillo dominado por el pánico.

—¡Sí! —La orden no admitía réplica.

El brazo derecho de Lusta se movió hacia adelante; sus dedos estaban tan crispados que parecían garras. La chica miraba fijamente la serie de productos recolectados por la mañana, con los ojos agrandados por el miedo. Su mano se movió y se detuvo sobre uno de los cestos. Al instante, Lethe levantó el bastón y tocó el burdo recipiente.

Había acaparado toda la atención de los chicos, que habían olvidado por completo su disputa. Lethe sostenía el bastón sin apretarlo, a fin de permitir que se balanceara a su libre albedrío. Se dirigió en la dirección apuntada, seguida de cerca por los demás.

Llegaron a la sala de recibimiento, ante la pared del cuarto oculto. Había sido una estúpida al subestimar aquel otro poder. La escena que había montado Rober a

primera hora... ¿Cómo había estado tan ciega? Puso todo su empeño en rastrear, en saber...

—Tenéis que estar todos aquí. Traed a Marsila y Alana.

Ni siquiera miró para comprobar que la obedecían, pero escuchó el roce de botas desgastadas sobre el piso de la sala.

—Señora... —Lusta se había acercado a ella—. Señora, me temo que no puedo... No se qué esperáis que haga.

—Tampoco yo sé todavía lo que será preciso hacer, criatura. En cuanto a poder o no poder, Lusta, eso tendrá que esperar hasta ver qué pasa.

Libró una lucha consigo misma para olvidar todas esas vidas que había a su alrededor y pensar sólo en los términos de su arma; no espada ni hacha, lanza ni arco: únicamente lo que era en sí misma. Del mismo modo que tejía vida, así debía ahora tejer otra clase de urdimbre, una que fuera al mismo tiempo defensa y señuelo.

—¡Rober! Oh, por favor. —Alguien le tiró del brazo—. ¿Está de verdad mi hermano aquí?

Lethe echó un rápido vistazo en derredor. No sólo estaba Alana, sino todos los demás. Empezó a entonar una cantinela; las palabras salían de sus labios con poca fluidez, como si hubiese pasado mucho tiempo sin que hubieran sido utilizadas y se hubiesen quedado tan oxidadas como una armadura descuidada. La puerta oculta se abrió de nuevo.

A su alrededor la luz de los globos perdió intensidad, como si algo la absorbiera.

Lethe alargó presta el brazo para agarrar a Alana, que se habría precipitado en el cuarto sin pensarlo dos veces.

—¡Rober! —gritó la muchacha, pero su voz sonó apagada, y Lethe se alegró de ello.

La luz del bastón centelleó. En la armería, una sombra salió de repente de las sombras, y la luz se reflejó en una cuchilla desnuda. El arma de Lethe se interpuso entre su cuerpo y el golpe destinado a alcanzarla. Rober se agazapó. Su rostro no era el de un niño. Lo que había entrado en él le había moldeado los rasgos y asomaba ardiente en sus ojos.

El bastón se movió, apuntando hacia él. Saltaron chispas que formaron una lengua de luz, pero fue rechazada y doblada sobre sí misma antes de alcanzar al niño.

—¡Uníos! —La otra mano de Lethe se movió al tiempo que su voz se alzaba sobre los dementes alaridos de la pequeña figura que tenía ante sí. La saliva le escurría entre los labios. Una horrenda inteligencia ponía una expresión grotesca y ceñuda en sus ojos.

»¡Uníos! —Su mano tenida se apretaba crispada; entonces sintió una oleada de energía, seguida por una segunda y una tercera: la que los había reunido al principio y aún seguía vigente.

El bastón se calentó. El hilo de luz sólida que salía del niño se acortaba más y más.

—¡Eres Rober! —Lethe recurrió al poder que hay en los nombres—. Eres parte de este grupo. ¡Eres Rober!

Los pequeños labios se tensaron con una mueca burlona.

—¡Soy Fratch!

Lethe estaba preparada, y el nombre del contrincante no la sorprendió. Al igual que había tejedores entre los suyos, también había habido destructores. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, y lo que destruye nunca crece si no se alimenta. ¿Habían sido los invasores quienes habían sustentado a éste hasta despertarlo?

—¡Eres Rober!

Buscó el Toque para tantear, para separar una personalidad de la otra. La leve lanza de luz estaba ahora a menos de dos centímetros del desfigurado niño.

—¡Rober! —Esta vez era una llamada, una invocación. Al mismo tiempo absorbió más de la energía que le proporcionaban los otros.

La luz rozó la frente del niño. Sus rasgos se crisparon; lanzó un grito, un alarido que ningún humano habría articulado. Después... fue como si algo que hubiese estado confinado en un reducto demasiado pequeño irrumpiera bruscamente hacia afuera.

Rober se desplomó como una gavilla segada. Sobre su cuerpo se estremecía un borrón de niebla en el que se clavaba la lanza de luz. Entonces la niebla giró en espirales sobre sí misma, condensándose, hasta quedar reducida a un punto gris que el rayo luminoso diluyó en nada.

—¡Rober! —Alana se arrojó sobre su hermano y lo estrechó en sus brazos, envolviéndolo con su propio cuerpo, como para protegerlo contra todo mal.

—¿Qué..., qué ha pasado, señora? —preguntó Tyffan con la voz algo ronca.

—Ésa era una sombra de algo que debió haber muerto mucho tiempo atrás. —Lethe intentó dar un paso y se tambaleó.

Unos brazos jóvenes y fuertes la rodearon; eran los de Hurten y Marsila.

—Una sombra de voluntad. Primero intentó introducirse en Lusta, pues su don significaba poder. Después se volvió hacia Rober porque es demasiado joven para haber desarrollado las defensas que se adquieren al paso de la vida.

»Fratch, antaño Styreon... —se dirigió al espacio vacío, antes ocupado por la niebla—, siempre codiciaste lo que no era tuyo... ¡y que nunca lo será!

Abandonaron la armería; Orffa llevaba a Rober, que yacía inerte en sus brazos, y Alana parecía aceptar de buen grado la ayuda del muchacho. Marsila y Hurten sostuvieron a Lethe mientras caminaba, con el extremo del bastón arrastrando por el suelo, aunque no lo soltó de su mano.

Llegaron ante la mesa sobre la que estaba extendido el estandarte. Ahora estaba claro lo que tenía que hacerse, y cuanto antes se hiciera, mejor.

—Éste es el principio —le dijo a Lusta—. Hermana, toma tu daga, la que salió de la gran forja, no del mortífero hierro, y corta un mechón de pelo a cada uno de tus compañeros de sangre.

No hicieron preguntas y se sometieron a la daga de Lusta. Por primera vez, Lethe soltó su bastón. De la bolsita que colgaba de su cinturón sacó una aguja larga, que brilló como oro bajo la luz. La enhebro con unos cabellos y se dispuso a tejerlos entre la urdimbre del estandarte como quien zurce algo antiguo y valioso. Hizo lo mismo una y otra vez, bajo la atenta mirada de los muchachos, y con cada mechón nuevo repitió el nombre de él o ella, a quien había pertenecido, creando así un canto.

De esta suerte Lethe trabajó un rato en el que el tiempo pareció detenerse, pues nadie hablaba ni se movía; sólo observaban. Cuando terminó, tenían ante sí un estandarte de oro plateado en el que los dibujos se creaban, cambiaban, se reformaban y crecían, aún más resistentes. Lethe guardó la aguja.

—Uno es la combinación de muchos, del mismo modo en que os unisteis para escapar de la muerte, y como me disteis vuestra fuerza para librar a Rober. En verdad, sois uno.

»Pero de esta única urdimbre surgirá mucho, que será motivo de gozo... Y el tiempo le dará la bienvenida. A ello y a vosotros.

Se cuenta que en los tiempos de desolación, cuando los ka-satis dejaron la tierra completamente arrasada y una casta de bárbaros levantó un templo a la oscuridad, surgió una compañía de los montes septentrionales, que cabalgaba bajo un estandarte con nueve barras doradas. Sus portadores era de una estirpe de leyenda, y lucharon con desnudo para gloria de tierra y aire, agua y fuego, hasta dejar a la oscuridad totalmente cegada con su luz.